



EL TERCER TESTAMENTO

CHRISTOPHER GALT

Un extraño acontecimiento se reproduce en todo el mundo: la gente ha empezado a tener visiones que los llevan a situaciones del pasado o el futuro, que los aterrorizan y conmueven. Hasta pueden experimentar físicamente aquello que creen que están viviendo. Nadie entiende lo que sucede. Nadie está a salvo.

En un mundo en que la ciencia se ha constituido como garante del conocimiento y la razón no deja lugar a explicaciones que parecerían esotéricas, estos acontecimientos inexplicables no tienen cabida. Y sin embargo, sí que están sucediendo. Lo que parece una epidemia de alucinaciones se extiende por todo el globo y no respeta fronteras, razas, edad, sexo o condición de cordura. Ni siquiera existe un común denominador que permita tirar del hilo para descubrir cuál es la enfermedad que las causa, si la hubiera.

¿Será posible que la historia haya encontrado la manera de repetirse incesablemente? ¿Tendrá todo esto que ver con el proyecto de neurociencia en el que participa John Macbeth y que busca crear una inteligencia artificial autónoma?

De Estados Unidos a Dinamarca, de China a Alemania, el mundo se ha vuelto loco y Macbeth parece el único capaz de llegar a averiguar qué está sucediendo.

Lectulandia

Christopher Galt

El tercer testamento

ePub r1.1

macjaj 01.10.14

Título original: *Biblical*
Christopher Galt, 2014
Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: macjaj
Corrección de erratas: ariblack
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

«Sea en nombre de Dios o de la Ciencia
por lo que uno se consagra a la búsqueda de la Verdad,
el peligro siempre ha estado en hallarla.
Siento mucho decírtelo pero acabas de encontrarla:
lo que esperaba a ser conocido».

JOHN ASTOR, *Los fantasmas que nos creamos*

«—¿**Y** si solo existiera en su cabeza? —Lo miró como suplicándole con los ojos, dejando entrever por primera vez cierta emoción en su expresión—. ¿No se lo ha cuestionado nunca? ¿Nunca ha barajado la posibilidad de que todo esto (todas las cosas y las personas que lo rodean) no exista más allá de su cabeza? ¿Cómo sabía que yo estaba aquí antes de entrar en el cuarto?».

PRÓLOGO

*L*a atmósfera en la sala del ordenador central era de lo más artificial: aséptica y filtrada, con una temperatura constante que no variaba en lo más mínimo, aparentemente inerte y sin corriente alguna. Todos los que estaban reunidos frente al director del proyecto tenían la vista clavada en las pantallas virtuales.

—Lo que tienen ante ustedes es la representación de la actividad neuronal. Como verán, es idéntica a la de un cerebro humano normal y corriente, como el suyo o el mío. La novedad está en que por primera vez hemos logrado generar una simulación completa por ordenador. Es capaz de pensar, puede que incluso de soñar, como cualquier hijo de vecino.

—Pero no tiene cuerpo con el que sentir ni ojos con los que ver —apuntó un periodista—. ¿No se volverá un poco loco sin información sensorial?

El director del proyecto se sonrió y contestó:

—Hemos restringido la actividad neuronal a unos cuantos núcleos concretos. Aquí no estamos hablando de una mente en toda su plenitud, aunque, llegado el caso, contamos con información sobre los efectos psicotomiméticos de la privación sensorial...

—¿Psicotomiméticos?

—Que simulan psicosis... con sus consecuentes alucinaciones —explicó el director—. Estas investigaciones sugieren que, en los casos en que se priva a los sujetos de estímulos sensoriales reales, ellos mismos alucinan otros falsos... Ven personas y entornos que no existen.

—¿Está diciendo que, si no tenemos un mundo a nuestro alrededor, nos lo inventamos? —preguntó otro periodista.

—Sí, exacto. Pero eso no ocurrirá con estas simulaciones: están restringidas a funciones y núcleos neuronales concretos, lo que nos permite simular determinados trastornos psiquiátricos y observar, por primerísima vez, cómo funcionan exactamente. La humanidad entera se beneficiará de los resultados.

—Y aparte de eso... ¿hasta dónde podría llegar una mente sintética, una inteligencia artificial como esta?

—En teoría nos permitirá entender la condición humana como nunca antes. Podría incluso orientarse para que responda a preguntas sobre el universo y llegue a darnos información sobre la verdadera naturaleza de la realidad.

—¿Y eso no entraña riesgos? —quiso saber otro periodista.

—¿De qué tipo? —La impaciencia seguía sin traslucirse en el tono del director del proyecto.

—Hay quienes hablan de la Singularidad... de que las inteligencias artificiales podrían desbancar a las nuestras.

—Créame cuando le digo que estamos muy lejos de todo eso. No estamos hablando de una mente concreta, de modo que no corremos ningún peligro —contestó el científico.

PRELUDIOS

*M*arie Thoulouze sintió que el aire se enfriaba de buenas a primeras, como si se hubiese producido un cambio estacional en el intervalo de un segundo. Sin embargo fue algo más que el repentino descenso de la temperatura lo que le puso la piel de gallina. El sol seguía luciendo, tal vez incluso más que antes, pero el ambiente había cambiado, y no solo por la temperatura sino también por la presión, la humedad y la densidad del aire. Experimentó un *déjà vu* que la sorprendió por su intensidad; la sensación de haber estado allí antes y haber sentido justo lo mismo que en ese momento... y un sinfín de veces antes. Quizá fuese por la ocasión: tal vez uno note cuando la Historia está haciéndose ante sus ojos.

Marie se quedó al fondo de la plaza du Vieux Marché, donde se había congregado el gentío, y el olor a tanta humanidad concentrada para un fin tan inhumano le invadió la pituitaria: penetrante, amargo, rancio. Cuando una carreta avanzó a trompicones por el barro reseco de la plaza, la muchedumbre se dio empujones para ver mejor. Prorrumpieron en hurras y cánticos en un francés que a Marie le costó entender, muy distinto al suyo. Repasó con la vista las filas de soldados ingleses y borgoñeses, con sus gujas y sus alabardas destellando al frío sol, y tuvo la impresión de que, al ver entrar la carreta en la plaza, se ponían tensos, como preparándose para lo que venía.

Marie fue rodeando la muchedumbre, manteniéndose a cierta distancia de una multitud cada vez más cerrada y alterada. Se produjo un nuevo estallido, más intenso aún, entre abucheos y silbidos provenientes del gentío ruanés, leal al duque de Borgoña, cuando dos soldados ingleses bajaron de la carreta a una chiquilla pálida y delgaducha, vestida con un sencillo vestido de lienzo grueso, con las manos atadas a la espalda y un pelo negro evangélico cortado a trasquilones que dejaba a la vista su delgado y blanco cuello.

Marie ahogó un grito y sintió que se le aceleraba el corazón. Supo lo que estaba a punto de ocurrir y susurró una plegaria por la chica, al tiempo que se llevaba una mano al crucifijo del cuello.

Como una vereda segada entre el maíz azotado por el viento, dos filas paralelas de soldados pertrechados con cascos y armaduras despejaron el camino hasta la columna de piedra que había en medio de la plaza. Una vieja jorobada se coló entre los dos guardias que custodiaban a la presa y lanzó al vestido de la chica maniatada

una cruz de madera, que se le coló por el escote antes de caerse entre la muchedumbre. La joven, que tenía los ojos desencajados, confundidos, no pareció reparar en el acto de piedad y compasión de la anciana.

Despejaron un círculo en torno a la columna de piedra, contra la cual habían levantado un cadalso de madera y formado una montaña de haces de leña, troncos y toneles empapados en brea. La única parte del cadalso que había quedado a la vista eran las rudimentarias escaleras de leños que llevaban al tablado. Marie logró abrirse paso hasta el camino despejado y siguió al triste cortejo hasta el claro alrededor de la pira; le asombró que ningún soldado inglés intentara detenerla, aunque temía que lo hiciesen en cualquier momento. El gentío, por su parte, estaba demasiado histérico y frenético para reparar en su presencia. Contempló la escena mientras llevaban a la chica hasta el claro y la hacían detenerse ante un grupo sentado de clérigos revestidos de sedas. Hubo un intercambio de palabras: la muchacha dijo algo y los clérigos le respondieron asintiendo con la cabeza. Aunque Marie no alcanzó a oír lo que se dijo, lo supo... perfectamente.

Siguió con la mirada a la chica, a la que el encapuchado —Marie sabía que se llamaba Geoffroy Thérage— guio hasta la plataforma. Mientras le fijaban una cadena a la cintura y la ataban con más cuerdas a la columna, dos clérigos del grupo se adelantaron y levantaron una cruz en un asta larga para que quedara a la altura de los ojos de la chica y esta tuviera que clavar la vista en ella. La sostuvieron en alto mientras el verdugo metía repetidamente una antorcha encendida en la pira y las astillas cobraban vida crepitante. Las llamas empezaron a escupir y a levantarse con una intensidad que pareció aumentar en paralelo a la histeria del gentío.

Marie oyó el chillido agudo del fuego y pensó por un momento que se trataba de los sonidos desesperados de la agonía de la joven, hasta que otro coro de chasquidos rechinantes y repiqueteos percutidos le hizo comprender que no era otra cosa que la combustión: el fuego como ente único que se arremolinaba y se levantaba consumiendo todo lo que había en la pira de ejecución. Pero en ese momento Marie oyó otro chillido y supo entonces que había salido de su propia garganta, al tiempo que hincaba las rodillas en el suelo, el calor de la hoguera casi insoportable pese a la distancia.

Un soldado borgoñés dio un paso adelante y Marie vio que arrugaba con fuerza algo oscuro en su puño enguantado. Cuando el otro lo lanzó con todas sus energías, vio que un gato negro surcaba el aire y aterrizaba entre las llamas.

—¡No es bruja! —le gritó suplicante al soldado, que no se molestó ni en mirarla—. ¡Que no es bruja!

Marie se convulsionó con grandes sollozos incontrolables ante la visión de la chica en la hoguera. A ella, cuya fe siempre había sido profunda, pura y plena, se le antojaba increíble estar siendo testigo de la muerte de su heroína. ¿Qué había pasado

para que estuviese allí en Ruán, el 13 de mayo de 1431, presenciando el desenlace de aquel horror? ¿Cómo iba a creer nadie que había visto semejante espanto con sus propios ojos? Necesitaba pruebas, pruebas palpables.

Sollozando aún, se llevó la mano al bolsillo, de donde sacó algo. Extendió el brazo tembloroso en dirección a la muchacha, que ardía ya como una antorcha en lo alto de la pira.

Utilizó el pulgar para seleccionar la función de cámara del móvil que se había sacado de los vaqueros y pulsó el botón en un intento por atrapar la imagen que ya se le había grabado en el cerebro, la que colmaba en esos momentos su universo.

La imagen de Juana de Arco pasando de un mundo al otro.

II

*L*o que pasa con lo inusual y lo extraordinario es que, cuando forma parte de tu vida diaria, se vuelve por definición usual y ordinario. Lo que en otros puede despertar asombro y fascinación empieza a pasarte desapercibido.

Para Walter Ramirez, lo extraordinario que se había vuelto ordinario, lo inusual que se había vuelto usual debido al contacto diario, era el Puente.

Millones de personas lo conocían. En el mundo entero la gente era capaz de imaginarlo en su cabeza, por mucho que solo lo hubieran visto en fotos. Era un icono, un símbolo y una forma de desplazarse. Para muchos, además, era un destino.

A veces, sin embargo, una vez acostumbrados a lo desacostumbrado, surgen momentos en que volvemos a verlo como los demás. Ese miércoles a Ramirez le pasó dos veces.

La primera fue cuando conducía el Explorer del trabajo por el túnel Waldo. Tenía el primer turno de la mañana y el sol estaba a punto de salir cuando su coche patrulla salió al día en ciernes. A pesar de haberlo visto tantas veces, el paisaje que se abría al fondo del túnel hizo que le recorriera una pequeña corriente eléctrica por la piel y le erizó los pelos de la nuca. Todavía había algunas farolas encendidas por la ciudad, un ramillete de pinchacitos blancos y amarillos en el terciopelo morado del cielo previo al amanecer que se reflejaban en la bahía. A la izquierda tenía el puente de la Bahía pero el Puente por antonomasia estaba ante él. Esa era la ronda de Ramirez.

El Golden Gate.

Walt Ramirez llevaba quince años trabajando como agente de la Patrulla de Carreteras de California, todos ellos dentro de la jurisdicción de la Bahía de San Francisco, diez en la división del Golden Gate y siete en la comisaría de San Clemente, en el condado de Marin, a doce minutos del puente. Los galones llevaban tres años en su manga.

Tenía aspecto de matón uniformado: un hombre corpulento, de espaldas anchas y gesto adusto, con cuarenta años y unas manos tan grandes que parecían desproporcionadas con el resto de su constitución, por alto que fuera. Una presencia física, en definitiva, que no le había venido nada mal. En los quince años de agente de la PCC, aparte de las prácticas en el campo de tiro, en total había desenfundado su arma doce veces y solamente la había disparado en una ocasión, un tiro que, por lo demás, había sido disuasorio. Por lo general, cuando el sargento Walter Ramirez le

decía a alguien que hiciera algo con el tono desconcertantemente sereno que se gastaba, solían obedecerle.

Pero a pesar de su aspecto de matón uniformado, Ramirez distaba mucho de serlo. Santo de la devoción de todo aquel que llegaba a conocer al hombre modesto y amigable tras su presencia intimidatoria, tanto los agentes más veteranos y los de su quinta como los más jóvenes lo respetaban y lo tenían en estima. Era de esos polis que trabajaba en el cuerpo por las razones correctas: se preocupaba por la gente —tal vez casi más de la cuenta, a tenor de los padecimientos que había sufrido a lo largo de los años— y se había hecho policía para ayudar a los demás, no llevado por una necesidad de ejercer la autoridad sobre nadie. Con todos los ciudadanos sin falta se mostraba cortés y respetuoso, aunque también firme cuando la ocasión lo requería. Sus compañeros sabían que era alguien en quien podían confiar si se hallaban en un aprieto, que les cubriría las espaldas; es más, puestos a elegir, Walt Ramirez sería justo el tío que a uno le gustaría que se las cubriera.

Y su ronda era pequeña pero cargada de simbolismo: era el propio Puente.

Aparte de ser el supervisor de turno de todas las patrullas que cubrían el puente y sus accesos por ambos lados, era el enlace entre el departamento de Carreteras y Administración del Golden Gate —que tenía su propia fuerza de seguridad—, la oficina del sheriff del condado de Marin, la policía local de San Francisco y los guardacostas nacionales, que tenían su sede en Fort Baker, en Sausalito, a unos trescientos metros de la torre norte del puente.

La pasarela del lado oeste estaba siempre cerrada al paso, y Ramirez llegó justo después de las cinco y media de la mañana, cuando se abría la barrera automática de la acera este. Se fijó en un grupo de unas treinta personas que acababa de pasar por la barrera e imaginó que debían de haber estado esperando a que abriesen. Aminoró la marcha mientras los observaba más atentamente desde el otro lado de la barrera de seguridad. Eran jóvenes, ninguno aparentaba más de treinta años y charlaban entre sí con ánimo relajado. Eso era algo que Ramirez, como todos los polis que trabajaban en el puente, había aprendido con el tiempo; a leer el lenguaje corporal y a hacer el cálculo mental de la desesperación: cuando había muchos, como en esos momentos, no había peligro; cuando había un solo individuo, un alma solitaria enfrascada en sus pensamientos, debía andarse con ojo. Las autoridades del puente también los observaban por el circuito cerrado de seguridad. Y había que contar los postes de las farolas.

Ramirez llamó por radio y le pidió a Vallejo que le pasase con los de seguridad.

—¿Traman algo los madrugadores? —preguntó.

—Nada, llevan un cuarto de hora esperando a que se abran las puertas —le explicó el operador del puente—. Supongo que habrán venido a echar una carrerita mañanera.

—No tienen mucha pinta de corredores —repuso Ramirez—. Me voy a acercar a echar otro vistazo.

Condujo hasta el final del puente, donde dio media vuelta, todo el rato sin dejar de contemplar al grupo al otro lado del carril. A excepción de un par de semirremolques por delante, tenía el puente para él, de modo que pudo cambiar de sentido y seguir al grupo. Para entonces ya había dejado atrás la primera torre. Observó que iban andando juntos pero sin correr ni marcar el paso con ningún propósito especial y volvió a fijarse en que parecían todos de muy buen humor, como si disfrutaran de la compañía del resto mientras el sol se alzaba en la bahía. Seguía habiendo algo, sin embargo, que le chirriaba. Aceleró y encendió las luces del techo para alertar a los demás conductores. Un par de los del grupo lo vieron y se detuvieron, esperando a que llegase a la barrera.

—Buenos días —los saludó alegremente Ramirez, y los transeúntes le devolvieron la sonrisa.

—Buenos días, agente —contestó una atractiva mujer de unos veintitantos años que llevaba el pelo recogido en un moño alto—. Una mañana estupenda, ¿no le parece?

—Así es, señora. ¿Van todos juntos? ¿Son un grupo?

—Sí... lo somos. —La mujer frunció el ceño con una preocupación poco creíble—. ¿Estamos quebrantando alguna ordenanza municipal?

—No, no pasa nada. ¿Pertenece a un club o algo por el estilo?

—Trabajamos juntos. Yo soy la directora ejecutiva... Ayer pensamos que estaría bien dar un paseo y venir a ver salir el sol desde aquí. ¿Hay algún problema?

—Por supuesto que no... Lo siento, no pretendía molestarlos. —Ramirez la escrutó más detenidamente: era demasiado joven para ser la directora de una empresa, y no le pegaba nada; no cuadraban ni la ropa ni la actitud—. ¿De qué es la empresa? —preguntó sin perder la sonrisa ni el tono dicharachero.

—De juegos.

—¿De juegos?

—De videojuegos. Los creamos, y esta gente que ve aquí son los mejores de mi equipo.

—¿Como los de las maquinitas? —preguntó Ramirez, y nada más decirlo le pareció una tontería, algo que habría dicho su padre.

La mujer se echó a reír y sacudió la cabeza.

—No, qué va. Sobre todo creamos juegos de realidad paralela... Y bueno, de vez en cuando nos gusta hacer este tipo de cosas para recordarnos que hay un mundo real aquí fuera.

—¿Para fomentar el espíritu de grupo y esas cosas? —siguió indagando.

—Algo así. No sabía que hubiese que pedir permiso...

La joven le clavó la vista: una mirada muy puntocom, un mundo para el que Ramirez no tenía mucho tiempo y que había abierto una brecha generacional entre él y sus hijos.

—No hace falta. Bueno, que disfruten del sol y tengan un buen día.

—Lo mismo le digo, agente. —Volvió a sonreírle.

Al volver al coche, Ramirez se quedó mirando al grupo. Todos despedían un aura desenfadada —bien por la juventud o el sol, bien por ambas cosas— y sintió una punzada de envidia. Así y todo contó las farolas. Era algo que aprendías a hacer cuando eras un poli ligado al Puente, a pesar de que para esa gente no hiciera falta.

Se quitó la idea de la cabeza, apagó las luces del techo y encendió el motor. Al pasar a su lado la joven que probablemente ganaba en un mes lo que él en un año lo saludó con la mano.

¿Qué pasaba? ¿Qué no cuadraba?

La duda le hizo detenerse una vez más y quedarse contemplándolos por el retrovisor. El grupo de paseantes se había convertido en una fila india que se extendía por la acera. Se detuvieron, y justo en medio estaba la farola 69. La mujer estaba en el centro, al lado del poste: el 69.

El que más se cuenta.

El puente Golden Gate era un símbolo. Gente de todo el país, del mundo entero, llegaba atraída por su insólita belleza; y la mayoría venía atraída por las vistas desde el poste 69.

Se bajó del Explorer y empezó a retroceder a pie.

—¡Perdone, señora...! —gritó mientras agitaba la mano para llamar la atención de la joven.

Esta le devolvió el saludo al tiempo que saltaba la barandilla de seguridad a la vez que sus compañeros y bajaba a la viga de solo tres palmos de ancho que Ramirez sabía que estaba justo al otro lado, a dos cuartas por debajo del nivel de la pasarela de paso.

Dios... Ramirez echó a correr con todas sus fuerzas. Dios Santo... Debían de ser unos treinta. Mientras corría pudo ver las luces parpadeantes del resto de vehículos que corrían hacia ellos alertados por las autoridades del puente. Demasiado lejos, demasiado tarde.

Farola 69.

El Golden Gate requería un tipo de poli muy especial porque lideraba la lista mundial de escenarios de suicidios. Todos los años montones de personas acudían al puente para cruzar algo más que la bahía de San Francisco. Llegaban de todo el país, algunos incluso del extranjero, para recorrer el tramo de puente donde la muerte siempre estaba a solo un salto de cuatro palmos y medio por encima de la barrera de seguridad de la acera y a una caída de cuatro segundos a 120 kilómetros por hora. A

esa velocidad el impacto contra el agua era igual que contra cemento. Casi nadie se ahogaba: el 90 por ciento moría de heridas internas, por el aplastamiento de huesos y órganos. Del Puente saltaba —que se supiese— un suicida cada semana y media, lo que daba un total de más de treinta muertes al año; aparte estaban, por supuesto, los que lograban tirarse sin que los vieses, dejando atrás sus coches recubiertos de polvo y abandonados en aparcamientos.

De los 128 postes el 69 era el que había sentido el último roce de la mayoría.

Saltó la valla hasta la acera. Bien instruido en todo tipo de estrategias para hablar con suicidas potenciales, Ramirez conocía una decena de maniobras pensadas para agarrar y poner a salvo a un saltador indeciso. Pero eran demasiados.

—¡No! —chilló—. ¡No lo hagan, por Dios!

Estaba cerca de la barandilla, por donde la joven miraba el agua. Los vio a todos sobre la viga, cogidos de la mano.

La mujer volvió la cabeza para mirarlo.

—No pasa nada —le dijo sin dejar de sonreír, y esa vez lo hizo con sinceridad y afabilidad—. No es culpa suya. No habría podido hacer nada. No pasa nada... estamos convirtiéndonos.

Como si respondiesen a una orden tácita, sin vacilar, saltaron todos a la vez.

Ramirez llegó a la barandilla justo a tiempo para ver cómo impactaban contra el agua. Todo parecía irreal, como si lo que acabara de presenciar no hubiese podido suceder de ninguna de las maneras y solo hubiese estado imaginándose a esos jóvenes que estaban sobre el puente hacía unos segundos. Escuchó su propia voz como si fuera la de otro cuando informó por radio y llamó al barco de rescate de los guardacostas de Fort Baker. El vehículo de los de seguridad y el coche patrulla de la policía local se detuvieron a su lado, pero las voces inquisitivas y urgentes del resto de agentes le llegaron como si fuesen mensajes de radio de un planeta remoto.

Se apartó de la valla de seguridad y se quedó mirando el puente, la elegante curva que describen los arcos de su lomo, el rojo de sus torres inmensas, más encarnado aún por el sol del amanecer. Por segunda vez en el día vio el Puente como lo que era, lo que simbolizaba: vio su belleza.

Y lo odió.

PRIMERA PARTE

En el principio

«Por la fe entendemos que el universo se hizo
por mandato de Dios, para que lo que se ve
no se distinguiera de lo que es visible».

Hebreos, 11, 3

* * *

«De vez en cuando los sentidos engañan,
y es prudente no confiar nunca del todo
ni siquiera en los que nos han engañado solo una vez».

RENÉ DESCARTES

* * *

«A todo aquel que no le haya conmocionado la mecánica
cuántica es porque todavía no la ha entendido».

NIELS BOHR

El principio

*T*odo empezó con las miradas fijas.

Pero hubo otras muchas cosas anteriormente, antes de que comenzara todo: relatos peculiares de sitios distantes entre sí.

Un neoyorquino muere de inanición en un lujoso piso de Central Park en el que no había comida pero sí botes y botes de vitaminas. Se produce una epidemia inexplicable de suicidios: 27 jóvenes saltan a la vez del Golden Gate; 50 estudiantes japoneses acampados en el enorme bosque de Aokigahara (el «Mar de Árboles» a los pies del monte Fuji) compartieron comida y cantaron en torno a hogueras antes de adentrarse cada uno por su cuenta en la oscuridad del bosque para abrirse las venas; cuatro personajes ilustres se suicidan en un mismo día en Berlín, tres científicos y un escritor. Un médico ruso reconvertido en místico neopagano afirma ser el Hijo de Dios. Una adolescente francesa dice haber tenido visiones de Juana de Arco en la hoguera. Una mujer de mediana edad se sienta tan campante en medio de la carretera de acceso a la sede suiza de la CERN y acto seguido, con la misma parsimonia, se empapa la ropa de queroseno y se prende fuego. Un estudio de efectos especiales de Hollywood sufre un incendio. Una secta cristiana fundamentalista secuestra y asesina a un genetista.

Fue entonces cuando apareció también la pintada ESTAMOS CONVIRTIÉNDONOS, escrita en 50 idiomas por los principales núcleos urbanos del mundo entero: en edificios gubernamentales, en puentes o garabateada sobre vallas publicitarias.

Y la gente empezó a hablar de John Astor.

Nadie sabía si existía o no a ciencia cierta, pero corrió el rumor de que el FBI andaba en su búsqueda. Y, por supuesto, se extendió la leyenda urbana sobre el manuscrito del libro de Astor, *Los fantasmas que nos creamos*, que al parecer volvía loco a todo aquel que lo encontraba y lo leía.

Todo esto pasó antes del principio.

Aunque cuando de verdad empezó fue con la mirada fija.

John Macbeth. Boston

*L*os psiquiatras bregan en el terreno de lo insólito, de lo peculiar. La propia naturaleza de su trabajo hace de lo aberrante y lo anormal el pan suyo de cada día. Su oficio consiste en enfrentarse a percepciones sesgadas de la realidad.

Por eso mismo al doctor John Macbeth el hecho de que el mundo entero estuviese cambiando —de que todo lo que hasta ese momento había creído verdad sobre la naturaleza de las cosas estuviese a punto de quedar patas arriba— le había pasado más que desapercibido.

Pero el mundo sí que cambió. Y empezó con las miradas fijas.

Al igual que ocurre con las noticias, a Macbeth le costó semanas y meses empezar a encajar las pistas que llevaban delante de sus ojos todo ese tiempo. Otras, sin embargo, las había pasado por alto, su radar profesional no las había registrado. Pero luego fue recordando la cantidad de gente que había visto y a la que había ignorado: por la calle, en el metro, en el parque.

Mirando fijamente.

Los primeros días no eran tantos: gente que se quedaba mirando al vacío con cara inexpresiva, o bien fruncida por la confusión o llena de inquietud. Tenían el mismo efecto en los demás que cuando un gato mira más allá de ti, por detrás, a algo que no ves cuando te vuelves para mirar. Inquietante...

Desde luego, al principio, cuando empezaron las miradas fijas, a nadie se le ocurrió ponerle un nombre, ni médico ni de ningún tipo. Todavía no los llamaban «soñadores».

Tuvo que pasar un tiempo para que Macbeth recordara a la primera que vio, una mujer muy atractiva de unos treinta y tantos años vestida con ropa cara. Sucedió en su primer día de vuelta en Boston: iba andando detrás de ella por una calle del centro en una mañana soleada pero algo fresca de finales de primavera. La mujer andaba con el aplomo propio del caminante de aceras urbanas, igual que él, hasta que, de pronto y sin razón aparente, se detuvo en seco. Estuvo a punto de chocar con ella y tuvo que hacer un quiebro para esquivarla en el último momento. Se quedó allí parada sin más, junto al bordillo, con los pies plantados en el suelo y mirando algo que no estaba en la acera de enfrente. Acto seguido, mientras señalaba con un dedo vacilante la nada que había llamado su atención, bajó de la acera y avanzó por la calzada. Macbeth la cogió del codo y tiró de ella hacia atrás justo cuando un camión pasaba a su lado

pitándoles como un loco.

—Creía que... —empezó a decir ella, pero las palabras murieron en sus labios al tiempo que buscaba con la mirada algo perdido en la distancia.

Macbeth le preguntó a la mujer si se encontraba bien, la reprendió diciéndole que debía prestar más atención al tráfico y se fue.

Apenas podía calificarse de incidente: no fue más que una mujer distraída que no había calibrado bien la distancia entre aceras; algo que puede verse casi todos los días en cualquier ciudad del mundo.

Solo después, tras el resto de acontecimientos, empezó a verle la importancia y a preguntarse qué habría visto la mujer en la acera de enfrente: qué había estado a un tris de ponerla delante de un camión en marcha.

Era una habitación buena, sin ser una maravilla, pero estaba bastante bien. Para John Macbeth la arquitectura que lo rodeaba a cada momento era un factor de una importancia extrema: las proporciones, los materiales, la decoración, la cantidad de luz.

Al levantarse esa mañana la extrañeza de la habitación lo asustó. Se despertó sin saber quién era, a qué se dedicaba, dónde estaba o por qué. Se pasó un minuto y medio experimentando un pánico existencial absoluto: la luz que brillaba en medio de su oscuridad amnésica era la certeza de que debería saber quién era, dónde estaba y qué estaba haciendo allí.

La memoria, su identidad, le volvió: pero no de golpe sino en segmentos que no parecían encajar y que tuvo que ir cuadrando. Ya le había ocurrido antes, empezó a recordar; muchas veces, de hecho, sobre todo cuando estaba en un sitio desconocido. Eran momentos aterradores de aislamiento despersonalizado, antes de recordar que era el doctor John Macbeth, psiquiatra y neurocientífico cognitivo que pretendía encontrarle el sentido a su psique intentando comprender la de los demás. Trabajaba, lo recordó por fin, en el Proyecto Uno de Copenhague y estaba en Boston por asuntos relacionados con el mismo. Y llevaba toda la vida sufriendo episodios de desrealización y despersonalización; eso también lo recordó.

Poco a poco fue encontrándole el sentido a la habitación y a sí mismo. Por eso los entornos eran tan importantes para él. Durante esos noventa segundos de pánico podría haber estado tan convencido de conocer el entorno como de ser otra persona, en otro lugar y en otra época.

La habitación estaba en la tercera planta de un hotel que por Internet le había parecido apropiado, pero no tanto en vivo y en directo. Era amplia, con una alta ventana de guillotina que daba a la calle. Macbeth la abrió y dejó por la parte de abajo una rendija de diez centímetros por la que apenas pasaba aire.

En esos momentos, en el sillón junto a la ventana de la habitación en silencio, de

nuevo en posesión de su identidad y sus propósitos, Macbeth se quedó escuchando los sonidos de más abajo. Era algo que solía hacer y, como con tantos otros aspectos de su personalidad, más de uno lo habría considerado raro por hacerlo. Cuando la mayoría de la gente en una habitación de hotel encendería la tele o la radio para rellenar el vacío con sonidos conocidos, o cerrarían aún más las fronteras de su consciencia con un reproductor de mp3 y unos auriculares, John Macbeth se sentaba, quieto y callado, y escuchaba el exterior. Con toda la habitación en silencio, prestaba atención a los sonidos de más allá: de las habitaciones vecinas, de la calle al otro lado de la ventana... El sonido ambiente, como lo llaman en el cine: la pretensión de otra realidad más allá, de una acción que no se ve.

Tenía móvil y portátil, como todo el mundo, pero solo los utilizaba cuando no le quedaba más remedio. Aunque la tecnología era una parte central de su trabajo, inevitable en el día a día, no se le daba bien interactuar con ella. Los ordenadores y los videojuegos, con los que nunca entendería por qué jugaban los adultos, le provocaban cinetosis, y toda interacción prolongada con la electrónica parecía alterarlo e irritarlo. El problema que estaba teniendo con el ordenador era un típico ejemplo: una carpeta que no recordaba haber creado y que se negaba a abrirse, por mucho que lo intentara (hasta el punto de pulsar enfadado el teclado con un dedo, como si un objeto virtual fuera a rendirse a la física del mundo real). La carpeta llevaba como un mes en el escritorio del ordenador, burlándose de su incompetencia tecnológica.

«Mi hermano Casey te hará entrar en razón», le había amenazado en voz alta en más de una ocasión.

Lo irónico era que su trabajo lo ponía en contacto directo con la tecnología informática más sofisticada del mundo: pertenecía a un equipo interdisciplinar formado por algunos de los cerebros más brillantes del planeta, si bien más de la mitad del trabajo mental lo hacían las máquinas por ellos. Y el principal objetivo del Proyecto Uno era, de hecho, crear una máquina que simulara la actividad neuronal del cerebro humano, y tal vez incluso pensara por sí misma. Así y todo, fuera del trabajo evitaba la tecnología todo lo más que le permitía la vida moderna. Y no lo hacía llevado por ninguna objeción moral o filosófica, sino porque tenía la sensación de que la tecnología siempre agravaba su problema: el de que se le olvidara quién era y cuál era su lugar en el mundo.

Esa era la razón de que John Macbeth prefiriera conectar con el universo real en lugar de con el virtual: escuchaba los sonidos del exterior para tranquilizarse y asegurarse de que se encontraba realmente en la habitación, que estaba allí, y así su mente se concentraba en el mundo y no en sí misma. Era un tipo de meditación que llevaba practicando desde la niñez: a la hora de irse a la cama en los veranos en Cape Cod, justo antes del anochecer, escuchaba el sonido de los pájaros, las olas o los

trenes en la distancia, al otro lado de las cortinas que relucían con un rojo ámbar en el sol de poniente. Pese a recordar muy poco de su infancia, se acordaba a la perfección de esas cortinas de colores vivos y un estampado muy marcado.

Para su estancia en Boston Macbeth había escogido un hotel que iba con su estilo pero que sobrepasaba el presupuesto asignado por la universidad. No era que le gustase ir a sitios de lujo desmedido, llenos de recordatorios chapados en oro que clamaban a los cuatro vientos que estaban muy fuera del alcance del trabajador medio; prefería los de diseño exclusivo o los hotelitos con encanto: sitios con personalidad o historia (o en el mejor de los casos, ambas cosas). Macbeth necesitaba que su entorno estuviese bien, siempre. Los colores, los olores, las texturas y los gustos que lo rodeaban, incluso las ropas, eran de extrema importancia. Sin duda podía parecer un materialista superficial. Pero nada más lejos: Macbeth tenía una necesidad real de estar en un ambiente que lo relajara, que le ofreciese cierta armonía y reconciliara sus mundos interno y externo. Era al mismo tiempo una meditación y una reafirmación de la identidad. Y estaba muy relacionado, como bien sabía, con sus recuerdos, o con la falta de estos.

Tuviera las motivaciones que tuviese, el caso es que lo necesitaba como el católico practicante necesita las cuentas del rosario.

Boston era su ciudad natal. La Universidad de Copenhague lo había enviado como representante del Proyecto Uno. Pese a las protestas de Poulsen, el director del proyecto y jefe de Macbeth, la universidad se había mostrado entusiasmada con la idea de utilizarlo como cara visible, en la creencia, al parecer, de que la mayoría de la gente no asociaría su aspecto y sus maneras con un investigador o un psiquiatra y de que, como estadounidense, era el enlace ideal con el socio bostoniano del proyecto, el Instituto Schilder de Investigaciones Neurocientíficas.

Él no se veía precisamente como el embajador perfecto; sabía que podía ser sociable e ingenioso pero, desde que tenía uso de razón, era consciente de su indiferencia hacia los demás, de su autosuficiencia emocional e intelectual. Como psiquiatra había estudiado y comprendido el «problema de las otras mentes», pero que lo hubiera entendido no significaba que lo hubiese resuelto en su caso.

—¿Estás bien, Karen? —Una sonora voz autoritaria de hombre llegó desde la calle—. Necesito que estés bien para la presentación de Halverson.

—Que sí. —Una voz de mujer, joven, refinada, culta y desafiante—. Ya te he dicho que estoy perfectamente...

Esas voces se perdieron y otras vinieron a sustituirlas. Macbeth elucubró sobre qué podía ser la presentación de Halverson y qué problema podía tener la mujer para que el hombre necesitara que lo tranquilizase. De un fragmento incompleto e incoherente de realidad, extrapoló una ficción completa y coherente.

«Tal vez debería hacerme escritor», se dijo. Macbeth el psiquiatra sabía que el acto de crear ficciones y el trastorno mental compartían un origen común: los escritores eran unos esquizotípicos no patológicos de primera. Cuanto más cercanos al diagnóstico estaban, y cuanto más tendían al pensamiento mágico, más creativa era su escritura.

Miró la hora en el reloj: tenía una cita a la que no podía llegar tarde.

Llamó a la recepción para que le pidieran un taxi y les dijo que bajaría enseguida. Ya en el pasillo, cuando la pesada puerta se cerró con un chirrido a sus espaldas, se guardó la tarjeta de plástico en el bolsillo. El hotel estaba en un edificio antiguo y las puertas parecían originales. Se imaginó a los carpinteros que las habían confeccionado y labrado, que habían forjado el bronce para las bisagras y la cerradura. Pensó en lo imposible que les habría parecido a esos artesanos de cuatro generaciones atrás que algún día sus puertas se cerraran y se abrieran con un barrido de microchip. Era otra forma de elaborar un todo de una parte. Para justificarse solía decirse: «La mayoría de la gente se pierde en sus pensamientos»; sin embargo, la diferencia era que, en su caso, a veces no sabía encontrar el camino de vuelta.

Se encaminó hacia el ascensor que había al fondo del pasillo. Un pilar que se levantaba a medio camino ocultaba la vista de las puertas pero, al acercarse, vio a un hombre alto que parecía esperar el ascensor. Tenía un aspecto oscuro, con una cabellera morena de una longitud pasada de moda, barba morena y más poblada de la cuenta y traje oscuro de corte anticuado.

Algo en el hombre, el pasillo o la luz provocó en Macbeth una sensación de *déjà vu*. Tras desestimar la idea, lo llamó:

—Oiga... ¿podría esperar?

El hombre no se volvió y no acusó recibo de la petición de Macbeth. En su lugar, sin mudar el rostro, dio un paso adelante y se perdió tras la columna.

—Muchas gracias, colega —masculló entre dientes Macbeth, que apretó el paso.

Para cuando llegó, sin embargo, las puertas se habían cerrado y la pantallita electrónica que había encima le informó de que el ascensor estaba en la planta baja. Y no se movía. Macbeth se quedó mirando las puertas, la pantalla de led y de nuevo al pasillo, al sitio donde estaba cuando había llamado al hombre oscuro, como si estuviera haciendo un cálculo, resolviendo una ecuación con la que conferirle sentido a lo sucedido.

Apartó el acertijo de la cabeza y pulsó el botón del ascensor.

John Macbeth. Boston

*M*acbeth le dijo al taxista dónde quería ir.

—¿El escocés de la calle Beacon? —contestó el hombre con acento de irlandés de Boston, arrastrando las consonantes finales hasta hacerlas desaparecer.

Siempre le resultaba extraño lo mucho que notaba ese deje cada vez que volvía de Europa.

—Ese mismo.

—Eso está hecho...

El taxista le dio uno de esos repasos de espejo retrovisor que tanto parecían gustar a los del gremio local. Al verlo poner cara de concentración, Macbeth suspiró, a sabiendas de que el conductor estaba intentando averiguar dónde lo había visto antes. La gente siempre hacía lo mismo pero nunca lograba ubicarlo porque, como ocurría siempre, los caminos del psiquiatra y del taxista nunca se habían cruzado; aun así sabía que el interrogatorio empezaría, tarde o temprano.

Se recostó en su asiento y se quedó en silencio contemplando el paisaje urbano medio familiar, medio desconocido que pasaba por las ventanillas, consternado en parte por la falta de conexión con un entorno con el que debería conectar. Otro *jamais vu*, lo contrario al *déjà vu*.

Recordaba haber tratado a una mujer a la que una lesión cerebral le había provocado un estado de desrealización y *jamais vu* permanentes: todo lo que había conocido, con lo que había crecido, le resultó irreconocible de un día para otro. No era una cuestión de amnesia: los recuerdos estaban intactos pero el cable que conectaba lo que veía con lo que recordaba se había fundido. En consecuencia, cada vez que entraba en el piso donde llevaba cinco años viviendo —y a pesar de conocer la dirección y saber que era su casa—, miraba los muebles, la decoración, las fotografías de las paredes como si estuviera viendo un piso para alquilar: nada le era ni mínimamente familiar.

Así se sentía Macbeth mientras recorría Boston en coche: aunque debería tener la sensación de estar en casa, no era así. Aquella paciente, con una desconexión del mundo patológica y absoluta, había aprendido no solo a aceptar su afección, sino a abrazarla, a verla como un don. Para ella el mundo y el día a día en él eran un descubrimiento, y era capaz de ver su vida con una objetividad de la que los demás carecían. Macbeth, por su parte, se sentía perdido, ni más ni menos.

El taxi tuvo que detenerse al cabo de unas manzanas porque el tráfico había empeorado y apenas avanzaba.

—Qué horror lo de San Francisco. ¿Se ha enterado? —le preguntó el conductor por el retrovisor.

«En el mundo entero —pensó Macbeth—, el mal que por bien no venga del sufrimiento humano es que los taxistas siempre pueden utilizar la tragedia para trabar conversación».

—Algo he oído... Desde luego es horrible.

—Usted me dirá qué puede llevar a un puñado de muchachos tan jóvenes a tirarse del Golden Gate...

Como psiquiatra Macbeth se guardaba media docena de hipótesis en la manga, pero en lugar de eso contestó:

—Y que lo diga.

—Yo es que no entiendo cómo puede nadie elegir un sitio en concreto para quitarse del mapa —prosiguió el taxista, visiblemente desconsolado—. A ver, ¿por qué el Golden Gate? ¿O el bosque ese de Japón...? Por lo visto es el segundo sitio del mundo donde más gente se suicida después del puente de San Francisco... No entiendo nada.

—Yo estoy igual.

—No sé por qué lo harían pero es una auténtica lástima. —El taxista meneó la cabeza y, al cabo, cambiando a un tono alegre de lo más disonante, le preguntó—: ¿Es usted de fuera?

—Sí. Bueno, en realidad, no... Soy de Boston pero llevo muchos años viviendo fuera.

—¿Viene a ver a la familia?

—Más que nada por trabajo, aunque mi hermano vive aquí también. ¿Alguna idea de cuánto puede durar el atasco?

—No sabría decirle. No queda más remedio que esperar. Normalmente no duran mucho. Dígame una cosa: ¿no nos hemos visto antes?

—No lo creo.

Ahí estaba: la conversación que tantas veces había mantenido se repetía una vez más. Resultaba preocupante tener una cara que le era familiar a tanta gente; si a eso se sumaba su pobre memoria autobiográfica, significaba que nunca estaba del todo seguro de si los conocía o no.

—Seguro... —insistió el taxista por el retrovisor—. Segurísimo. En cuanto se ha subido lo he reconocido pero no me acuerdo de dónde.

—A lo mejor me ha llevado usted en otra ocasión.

—No... —El hombre frunció el ceño, en una concentración frustrada, sintiendo que le fallaba la memoria. Macbeth decidió dejarlo estar, como hacía siempre—.

No... en el taxi no fue. Joder, no lo ubico pero lo sé.

—Me pasa mucho. Supongo que tengo una de esas caras...

—Es que no es solo por la cara... —El taxista se mostró más insistente aún—. Antes de abrir la boca ya sabía cómo iba a sonar su voz... como si realmente lo conociera de alguna parte.

—Eso también me pasa mucho. Tengo algo que a la gente le parece reconocible. Será que soy un arquetipo junguiano... —comentó, y se echó a reír.

—¿Eh?

—Nada, nada. —Macbeth se incorporó y se inclinó para mirar por la mampara de metacrilato que lo separaba del taxista y, más allá, por el parabrisas que los separaba a ambos del mundo exterior—. ¿No se ve a qué se debe el atasco?

—A lo mejor es luna llena. ¿Sabe si hoy es luna llena?

—Ni idea, pero ¿qué tiene que ver la luna con el tráfico?

—Todo. Pregúntele a cualquier poli, o a un mensajero. El tráfico se vuelve un infierno. Y no solo eso... cualquier enfermera de urgencias o maestra de guardería se lo confirmará. La gente actúa de forma distinta cuando hay luna llena. No es tanto que se vuelvan locos como que actúan distinto. Toman malas decisiones, cogen caminos equivocados. Se lo digo: cuando hay plenilunio hay más accidentes y más atascos. Es posible que sea la razón de este. No me extrañaría que esta noche fuese luna llena.

—Pues ya le digo que no lo sé.

—Seguro que sí. Hace dos carreras me ha entrado un tipo en el coche que quería que lo llevase a la iglesia de la Ciencia Cristiana (ahora bien, por qué querría ir allí a estas horas de la noche se me escapa), pero el caso es que era de esos callados y no ha dicho nada en todo el rato hasta que, de pronto, se ha puesto a gritarme que había un chiquillo delante del coche. Total, que me he dejado media rueda en el asfalto al frenar y casi me ha embestido por detrás un autobús. Pues no había ningún crío... Tal y como lo está oyendo. Pero eso sí, se veía claramente que el colega estaba convencido de haberlo visto. Lo raro ha sido que por un momento se ha quedado todo conmovido y luego, de repente, se ha vuelto a tranquilizar, como si comprendiera por qué se había equivocado. Luna llena, fijo.

El tráfico empezó a moverse, y Macbeth y el conductor se sumieron de nuevo en el silencio.

Para cuando el taxi se detuvo delante del bar con la marquesina verde, el sol se había hundido en el horizonte y había revestido el centro de Boston de un tono rojizo con sombras aterciopeladas. Era de esas luces que despertaban algo en Macbeth: algo enterrado muy adentro y olvidado hacía mucho. Le entró una especie de melancolía mientras contemplaba el fondo de la calle Beacon, hacia donde la luz del atardecer suavizaba la geometría georgiana de la King's Chapel.

—¿Seguro que no lo conozco de algo? —insistió una última vez el taxista mientras cogía el dinero y la propina que le había dado Macbeth.

—Seguro.

No lograba recordar con exactitud dónde o cuándo había conocido a Peter Corbin pero debió de ser cuando ambos iban a la facultad de medicina de Harvard. Si no se equivocaba, por aquel entonces no eran amigos: Corbin pertenecía a otros círculos y no coincidían muy a menudo. Años después, sin embargo, tras hacer los dos las prácticas en el Beth Israel Deaconess y decidirse ambos por la especialidad de psiquiatría, trabajaron juntos en el McLean y se hicieron amigos. O tal vez no fuesen más que conocidos; Macbeth nunca había estado seguro de por dónde pasaba la línea definitoria entre ambas cosas. Pete Corbin era de esas personas a las que llamaba cuando pasaba por la ciudad para tomarse una copa o cenar. Charlaban de medicina, de políticas hospitalarias y conocidos comunes y se daban un caluroso apretón de manos al final de la noche; en el fondo, sin embargo, no se conocían. Era apariencia de amistad: solo otro de los hilos con los que se teje la red social y a los que uno se aferra.

Así, cuando Macbeth supo que volvía a Boston, lo llamó para quedar con él.

Aunque en teoría el Gathering Stone era un restaurante escocés, entre la fachada de arenisca de Portland, los recargados arabescos en forja verde azulada de la enorme cristalera, el nombre en letras celtas doradas y las pizarras de caballete en la acera llenas de nombres y precios de cervezas y whiskeys escritos a tiza, el local no se esforzaba mucho por distinguirse de los falsos pubs irlandeses tan típicos de Boston. Por dentro era todo de ladrillo visto y pino nudoso, y abundaban las láminas del castillo de Edimburgo y de pelirrojos con falda escocesa blandiendo espadas, en lugar de las típicas postales de pubs irlandeses con bicis en la puerta. Era de esos sitios que no tenían problema en ser una imitación descarada de otra cosa; un plagio franco que no pretendía ser algo distinto, ni que el cliente, por su parte, esperara más que eso, un simulacro: etnicidad de parque temático.

Al tiempo de conocerse Pete Corbin le comentó a Macbeth que su apellido tenía que ser indudablemente de origen escocés. Basándose en esa lógica, un tanto cogida con pinzas, habían convenido tácitamente en que el lugar ideal para verse era el Gathering Stone.

Se encontró a su amigo solo en un reservado, dando cuenta de un whisky de malta bajo una lámina enmarcada de un paisaje de *loch* y montañas de aspecto algo desolado. Alto y desgarrado, con una pelusilla rubia que se extendía por una cabeza abovedada, Corbin llevaba una chaqueta de *tweed*, unos pantalones chinos de color claro y una camisa de vestir azul con el cuello abierto. Su amigo había llegado a dominar, tras un estudio concienzudo de la cuestión, el *look* de académico

desenfadado. Macbeth, por su parte, nunca había intentado emularlo: como tantas otras cosas, sus trajes de corte europeo lo señalaban como el extranjero que era en su ciudad natal.

—¡Hombre, John! —Corbin se levantó con un ligero tambaleo de la silla y le tendió la mano a Macbeth—. ¡Me alegro de verte! Tan elegante como siempre...

—¿Estás bien? —le preguntó Macbeth mientras se sentaba en el reservado frente a su antiguo compañero de trabajo. Había notado cierto agotamiento en las comisuras de la amplia sonrisa de bienvenida de Corbin.

—¿Yo? Estupendamente. Aunque con más trabajo de la cuenta, eso sí. Ya sabes... lo de siempre, lo de siempre. —Sonrió—. ¿Y tú? ¿Cómo anda Europa?

—Muy lejos. Es otra cosa pero no está mal. Aunque me alegro de volver a casa un tiempo. Así me podré poner al día con Casey —Macbeth hablaba de su hermano pequeño, que seguía viviendo en Boston—. Me he enterado de que no te va nada mal, Pete. De profesor en el McLean...

—Ya llevo dos años. —Corbin volvió a dedicarle otra sonrisa cansada.

—Me tienes impresionado —comentó Macbeth.

Un puesto docente en el hospital McLean de Belmont era prácticamente la cumbre del escalafón psiquiátrico. La temporada que estuvo ejerciendo Macbeth en el McLean había sido su última vinculación con el tratamiento de pacientes antes de centrarse en la investigación. El nombre del hospital siempre quedaba bien en el currículum, abría muchas puertas: a él le había abierto las de Copenhague.

Corbin llamó por señas a una guapa camarera con una poblada cabellera rojiza que vino y anotó la copa de pinot gris que le pidió Macbeth. Al hacerlo le sonrió como muchas mujeres solían hacer; desde que había cumplido los quince, las chicas siempre le sonreían de esa manera. Nunca había sabido el porqué: no tenía pinta de estrella de Hollywood, ni era el hombre más seguro del mundo ni el más ingenioso, pero tenía algo que parecía atraer a las mujeres. O tal vez simplemente creyeran haberlo visto antes...

—¿Seguro que estás bien, Pete? —insistió John cuando la camarera le llevó el vino.

—Que sí, estoy bien. Nos hemos mudado a una mansión de Beacon Hill...

—¡Vaya, y tanto que te va bien! —Macbeth levantó la copa para brindar.

—Supongo... Nos han ayudado mis suegros, los padres de Joanna. Si te digo la verdad, de no ser porque están forrados no podríamos habernos permitido nada en Beacon Hill. De todas formas es una casa antigua, histórica, y necesita un montón de reformas. Al final está siendo más engorroso de lo que pensábamos. Aunque es un sitio interesante, lleno de historias oscuras de Boston.

—¿Y eso?

—Era la casa de Marjorie Glaiston. ¿Te suena?

—Pues no, para que te voy a mentir.

—¿De verdad? Pero si el escándalo Glaiston fue casi tan famoso como el caso de Albert Tirrell... —Macbeth se encogió de hombros en respuesta y Corbin prosiguió sin dejarse amilanar—: Bueno, el caso es que a finales del siglo XIX los Glaiston eran dueños de prácticamente la mitad de Boston. Marjorie era una conocida belleza de la alta sociedad. Hasta que la mataron. En nuestras escaleras, ni más ni menos...

—¿La mataron en tu casa?

—Vaya. Tiene gracia. —Corbin se rio sin mucha alegría—. Si hubiese sido una casa en otra parte de Beacon Hill o el asesinato hubiese sido hace un año y no hace un siglo, no habría habido manera de venderla. Se ve que con los años los homicidios se vuelven románticos y cotizan al alza, que el tiempo es un valor añadido. O al menos eso parecía cuando estábamos pujando por ella. Pero bueno, la cuestión es que la reforma está siendo un auténtico engorro...

—¿Y por eso andas tan cansado?

—No solo por eso. Ya te he dicho que llevo un par de meses trabajando como un loco.

—Yo creía que eran gajes del oficio... lo de trabajar como un loco.

—Sí, pero no tanto. —Corbin sacudió la cabeza como para descartar el tema—. De todas formas, mejor no hablemos del trabajo. O al menos puestos a hablar de eso, que sea del tuyo. La historia de Copenhague suena de miedo.

—Desde luego es alucinante.

—Pero ¿de veras crees que puede hacerse?, ¿lo de deconstruir la inteligencia humana?

—No sé si es eso lo que estamos haciendo. Lo que sí es seguro es que pretendemos entender la inteligencia humana.

—Pero he leído en *Nature* que el propósito del proyecto de Copenhague es aplicar la ingeniería inversa a la cognición humana para ayudar a los tecnólogos a desarrollar inteligencias artificiales basándose en ese modelo. Yo diría que, a grandes rasgos, eso es un simulacro de una mente humana.

—Eso es solo una parte, Pete. Yo me encargo de algo especializado.

—¿De qué?

—Como tú mismo has dicho, el Proyecto Uno es un simulacro informático del cerebro humano (del sistema límbico, del neocórtex y todo eso), reproducido neurona a neurona y célula a célula. O mejor dicho, neurona virtual a neurona virtual. Yo me encargo de programar trastornos y observar los cambios que provocan en la actividad neuronal.

—¿Y no hay peligro de que..., en fin..., de que empiece a «pensar»?

—Ese es el objetivo, no el peligro. O por lo menos, hasta un cierto nivel de consciencia propia. En cualquier caso, probablemente sea inevitable: si recreamos la

arquitectura de un cerebro real, la consciencia se genera sola, de forma automática. Piénsalo, Pete..., podremos simular afecciones psiquiátricas y aislar la actividad neuronal correspondiente. Por primera vez podremos ver una mente en funcionamiento. Va a revolucionar la psiquiatría.

Corbin frunció el ceño.

—No sé, John... Lo que estáis creando no podrá distinguirse de una mente humana, y tú estás hablándome de infectarla con neurosis y psicosis...

—Hemos considerado todas las implicaciones morales, y los protocolos del proyecto definen claramente qué constituye la personalidad y qué no. De todas formas la idea es trabajar con partes de la consciencia, no con toda. Pero si Proyecto Uno «se despierta» así sin más, tenemos instrucciones muy estrictas de cómo proceder.

Corbin volvió a poner cara de incertidumbre.

—Pero todos estamos conectados a nuestros cuerpos... a los aparatos linfático, digestivo y endocrino. Nuestro estado mental está tan relacionado con nuestros niveles hormonales, con si hemos dormido bien o mal o con qué hemos comido, como con nuestros cerebros. Esa consciencia sintética de la que me hablas no está conectada con nada.

—Lo hemos tenido en cuenta. El programa simula un ritmo circadiano y niveles endocrinos y reproduce los efectos del entorno, la dieta y la psicología. Estará conectado a un cuerpo «virtual».

—Pero no con el mundo... Seguro que si tu cerebro sintetizado se vuelve autoconsciente se levantará en un mundo privado de sensaciones. Ya habrás leído la investigación que hizo Josh Hoberman en el University College de Londres sobre los efectos psicotomiméticos de la privación sensorial. Sujetos encerrados en cámaras anecoicas, sin luz, empezaron a alucinar ya al cuarto de hora: veían entornos y gentes que no existían. Al parecer, si no tenemos un mundo real a nuestro alrededor, nos lo inventamos... Seguro que el cerebro de tu proyecto hará lo mismo. No creo que debas molestarte en inducirle trastornos psiquiátricos: tu criaturita nacerá con ellos.

—Es que ya hemos pensado en todo eso. Si Proyecto Uno inicia por sí solo una consciencia plena, tenemos programas que simularán información sensorial.

Corbin sacudió la cabeza, como si no le diera mucho crédito.

—Estás de broma... ¿De veras pensáis dotarle de una realidad falsa? Pues deberías bautizar vuestro cerebro sintético con el nombre de René.

—¿René?

—Sí, como Descartes, que dijo que nunca podría demostrar que no era un cerebro en una cubeta al que estuviera engañando un genio maligno. Y ahora resulta que tú eres ese genio... —Corbin volvió a encogerse de hombros—. Lo siento, John, pero me pongo cínico cuando estoy cansado. Creo que un proyecto así es una oportunidad

que solo se tiene una vez en la vida. Supongo que me da más envidia que otra cosa.

—Pues yo no tendría tanta. El director del proyecto, Poulsen, es peor que el capitán Bligh.

—Tú mándame una postal desde Suecia cuando vayas a recoger el Nobel. —Corbin levantó la copa para brindar.

Macbeth se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Créeme, si a alguien de la familia le dan el Nobel, ese será Casey.

—Bueno, tengo celos de ti, John, esa es la verdad. —Corbin sonreía ahora con ganas—. Y hablando de celos, ¿cómo va tu vida amorosa?

—¿Mi vida amorosa?

—Anda, cuéntame, que yo vivo como un cura. ¿No estás más cerca de sentar cabeza? Pasara lo que pasase con... ¿Melissa, se llamaba así?

—Melissa se mudó a la Costa Oeste por un trabajo. —Macbeth esbozó una sonrisa forzada—. A California. Hemos perdido el contacto.

—Pues es una pena —comentó Corbin sacudiendo la cabeza—. Un contacto así no es para perderlo. Era una mujer muy especial, John...

—Lo sé, pero son cosas que pasan... Por lo menos a mí. No es muy fácil convivir conmigo.

—Una auténtica lástima... —La expresión distante de Corbin hacía pensar que estaba imaginando a Melissa en su cabeza.

—¿Por qué no me cuentas lo que te pasa en el trabajo? —le preguntó Macbeth para cambiar de tema.

—Ya te lo he dicho: nada de curro...

Quedó claro que Corbin se mostraba tan reacio a hablar de su trabajo como él de su vida privada, de modo que volvieron a conversar de trivialidades.

Se pasaron la siguiente hora comiendo y charlando, pasando solo de puntillas por la vida del otro. Macbeth se sorprendió llevando casi toda la conversación, contándole a Corbin sobre su trabajo en la universidad y su vida en Copenhague; sobre las similitudes y las diferencias con vivir en Estados Unidos y sobre cómo cambian la personalidad y las expectativas para encajar en el ambiente. Corbin sonreía, asentía y hacía alguna que otra observación. Saltaba a la vista, no obstante, que seguía con la cabeza en otra parte y tenía los ánimos más minados aún por el cansancio. Macbeth decidió acortar la velada en la medida de lo posible. Cuando volvió la guapa camarera de pelo cobrizo, Macbeth se saltó el postre y pidió directamente café.

—Perdona, he sido una compañía penosa —reconoció su amigo.

—Nada de eso. Ha sido estupendo ponerse al día. Pero entiendo que estás bajo mucho estrés. Ojalá me contaras lo que pasa en tu trabajo...

Corbin se disponía a responder cuando le sonó el móvil.

Josh Hoberman. Virginia

A Josh Hoberman le iba el corazón a cien por hora.

Al volver en sí con una inmediatez y una rotundidad vertiginosas, sintió el ardor del reflujo gástrico por el esófago. Se incorporó de golpe en la cama y se quedó tieso, sin moverse, conteniendo la respiración e intentando averiguar qué le había arrancado del sueño de esa manera. Estaba todo en silencio, o casi. Oyó una sirena de policía o de ambulancia a lo lejos, por la carretera norte de la costa, y un perro que ladraba a la misma distancia.

En la casa nada... ni cerca.

Dejó de contener la respiración, suspiró y cogió el reloj de la mesilla: las doce y media. Habría sido una pesadilla, un mapache trasteando por el cubo de la basura o la ingesta excesiva de café. En cualquier caso Hoberman sabía que no conseguiría dormirse en menos de una hora. Fue al baño, orinó, tiró de la cisterna y se lavó las manos mirándose en el espejo. Alguien había robado su reflejo y lo había sustituido por el de su padre: la misma cara, los mismos ojos tristes y la misma figura. Estaba haciéndose viejo. Aunque acababa de cumplir cincuenta años, las bolsas de cansancio que tenía bajo los ojos le sumaban media década. Conservaba, pese a todo, una buena pelambrera, poblada y oscura. Algo era algo... Pero tenía que tomar medidas con el peso; estaba demasiado obeso para su altura y se le había concentrado todo en la cintura: el michelín del infarto. Su padre había muerto de uno... a los cincuenta y cuatro.

Hoberman decidió ir al estudio y trabajar una hora. El truco estaba en hacer algo necesario pero tedioso, cualquier cosa que lo cansara en lugar de estimularlo.

La suya era una casa antigua, de unos ciento cincuenta años, aislada en medio del campo, a casi dos kilómetros de la carretera y rodeada por el abrazo del espeso bosque de Virginia. Le ofrecía la reclusión que buscaba; aunque eso también conllevaba cierto grado de incertidumbre, de peligro.

No se molestó en ponerse la bata cuando salió al rellano y encendió la luz. Una de las ventajas de vivir en medio de la nada era que no había vecinos ni transeúntes al acecho. Allí mismo, desnudo en el descansillo salvo por los calzoncillos, lo oyó: algo o alguien fuera, moviéndose alrededor de la casa. Bajó corriendo las escaleras de madera y se fue directo al despacho, donde abrió el cajón del escritorio y sacó la Jericho 941 semiautomática que guardaba allí. Se quedó mirándola un momento,

asombrado de lo extraña que resultaba en su mano e intentando averiguar qué leches pensaba hacer con eso. Había sido Benjamin, su hermano pequeño, quien le había dado la pistola de fabricación israelí, e incluso le había gestionado la licencia. Había insistido en que era esencial que la tuviera para protegerse, viviendo como vivía tan perdido. En las manos de Benny no habría quedado nada raro; su hermano sabía cómo manejar un arma, una situación y a una mujer. No se parecían ni en el blanco de los ojos.

Llegó otro sonido de fuera, y Josh se sorprendió deseando que Benny estuviera allí: él habría sabido qué hacer.

Empuñó el arma, quitó el seguro y comprobó que la corredera estuviese encajada hasta el fondo, como le había enseñado Benny. Al volver al pasillo apagó las luces y avanzó hacia la puerta de entrada. Se detuvo entonces y aguzó el oído para ver si le llegaba algún otro sonido del exterior, pegando la cabeza al roble grueso de la puerta.

El aporreo fue tan fuerte que a punto estuvo de caérsele el arma. Solo la policía llama así a la puerta en plena noche: igual que aquella en Colonia, cuando fueron a por sus abuelos y su padre, que tenía doce años.

—¿Profesor Josh Hoberman? —La voz derrochaba profesionalidad, autoridad—. ¿Profesor Hoberman? —repitió al ver que no respondían.

Este respiró hondo y contestó:

—¿Quién es?

—Soy el agente especial Roesler, señor, del FBI. He venido con el agente especial Forbes. ¿Podríamos hablar con usted?

—Un momento...

Josh miró a su alrededor: al vestíbulo y la escalera, al estudio a la izquierda, con su barriga cervecera por encima del elástico de los calzoncillos y la pistola en la mano. ¿Qué hacía allí el FBI? En caso de ser cierto... Encendió la luz del porche, puso la cadena de seguridad y abrió solo una rendija, con la pistola en ristre pero escondida tras la puerta. Dos rapados en traje le devolvieron la mirada. Detrás, en el camino de entrada, había un Crown Victoria negro con una tercera silueta tras el volante.

—Déjenme ver sus identificaciones. —Josh intentó dar a su exigencia el mayor tono de autoridad que pudo.

—Desde luego, profesor Hoberman.

El joven no se limitó, como Josh había esperado, a mostrarle la documentación desde lejos sino que le tendió la cartera de cuero negro por la rendija de la puerta. El psiquiatra la estudió con detenimiento, mirando de la fotografía a la cara de la puerta y de vuelta a la foto, como si tuviera la más remota idea de cómo distinguir una identificación falsa de una auténtica.

—¿Qué quieren? ¿Saben qué hora es? —Josh le devolvió la cartera.

—Sí, y sentimos molestarlo tan tarde, profesor Hoberman —le respondió el agente Roesler sin asomo alguno de disculpa—. Pero se necesita su ayuda en algo importante, señor.

—¿Que se me necesita para qué?

—Me han dado órdenes de entregarle esto... —Roesler le pasó un sobre lacrado que Josh abrió y leyó.

—¿Sabe lo que hay aquí dentro? —le preguntó al joven agente del FBI al terminar de leer la nota—. ¿Sabe quién me lo manda?

—No, señor. Solo hemos venido para llevarle adonde requieren su presencia.

Josh se quedó mirando por un momento a los dos agentes mientras intentaba discernir si de verdad estaba pasando lo que estaba pasando.

—Denme diez minutos para que me vista y ahora bajo —dijo por fin.

Cerró la puerta y, antes de dar media vuelta y subir las escaleras, volvió a mirar la nota.

Llevaba estampado el sello de la presidencia de Estados Unidos.

John Macbeth. Boston

Confinado por unas ventanillas que no podía bajar, unas puertas que no podía abrir y la gruesa malla que lo separaba del conductor uniformado, a Macbeth empezó a entrarle el pánico en el asiento trasero del coche patrulla. Aquel no era, ni por asomo, un entorno que le ofreciera armonía alguna.

Intentó concentrarse en la ciudad que iba viendo al otro lado de la ventanilla.

La tarde despejada había dado paso a una noche encapotada mientras cenaba con Corbin, y las calles se habían llenado de charcos. El poli no utilizaba ni la sirena ni las luces salvo en los cruces, donde un *niinoo-niinoo* apocopado servía tanto para despejar el camino como para que Macbeth pegara un brinco. Atajaron por el parque Common para llegar a la calle Charles, donde las siluetas de los árboles le extrañaron por su bidimensionalidad, como si fueran el telón de fondo de un decorado, antes de doblar hacia el destello imponente del pabellón del Prudential Center. Mientras recorrían la avenida Huntington, Macbeth vio más coches patrulla azules y blancos cortando el acceso a la plaza que rodea la Primera Iglesia de la Ciencia Cristiana.

—¿Es usted el loquero? —le preguntó a Corbin el poli con galones de sargento y cara de pan irlandesa al salir del coche.

—Soy el doctor Corbin, el psiquiatra de guardia, si se refiere a eso. Este es un colega, el doctor Macbeth... —le explicó mientras este último salía también del coche.

El poli no hizo el más mínimo caso a la presencia del segundo psiquiatra.

—Vale. El tema es que tenemos a un chiflado religioso, o eso parece. Está con el culo al aire ahí encima del tejado de la iglesia. Al parecer es el arcángel Gabriel.

—¿Hay ya alguien hablando con él? —quiso saber Corbin.

—El padre Mullachy. Ha venido de la iglesia de Saint Francis, que está aquí al lado. —El poli tenía el mismo acento marcado de Boston que el taxista: «Aqualado»—. Lo he mandado arriba acompañado por uno de mis hombres. Nunca se sabe cuándo a un colgado le va a dar por llevarse a alguien más por delante, como lo que ha pasado en San Francisco.

—¿Han mandado a un cura católico para hablarle? —preguntó con una sonrisa Macbeth—. Es raro que los de la Ciencia Cristiana no lo hayan convertido en un

problema de jurisdicción.

El sargento lo miró de arriba abajo sin decir nada antes de encabezar la marcha por la plaza. Delante tenían un edificio con una cúpula enorme que a Macbeth se le antojaba un cúmulo de todos los estilos posibles de arquitectura religiosa: medio iglesia, medio catedral, mitad basílica, mitad mezquita. Siempre había tenido la impresión de que la Iglesia Madre de la Ciencia Cristiana, en pleno centro de Boston, habría quedado mejor en un parque temático para religiosos. O en Las Vegas.

La visitó de pequeño —Macbeth, Casey y su padre, turistas en su propia ciudad—, y recordaba la impresión que le produjo en su momento la escalera del interior. La arquitectura religiosa siempre le había fascinado, sobre todo la forma en que las dimensiones están pensadas para abrumarte e intimidarte: para recordarte lo grande que es Dios y lo pequeño que es el hombre. Lo que más le gustó fue el «mapario» de la biblioteca de Mary Baker Eddy: una enorme encapsulación, de tres plantas y en forma de globo terráqueo del revés, del mundo tal y como era en 1935.

El sargento de la local condujo a Corbin y a Macbeth por delante del espejo de agua, un rectángulo alargado de agua negra que relucía en la noche bostoniana.

—Ahí lo tienen...

El sargento señaló hacia un tejado plano en torno a la cúpula que tenía un murete a modo de parapeto; estaba en la parte original de la estructura, como a mitad de altura. Había una figura desnuda apostada en un merlón del muro.

Con la mirada fija en algún punto.

Parecía tener los ojos clavados en algo más allá de la ciudad, en el cielo. Macbeth siguió su mirada pero no logró ver nada. Pese a la distancia, supo que no había urgencia ni estrés en la forma en que el hombre estaba apostado, con los brazos caídos a ambos lados. La visión le removió recuerdos incómodos de un paciente del McLean, el último antes de consagrarse a la investigación pura y dura.

—Tal vez no vaya en serio —sugirió Corbin al sargento—. No es seguro que se mate si salta.

—A lo mejor... —respondió el policía evaluando la caída—. Pero picar, le va a picar.

«Levapica». Ambos psiquiatras lo siguieron entonces hasta una puerta lateral que daba a un almacén, desde donde subieron por una escalera de uso interno. Cuando salieron al tejado junto a la cúpula, todo parecía distinto, y el cambio de altura y de perspectiva desestabilizaron a Macbeth.

Ya de cerca, al ver de nuevo al hombre de pelo claro, volvió a parecerle tranquilo sobre el murete, en calma, casi sereno. No era el típico suicida. Macbeth le echó entre veintimuchos y treinta y pocos años. Desde detrás, ligeramente de perfil y sin ropa, tenía un aspecto delgado y pálido, salvo por la cintura abombada por encima de las caderas: un michelín de grasa blanda que auspiciaba un futuro problema de peso. A

Macbeth siguió dándole la impresión de estar mirando hacia lo lejos, a la oscuridad del cielo o más allá de la ciudad.

El cura debía de ser de la misma edad que el hombre; estaba agachado, con una rodilla en el suelo y el codo apoyado sobre la otra, casi en una genuflexión. Se había posicionado a un lado del hombre desnudo, casi a dos metros, y Macbeth oyó que estaba sermoneándolo, en un tono suave y condescendiente sobre el sexto mandamiento y matarse a uno mismo.

—Lo que nos faltaba —le susurró Corbin a Macbeth—, alguien que acreciente su manía religiosa. Dos lunáticos por el precio de uno...

—El padre Mullachy lo está haciendo bien —lo defendió el policía más joven, cuya cara rebosaba la hostilidad acumulada tras diez generaciones de creencias absurdas. Podía haber sido perfectamente el hijo del sargento.

—¿Se da cuenta de que si su cura refrenda el delirio de ese hombre, tal vez consiga convencerlo para que se tire? —Corbin sacudió la cabeza y le dijo a Macbeth —: Es mejor que te quedes aquí, John, no estás de servicio.

—Me quedaré mirando y aprendiendo...

Macbeth sonrió y se puso al lado del poli joven y del sargento con cara de pan. Desde esa posición ventajosa pudo ver algo más del perfil del hombre desnudo.

—¿Dicen que se ha proclamado el arcángel Gabriel? —le preguntó Corbin al sargento.

—Algo por el estilo. O a lo mejor se llama Gabriel, en realidad, pero ya sabe cómo son estos colgados, se les suelta la lengua y no dicen nada más que disparates. No ha parado de soltar lindezas, como que si sabe la verdad, tiene un mensaje y esas mierdas. Lo raro es que está más suave que la seda.

Corbin asintió y se fue acercando al cura y al hombre del muro.

—Hola, me llamo Peter... Me gustaría hablar contigo. ¿Te importa si me acerco?

—No, pero sin pasarte.

El hombre respondió con calma, en voz baja, mientras que el cura joven se volvió hacia Corbin y levantó una mano como para que se detuviera, la cara contraída en una mueca de impaciencia. Corbin lo ignoró y atravesó la terraza.

—No pasa nada —dijo el hombre desnudo sin volverse.

—Hola —repitió Corbin—. Me llamo Peter. ¿Cómo quieres que te llame?

—Se llama Gabriel —intervino el cura.

—¿Te llamas así? —le preguntó al hombre desnudo, antes de pedirle al cura en tono sosegado y regular—: Apártese, padre. El remedio puede ser peor que la enfermedad.

—Estoy aquí para velar por un alma en apuros. Tengo derecho a estar aquí.

—Pues apártese un poco por lo menos. —Corbin deslizó un viso acerado de advertencia en la voz pero el cura ni se inmutó. El psiquiatra decidió concentrarse en

el supuesto suicida—. ¿Es tu nombre de verdad? ¿Te llamas Gabriel?

El hombre desnudo no dio muestras de haberle oído y siguió mirando la ciudad.

—Puede llamarme Gabriel —dijo por fin, ausente, como si hablar con Corbin lo distrajera de algo—, o como le venga en gana. Todo puede recibir un nombre pero eso no quiere decir que sea eso que se le llama. Que le pongas un nombre a algo no quiere decir que lo sea. Dime, Peter, ¿eres psiquiatra?

—He venido a ayudarte, Gabriel. Eso es lo más importante, aunque para responderte te diré que sí, que soy psiquiatra.

—Entiendo. Has venido a observarme —contestó Gabriel todavía distraído por algo que solo él podía ver, muy a lo lejos, por encima de la ciudad—. Para observar y evaluar mi estado. Aunque, si no te importa que te lo diga, son dos conceptos contradictorios... En física cuántica el efecto del observador demuestra que el propio acto de observar modifica el estado de lo observado. ¿Lo sabías?

—No solo he venido a observar, Gabriel. Estoy aquí para ayudar.

—Para impedir que me tire.

—Para ayudarte. Para ayudarte a solucionar esto.

—Lo que yo digo: para impedir que me tire. Vivimos en un multiverso de universos superpuestos de posibilidades infinitas, de modo que conseguirás el resultado que quieres: no saltaré. Y saltaré. Saltaré y sobreviviré. Saltaré y me mataré. No hay opción. Pasarán todas esas cosas. Y ninguna.

—¿Por qué has subido aquí, Gabriel? Cuéntame.

—Yo no estoy aquí, no existo.

—Eso suena un poco raro. Por supuesto que estás aquí.

—¿Raro? No te creas. Yo sé que no estoy.

—¿Has consumido algún tipo de drogas esta noche, Gabriel?

—¿Vitamina K? —El chico rio por lo bajo—. No, Peter, no he tomado ketamina ni nada por el estilo. No estoy sufriendo de una despersonalización inducida por una droga. Es solo que no estoy aquí.

—Pues yo te estoy viendo, Gabriel, luego estás aquí.

—¿Ah, sí? —cuestionó este, que de pronto ahogó un grito y se balanceó hacia delante.

Todos miraron para ver qué lo había sorprendido pero no vieron nada. Por un momento el hombre desnudo se quedó paralizado, hasta que al poco la tensión se disipó de su rostro.

—¿Ah, sí? —repitió, una vez más como si Corbin lo distrajera de un acontecimiento que estuvieran emitiendo en una pantalla de televisión gigante solo para él—. Estoy aquí porque me ves, ¿así lo entiendes tú? De modo que, si apartas la vista, ¿ya no estaré?

—Estabas aquí antes de que subiera al tejado, Gabriel. Estabas aquí hace un

cuarto de hora, cuando me llamó la policía. Y quince minutos antes, cuando el guardia de seguridad dio la voz de alarma. Entonces no te veía pero estabas aquí, ¿no es así?

«Y antes de eso», pensó Macbeth recordando el relato del taxista sobre el pasajero distraído al que había llevado a la plaza de la iglesia de la Ciencia Cristiana.

El joven frunció el ceño y contestó:

—Recuerdo estar aquí hace un cuarto de hora. Recuerdo estar antes de que tú me miraras. Pero estoy recordándolo ahora, ese recuerdo de existencia se ha generado en este mismo momento. Tal vez sea el recuerdo actual lo que es real y no la existencia pasada. Que recuerde haber estado aquí hace un cuarto de hora no significa que estuviese de verdad.

—¿Sabes una cosa? No me gustan las alturas, nada de nada. Nunca me han hecho gracia. ¿Por qué no te bajas del borde, anda? Solo un poco... —Corbin lanzó una mirada para llamar la atención de los policías que estaban al lado de Macbeth—. Nadie va a acercarse, es solo para que hablemos. Prefiero charlar sin el miedo a caerme, la verdad...

—La altura es una dimensión, una medida. Lo que te da miedo no es esa medida, sino la fuerza que ejerce sobre tu masa: la gravedad. Y de eso no tienes por qué tener miedo.

—No estaría yo muy seguro, Gabriel. He visto cómo la gravedad dejaba hechas una pena a personas que se tiraron de sitios menos altos.

—De las cuatro fuerzas fundamentales del universo la más débil es, con mucho, la de la gravedad. Las otras tres le ganan el pulso. La doblan, la retuercen y se la cargan. Si quieres asustarte de una fuerza, mejor teme el electromagnetismo o la fuerza nuclear. Teme las fuerzas que no ves ni sientes pero que son las que te mantienen de una pieza y pueden destrozarte en cualquier momento. A la gravedad, no. —Gabriel suspiró—. Si no te gustan las alturas, échate para atrás. Yo estoy aquí muy bien. ¿Sigue ahí el padre Mullachy?

—Aquí sigo, hijo mío. —El religioso se incorporó y miró agitado por encima del muro del edificio.

—¿Cómo se llama, padre? Su nombre de pila.

—Paul. Me llamo Paul.

El hombre desnudo se echó a reír.

—Peter, Paul y Gabriel... Dos santos y un arcángel. ¿Usted cree en los ángeles, padre?

—Yo creo que Dios se manifiesta de muchas maneras, Gabriel. De muchas maneras y a mucha gente.

—No le he preguntado si cree en Dios. No le he hecho una pregunta vaga para que me responda con una contestación aún más vaga. Le he preguntado en concreto si

cree en los ángeles..., ya sabe, esos seres antropomórficos con alas gigantes en la espalda...

—Eso no es un ángel, hijo mío. Un ángel es un mensajero de Dios, o el mensaje en sí. Es más un ser espiritual que...

—¿Y tú crees en ángeles, Gabriel? —Corbin decidió cortarle el rollo al cura.

Gabriel se rio con amargura.

—¿Que si creo? Yo no creo en nada, aunque lo raro es que la nada en la que creo es una nada donde absolutamente todo es posible: todas las cosas, las ideas, las alternativas. Incluso los ángeles. Si tú eres psiquiatra, Peter, sabrás que los ángeles son reales; no para todos pero sí para algunos. Estoy seguro de que has tenido pacientes que creían, que estaban completamente convencidos de haber visto ángeles. Que existan solo en sus mentes y en la de nadie más no quiere decir que no sean reales. Ángeles, demonios, fantasmas... —Hizo una pausa; su tono se había vuelto atribulado—. Y monstruos. Me juego la cabeza a que los has visto a todos, los has tratado y los has curado. ¿Me equivoco? ¿Has curado a alguien de su creencia en los ángeles?

—He ayudado a pacientes con trastornos delirantes, si es a eso a lo que te refieres.

Se produjo una pausa. Gabriel seguía con los ojos clavados en algo remoto que nadie más veía.

—Has estado muy ocupado últimamente, ¿verdad, Peter? —dijo por fin—. En estas semanas has tenido que espantar muchos ángeles y muchos fantasmas. Muchos, muchísimos más de lo normal... ¿Es verdad o no?

Se produjo una nueva pausa, aunque esta vez el que se quedó callado fue Corbin, un silencio que dejó preocupado a Macbeth.

—¿Por qué lo dices? —preguntó por fin su amigo.

—¿Ves? Tengo razón. Hay más gente de la cuenta buscando una cura para sus visiones. ¿Qué les dices? ¿Que están locos? ¿O también te han entrado a ti? ¿Ves como una cosa rara por el rabillo del ojo? Esas son las peores, las que te vuelven loco... Nunca están cuando te vuelves. ¿Te ha estado pasando, Peter? ¿Te has convertido ya en el vidente que ve visiones? ¿Qué haces ahora, les dices a tus pacientes que siempre habían tenido razón, que los ángeles están de camino?

Una vez más Macbeth notó que su amigo hacía una pausa antes de contestar. En el silencio que medió oyó los sonidos del tráfico de la ciudad en penumbra y risas y gritos en la distancia: sonido ambiente.

—¿Tú ves ángeles? ¿Eso es lo que estás viendo ahora mismo en el cielo?

El joven volvió a reír.

—Deja de elucubrar y de desviar la cuestión. Quiero saber si alguna vez te has cuestionado la realidad que te describen tus pacientes... ¿Alguna vez te has ido a la cama y te has preguntado en la oscuridad de la noche si su realidad será la válida y la

tuya la falsa? No sé, me imagino que debes de encontrarte con el mismo número de personas que tienen su propia versión de la realidad que las que comparten la versión oficial.

—Todos sabemos cuál es la realidad verdadera, Gabriel.

El hombre desnudo rio una vez más.

—¿Hablas de una realidad consensuada? ¿La realidad es la realidad cuando la suficiente gente cree en ella? ¿Y si todo el mundo... (y cuando digo todo es todo) empieza a tener visiones? ¿Todos menos tú? ¿Significaría eso que eres tú el que tiene delirios? Te voy a poner un ejemplo: aquí el padre Mullachy ha dedicado su vida a servir a un ente sobrenatural, pero eso se acepta porque su fantasía tiene una larga historia y sigue habiendo cierto consenso que la respalda. Sin embargo, si se dedicara al mismo conjunto de creencias pero dijera que es un ratón gigante que vive en las nubes quien exige aquí su presencia, porque al ratón gigante le preocupa mi bienestar espiritual, eso no sería aceptable. Dirías que delira. Todo un tema, ¿no te parece?

—El único tema que me interesa ahora mismo es por qué estás aquí, Gabriel.

Se produjo otro silencio tenaz antes de que el hombre hablara:

—¿Has visto alguna vez una rana dardo dorada? Son muy bonitas, de muchos colores brillantes y hermosos, no solo doradas. Y diminutas, no más de cinco centímetros. ¿Sabes lo que no entiendo de las ranas dardo? Cómo un ser tan pequeño y bonito puede ser el animal venenoso más letal del planeta. Una rana, ¡de cinco centímetros, no te lo pierdas!, puede matar a cinco elefantes africanos en un minuto. O a veinte o treinta humanos. Si posas tu mano desnuda en una rama donde ha estado una hace una hora, sus secreciones cutáneas pueden matarte. No lo entiendo, la verdad... Oiga, padre, ¿no tiene respuesta para eso? ¿Para qué crea Dios algo tan bonito y luego lo hace también tan tóxico?

—En la creación de Dios hay lugar para todas las cosas, Gabriel. Hay maravillas que tal vez nunca logremos comprender. Puede que sus razones se nos escapen por siempre jamás.

Gabriel se echó a reír y, al hacerlo, su cuerpo desnudo volvió a tambalearse. Macbeth vio que Corbin se ponía tenso.

—Esa es buena... Me gusta... «Maravillas que tal vez nunca logremos comprender». ¿Eso qué es, la tarjeta de «queda usted libre de la cárcel» del papa? Pues le diré que lo cierto es que sí que intentamos comprender. A ver, de los ocho o nueve millones de especies, somos la única que intenta encontrarle un sentido a todo esto. Para mí, por ejemplo, la rana dardo dorada carece de sentido porque tiene miles de veces más veneno del que necesita para matar a cualquier depredador. ¿Y sabe qué? Nosotros somos iguales, tampoco tenemos sentido. A ver, si no: ¿para qué somos tan listos? No necesitamos tanta inteligencia.

—No te sigo —reconoció Corbin.

—Pues que igual que la rana dardo tiene más veneno del necesario, nosotros tenemos más poder cerebral de la cuenta. En realidad no necesitamos tanto para ocupar el puesto de lo alto de la pirámide. Mira todo esto. —Abrió los brazos como para señalar la destellante Boston nocturna—. Todo esto lo ha creado un simio. El arte, la ciencia, la música... nada tiene sentido, es absurdo. Todo es absurdo. ¿Tú qué crees, Peter? Tú te dedicas a observar, medir y poner a prueba la mente humana... ¿Cómo lo ves tú?

—¿El qué, la inteligencia humana? —Al tiempo que contestaba, Corbin se adelantó un paso, en un gesto torpe que pretendía ser desenfadado. Se encontraba ya a medio camino entre Macbeth y el hombre desnudo—. Tú mismo lo has dicho: estamos en la copa del árbol evolutivo, y lo que nos ha traído aquí ha sido nuestra inteligencia.

—Pues perdona que te diga, Peter, pero eso es mentira y lo sabes. ¿Qué pasa con los dinosaurios? Ciento treinta millones de años en lo alto del árbol, un éxito infinitamente superior al nuestro, y eso sin necesidad de tecnología, civilización ni cultura. Nuestra inteligencia es ahora mismo una amenaza evolutiva, no una ventaja... ¿En cuánto tiempo ha logrado ponernos al borde de la extinción? ¿Doscientos mil años de humanos modernos? ¿Cincuenta mil años de modernidad conductiva? Vamos, eso no es ni un parpadeo del ojo de la evolución. Pero en ese mínimo espacio de tiempo hemos conseguido exterminarnos unas cuantas veces, poco más o menos. Pues sí, Pete... los dinosaurios nos ganaron, eso es así. —Volvió a indicar la ciudad extendiendo el brazo—. Superaron todo esto.

—Yo puedo responder a tu pregunta —intervino el cura, que se adelantó con paso incierto y una vez más miró agitado hacia el otro lado del parapeto—. Nuestra sabiduría y nuestras ganas de conocer son un don divino. Nos las dio Dios para que podamos intentar comprenderlo a Él. Y para que consigamos conocer nuestros pecados... su naturaleza. Así podemos esforzarnos en conocer a Dios.

—¿Y si le digo que yo conozco a Dios, que lo conozco de un modo que usted nunca en su vida comprendería? Que entiendo perfecta y plenamente la naturaleza verdadera de Dios.

—No, hijo mío, eso no es así —repuso el cura.

—Pero es verdad —respondió Gabriel dejando traslucir por primera vez cierta emoción, casi dolor, en la voz—. Usted es el que delira. Yo he visto la respuesta, la verdad, padre. Y es grande, una verdad muy grande. Mucho, y está tan lejos de las figuraciones de su diminuta mente supersticiosa que sería incapaz de comprenderla. —Se detuvo, de nuevo como sondeando las luces de la ciudad—. Tanto que ni yo la soporto...

Una corriente llegó desde abajo, desde la plaza, y le levantó y le revolvió el flequillo de pelo claro. Gabriel se inclinó algo más hacia delante y miró hacia abajo.

Macbeth contuvo el aliento y notó que los dos polis que tenía al lado hacían otro tanto. Pete Corbin se adelantó también y miró.

Luego, inesperadamente, Gabriel retrocedió: se bajó del murete y se apartó del borde. El padre Mullachy miró a Corbin con una expresión de triunfo mal disimulada.

—Mejor que vayas a por una manta —le dijo el sargento al poli joven antes de avanzar por el tejado.

Entre tanto el cura se había acercado a Gabriel y le había puesto una mano en el hombro desnudo a modo de consuelo.

—Todo va a salir bien, hijo mío.

—No lo ha entendido, Paul —contestó el otro con una voz que sonó de repente más clara y resuelta—. Estamos convirtiéndonos, estamos convirtiéndonos.

—¿En qué? —preguntó el cura con el ceño fruncido.

Macbeth comprendió luego que había sido el primero en verlo; los demás estaban demasiado ocupados con el papel que tenían asignado, mientras que él no era más que un observador. Y observó el cambio súbito en la conducta de Gabriel; la animación repentina en una cara hasta entonces inexpresiva y un cuerpo flemático.

—Verá, padre Paul, lleva usted media vida haciéndose la pregunta equivocada. Ha estado preguntándose quién es Dios, pero no es cuestión ni de quién ni de qué ni dónde. La verdad es saber cuándo está Dios. Y yo lo sé. Estamos convirtiéndonos... Estamos convirtiéndonos... —Gabriel, sin borrar la sonrisa, dio un paso y le dio al joven cura un abrazo de oso—. Venga y verá.

Para entonces Corbin corría hacia ellos, con los dos polis y Macbeth a la zaga. Todos se quedaron paralizados de golpe cuando Gabriel, todavía abrazado a Mullachy, se lanzó de costado al vacío.

Como el murete bajo y almenado que bordeaba el tejado solo les llegaba a los dos hombres por la mitad de la pantorrilla, cayeron por el borde y se perdieron de vista: Gabriel en silencio y Mullachy gritando con un terror atávico.

Josh Hoberman. Virginia

*J*osh Hoberman se recostó en el asiento trasero del coche negro y se sintió mareado.

Mientras salvaban el largo sendero hasta la carretera, vio cómo el terciopelo negro de los árboles se tragaba su casa y sofocaba la luz del porche que había olvidado apagar. Se había comprado un todoterreno para recorrer el camino sin asfaltar que separaba la casa de la estación de trenes, donde tres veces por semana cogía el cercanías para ir a la clínica que tenía en Washington. El resto de los días trabajaba en casa, aislado. La suspensión del Crown Victoria en el que iban allanaba los baches y los surcos de la carretera para convertirlos en sacudidas y arremetidas ligeras, y esas turbulencias reverberaron en el estómago de Hoberman.

—¿Adónde vamos? —le preguntó a Roesler, que iba detrás con él, mientras que los dos agentes trajeados, pasmarotes en silencio, iban delante. ¿Por qué habrían mandado a tres agentes?

—Supongo que lo llevan a Washington, señor, pero tampoco se lo puedo asegurar —contestó Roesler con la misma cordialidad. Hoberman comprendió que para el agente no era más que un paquete que tenía que entregar—. Nosotros vamos a llevarlo a la base aérea de Culpeper. Desde allí lo trasladarán en helicóptero.

—¿A Washington? Pero si en coche solo se tarda hora y media...

—Como le digo, no sé a ciencia cierta cuál es su destino final, profesor Hoberman. Supongo que podrán informarle mejor en Culpeper.

Cuando llegaron a la carretera principal, Hoberman pudo recostarse en el cuero y reflexionar sobre la naturaleza de la memoria heredada y de los memes culturales. Era un judío al que unos agentes armados del Gobierno se habían llevado en medio de la noche, sin saber decirle cuál era su destino final; el nieto de un judío muerto décadas atrás al que se habían llevado en medio de la noche unos agentes armados del Gobierno, sin saber decirle cuál sería su destino final.

El resto del trayecto de media hora lo pasaron en silencio, hasta que el trajeado del asiento delantero llamó para avisar de que «se acercaban al punto de encuentro». A Hoberman no le sorprendió mucho ver el aeropuerto regional de Culpeper cerrado a esas horas de la noche, pero un guardia de seguridad les hizo un breve saludo militar y dejó pasar el coche.

Con un destello de escarabajo gigante bajo las luces del aeropuerto, un gran helicóptero negro esperaba en la pista, con los rotores ya en marcha cuando el coche

se detuvo. Roesler y otro agente lo llevaron con una delicadeza irresistible por debajo de las aspas giratorias hasta los escalones que subían a la puerta. El hombre que estaba enmarcado por el umbral vestía de paisano, con un polo negro de manga corta, pantalones cargo claros y una sonrisa sobreactuada.

—¿Profesor Hoberman? —Extendió la mano y la sonrisa—. Gracias por venir a estas horas intempestivas. Soy el agente Bundy. Vamos a acomodarlo.

—¿Bundy, como el asesino?

—No hay parentesco alguno...

El agente secreto respondió de forma automática, todavía sonriendo amablemente, y se apartó para dejar que Hoberman pasara por el pequeño espacio que había entre la cabina del piloto y la otra puerta, que abrió. Hoberman se fijó en lo bronceado y lo musculoso que estaba el hombre: los músculos profesionales de alguien cuyo trabajo requiere tanta materia gris como fuerza bruta. También vio que tenía unos ojos impresionantes: de dos colores, los iris eran de un azul vivo por fuera y de color avellana claro en torno a las pupilas.

—Por aquí, profesor Hoberman.

La parte de los pasajeros lo sorprendió: era luminosa y lujosa, con unos sillones de cuero color crema como no había visto en ninguna aerolínea, ni siquiera en clase ejecutivo. Bundy le presentó al otro hombre que había en la cabina, Bob Ryerson, quien vestía un traje negro con pinta de valer un buen pico, y tenía un aspecto indecentemente acicalado y fresco para esas horas de la noche. Su físico había salido de la misma caja que el de Bundy.

—¿Esto qué es, el Marine One? —preguntó Hoberman.

Bundy rio y repuso:

—No, señor, el que suele utilizarse es un cacharro más grande. Pero el Marine One es cualquier helicóptero que lleve a bordo a la presidenta, y solo cuando la presidenta está dentro. No obstante, no va muy desencaminado al pensar que es un HMX-1: un helicóptero Squadron One de la Marina... transporte ejecutivo presidencial. Por favor, siéntese y abróchese el cinturón para el despegue.

—Y bueno, usted y Bob, ¿qué son? ¿De la CIA, de la NSA, del FBI o del DHS? —preguntó Hoberman sin sentarse aún—. ¿O se me ha escapado alguna de las siglas de la sopa de letras de espías del país?

—Pues yo diría que un poco todas las que ha dicho —replicó Bundy sin borrar la sonrisa—. Oficialmente soy un agente especial del FBI pero los requisitos de mi trabajo se han vuelto... flexibles. Después del 11-S todo se ha ido integrando, más o menos. Bob y yo nos encargamos de la seguridad y la defensa de la presidenta, si es eso lo que quiere saber. Por favor, profesor Hoberman, siéntese y abróchese el cinturón, que hay que ponerse en marcha.

—¿En marcha adónde? —Hoberman permaneció de pie con todo el aplomo que

supo aparentar—. ¿Y por qué? Tengo derecho a saber adónde leches están llevándome y a santo de qué.

Bundy sonrió con indulgencia.

—Si no he entendido mal, usted recibió una nota...

—Con eso solo me responde al quién, pero no al dónde ni por qué.

—Solo puedo contestarle a su primera pregunta, doctor —contestó Ryerson. Hoberman notó que su cordialidad era inferior a la cortesía de vendedor de coches de Bundy—. Nos dirigimos a Camp David, en Maryland. En cuanto a la segunda pregunta, ninguno de los dos sabemos por qué lo han mandado llamar pero nos han pedido que le demos esto. —Sacó una carpeta de un maletín de cuero negro y se la tendió a Hoberman.

Estaba cerrada con un lacre presidencial intacto. Hoberman se quedó mirándola con la misma extrañeza con la que había mirado el arma en su mano: ajena, fuera de lugar. En medio del lujo de un helicóptero de la flota presidencial, con sus immaculados sillones color crema, el mueble-bar de cerezo y las cortinas verdes, se sintió él mismo ajeno y fuera de lugar.

—Ahora, por favor, profesor Hoberman... —dijo Bundy extendiendo la mano hacia un asiento—. Si no le importa...

John Macbeth. Boston

*L*o de certificar la muerte, en el caso del hombre desnudo, no entraba dentro de las competencias médicas de Macbeth.

Gabriel había impactado de cabeza contra las losetas, y un halo de sangre moteado de materia gris le surgía en torno al cráneo abierto; de cada aleta de la nariz le brotaban sendos cúmulos viscosos y se le había quedado un ojo abierto mirando hacia el cielo nocturno, mientras el otro estaba medio cerrado, el párpado como una persiana que no se hubiesen molestado en cerrar del todo.

Debió de agarrar al joven cura en su abrazo implacable hasta el suelo porque ambos hombres habían quedado enmarañados. Corbin y Macbeth se centraron en el padre Mullachy, que estaba medio echado sobre el pecho de Gabriel. El cura también miraba al cielo oscuro pero el pecho le palpitaba en sacudidas cortas y superficiales.

—¿Me oye? —le preguntó Corbin—. ¿Padre Mullachy? ¿Puede oírme, padre Mullachy?

El cura no dijo nada y siguió con la mirada clavada en las estrellas y la respiración acelerada y somera. Corbin pegó el oído al pecho del herido, primero en un lado y luego en el otro.

—¡Llaman a una ambulancia! —gritó hacia atrás, a los policías, y luego le dijo a Macbeth—: ¿Cómo llevas la medicina de urgencias?

—Oxidada... —mintió este.

Los protocolos de urgencias eran precisamente el tipo de cosas que Macbeth sí recordaba a la perfección. El cómo, los procesos, los hechos y los métodos que había aprendido: taxonomías, sistemas, conocimiento estructurado... Todos esos recuerdos que podía catalogar, indexar y archivar en el trastero de su cerebro, donde cogían polvo, etiquetados bajo el membrete de «memoria procedimental»; podía rescatarlos brillantes y relucientes y hacerlos funcionar como si fuesen nuevos. Por el contrario, cuando se trataba de la memoria autobiográfica, Macbeth se veía en un cuartucho pobremente iluminado lleno de estantes abarrotados por los que no lograba orientarse. Tenía que desempolvar los recuerdos de la vida real antes de poder examinar sus imágenes desvaídas; y ni así estaba nunca seguro de qué formaba parte de su vida o qué había tomado prestado de otros.

Corbin estaba perfectamente al tanto de la buena memoria procedimental de su amigo porque le hizo una seña de «tú mismo» hacia el herido. Macbeth pasó las

manos por el cuerpo del cura como un poli que registrara a un sospechoso. La destreza del pasado le volvió de golpe y, mientras iba sintiendo las fracturas bajo las yemas de los dedos, se las iba cantando a Corbin. Cuando le examinó las costillas, Mullachy profirió unos breves gemidos, la única protesta que pudo articular entre aliento y aliento; los repitió, con más fuerza, cuando Macbeth le tanteó las caderas: pelvis destrozada. Era buena señal que Mullachy notara el dolor en la parte inferior del cuerpo, pues significaba que tenía la columna vertebral ilesa. Comprobó el pulso distal y luego volvió al pecho. Con mucho cuidado, le quitó el alzacuello para inspeccionarle la zona: no había deformaciones ni hinchazones graves. Mullachy había debido de aterrizar de tal modo que había evitado heridas severas en cabeza y columna, las causas más comunes de muerte por caída. Mientras le examinaba la garganta, vio un sarpullido de pequeños bultos en la piel, como una exagerada piel de gallina. Cada vez que tocaba un bulto, se movía o estallaba bajo sus dedos y la piel se alisaba pero aparecía una nueva burbuja en otro punto.

—¿*Rice Krispies*? —le preguntó Corbin.

Macbeth asintió.

—*Snap, Crackle y Pop*, todos juntos... Enfisema subcutáneo. Como no venga pronto la ambulancia, vamos a tener que improvisar un drenaje torácico.

La respiración del cura había adquirido un resuello apremiante. Entre aliento y aliento acertó a pedir con urgencia:

—Unción... —boqueó—. La... extremaunción.

—No hable, padre. Ahorre aliento. Se pondrá bien. —Luego a Corbin—: Ve a ver si algún poli tiene una navaja y un bolígrafo.

—¿Vas a entubarlo aquí mismo?

—No, si puedo evitarlo. Lo último que quiero hacer es una toracotomía de *boy scout*.

Macbeth suspiró y miró hacia las luces de los rascacielos circundantes y las bolas de cristal de las farolas que rodeaban la plaza. Parecían brillar con más fuerza, con un aspecto más definido, con los bordes perfilados y cristalinos. Había dibujos en las cosas, en todo, y Macbeth empezó a verlos una vez más.

«Ahora no —se dijo—. Ahora no. Concéntrate».

—Solo quiero estar preparado por si la ambulancia tarda más de la cuenta. Ya tiene el tórax bastante rígido... Está entrándole sangre en la cavidad pleural. Ve a ver si los polis tienen cualquier cosa que pueda servirme...

Corbin asintió y corrió hacia el sargento, que estaba intentando contener con gestos impacientes a un pequeño grupo de mirones.

—Estoy preparado... —dijo el cura entre resuellos—. Estoy listo.

—¿Listo para qué, Paul? —Macbeth se le acercó más. Incluso bajo la luz de las farolas acertó a ver el tinte azul que tomaba la palidez de Mullachy y lo morados que

tenía los labios—. Ahorre aliento. Vamos a curarle.

Se produjo un borboteo en la garganta del cura. Macbeth notó una palmadita en el hombro y, al volverse, vio al poli más viejo.

—¿Se sabe algo de la ambulancia? —le preguntó al sargento de la local.

—Viene de camino pero ha habido no sé qué accidente en el Common y el tráfico está fatal. ¿Para qué quiere el boli y la navaja?

—El padre Mullachy muestra claros síntomas de tener al menos un pulmón perforado y están entrándole aire y sangre en la cavidad pleural. Y me huelo que pueda haber alguna hemorragia más abajo. Tiene burbujas de aire bajo la piel del cuello y la garganta. Si no se le intuba rápidamente, la presión le va a comprimir el corazón hasta provocarle un paro cardíaco.

—¿Y quiere arreglarlo con un boli de mierda? —El poli frunció el ceño sin dar crédito.

—A no ser que se le ocurra algo mejor...

—Tenemos un botiquín en el coche, de esos de primeros auxilios.

—Tráigamelo. Y rápido: no tenemos mucho tiempo. Y métale prisa a esa ambulancia.

El policía se dio media vuelta y echó a correr hacia el coche mientras ladraba por la radio. Macbeth volvió a arrodillarse junto a los dos cuerpos enmarañados. Entre ambos, Corbin y Macbeth lograron desenlazar las piernas del hombre desnudo de las del cura. El muerto hizo entonces las veces de almohada bajo el cura herido y los dos médicos pudieron acceder mejor a las heridas de Mullachy. Corbin le abrió la camisa negra.

—Voy a tener que proceder por la pared anterior. No podemos arriesgarnos a darle la vuelta o a incorporarlo sin un collarín.

—Estoy listo... Estoy listo... —repitió Mullachy como en un rosario, pero Macbeth sabía que el cura no estaba hablando de estar preparado para aquella cirugía improvisada.

—Padre, usted límitese a concentrarse y a mantenerse despierto. —Macbeth bajó la cara para poder establecer contacto ocular con el cura—. Sé que le cuesta mucho respirar pero pronto le será más fácil. Escúcheme: va a vivir, se va a poner bien.

Mullachy sacudió la cabeza con movimientos mínimos y cautelosos.

—Usted... no... cree... ¿verdad? —le preguntó resollando dolorosamente—. Usted... cree... que es... todo... mentira.

—Dejemos las discusiones teológicas para cuando respire mejor, padre. Cállese y ahorre aliento.

El sargento regresó con un voluminoso maletín azul. Corbin rebuscó en su interior y le pasó a Macbeth un par de guantes de látex y cuatro gasas estériles. Este se puso los guantes con un chasquido, puso una gasa en el suelo y usó otra para

limpiar la piel del abdomen hinchado del cura.

—Mejor que una navaja... —le dijo Corbin dándole el bisturí esterilizado de un solo uso que había encontrado en el botiquín.

—¿Algo para entubar? —le preguntó mientras le quitaba el envoltorio al bisturí y veía sus manos moverse como si pertenecieran a otra persona.

Corbin volvió a rebuscar en el maletín.

—Nada.

Otro toquecito en el hombro. Esa vez cuando Macbeth se dio la vuelta el sargento tenía un bolígrafo en su enorme mano.

—Espero que sepa lo que está haciendo, amigo.

Macbeth cogió el boli y le sacó el recambio. Corbin le pasó el bote de plástico del agua oxigenada y lo vació sobre el tubo del boli, que limpió con una gasa antes de ponerlo sobre la que había dejado en el suelo. Al hacerlo sintió como si a su alrededor cambiara algo indefinido en el ambiente; un sutil cambio en la iluminación, en la presión del aire o un aroma indefinido traído de repente por el viento. «Ahora no».

El cura gemía ya con más fuerza y apremio, los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es... verdad? ¿Es... verdad?

—Chist, padre —le dijo Corbin poniéndole una mano en la frente—. Dentro de nada podrá respirar bien.

Macbeth lo sintió venir; siempre había sido así, como si la mente tuviera que prepararse. La sensación que tenía en esos momentos —como de algo que había cambiado en el espectro de lo que lo rodeaba— era siempre el preludio al episodio. Sabía también que era la angustia de la situación lo que estaba provocándoselo. Pero dejaba de sentirlo directamente en cuanto el episodio tomaba forma. Miró de reojo la cara ansiosa de Corbin y de nuevo al paciente, que moriría si no actuaba con decisión. Y ya.

A su alrededor todo había adquirido más firmeza y brillo, e incluso se había perfilado, como si hubiese ajustado el enfoque de los ojos más allá de lo físicamente posible. Miró al otro lado de la plaza, donde estaba el estanque. Todo centelleaba en el agua negra, las luces de la torre Prudential, del rascacielos del 111 de la avenida Huntington y de los edificios circundantes se convertían en diamantes danzantes sobre la superficie. Supo que nada de aquello era real, que tampoco era gente real y que la arquitectura que lo rodeaba no existía.

Oyó que Corbin le hablaba, con una voz afilada y clara, pero las palabras, las sílabas, sin significado lingüístico, se volvieron un concepto abstracto en el colmo de lo absurdo.

Macbeth no existía.

Había llegado al meollo del asunto, al sitio donde siempre lo llevaba, a la misma conclusión absoluta e irrefutable: no existía. Al igual que Corbin y que todos los

demás, era una ficción.

Y en ese momento comprendió, como siempre hacía en todos sus episodios, que existía una razón para su mala memoria para los hechos autobiográficos: eran los recuerdos fragmentados de una vida inventada, bosquejada.

Bajó la mirada, hacia unas manos tan desconectadas de sí mismo que le sorprendió verlas moverse. Una mano estaba apoyada en la piel del pecho del cura, justo en el quinto espacio intercostal, y tiraba de ella con el pulgar y el índice, mientras que la otra practicaba una larga incisión de tres centímetros y medio, lo suficientemente honda para traspasar las capas subcutáneas. El cura gimió mientras las manos deslizaban el tubo de plástico del bolígrafo por el corte.

Se produjo un sonido acuoso y sibilante mientras el aire y la sangre salían como en sifón del pecho de Mullachy. Corbin pegó un brinco hacia atrás cuando la sangre salió disparada y salpicó las losetas.

—¡Dios Santo! —chilló el sargento—. ¿Qué coño hace? ¡Que se va a desangrar!

—Ya es sangre desperdiciada —le explicó Corbin al poli, y Macbeth se dio cuenta de que volvía a comprender el lenguaje verbal—. Ya se le había filtrado a la cavidad torácica. Podría haber perdido la mitad de la sangre sin que usted viese ni una gota.

Macbeth oyó que el cura respiraba hondo y luego emitía un gemido de dolor antes de volver a respirar con más normalidad.

Mullachy miró hacia arriba y cruzó la mirada con Macbeth. Acto seguido lo agarró de la solapa del traje y lo atrajo hacia sí. La respiración se le había sosegado pero seguía teniendo los ojos igual de desorbitados y desesperados.

—Lo he visto... —le susurró en la cara a Macbeth.

—¿Que ha visto qué? ¿El qué?

—Lo he visto —repitió ansioso Mullachy—. Cuando saltó... y me arrastró con él... me dijo que iba a enseñármelo. Y me lo ha enseñado, lo he visto...

—No sé de...

En ese momento sobrevino el sonido de las sirenas y Macbeth reparó en la presencia de dos hombres con el uniforme del servicio de urgencias que se abrían paso a su lado. Uno era negro y, con la insólita observación imparcial del detalle que acompañaba a los episodios, Macbeth se fijó en que el número de la placa identificativa que llevaba empezaba por un 1, y no un 4, un 5 ni un 6, lo que significaba que era un paramédico perfectamente titulado y no solo un técnico de urgencias.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el paramédico negro.

Macbeth se lo quedó mirando inexpresivamente mientras se fijaba en la barba con surcos separados por rayas afeitadas, que le recordaron a un sembrado, un maizal. «¿Por qué se hará eso? —se preguntó Macbeth—. ¿Por qué se hace la gente esas

cosas?». Cuando estaba en ese estado de distanciamiento, las ortodoxias menores de la cotidianeidad se le antojaban bizarras..., inexplicables.

—¿Qué tenemos? —repitió ya con el ceño fruncido—. Es usted médico, ¿verdad?

Macbeth asintió. El mundo empezaba a recobrar el sentido, a volver a su forma aceptada, y supo que el episodio llegaba a su fin. Con todo, su propia voz le sonó extraña cuando, con la contención emocional de un parte meteorológico, les narró lo sucedido:

—Una baja en el impacto: el suicida. Se llevó al cura por delante. El padre Mullachy no parece presentar fracturas significativas ni en cuello ni en cabeza pero ha sufrido un traumatismo torácico de carácter grave, con múltiples fracturas costales y separación costocondral. Durante la exploración escuché crepitantes sonidos respiratorios oprimidos en el lado derecho y tensión por hemoneumotórax grave, que le ha causado taquipnea y un enfisema subcutáneo alrededor del cuello. Lo he relajado con una entubación improvisada. Posible efusión pleural subpulmonar adicional. Otras heridas significativas incluyen fractura de la cresta ilíaca y otros daños pélvicos probablemente.

—Vale, nosotros nos encargamos del resto —contestó el paramédico.

Los hombres le colocaron un collarín cervical al cura y una mascarilla de oxígeno en la nariz y la boca. Manteniéndolo todo lo rígido que les fue posible, lo liberaron del cuerpo del otro hombre, lo volcaron de costado para ponerle una larga tabla vertebral y lo fijaron a ella con correas.

Mientras Macbeth contemplaba toda la escena, siguió sintiendo el distanciamiento de todo lo que ocurría, cómo coleaba aún la falta de sentimientos que le provocaba el episodio. Continuó observando mientras el personal de urgencias levantaba la camilla. El cura se lo quedó mirando con unos ojos ansiosos y suplicantes que se le habían llenado de lágrimas.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —les preguntó el poli más joven a los paramédicos.

—Hay un tráfico de locos. Estaba todo congestionado hasta aquí. No había manera de avanzar, ni siquiera con la sirena y las luces. No me explico cómo puede haber tanto follón a estas horas de la noche.

Macbeth miró hacia el cielo nocturno y dijo:

—Es luna llena... Por eso...

Josh Hoberman. Maryland

*H*oberman sabía poco de jerarquía militar, aunque lo suficiente como para reconocer que el águila que llevaba el oficial en la charretera lo acreditaba como coronel, mientras que la vara de Esculapio en medio de las alas de las Fuerzas Aéreas lo identificaba como médico.

—Bienvenido, profesor Hoberman. Gracias por venir con tan poco tiempo y a una hora tan intempestiva. Me llamo Jack Ward y dirijo el departamento médico de la Casa Blanca, aparte de ser el médico personal de la presidenta.

Hoberman asintió, algo intimidado. Estaba con el médico de las Fuerzas Aéreas frente a una chimenea rústica de piedra labrada que constituía el centro de lo que, a grandes rasgos, era una cabaña de lujo. Los alrededores eran deliberadamente bucólicos y hogareños, y daban la sensación de estar en un campamento de verano pijo pero pasado de moda. El nombre de Base de Apoyo Naval Thurmont no cuadraba mucho, razón por la cual era más conocido, pese a no ser el nombre oficial, como Camp David.

Bundy y Ryerson lo habían llevado del helipuerto al refugio Aspen, las habitaciones de la presidenta, donde Ward había despedido a los dos agentes con un «gracias, chicos».

Una vez a solas, Ward le estrechó la mano con lo que el psiquiatra supuso que era firmeza militar. «Tal vez —pensó— echan pulsos de estrechar manos en West Point, Maxwell, Colorado Springs o dondequiera que esa gente aprenda a hacer cosas como saber qué tenedor coger o cómo matar a alguien con un clip». Ward era de un guapo enojoso, predecible y estereotipado, con aspecto esbelto y atlético. A Hoberman tampoco le pasó desapercibido que el médico de la presidenta era un palmo más alto que él. Ante esas pruebas, decidió no andarse con rodeos y odiarlo por la fachada.

—Supongo que ya sabe por qué está aquí. —Ward señaló con la cabeza la carpeta negra que llevaba en la mano el otro—. Por favor, profesor Hoberman... siéntese.

Hizo lo propio en un sillón club que prácticamente lo engulló y Ward se sentó enfrente, con una expresión repentinamente seria.

—Entiendo que no tendré que explicarle lo delicado que es el material que acaba de leer.

—No, desde luego que no. ¿Quién más lo sabe?

—La presidenta vino a mí directamente y yo mismo redacté el informe. De modo

que la respuesta, de momento, es que solo tres personas lo sabemos: usted, la presidenta y yo.

—¿Por qué yo?

—He leído varios de sus artículos, en concreto los que versan sobre la psicosis estimulante y los psicotomiméticos terapéuticos, y he de decir que me dejó muy impresionado su libro sobre los delirios inducidos por la privación de estímulos sensoriales. A tenor de lo que ha podido leer en el dossier, comprenderá perfectamente por qué lo escogí.

Hoberman se encogió de hombros y replicó:

—Hay gente igual de capacitada...

Ward sacudió la cabeza.

—No, no la hay. Se trata de un asunto muy delicado que podría ser de máxima importancia para la seguridad nacional y necesitamos a los mejores cerebros. Por lo que yo sé, solo había dos opciones: usted y John Macbeth, pero el doctor se encuentra en Copenhague, Dinamarca, en un trabajo de investigación.

Hoberman asintió, ignorando el hecho de que la confianza de Ward en él no se extendía a que pudiera saber que la Copenhague de la que hablaba era la danesa y no la de Idaho.

—Entiendo por qué pensó también en John. —Hizo una pausa para meditar sobre lo que había leído en el dossier mientras el helicóptero gubernamental sobrevolaba el paisaje en penumbra de Maryland—. ¿Y qué opinión le merece a usted, coronel Ward?

—Llevo tres años siendo el médico personal de la presidenta. En ese tiempo se llega a conocer bastante bien a una persona. En el plano físico la presidenta Yates está como una rosa para una mujer de su edad; en el psicológico, posee una personalidad muy realista, pragmática y sosegada. Puedo afirmar también que no se ha constatado ningún episodio de enfermedad mental o inestabilidad. He repasado todo su historial familiar: no hay indicadores de ninguna predisposición genética a problemas psiquiátricos.

—Hum... —Hoberman vaciló mientras concretaba con cuidado su siguiente pregunta—: La presidenta tiene fama de..., ¿cómo decirlo?, de tener unas creencias religiosas muy profundas. Hay quien diría que preocupantemente profundas.

—No veo que eso...

—Lo que para un hombre puede ser celo religioso para otro puede ser fanatismo.

—Es cierto que la presidenta tiene sus creencias, profesor Hoberman, pero, como le he dicho, es una persona muy centrada. Su Dios no es de esos que se manifiestan a través de visiones, ni de él ni de otros... Está muy preocupada por lo que está pasándole. Pero hay más...

Ward se levantó y atravesó la habitación hasta un aparador, de donde sacó un

maletín negro idéntico al que tenía Bundy en el helicóptero. Mientras Ward lo cogía, Hoberman aprovechó para mirar a través de las amplias puertas correderas de cristal. El atardecer empezaba a asomar sus dedos grises por los árboles de Camp David y vio la silueta con forma de riñón de la piscina, con un trampolín en la otra punta. Reflexionó por un momento sobre toda la gente que se habría sentado allí mismo, mirando la piscina al atardecer, discutiendo en tono comedido pero apremiante sobre alunizajes, misiles rumbo a Cuba, secuestros en palacios de congresos, un muro que cae en Alemania, unas torres que se desmoronan en pleno Nueva York...

—Esto es un informe del departamento de seguridad de la Casa Blanca. —Ward le tendió un documento del maletín—. Es sobre la vigilancia por cámara de algunas de las principales galerías y pasillos de la Casa Blanca. En más de una ocasión el comportamiento de la presidenta ha provocado alertas de seguridad. Básicamente puede decirse que la presidenta se ha comportado como si algo o alguien no visible la preocupara o alarmara.

—¿Y al llegar los de seguridad no había nadie?

—Exacto. He de decirle que la presidenta no siempre ha estado sola durante estos episodios. Cuatro miembros del personal han visto a la señora Yates alterada por algo que solo ella parecía poder ver. Dado que nadie más aparte de nosotros ha tenido conocimiento de la naturaleza de estos episodios, me preocupa que empiecen a circular los rumores y a cuestionarse el estado mental de la presidenta... y su validez para el cargo.

—He de decir, coronel Ward, que si la presidenta Yates se ha visto sometida a los episodios de delirios que se describen en el dossier que me envió, entonces mi opinión profesional se decantaría por que, al menos, hiciese un receso en su actividad hasta que se le realice una evaluación psicológica completa. Seguro que existen mecanismos para que el vicepresidente pueda tomar las riendas por un tiempo sin que tenga que producirse ningún tipo de traspaso de poder oficial.

—Estaría de acuerdo —empezó a decir Ward, que rebuscó entonces en el maletín y sacó un segundo documento—, si estuviéramos hablando de la presidenta y solo de ella...

—No le...

—Estos «episodios» —lo interrumpió Ward— que ha sufrido la presidenta..., bueno, si le soy sincero, no son un caso aislado. Este de aquí es un informe confidencial sobre el accidente aéreo que tuvo lugar en Michigan el mes pasado. Son las transcripciones de las conversaciones entre el piloto y el copiloto, la cabina y la torre de control. Verá la preocupación que han mostrado los oficiales al mando de la investigación. Se encargan el FBI y el DHS.

—¿Es relevante? —preguntó Hoberman hojeando el informe.

—Léalo tranquilamente y juzgue por sí mismo. Es uno de los varios casos en los

que hay gente que ve cosas que no existen. Son más de los que cabría esperar, y en personas no propensas a estos trastornos delirantes.

—Entonces, ¿qué me está pidiendo, más concretamente?

—Para empezar, una opinión profesional, como es natural. Pero me gustaría que considerase la posibilidad de quedarse aquí unos días. Si, como sospecho, estamos ante algo que va más allá de las experiencias de la presidenta, le agradecería que dirigiera un comando especial para llegar al fondo del asunto.

Hoberman se echó a reír.

—Mientras no lo llame «comando especial», lo que usted quiera... ¿Y a qué se refiere con que «va más allá»?

—Pues a que tenga alguna relación con otros incidentes, como el accidente aéreo. Le pedí que viniera porque necesitamos evaluar y, en caso de ser necesario, tratar a la presidenta. Se encuentra en un momento crítico de su mandato. Estará usted al tanto de la Ley de Integración Superior que está a punto de aprobar el Parlamento Europeo y los Acuerdos de Paz del Cuarteto que se han negociado con Israel.

—Por supuesto. Veo las noticias.

—Por primera vez desde la creación del estado de Israel, podemos estar ante una paz duradera, e incluso permanente, y ante la posible adhesión a los Estados Unidos de Israel del Estado palestino y del Líbano. No tendré que explicarle que dichos acontecimientos están cambiando el mapa político mundial como no ocurría desde la caída del Muro de Berlín. Los intereses estadounidenses se podrían ver comprometidos si no hay una mano firme que lleve el timón. Cuando lea el informe del accidente de Michigan, verá que existe la preocupación de que haya podido utilizarse algún tipo de agente neurológico. Tenemos que considerar la posibilidad de que alguna agencia esté queriendo desestabilizar el liderazgo de nuestro país.

—¿Cree usted que la presidenta ha podido estar expuesta a algún tipo de alucinógeno?

—Es poco probable (el informe toxicológico no ha apuntado la presencia de ningún agente), pero es del todo factible. Yo no tengo ni idea de qué puede estar haciendo que una mente estable como la de la presidenta experimente alucinaciones. Eso es lo que quiero que usted me ayude a averiguar.

Hoberman suspiró y volvió a mirar por la ventana. La luz había adquirido un tinte dorado conforme el atardecer tomaba una forma menos indefinida.

—En tal caso, será mejor que vea a la paciente...

John Macbeth. Boston

*P*ara cuando acabaron de declarar, eran las dos y media de la madrugada. Macbeth estaba con Corbin en la cafetería de la comisaría A1 del distrito centro, en Sudbury, tomando algo que solo podía describirse como café mediante un acto de fe.

—No me digas que no te he organizado una velada memorable —comentó Corbin con hastío mientras le daba vueltas al vaso de papel por la mesa de aluminio cepillado, evitando beber el contenido. Si su amigo ya parecía agotado en el bar, en esos momentos era casi un cadáver.

Macbeth le sonrió y asintió, demasiado exhausto para articular una respuesta ingeniosa.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —le preguntó Corbin sin levantar la vista del vaso.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. Has tenido una especie de ausencia o de estado alterado de conciencia. Y esa forma de trabajar con el cura: muy eficiente pero a la vez muy despegada. ¿Qué tienes, John? ¿Ataques aislados de epilepsia?

Macbeth sacudió la cabeza.

—¿Entonces?

—Se parece un poco a eso... Tengo episodios de desrealización, de despersonalización. Llevo toda la vida teniéndolos. O hasta donde acierto a recordar.

—Macbeth vio la expresión de su amigo y se rio cansado—. No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras evaluando a un paciente.

—¿Has buscado ayuda con eso? Aparte de autodiagnosticarte, quiero decir...

—Claro que sí. Ya no sé ni cuántos escáneres y neuroimágenes me he podido hacer. Pero a no ser que sufra el episodio mientras me están sacando la imagen, es casi imposible aislar la causa. Han descartado una epilepsia del lóbulo temporal, tampoco son migrañas, no tengo lesiones, tumores ni edemas... Eso sí, se producen sobre todo en situaciones estresantes, como la de esta noche. Lo más raro es que no afectan a la función motora. Es más, a veces hasta la potencian. Si te distancias de una crisis, por lo general actúas con más calma.

—¿Y no tienes más síntomas, aparte de la desrealización?

—Qué va. —Macbeth hizo una mueca y añadió—: Bueno, suelo tener sueños más lúcidos de la cuenta. Vivaces y lúcidos.

—Pero supongo que no hasta el punto de confundirlos con la realidad, ¿no?

Macbeth rio.

—¿Me va a dar una receta de Thorazine, doctor? No, como te he dicho, mis sueños suelen ser lúcidos: cuando estoy soñando sé que estoy haciéndolo. Lo que supongo que en sí ya es bastante poco común. Pero también la naturaleza de los sueños es peculiar.

—¿Cómo de peculiar?

—No sueño sobre mí ni sobre mi vida. El origen de los sueños de la mayoría de la gente suele hallarse en experiencias pasadas, preocupaciones u otras cosas que tienen en la mente. Mis sueños, en cambio, son sobre cosas que he leído, que he aprendido, en vez de sobre cosas que me ocurren en la vida: como si cogiera prestados datos para soñar, en lugar de utilizar mis emociones y mis recuerdos. Yo nunca soy «yo» cuando sueño. Siempre soy otra persona que de algún modo es más cercana a los acontecimientos con los que sueño. —Volvió a reírse—. Se podría decir que sueño en tercera persona.

—¿Eres consciente de que ese tipo de sueños puede estar vinculado con los episodios de desrealización que sufres estando despierto?

—¿Tú crees? —Macbeth hizo una mueca sarcástica.

—Ya sabes que si no hay una causa física subyacente puede tener base psicológica. Tal vez algún tipo de trauma...

Macbeth rio de nuevo y sacudió la cabeza.

—¿Como qué? No soy bipolar y no sufro un trastorno de ansiedad de ningún tipo; por lo general estoy contento con lo que me ha tocado, tuve una infancia feliz... Bueno, salvo porque mi madre murió cuando yo era muy pequeño, pero crecí hecho a la idea y, aparte de eso, he tenido una vida bastante estable y sin traumas. Casi anodina.

—Que recuerdes... —apuntó Corbin, que cada vez parecía más inquieto—. No tienes una memoria muy de fiar..., por decirlo así, y eso mismo podría indicar que estás intentando distanciarte de algo, de un trauma u otro que has enterrado.

Una vez más Macbeth meneó la cabeza.

—Creo que está más relacionado con la función cognitiva. Tengo una memoria excelente, casi fotográfica, cuando se trata de memoria semántica. La autobiográfica, en cambio, es una porquería. Lo que me cuesta es la vida real... Es algo que esquivo. A mi hermano Casey le pasa lo mismo. Su memoria no es tan mala pero nunca tiene la cabeza en el aquí y ahora.

—Bueno, ya sabes que si alguna vez necesitas...

—Gracias, Pete, lo tendré en cuenta. Pero ahora que yo te he enseñado lo mío, enséñame tú lo tuyo.

—¿Qué quieres decir?

Macbeth le dio un sorbo al café y puso mala cara.

—Dios Santo, ¿esto para qué lo usan, para sacar confesiones? —Dejó la taza en la mesa—. Estoy hablando de lo extenuado y lo cansado que se te ve, de lo que quiera que esté pasándote en el trabajo y de que te has pasado la mitad de la noche evitando contármelo. Y todo ese rollo que te soltó Gabriel sobre los ángeles y las visiones antes de saltar... noté que te había tocado la fibra sensible.

Corbin levantó la vista del café por un momento.

—Tú trabajaste un poco en epidemiología psiquiátrica, ¿verdad? Antes de meterte en tus historias de mapeo cerebral.

—Sí, algo, ¿por qué?

—Bueno..., es que nunca antes me había encontrado con una concentración de casos como la de estos días. Hemos tenido un repentino aumento, de lo más raro, de pacientes que presentan un conjunto de síntomas determinado. Como si fuese un brote. Si fuera virólogo o incluso oncólogo buscaría factores ambientales para explicármelo, pero este no es del tipo de cosas que le pasan a un psiquiatra.

—¿Y qué síntomas son esos?

—Delirios..., bueno, más alucinaciones que delirios, podría decirse... y en gente sin historial de problemas psicológicos o psiquiátricos.

—¿Y los delirios son de la misma naturaleza?

—Sí. Muy diferentes en el contenido, pero similares en su naturaleza. Son visiones, fantasmas.

—¿Fantasmas? —Macbeth logró entresacar una risa por el telón de su cansancio.

—Y no solo eso. En todos los casos el paciente ve acontecimientos, objetos o gente del pasado. Todas las descripciones sin falta de estos episodios empiezan con un *déjà vu*, pero, en lugar de quedarse en eso, en una sensación o un estado mental, producen lo que solo pueden ser alucinaciones, aunque imposibles de discernir de la realidad.

—¿De cuánta gente estamos hablando?

—De más de quinientas personas en los últimos dos meses solo en los límites del municipio de Boston.

—¿Cómo? Pero si eso es una media de ocho o nueve al día... Y los pacientes con estos síntomas... ¿existe alguna conexión obvia entre ellos?

—Nada. Edades, etnias, clases, oficios distintos. Los casos se extienden muy uniformemente por todo Boston y sin una cronología lineal de desarrollo. Tampoco hay ningún indicio epidemiológico de un origen concreto. No hay «paciente cero».

—¿Y dices que el contenido de los delirios es distinto?

—Mira, te cuento el caso de un anciano: lleva viviendo en la misma casa desde hace cuarenta años y su mujer murió hace cinco. Es un antdisturbios retirado de Boston, un tipo nada neurótico ni dado a las emociones, una persona de rutinas muy

regulares: en pie a las seis y media todos los días, su desayuno a las siete. Pero una mañana baja y se encuentra a su mujer vivita y coleando preparando el desayuno en la cocina. Y no es su mujer tal y como era antes de morir, sino con la edad de cuando se casaron y se mudaron a esa casa. Como te decía, no es un tipo muy emotivo pero ver a su mujer de recién casada a punto estuvo de acabar con él.

—Bueno, ya, Pete, pero tú sabes que ver a un ser querido que ha muerto hace poco u oír su voz es, con mucho, la forma más común de alucinación. Y no un síntoma de un problema de salud mental de ningún tipo.

—Pero te lo he dicho, que su mujer lleva muerta cinco años. No ha fallecido hace poco, de modo que, ¿por qué empieza ahora a alucinar con su presencia? Además, las alucinaciones por duelo suelen ser pasajeras y esta se prolongó y fue muy viva. No solo vio a su joven esposa... Jura que la cocina estaba cambiada y era igual que cuando se casaron.

—¿Habló con ella? ¿Interactuaron de algún modo?

—Un elemento común de estas alucinaciones es que hay poca o ninguna interacción entre el paciente y la gente o los sucesos que ven.

Ambos se volvieron cuando una pareja de policías uniformados irrumpió ruidosamente para comprar café en la máquina.

—¿Entonces las alucinaciones son meramente visuales? —le preguntó Macbeth cuando se quedaron solos de nuevo.

—No..., suele haber también un elemento sonoro. Es más, la mayoría las describe como experiencias sensoriales plenas. El poli jubilado contó que olía el beicon que estaba friendo su mujer.

—Pero ¿no hay nunca interacción?

—No interacción directa aunque en algunos casos tienen la sensación de que el observado del fenómeno es consciente de estar siendo observado. Pero incluso eso se da en muy pocos casos. Por lo general describen la experiencia como el que ve una escena que está representándose, igual que el viudo que vio a su mujer preparar el desayuno. También he tenido un caso en que la paciente afirma haberse visto a sí misma, pero a su yo de hace una década. Dijo que se acordaba de aquel acontecimiento desde el otro punto de vista... como observada y no observadora. Recuerda estar a punto de chocar con una versión mayor de sí misma en ese mismo sitio hace quince años. —Corbin se interrumpió al ver la expresión ligeramente preocupada de Macbeth—. ¿Qué pasa?

—Hum... Nada... me ha recordado una cosa. Pero no fue lo mismo... —Macbeth desestimó la idea—. Suena al síndrome de Capgras.

—Pero no es eso, John. —Corbin sacudió la cabeza, frustrado—. Esa mujer no cree haber visto un doble subjetivo..., que su otro yo está llevando una vida independiente contemporánea a la suya. Lo que cree es que la persona que vio era

totalmente «ella». Una identidad integrada, no dividida. Cree que vio a su yo del pasado.

Macbeth escrutó el vaso de café. La descripción del caso que había hecho Corbin lo dejó preocupado y le recordó algo: y no a un paciente, sino algo mucho más cercano. Por fin dijo:

—A lo mejor es solo que tu paciente tuvo esa experiencia hace años, cuando vio a alguien que se parecía a una versión mayor de sí misma y la idea se le quedó grabada en el subconsciente. Luego, por la razón que fuese, se le ha manifestado en esa experiencia parecida a un *déjà vu*. Supongo que habrás descartado la esquizofrenia, ¿no?

—Ni esquizofrenia, ni epilepsia, depresión psicótica o anomalías neurológicas... y, hasta donde yo sé, no hay afecciones médicas subyacentes.

—Podría tratarse simplemente de una delirante autónoma monotemática, Pete. Sabes que puede pasar, que hay pacientes que llevan vidas perfectamente normales salvo por una única obsesión o delirio, muy concreta y persistente.

—Pero ¿es que no lo ves? —La frustración asomó en la voz de Corbin—. No es delirante porque sabe que eso no puede haber pasado. Y de todas formas, no es solo ella: todas las semanas me llegan media docena de casos. Es siempre lo mismo: el paciente está muy preocupado porque ha tenido un único episodio de delirio temporal que reconoce como una alucinación, y luego su vida sigue tan normal, sin que se repita el suceso.

—Entonces, ¿qué estás contándome?, ¿que hay por ahí suelto una especie de bichito que provoca delirios?, ¿una gripe alucinógena que funciona veinticuatro horas al día?

—¿Y por qué no? Parece una epidemia. Y tal vez la causa resida en un virus de algún tipo.

—¿Te han llegado informes de otra parte? De fuera de Boston, me refiero.

—He solicitado información por toda la Commonwealth y me he puesto en contacto con el centro federal de estadística, pero todavía no he recibido respuesta. No sé, algunos de estos casos son tan... —buscó la palabra—... tan sutiles, que casi no se informó de ellos. A saber cuántos más habrá habido que se han desestimado o ni siquiera se han notado. A ver, imagínate que ves un perro que va detrás de un frisbi en un parque; tú no te preguntas si el perro o el frisbi son reales, ¿verdad?

—¿Sabes qué? Creo que he oído hablar de otros casos. Justo antes de vernos esta noche, el taxista me contó que otro pasajero le había gritado que se parase porque había visto a un niño en medio de la carretera. Pero no había ningún niño. Al parecer el pasajero iba camino de la iglesia de la Ciencia Cristiana.

—¿Gabriel?

Macbeth se encogió de hombros.

Corbin se quedó un momento callado, con los huesudos hombros encogidos bajo la chaqueta de *tweed* y los codos apoyados en la mesa de la cafetería.

—Hay otra cosa, John. Algo mucho más doméstico. Literalmente.

—Venga... Cuenta.

—No es solo toda esta carga de trabajo repentino lo que me tiene agotado. Tampoco estoy durmiendo mucho. Ni Joanna. Es la casa...

—¿La que estáis reformando en Beacon Hill?

—Sí, y no lo digo por la reforma o el estrés de arreglarla. Me refiero a las criaturas de la noche... —Hizo una pausa para mirar a Macbeth, casi como si juzgara si podía confiar en él o no—. ¿Te acuerdas de la historia que te conté sobre la casa, la de Marjorie Glaiston?

—¿La belleza de la alta sociedad asesinada en tus escaleras? Claro que me acuerdo.

Corbin se inclinó hacia delante sosteniéndole la mirada a Macbeth.

—Sé que te parecerá una locura pero la he oído cantar por las noches, y reírse.

—¿Cómo?

—Y eso no es todo. La he visto, John. He visto a Marjorie Glaiston.

—Estás tomándome el pelo... —Macbeth rio sin dar crédito a su amigo—. ¿Me estás diciendo en serio que tu casa nueva está embrujada?, ¿que has visto un fantasma?

—No, un fantasma no. Los fantasmas no existen, ambos lo sabemos. Lo que experimenté fue una alucinación. Vi a Marjorie Glaiston bajar por las escaleras. No fue ninguna escena dramática, simplemente salió del dormitorio, bajó las escaleras y se fue al salón, como debió de hacer innumerables veces cuando vivía allí. Una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida, por cierto, si no fuera porque no es posible que la viera.

—Dios, Pete..., podría ser todo y nada, ya lo sabes. Una combinación de estrés, falta de sueño y las cosas que has estado leyendo sobre el caso y que has olvidado haber leído.

—Salvo por una cosa: Joanna estaba a mi lado cuando vi a Marjorie Glaiston en las escaleras. Ella también la vio, John. Si fue un delirio, lo compartí con mi mujer. —Corbin le sostuvo la mirada con toda la gravedad que le permitió su agotamiento—. Sea lo que sea lo que está causando esta epidemia de episodios delirantes que llevo tratando en el último par de meses, Gabriel tenía razón: yo también estoy contagiado.

Josh Hoberman. Maryland

*L*as presentaciones eran, más que superfluas, absurdas.

Hoberman reconoció a la mujer nada más entrar en el salón del refugio. Aunque era la primera vez que la veía en carne y hueso, tenía una de las caras más conocidas del planeta. Con todo, Jack Ward le presentó a Elizabeth Yates, la presidenta de los Estados Unidos de América.

Era más alta de lo que esperaba y, al atravesar la estancia para darle la mano, proyectó esa presencia amplificadora que los realmente poderosos parecen poseer. Tenía cincuenta y seis años y el pelo teñido de un color que pretendía a todas luces armonizar con el rubio cobrizo de su juventud. Saltaba a la vista que había sido una mujer de aspecto imponente, pero su belleza había madurado en una hermosura casi masculina. Lo más impresionante eran sus ojos, de un azul vivo y cristalino; ojos que hacían que hasta su mirada más desenfadada fuera de lo más penetrante y que añadían aún más poder a su presencia.

Vestía un traje azul oscuro, como tenía por costumbre. En una solapa de la chaqueta llevaba el pin presidencial y en la otra la bandera esmaltada. De la cadena del cuello colgaba el símbolo que tanta polémica había causado: la cruz que Hoberman supo entonces que la presidenta solo se ponía en la intimidad.

Por tercera vez en la misma noche le agradecieron haber acudido con tan poco tiempo de preaviso y a esas horas.

—Me temo que estoy llevando una agenda más apremiante aún que de costumbre —le explicó con una voz profunda y, pese a la instrucción preelectoral, todavía teñida de su Luisiana natal, al tiempo que se sentaba con mucho garbo y aplomo en el sofá—. Se imaginará que los recientes acontecimientos en Europa y Oriente Medio están siendo muy exigentes con mi tiempo.

—No lo dudo.

—¿Ha leído la información?

—Sí, excelencia, así es. —Hoberman se preguntó si «excelencia» era la forma de tratamiento correcta. No la había usado en su vida.

—Entonces, ¿cuál es su opinión profesional, profesor Hoberman? ¿Cree que estoy como una regadera?

—¿Una regadera? No, señora presidenta. Más bien delirante, si le soy sincero. Creo que es una posibilidad.

Hoberman miró a Ward a la espera de que le replicara. Pero no lo hizo, ni tampoco la presidenta.

—Si tengo delirios —preguntó Yates—, ¿significa eso, en su opinión, que soy inestable? ¿Puede ser el preludio de algo peor?

—Por el momento no puedo darle una respuesta pero hay que verlo con perspectiva. Todo el mundo tiene episodios delirantes o alucinaciones en una medida u otra y de un tipo u otro en algún momento de sus vidas. Usted misma ha dicho que ha estado llevando una agenda muy castigadora... El estrés es el principal detonante de episodios así. O puede que simplemente tenga algún tipo de virus.

—Como le he dicho en nuestra reunión informativa —intervino Ward—, la presidenta se encuentra en un estado de salud excelente y por supuesto no ha sufrido fiebre alguna. Creo que deberíamos ir más allá de lo evidente, profesor Hoberman. No nos habríamos molestado en traerlo aquí si no hubiésemos descartado a los sospechosos habituales.

—Sé que han desestimado que esté provocado por una bacteria, pero me limito a señalar que algo tan simple como una gripe puede provocar alucinaciones muy vivas y convincentes. —Hoberman hojeó el dossier—. El primer episodio, hace dos meses... ¿Podría recordarlo de nuevo ante mí? Sé que está aquí todo documentado pero me gustaría escucharlo de viva voz.

—Me quedé trabajando hasta tarde en el Despacho Oval. En realidad paso menos tiempo allí de lo que podría usted pensar, pero es donde mantengo todas mis reuniones importantes. Estuve discutiendo la situación de la Unión Europea con el ministro del Interior y, cuando se fue, me quedé unos minutos rezando.

—¿Forma parte de su rutina?

—Rezo cuatro veces al día, profesor Hoberman. Recae en mí una gran responsabilidad, el cargo más importante del mundo, para el que necesito una buena dosis de orientación.

—¿Y experimentó el delirio poco después de completar sus oraciones?

—Salí del despacho e informé al personal de que iba a subir a la residencia ejecutiva. Cuando lo vi estaba en el pasillo principal.

—Al presidente Hoover.

—Sí.

—¿Y ha visto a más presidentes?

—No... Bueno, no estoy segura. —Yates frunció el ceño—. Puede ser... Un día estaba mirando por la ventana que da al césped y vi a un hombre corpulento con un bigote muy poblado. Iba en mangas de camisa y paseaba un perrillo. Cuando le pregunté a los de seguridad cómo le habían permitido el acceso al césped no lo encontraron por ningún lado. Pero el hombre que vi iba vestido muy raro, como con ropa antigua: camisa sin cuello, tirantes con estampado de cachemira, esas cosas. Eso

ya lo sabe... —Señaló con la cabeza la carpeta que tenía Hoberman en las manos.

—¿Y cree que ese hombre era Taft?

—Se le parecía. Sí, pensé que era él. —Elizabeth Yates suspiró—. Sé que no pinta bien... Pero, bueno, tampoco es que me ocurra todos los días. Aunque el caso es que creo que he visto a más gente... a personas menos importantes que no han podido estar aquí de ningún modo.

—¿Cómo sabe que no han podido estar aquí?

—No sé... por su ropa, su forma de andar... No sé explicarlo pero se nota que no son de esta época.

—El presidente Taft era famoso por tener una vaca en el césped de la Casa Blanca. ¿La vio?

—¿Pretende hacerse el gracioso, profesor Hoberman?

—Nada más lejos, excelencia. Es para poder determinar la naturaleza del delirio... Si ve lo que cabe esperar (la imagen estereotipada, por decirlo de algún modo), eso significaría que la genera por entero su mente, y no es una interpretación errónea de algo que está allí.

—No, profesor Hoberman, no vi vacas. Y tampoco he visto a Ben Franklin volando su cometa en medio de una tormenta.

Hoberman hizo una pausa breve, tamborileando con los dedos en el dossier que tenía en el regazo.

—¿Solo ve a republicanos?

—Espere un momento... —Ward se echó hacia delante en el asiento—. No es un tema con el que bromear.

—Una vez más, coronel Ward, no se trata en absoluto de una broma —le explicó desconcertado—. La presidenta ha expresado el deseo de recibir orientación en este cargo tan difícil. Si las figuras que ha visto son de la misma tendencia política, entonces podría tratarse simplemente de una transferencia de ese deseo de ser orientada. Imagino que nunca aceptaría usted un consejo de un demócrata, ¿no es así, señora presidenta?

—Imagina bien. —Se recostó en el sofá, con los hombros apoyados en el respaldo y sin dejar de sostenerle la mirada a Hoberman con sus firmes ojos azul zafiro. Había algo estudiado en su pose, en su confianza—. ¿Estoy loca, profesor Hoberman?

—No existe eso de loco. Ningún profesional de la psiquiatría trata con semejantes absolutos. La mente humana es un ente enormemente variado y variable. Necesito estudiar la información que me ha facilitado el coronel sobre los accidentes que se han documentado en otros lugares. La cuestión es si sufre usted un trastorno o si esos episodios están inducidos por alguna clase de agente alucinógeno. Si se trata de lo primero, necesitaremos establecer de qué trastorno estamos hablando, si es temporal o prolongado y cómo abordarlo. —Hoberman exprimió aún más su sonrisa más

tranquilizadora—. Llegaremos al fondo del asunto, excelencia.

—Rezaré para que el Señor le dé la fuerza y la sabiduría necesarias. —Volvió a clavarle los ojos zafiro a Hoberman—. Rezaré por usted, profesor Hoberman.

Mary. Vermont

*E*l marco de plata con el borde dorado.

Mary sabía que el marco de plata con el borde dorado siempre iba en el lado derecho de la cómoda. Relucía con la luz del sol que cortaba al sesgo el comedor, calentando la madera pulida del suelo e intensificando los rojos y amarillos de las flores primaverales que contenía un jarrón de cristal sobre el alféizar de la ventana. Como la pieza esquinera de un rompecabezas —la que orienta al resto y por la que empieza el proceso de reensamblaje de la imagen fragmentada—, el marco de plata con el borde dorado anclaba el ensamblado de otras imágenes y permitía que cada una volviera a encajar en su ranura una vez que le había pasado el polvo.

No era solo el marco de plata con el borde dorado lo que dotaba de importancia a esa imagen en concreto: era la principal fotografía de su boda con Joe, tomada hacía solo dos años y medio. Mary sonreía alegre por haberse convertido en la señora Dechaud, mientras que un Joe todavía uniformado estaba radiante de orgullo por haber vuelto a casa del Ejército para encontrarse a la chica más bonita de toda Nueva Inglaterra esperándolo como debía, fielmente, y convertirla en su esposa.

La parte derecha de la cómoda era donde siempre iba la fotografía del marco de plata con el borde dorado, su sitio: justo ahí. A Mary le gustaba que todo estuviese «justo ahí».

La mayoría de las fotos eran de ellos dos: la boda, la luna de miel, una de Joe en uniforme intentando sin mucho éxito despedir un aire de firmeza militar. Había otras de familiares: tíos, tías, el hermano de Mary y su joven familia, y un par de Joe. En una en color aparecía una anciana elegantemente vestida pero con cara triste a la que Mary no lograba ubicar. No le extrañaba su despiste porque la familia de Joe era de proporciones bíblicas: cuatro hermanas, dos hermanos, innumerables tíos, tías y primos... En la boda habían ocupado también parte de su lado en la iglesia, reforzando lo que ahora le parecía un linaje, el suyo, con poca representación. Desde luego, al haber crecido en el mismo pueblo de Nueva Inglaterra, Joe y Mary conocían a sus respectivas familias políticas, pero el tamaño desproporcionado del clan Dechaud suponía que había parientes desperdigados por todo el condado de Rutland, y más allá, a quienes Mary nunca llegaría a conocer. Como la anciana triste de la foto, que la convenció de que debía preguntarle a Joe qué parentesco lo unía con ella.

Mary había terminado de pasar el polvo y se disponía a ir a la cocina para hacerse

un café cuando notó una mota en el candelabro plateado de la mesa del comedor. Se lo había regalado para la boda la tía May de Joe, quien había sorprendido a todos con un despliegue de generosidad poco habitual en ella. No era la señora de la foto de la cómoda, eso lo tenía claro; era una mujer conocida por su carácter difícil, alta y delgada con unos fríos ojos verde claro que relucían beligerantes bajo lo que parecía un ceño permanentemente fruncido. La tía May, con su lengua afilada y sus opiniones amargas, era la semilla de la discordia que toda familia parecía tener (o casi necesitar, por lo visto). Navegar por aguas familiares desconocidas era lo que más estaba costándole a Mary en su papel de recién casada: encontrarse a la deriva en un mar proceloso de relaciones con varias generaciones de historia, divisiones y lealtades para las que no tenía brújula. Bueno, no del todo: la brújula era Joe, su faro.

Su marido, con su espesa cabellera taheña, sus grandes ojos marrón claro, que tenía más de niño que de hombre, y esa voz suya profunda y relajante, y siempre una sonrisa afable. Cuando sonreía así, a Mary se le olvidaban todas las preocupaciones de su vida de recién casada. En esos momentos, mientras frotaba el candelabro para quitarle la mancha con la cabeza en otra parte, se dio cuenta del resplandor de sus vidas, de las miles de promesas que el futuro les reservaba.

La suya había sido una historia de amor de lo más tradicional, anticuada incluso. Joe y Mary, que cumplían años en la misma semana, se conocían desde la primaria, se habían hecho novios a los quince y se habían casado a los veinte, en cuanto él volvió de ultramar. Era de esas cosas que todo el mundo esperaba que pasase, lo más natural del mundo. Por lo que a la gente del pueblo respectaba, no existía ni un Joe ni una Mary: siempre había sido Joe-y-Mary y siempre lo sería. Juntos eran un singular, no un plural.

Tras las formalidades de una luna de miel en el hotel Burlington, con vistas al lago Champlain, regresaron a lo que ambos deseaban de verdad: empezar su vida de casados en la casa que le habían comprado al tío de Joe. Después de licenciarse del ejército, empezó a trabajar de encargado de turnos en la cantera de mármol y Mary se consagró a hacer de la casa nueva su hogar para siempre.

Mary frunció el ceño mirando el candelabro: iba a tener que utilizar algún producto especial para la plata. Tal vez no fuese nuevo como había asegurado la tía May, sino de segunda mano. En cualquier caso, nuevo o viejo, tampoco le tenía un aprecio especial, pero era raro que la mancha pareciera tan incrustada e imposible de quitar.

Se encogió de hombros y dejó el candelabro en su sitio, aunque girándolo para que la luz de la ventana no iluminara la mancha. Antes de ir a la cocina, llamó a Joe —era una mañana de sábado y estaría en el estudio, enfrascado en el periódico— y le dijo que iba a hacer café. Mientras rellenaba la jarra en el grifo, miró por la ventana que había encima del fregadero. La casa estaba sobre una colina y desde su posición

tenía vistas sobre los suaves montículos de bosque y campo, sin nada que le ensombreciera el sol primaveral. Era su sitio preferido para apostarse a contemplar su felicidad. Como le gustaba reconocer, era una joven de ambiciones modestas y tenía allí todo lo que siempre había querido. Sabía que Joe sentía lo mismo.

Vio el coche acercarse. Lo había visto nada más poner el café y volver a la ventana. Con tan solo un puñado de casas repartidas alrededor de aquel camino poco transitado, la mayoría de las veces un coche acercándose significaba una visita inminente. Mary lo vio remontar la carretera norte y luego doblar por el largo camino que llegaba a la casa.

—Joe —insistió—. Tenemos compañía...

Se quitó el delantal, lo colgó en la percha de la cocina, se dirigió a la entrada y por el camino llamó una vez más a su marido. Se detuvo en el espejo del pasillo para ver si tenía el pelo bien antes de salir al porche.

La pena le sobrevino al instante, con toda su fuerza devastadora, como siempre hacía.

La Mary Dechaud recién casada de veintitrés años se miró al espejo y su reflejo de ochenta y cuatro años le devolvió la mirada. Por una mínima fracción de segundo no se reconoció en el reflejo, igual que no lo había hecho con la abuela triste y solitaria de la fotografía de la cómoda. Se llevó la mano a la boca para ahogar el grito y la anciana del espejo hizo otro tanto. Lo recordó: en ese instante le vino todo, como siempre ocurría en esos dolorosos y punzantes momentos en los que recuperaba la memoria. Se volvió hacia el estudio para llamar una vez más a su marido pero se detuvo en seco: Joe no estaba.

Se tomó su tiempo para estudiar el periódico que estaba perfectamente doblado con la portada hacia arriba en el mueble de la entrada, bajo el reloj. Acto seguido se alisó la falda con las manos, en las que vio el paso del tiempo —los nudillos curtidos, las venillas azules bajo la piel apergaminada—, abrió la puerta y salió a la luz del sol para encontrarse con sus dos hijos, quienes, lo recordó en ese momento, habían quedado en ir a verla ese día. Se agarró a la barandilla del porche para apoyarse, y al mismo tiempo afianzar la postura y recobrar la serenidad mientras asimilaba en silencio el impacto del más de medio siglo que había recordado de repente.

—Nadie te va a obligar a irte —le decía George—, pero bueno, últimamente la memoria te está fallando mucho, y Jim y yo pensamos que es mejor que estés con alguien por si necesitas ayuda.

Como siempre, era George el que hablaba mientras James se quedaba callado, recostado en el sofá. Era muy curiosa, pensó mientras les servía café, la manera que tenían las herencias de repartirse: George era idéntico a su padre —el mismo pelo taheño y los mismos ojos grandes y amables—, pero ahí acababa el parecido; James,

en cambio, quien por fuera se parecía poco o nada a Joe, por dentro era su gemelo, amable y solícito. George, por el contrario, tenía un acervo de características que había debido de tomar de otro punto de sus antecedentes genéticos: unos que lo hacían avasallador, agresivo y dominante. Durante toda la vida sus miradas agradables habían disimulado y resguardado su maldad interior. Mary sabía que el costoso coche europeo que había aparcado fuera era suyo: se había abierto paso en la vida apartando a empujones a los demás, empezando por su propio hermano...

Volvió a acordarse de la tía May... tal vez de ahí le viniera el carácter a George, o al menos en parte. Le entró un pánico creciente cuando recordó lo mucho que la había desconcertado la mancha en el candelabro recién regalado cuando en realidad llevaba en esa misma mesa, en el mismo sitio, sesenta años.

—¿Tú qué opinas, James? —le preguntó Mary a su hijo mayor.

—A mí también me preocupa que estés aquí sola, mamá. No hay nadie en doscientos metros a la redonda. Si te caes o te confundes... —James tartamudeó al decir las últimas palabras.

Las lagunas mentales de Mary —esos periodos cada vez más largos en los que lo lejano y lo pasado se convertían en lo inmediato y lo presente— eran la razón de la visita de sus hijos.

—Pero esta es nuestra casa... de vuestro padre y mía. —Volvió a mirar en dirección al estudio de Joe. Sus hijos estaban buscando señales, y lo sabía; pequeños indicadores de que estaba perdiendo la chaveta.

—Papá murió hace quince años, mamá. —James se adelantó para cogerle las manos—. Estás aquí sola y nos preocupa.

—Pero yo estoy bien —dijo con una sonrisa. Era un buen muchacho; intentó recordar con quién estaba casado y quiénes eran sus hijos (sus nietos) pero no fue capaz—. Sé que me falla la memoria pero es lo que tiene hacerse vieja, es normal.

—¿Qué día es hoy, mamá? —le preguntó George con ese tono tan desagradable y obstinado que solía utilizar con ella—. ¿Qué mes? ¿Sabes acaso en qué año estamos, mamá?

Le contestó con la fecha exacta. Al igual que llevaba una libretita con los nombres del presidente actual y los tres anteriores, Mary recibía el periódico a diario y lo dejaba bajo el reloj, con la cabecera hacia arriba, en el mueble de la entrada junto a la puerta. Si venía alguien podía decirles la hora, el día de la semana y la fecha; lo único que tenía que hacer era memorizarlo el tiempo suficiente hasta que se lo preguntaran. Últimamente sus hijos, y a veces la mujer de George —una con mala cara, avasalladora, cuyo nombre se le escapaba—, la llamaban con cierta regularidad y la hacían sentirse como en un examen constante. Había creado algunas estrategias para disimular sus lagunas mentales, cada vez mayores.

—Vamos a dejarte esto para que le eches un vistazo. —George puso sobre la

mesita de centro tres folletos satinados, un dechado de bronceados de Florida y sonrisas de dentaduras perfectas—. ¿Me prometes que vas a pensarlo por lo menos?

Mary asintió. Sentía un peso muerto en el pecho: pese a sus estrategias y a todas sus protestas, sabía que su memoria empeoraba a pasos agigantados. Mucho más de lo que imaginaban sus hijos. Ninguno sabía lo de los largos lapsos de tiempo en los que vivía en el pasado sin sospechar que no era su presente.

—Me lo pensaré —dijo cogiendo los folletos y las tazas de café para llevarlas a la cocina.

Se quedó en la ventana de la cocina mirando cómo se alejaba el caro coche de George por el camino de entrada, hasta la carretera norte y de ahí rumbo al pueblo. Siguió con el corazón atribulado mientras veía el sol hundirse en el cielo y repasar el lienzo de las colinas boscosas con una paleta más cálida. No podía seguir así; sabía que tendría que dejar el que había sido su hogar durante sesenta años y que nunca volvería a apostarse ante esa ventana con vistas a las colinas y a los sembrados.

Llamaría a James por la mañana. A George no, a James.

Entre un latido y otro la embargó una sensación de lo más extraña. Se sintió mareada de repente y tuvo que agarrarse al borde del fregadero. Un pánico indefinido e injustificado se cernió sobre ella cuando la atrapó la sensación más poderosa de *déjà vu* que había tenido en su vida. Se le aceleró el pulso al temer estar sufriendo algún tipo de ataque, de apoplejía. Cerró los ojos, respiró hondo y se obligó a tranquilizarse.

Volvió a abrirlos.

La puesta de sol se había convertido en un sol de mediodía tan luminoso que le molestó en los ojos. La primavera había pasado a ser verano. Se incorporó por encima del fregadero y miró sus vistas preferidas: seguían siéndolo pero estaban cambiadas.

Cambiadas hacia atrás.

Había más árboles y menos sembrados: hacía treinta años habían despejado una buena parte del bosque que bordeaba la carretera para ampliar la granja de los Fisher y plantar alfalfa. De pronto la floresta se había recuperado, espesa, oscura y completa, ganando el terreno perdido.

—Ay, madre, no... —dijo Mary a la cocina vacía.

Supo que había regresado al pasado; su condición había debido de empeorar y había vuelto a hundirse en recuerdos lejanos, su mente plegándose lenta e inexorablemente sobre sí misma.

Pero no era igual porque lo recordaba todo.

Se acordaba de que James y George habían estado allí, que el segundo había

venido con su coche lujoso, que le habían dejado folletos para que los mirase y que había decidido dejar su hogar tras sesenta años allí para que pudieran cuidar de su cuerpo mientras su consciencia, su conocimiento del mundo, se evaporaba lentamente.

Alargó la mano para coger los folletos de donde los había dejado pero no los encontró. Tampoco la cafetera que había comprado hacía diez años, en cuyo lugar estaba la vieja que había utilizado durante toda su vida de casada, hasta que el esmaltado azul claro se descascarilló por completo. En esos momentos brillaba como el primer día, igual que si la hubiesen vuelto a esmaltar. Miró a su alrededor; toda la cocina estaba cambiada: las décadas de reformas deshechas, lo original había vuelto a su lugar y las cosas viejas relucían como nuevas.

Aquello no era una jugarreta de su cabeza, no estaba enfrascada en sus recuerdos ni recreando el pasado: era el pasado.

Mary atravesó el comedor para ir a la puerta de entrada, pero se detuvo a examinar el feo candelabro que la tía May les había regalado hacía sesenta años. La mancha del cuello ya no estaba y la plata relucía impecable. ¿Qué estaba pasando? La confusión anterior la entendía: su mente regresaba al pasado mientras las cosas a su alrededor seguían iguales como pruebas objetivas de su cronología real; esa vez, sin embargo, era su mente la que seguía anclada en la realidad mientras que todo a su alrededor había cambiado.

No era ella, era el mundo. Estaba ocurriendo algo que nada tenía que ver con sus problemas de memoria; algo serio estaba pasándole al mundo que la rodeaba...

Oyó que alguien la llamaba: una voz que en los últimos quince años solo había vivido en su cabeza. Corrió al pasillo e intentó abrir la puerta pero de pronto se paralizó, con la mano en el pomo sin girar. Tenía el espejo a la derecha.

Se volvió.

Mary Dechaud, la anciana de ochenta y cuatro años, miró el espejo y este le devolvió la mirada de una ágil joven de veintitrés años con cinturita de avispa y una espesa melena rubio oscuro enmarcándole el bonito semblante aniñado. Mary levantó la mano por delante de la cara y se la miró, primero la palma y luego el dorso. Lisa, sin marcas ni arrugas; dedos finos y largos.

Cuando la voz de fuera volvió a llamarla, abrió la puerta con fuerza, corrió al porche y saludó al joven de pelo taheño y cara agradable que remontaba el camino de entrada, donde lo dejaba siempre Daver Gundersson cuando salían de la cantera.

Era Joe.

Era Joe sonriéndole y saludándola de vuelta a casa.

Nada más terminar, cuando el *déjà vu* cesó, el cielo se oscureció y el mundo —y su reflejo en el espejo— volvió a su ser presente, Mary se sentó en el salón y pensó en lo

que acababa de ocurrir. No intentó buscarle el sentido, se limitó a pensar en la experiencia en sí, en lo maravillosa que había sido.

Al cabo de una hora o así Mary Dechaud cogió el teléfono y llamó a James. Le dijo con mucho tacto y calma que había decidido que, después de todo, iba a quedarse en su casa, que se quedaría allí hasta el día que muriera; el día que se reuniría con sus padres.

En cuanto colgó el teléfono, Mary intentó recordar por qué había ido al comedor. Debía de ser para quitarle el polvo a las fotografías del aparador, porque ya no recordaba cuánto hacía que no les pasaba el trapo.

Empezó con el marco de plata del borde dorado.

John Macbeth. Boston

Corbin telefoneó al día siguiente a Macbeth para transmitirle la información que le habían dado en la policía y el hospital. Tras una cirugía prolongada, el cura había vuelto a la UCI: era harto improbable que saliese con vida y, si lo había hecho hasta el momento, había sido por la contribución *in situ* de Macbeth.

—Por cierto, el suicida se llamaba Gabriel de verdad, Gabriel Rees. Al parecer era un académico de altos vuelos. Mierda... —Corbin maldijo su torpeza—. No quería decir eso... Pobre hombre.

—Ya lo sé. ¿Altos vuelos en qué?

—En física de partículas. Posgrado doctoral en el MIT. ¿Tu hermano Casey no se dedica a eso?

—Pues sí. A lo mejor lo conocía y todo. Le preguntaré luego, que he quedado con él. ¿Te ha contado algo más la policía?

—Solo que no tenía historial de enfermedades mentales ni de consumo de drogas, al menos que se sepa. Pero por lo visto era brillantísimo, con un coeficiente intelectual muy alto. Aunque, bueno, en su gremio eso está a la orden del día.

—Supongo... —comentó Macbeth pensando que su hermano y él tenían el mismo coeficiente, pero Casey estaba dotado de una mente más fina y agraciada.

Hubo una pausa antes de que Corbin preguntara, como tanteándolo:

—Por cierto, John, respecto a lo que te conté anoche... sobre la casa... ¿crees que estoy loco?

—No, por supuesto que no. Lo que experimentaste suena a lo mismo que han estado padeciendo tus pacientes, como tú mismo dijiste. Tal vez sí que tenga un origen vírico, después de todo.

Charlaron un rato más antes de que Macbeth colgara tras prometerle que seguirían en contacto. Colgó el cartelito de NO MOLESTEN en la puerta de la habitación y pasó casi toda la tarde echado en la cama, mirando al techo e intentando no escuchar ni los sonidos de fuera ni pensar mucho en nada, y menos aún en lo sucedido la noche anterior.

El cansancio por fin le venció y se quedó dormido.

—Esto es un sueño —le dijo una voz que reconoció, aunque no veía quién hablaba.

—Ya lo sé —respondió con indiferencia—. Sé que estoy soñando, siempre lo sé.

Macbeth se vio a las puertas de una casa y supo que estaba en Beacon Hill. Era una de esas majestuosas mansiones de cinco plantas y estilo colonial con saledizos y estuco blanco alrededor de puertas y ventanas. La plaza Louisbourg... estaba en la plaza Louisbourg. Supo sin necesidad de volverse que detrás estaba el pequeño y cuidado parque privado donde había unas estatuillas de Colón y Arístides el Justo.

Estaba en el exterior, en una calle adoquinada sin coches. El día derrochaba una tranquilidad irreal y a su alrededor el aire inerte parecía más de interior que de exterior. Subió los escalones hasta la puerta de la calle, que se abrió con solo rozarla con los dedos, y entró en el pasillo principal. La casa seguía siendo una sola vivienda, no estaba dividida en pisos como habían hecho con tantas otras a lo largo de los años. Macbeth sabía dónde estaba: en la casa que se había comprado Corbin. También sabía cuándo: en una época distinta, mucho antes de que su amigo la comprase.

Se detuvo al pie de las escaleras, se apoyó en el pasamanos de caoba de la barandilla y sintió cálida la madera, como viva bajo su tacto, todo el vestíbulo reluciendo a su alrededor.

Macbeth sonrió cuando la mujer entró en su campo de visión en lo alto de las escaleras: Marjorie Glaiston.

Era, sin lugar a dudas, la más hermosa que había visto en su vida, tal y como Corbin le había dicho: delgada, elegante, con el pelo de un bonito rubio dorado recogido atrás. Llevaba un vestido de color crudo que le llegaba por los tobillos, rematado con encajes, y un broche del ojo de las plumas de un pavo real en la garganta. El baile de las esmeraldas y las turquesas del broche iba a juego con el mareante azul verdoso de sus grandes y hermosos ojos. Le sonrió a Macbeth como si hubiera estado esperándolo, con hoyuelos en ambas mejillas, y empezó a bajar las escaleras.

Al lado de Marjorie apareció un hombre. Corpulento y de espaldas anchas, con unas manos enormes y feas, tez rubicunda y un pelo y una barba taheños que enmarcaban su cara como vivas llamaradas de fuego. Sus rasgos eran de una belleza ruda y cruel y en su expresión acechaba algo horriblemente oscuro y violento. Igual que había sabido que la mujer era Marjorie Glaiston, comprendió que tenía delante a Geoffrey Morgan.

Quiso gritar, avisar a Marjorie de que Morgan empezaba a bajar con pasos lentos pero decididos hacia ella, acompañado de su furia oscura, pero comprendió que no podía. Al contrario que durante su episodio en la plaza de la iglesia de la Ciencia Cristiana, donde había salvado al cura herido y había vivido la experiencia desde fuera, Macbeth se sintió en esos momentos implicado en una realidad que sabía que no era tal cosa. Con todo, se quedó paralizado, con la mano pegada a la barandilla, sin voz, mientras Morgan acortaba la distancia entre él y Marjorie, sus enormes manos abandonando los costados y alargándose hacia ella.

—¿Sabes lo que viene ahora, no? —La voz que le había hablado antes volvió a susurrarle al oído, y se dio la vuelta para ver detrás el cuerpo desnudo y con el cuello partido de Gabriel Rees, el hombre que se había matado saltando de la iglesia. Cuando este le sonrió, se fijó en que aún tenía un párpado medio cerrado—. Igual que sabías lo que iba a pasar en el tejado (el único aparte de mí que lo sabía), ahora sabes perfectamente lo que va a pasar aquí, ¿verdad?

Macbeth asintió y, al darse la vuelta, vio que Morgan cogía a Marjorie. Dio un grito que no produjo sonido alguno y que no logró despegar sus labios sellados, mientras Morgan apretaba sus gruesos dedos en torno al cuello delgado de Marjorie, que parecía no darse cuenta de nada: la mujer siguió manteniéndole la mirada a Macbeth, imperturbable, al tiempo que le surgían en el globo ocular hemorragias subconjuntivales que le enrojecieron el blanco de los ojos; no paró de sonreírle, con los hoyuelos todavía hundidos en su claras mejillas, donde brotaban manchas petequiales moradas al romperse los capilares bajo la piel.

Morgan emitió un grito inhumano mientras destrozaba y retorció la vida de su amante infiel: un prolongado rugido animal de furia, dolor y desesperación. Cuando la soltó, Marjorie se desmoronó como una muñeca de trapo, sin vida, floja, escaleras abajo hasta los pies de Macbeth.

—¿Cómo de real te parece? —le preguntó Gabriel como el que charla del tiempo—. Estás soñando pero da la impresión de ser más real que cuando estás despierto. ¿Te parezco ahora más real que en el tejado?

Macbeth seguía sin tener voz para responderle; en su lugar, le lanzó una mirada acusatoria pero silenciosa a Morgan, que seguía clavado en el mismo sitio donde la había matado, con la frente empapada en sudor, los ojos aún en llamas y las enormes manos homicidas caídas a ambos lados. Después, con movimientos lentos, Morgan se metió una mano en el bolsillo del chaleco de *tweed* y sacó un pequeño revólver. Paso a paso, con mucha deliberación y como si tuviera pies de plomo, bajó las escaleras con el brazo extendido y la pistola en la mano hasta que se detuvo ante Macbeth, al que le sacaba una cabeza. Le puso el duro acero helado del cañón corto contra la frente.

Y apretó el gatillo.

Macbeth volvió a encontrarse mirando el techo de la habitación. Se había despertado fácilmente, aunque no de golpe, y todavía lo perseguía algo del sueño, como si la maldad perturbadora de Morgan acechara en algún rincón de su mundo. Pero no tenía miedo, no sudaba ni temblaba; a pesar de los horrores, el sueño le había dejado una calma extraña.

Corbin pareció sorprendido de oír tan pronto a Macbeth al teléfono después de su última conversación.

—La casa de Beacon Hill que estás reformando... ¿está en la plaza Louisbourg?
Corbin rio.

—¿En la plaza Louisbourg? ¿Cuánto te crees que me pagan en Belmont? Sé que te dije que mis suegros son ricos pero tampoco son los Rothschild. Está en la calle Garden. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada, es que se me ha ocurrido consultar la historia de Marjorie Glaiston —mintió Macbeth, que no quería contarle el sueño.

—Ya. Pues en Internet puedes encontrar de todo. Yo me puse al día así.

—¿Y estás seguro de que no habías visto ninguna foto de ella antes del episodio?

—¿Te refieres a antes de verla en las escaleras? No, ya te dije que no, que las vi después y que encajaban con la persona que vi... que imaginé ver... en las escaleras. Pero lo que dijiste anoche tenía sentido: no pude haber tenido una imagen tan fiel de ella en una alucinación sin haber visto cómo era en la vida real. Seguramente había visto fotos suyas antes y no lo recordaba.

—Es la explicación más lógica —sentenció Macbeth, que no quiso compartir con él que le había puesto cara a Marjorie Glaiston en su propio sueño—. De todas formas, lo voy a mirar. Hazme saber si la policía te cuenta algo más sobre Gabriel o te enteras de cómo evoluciona el cura.

A Macbeth le molestó sentirse aliviado.

No era la Marjorie Glaiston con la que había soñado. Miró la cara de la pantalla del portátil y supo que no era la que había visto en sueños. La real tenía el pelo negro azabache, no rubio, y aunque su impresionante belleza no tenía nada que envidiar a la de la mujer del sueño, era de otro tipo: oscura, pícara y provocativa, vagamente artera. La imagen era de un retrato que pintó su propio asesino, Geoffrey Morgan. Otra más —una granulada fotografía en blanco y negro en la que posaba en sociedad— confirmó la fidelidad del lienzo de Morgan al representar a su amante y musa. Macbeth comprendió que esa Marjorie Glaiston había sido del tipo de mujeres que sacan de sus cabales a sus amantes, entre la lujuria y los celos.

¿Qué esperaba encontrar, si podía saberse, al buscar en Internet una imagen de la mujer?, ¿la prueba de que había desarrollado algún tipo de vínculo psíquico con la muerta? Aunque hubiese tenido la misma cara, no habría sido nada más que un caso de criptomnesia, igual que le había pasado a Corbin: un recuerdo olvidado recordado por el inconsciente; al fin y al cabo era psiquiatra y sabía que había ciertos misterios que no podían responderse buscando dentro de esa masa de un kilo trescientos gramos y cien billones de neuronas comprimidas que era el cerebro humano: cada uno en particular, todo un universo de complejidad inexplicable.

La imagen que encontró de Geoffrey Morgan, en cambio, sí que lo turbó. Su cerebro durmiente no había inventado la cara del asesino pero sí que existían

parecidos razonables: una frente ancha y pálida por encima de unos ojos oscuros y perturbadores, enmarcada por barba y cabello espesos. Y aunque en la fotografía el pelo parecía oscuro, en la descripción del texto que lo acompañaba leyó que Morgan tenía el pelo rojo oscuro. Macbeth se dijo, sin embargo, que tampoco era tan difícil imaginarse a un pintor irlandés violento y perturbador con cierta fidelidad.

Después de ducharse y vestirse Macbeth le mandó un mensaje al móvil a Casey para confirmar la cita que tenían a las siete; este se lo corroboró casi al instante.

Durante su estancia en Boston había pasado todo el tiempo que había podido con su hermano, quien desde luego le había ofrecido que se quedara en su casa mientras estuviese en la ciudad, por mucho que ambos supiesen que Macbeth no aceptaría: el entorno debía ser de su elección.

Tenía ganas de verlo esa noche; seguía cansado y extenuado emocionalmente por todo lo que había sucedido en las últimas dieciocho horas, pero Casey siempre lograba subirle el ánimo. Al mirar por la ventana vio que al otro lado del cristal había tomado forma un día cálido y soleado y se decidió a dar un paseo para quitarse la modorra.

El taxi lo dejó en la entrada de la calle Tremont del parque Common. Macbeth sabía que había ido para algo más que para dar un paseo: la plaza Louisbourg estaba a menos de tres minutos andando de ese lado del Common. Volvió a enfadarse consigo mismo por sus locuras, a sabiendas de que terminaría parado en el sitio donde había estado en el sueño, convenciéndose de que... ¿de qué?

Al bajar del taxi Macbeth notó que los efectos del estrés y la falta de sueño tomaban la forma de un *déjà vu* vago pero omnipresente. Era una sensación que había experimentado muchas veces a lo largo de su vida y la odiaba, sobre todo porque solía preceder a un episodio. Se quitó la idea de la cabeza y se dirigió al Common.

En la entrada había un edificio pequeño en forma de caja rectangular que parecía una especie de mausoleo *art déco*. En realidad era la salida de la parada de Boylston y albergaba la entrada a las escaleras que bajaban al metro. Al pasar vio a unos operarios con el uniforme de la autoridad de Tránsito que usaban cepillos y un spray de solución limpiadora para borrar un grafiti que habían pintado en la pared lateral del edificio, normalmente impecable. Las palabras, en un rojo profundo que se resistía a los químicos de los operarios y al cepillado, todavía eran legibles:

ESTAMOS CONVIRTIÉNDONOS...

Puntos suspensivos incluidos. Había visto esa misma frase por todo Copenhague, tanto en inglés como en danés, al igual que en otros puntos de Boston. Probablemente

fuera el estribillo de una canción o algo parecido, pero a Macbeth le resultó de una profundidad inusitada y se rio para sus adentros al imaginar una pandilla de filósofos rondando por las calles de Boston con pantalones de pana y gorras raperas con la visera hacia atrás.

Tras saludar con la cabeza a uno de los operarios, que optó por ignorarlo, Macbeth siguió avanzando por el paseo principal del Common. Se enfrascó en sus pensamientos durante el recorrido, tan solo consciente a medias de lo que lo rodeaba. A pesar del sol y de los sonidos de juegos y risas que llegaban de varios rincones del parque, Macbeth se vio embargado por la oscuridad de la noche anterior.

No sabía hasta adónde había llegado cuando, justo a su lado, unos ladridos y unas risas lo sacaron de sus pensamientos y atrajeron su atención hacia un grupo de niñas que estaban lanzándose un frisbi por encima de un perro que no paraba de saltar, sobreexcitado. Las niñas corrían de un lado para otro moviéndose con esa despreocupación preadolescente que no tardaría en desaparecer y en hacerles creer que esas actividades inocentes eran infantiles y poco enrolladas. La escena le produjo una sensación de melancolía que pareció aumentar la que ya tenía de *déjà vu* y, en ese momento, envidió su inocencia y su despreocupación. Pero Macbeth el psiquiatra sabía que en muchos casos la infancia distaba de ser algo inocente y despreocupado y continuó su camino.

Aunque hacía un tiempo agradable y cálido y el sol que atravesaba los árboles bailaba y veteaba el camino, siguió sin ubicarse en el momento, y la vaga sensación de *déjà vu* lo persiguió por todo el parque. Sus pensamientos lo llevaron una vez más al tejado en penumbra de la iglesia de la Ciencia Cristiana. Lo que más le había estremecido había sido la tranquilidad, la certeza, en la expresión de Gabriel justo antes de tirarse por el borde del parapeto y llevarse con él al padre Mullachy.

Mientras corría con los demás hasta el borde, Macbeth iba medio esperando que hubiesen desaparecido, como si tuviera tanto sentido desaparecer en la nada como aplastarse contra el suelo. Igual que el gato de Schrödinger, tal vez Gabriel no había muerto, o al menos del todo, hasta que Macbeth no vio su cuerpo.

No sabía adónde había llegado. Como siempre, iba enfrascado en sus pensamientos mientras recorría el paseo que cruzaba el parque. Unos ladridos y unas risas cercanas llamaron su atención hacia un grupo de niñas que se lanzaban un frisbi por encima de un perro que no paraba de saltar, sobreexcitado. La escena le produjo una sensación de melancolía que pareció aumentar la que ya tenía de *déjà vu* y, en ese momento, envidió su inocencia y su despreocupación. Las niñas corrían de un lado para otro moviéndose con esa despreocupación preadolescente que no tardaría en desaparecer y en hacerles creer que esas actividades inocentes eran infantiles y...

Macbeth se detuvo en seco.

Todo eso ya había pasado. Lo había visto y había tenido justo los mismos

pensamientos, solo que unos minutos antes.

Se quedó mirando a las niñas que jugaban, el parque, los árboles, el sol que los atravesaba, al perro sobreexcitado... Macbeth había aprendido a convivir con su extraña memoria, con su disonante sentido del tiempo y su costumbre de distanciarse por completo del momento y perderse en algún punto fuera del espacio y del tiempo. Había perdido innumerables citas, y llegado a innumerables destinos sin recuerdo alguno del tránsito entre estos y el punto de partida.

Aquello era distinto, sin embargo.

Había estado allí, justo en ese punto del parque, hacía unos minutos. Había caminado, avanzado, pero de algún modo estaba en un punto anterior del paseo. Era absurdo pero iba más allá de un absurdo espacial: no solo había vuelto al mismo sitio sino también al mismo momento, a los mismos pensamientos, a la misma mustia envidia de la juventud inocente y despreocupada de las niñas, a la misma sensación de *déjà vu*.

Al verlo allí parado las niñas dejaron de jugar y se lo quedaron mirando con suspicacia. Estaban viéndolo, de modo que no era un delirio. No estaba observando un momento pasado y no pudo haber sido testigo de un momento futuro hacía unos minutos. Así que, ¿qué acababa de pasar, si podía saberse?

Déjà vu. Eso era todo, se dijo. Un *déjà vu* especialmente acentuado por el estrés de lo sucedido en las últimas veinticuatro horas. Eso debía de ser; u otro tipo de cortocircuito entre el córtex prefrontal y el lóbulo medio temporal que le había creado la ilusión de haber recordado algo. Volvió a recordar el tejado de la iglesia y a Gabriel cuestionando su propio recuerdo de haber estado en el tejado un cuarto de hora antes.

Rehuyendo la mirada suspicaz de las niñas, que se habían puesto a cuchichear entre ellas, Macbeth siguió su camino y volvió a sus pensamientos, aunque se cuidó mucho de pensar en lo que acababa de ocurrir.

Como sabía que haría, Macbeth se vio en la esquina de la calle Mount Vernon con la plaza Louisbourg. La atravesó hasta la casa que aparecía en su sueño. Había aminorado el paso; un hilillo de sudor tibio le recorría la nuca y le hizo pensar que había debido de caminar rápido desde el parque, como solía hacer cuando tenía la mente ocupada, que era la mayoría de las veces.

Al contrario que en su sueño, el edificio estaba dividido en pisos de lujo. Pero había otras diferencias, significativas y estructurales, con respecto a la casa del sueño. Desde su posición intentó averiguar tanto por qué había soñado con ese edificio en concreto como por qué parecía tener la necesidad de verificar lo soñado; al fin y al cabo no era la casa que Corbin había comprado, en la que mataron a Marjorie Glaiston. Tal vez se debiese simple y llanamente a que esa plaza representaba el

estereotipo de inmueble histórico de Beacon Hill. Lo extraño era que le resultaba tremendamente familiar; quizá la hubiese visto antes, tal vez de pequeño, en un recuerdo idealizado que con el tiempo se había perdido, para ser estimulado solo años después al hablarle Corbin de su casa nueva.

Tanto el sueño de Macbeth como la alucinación de su amigo eran ficciones: simulacros generados por el cerebro a partir de algunas semillas de realidad. Eran, sin embargo, procesos muy distintos y se debían a cosas bien diferentes. No llegaba a entender por qué había atravesado media ciudad para buscar la conexión. Al igual que con su alivio al ver a la Marjorie real, le molestaba haber perdido el tiempo demostrando algo que ya sabía por puro raciocinio.

Volvió por donde había venido y regresó al Common. No hubo *déjà vu* ni repeticiones inexplicables. Al llegar a la salida de la calle Tremont, se disponía a cruzar la calle cuando algo lo llevó de nuevo hacia el parque. Era vagamente consciente de estar atrayendo miradas suspicaces de transeúntes al estar parado delante del edificio de la parada de Boylston escrutando una pared lisa.

No había pintada ni ninguna leyenda en rojo que dijera ESTAMOS CONVIRTIÉNDONOS. No había restos de spray ni de las sustancias químicas usadas para limpiar la piedra, que estaba fría y seca al tacto.

Tal vez, pensó, en los cuarenta minutos o así que habían pasado desde que había entrado en el parque, los operarios habían logrado limpiar la pintada sin dejar el más mínimo rastro y luego habían utilizado algo para secar la pared.

Pero no parecía posible: era más factible que el grafiti nunca hubiera estado allí.

Georg Poulsen. Copenhagen

Como tenía por costumbre hacer los sábados por la tarde, Georg Poulsen estaba leyéndole a su mujer.

Les gustaba pasar así las tardes de sábado; al igual que casi todas las noches que no tenía que trabajar. A Margarethe Poulsen siempre le había encantado la lectura, describía los libros como «su otro mundo»: un universo alternativo al que podía escapar cuando las preocupaciones del real se volvían insoportables. Georg Poulsen estaba encantado de contribuir a su evasión leyéndole sus libros favoritos. La quería muchísimo.

Margarethe sentía particular pasión por la ficción irreal: no la ciencia ficción ni los novelones de fantasía, sino por el realismo mágico en literatura.

—No entiendo por qué la gente necesita leer sobre otros mundos para hallar magia —le había dicho una vez a su marido—, cuando flota por todo nuestro alrededor. La realidad es la mayor magia cuando la miras con los ojos adecuados.

A Poulsen le sorprendió el comentario, a la vez que lo llenó de admiración descubrir que su mujer —que como ingeniera tenía los pies muy en el suelo de la física clásica del mundo cotidiano— siguiese creyendo que el universo tenía un potencial infinito, susceptible de interpretaciones ilimitadas.

Margarethe tenía especial afición por Kafka, Gógol, Zamiatin y el francés Raymond Roussel. Poulsen no llegaba a entender por qué a su mujer le gustaba tanto este último, por mucho que ella le hubiese explicado que un escritor que se suicida, no llevado por la desesperación sino para averiguar «cómo es la muerte», era alguien cuyas percepciones de la realidad le apetecía conocer.

Y eso era lo que le leía ahora: la increíble *Locus solus* de Roussel. En su lectura Poulsen se sentía en la obligación de poner todo su ser en la recitación, en hacer que los personajes vivieran para su esposa. No era algo que le saliera de forma natural pero, después de tanto tiempo leyéndole, había adquirido la habilidad de infundirle dramatismo a lo que leía. Con *Locus solus* estaba costándole más porque no había versión danesa y tenía que leer en traducción inglesa. Sin embargo, a medida que surcaba el mundo irreal de la novela —la finca epónima de Martial Canterel, llena de atracciones bizarras y sobrenaturales, como una feria—, Poulsen fue entendiendo cada vez mejor la atracción de su mujer por Roussel.

Al autor se le daba especialmente bien crear imágenes tan imposibles como

imborrables para la mente del lector. Una, por ejemplo, mostraba la cabeza conservada de Danton, que hablaba y se movía desmembrada del cuerpo, suspendida en el misterioso y centelleante líquido del *aqua micans*, por la que también pululaba una cabeza de siamés sin un solo pelo que operaba los mandos para insuflarle vida a la cabeza de Danton. Lo que realmente atrajo la atención de Poulsen, sin embargo, fue la descripción del propio Canterel cuando conduce a sus invitados por el misterioso diamante de cristal que hay en el corazón de la finca. Allí, bajo el cristal, hay una secuencia de ocho *tableaux vivants* en cada uno de los cuales unos actores interpretan una escena fija ante un pequeño público para el que es evidente que la obra tiene un claro significado emotivo. Canterel les revela entonces a sus invitados que los actores de los *tableaux* son cadáveres de gente que ha muerto hace poco, y que ha descubierto dos sustancias misteriosas, la *resurrectina* y la *vitalina*, para devolverles la vida. Con todo, el efecto de los fluidos inyectados es que los cuerpos reanimados están condenados a interpretar una y otra vez los hechos más importantes de sus vidas, y nada más, sin parar, por siempre jamás.

Por absurda que fuese la trama, Poulsen se vio preguntándose mientras la leía si la consciencia perpetuamente repetitiva y amnésica de los muertos reanimados de Roussel representaba una forma de vida inferior, o si no se diferenciaba mucho de moverse de un momento al siguiente en la vida real. También se cuestionó si experimentarían una sensación de *déjà vu* al interpretar una escena que ya habían realizado en la vida real e innumerables veces olvidadas en sus *tableaux post mortem*.



Georg Poulsen era un hombre comedido: en el trabajo, en la vida, en sus relaciones con la gente, siempre lo hacía todo en proporciones discretas y medidas. De modo que, cuando completó el cuarto capítulo, dejó el libro en la mesa auxiliar. Se puso a charlar con su mujer sobre el día, en particular sobre los avances que habían logrado en el proyecto, la esperanza que representaba, etcétera. Como era habitual, él habló y su mujer escuchó.

Margarethe Poulsen siempre había sido una mujer hermosa. Cada vez que Poulsen contemplaba su perfil aristocrático lo recordaba. La primera vez que la vio, la tomó por la hija malcriada de un terrateniente de rancio abolengo. En la cultura danesa primaba la ética del igualitarismo riguroso y Poulsen supuso que la altanería de la joven y guapa universitaria no le habría hecho ganar muchas amistades entre sus compañeros de clase. Aun así, se sintió atraído por ella, y no solo por su belleza sino por esa sensación extraña y persistente de haberla visto antes, de conocerla de alguna parte.

Solo cuando Poulsen reunió el valor para hablarle descubrió que Margarethe era

en realidad una muchacha modesta y casi tímida. Estudiaba ingeniería y, lejos de pertenecer a la aristocracia, era de orígenes rurales muy humildes. Mientras que él provenía de Selandia, a las afueras de Copenhague, ella era una muchacha de campo de Fyn. Poulsen pensaba que si de alguien desconfiaban más los daneses que de los suecos era de sí mismos: los de Jutlandia consideraban a los de la capital unos arrogantes; los de Selandia tachaban a los de Jutlandia de adustos e intelectualmente pedestres; ambos veían Fyn como un sitio bucólico pero atrasado, aunque compartían el afecto por la agradable belleza de la isla.

El padre de Margarethe era ingeniero y su madre maestra de escuela. Como era habitual entre los *fynboerne*, ambos eran personas abiertas y amigables, y Georg pronto comprendió que solamente querían lo mejor para su hija única; y que él era lo mejor para ella.

Se hicieron inseparables. La suya fue una conexión mental, de sueños, de caracteres y de creencias. Ambos se habían consagrado a sus respectivas disciplinas —él a la física y a la informática y ella a la ingeniería—, con ese impulso tan danés de ser de utilidad, de hacer algo para mejorar la existencia humana.

Durante los primeros diez años de casados, se mudaron por Europa de una universidad a otra, según iba dictando la carrera de Poulsen, con una única estancia de dieciocho meses en Estados Unidos; Margarethe iba encontrando trabajo dando clases de ingeniería. Eso sí, sus vidas siempre habían girado en torno a la carrera profesional de Poulsen: se había convertido en un reconocido experto en inteligencia artificial y la mayoría de sus investigaciones iban dirigidas a encontrar nuevas y mejores formas de interacción entre los humanos y los ordenadores.

Cuando, tras una década intentándolo, Margarethe le anunció que esperaban un hijo, Poulsen se puso loco de contento. Recordaba ese día: cómo se dejó llevar por el resplandor de un futuro imaginado y sintió que el mundo era demasiado bueno, demasiado perfecto para ser real.

Pronto el orgullo profesional vino a igualar la alegría personal: la Universidad de Copenhague le pidió dirigir un equipo multidisciplinar para trabajar en un nuevo proyecto internacional de gran calado. El objetivo era reproducir los estados cognitivos y las funciones del cerebro humano. La universidad quería echar a andar el proyecto en cuestión de dos años: en Düsseldorf estaba llevándose a cabo una experiencia similar desde 2001 y en Suiza el proyecto Cerebro Azul se remontaba a 2005, al tiempo que el mapeo cerebral estaba convirtiéndose en la carrera espacial de las ciencias cognitivas y computacionales. El de Copenhague, sin embargo, era con mucho el más ambicioso: la simulación de 86 mil millones de neuronas virtuales y un sistema límbico completo. Un cerebro humano de arriba abajo, fabricado célula a célula en un simulacro informático, que no habría de poder distinguirse de uno real: un cerebro que pensaría por sí mismo.

Se trataba del reto computacional del siglo, y se lo habían puesto en bandeja a Georg Poulsen.

En lo profesional, en lo personal, en todos los planos posibles, Georg Poulsen había sido un hombre feliz.

Una noche, dos semanas después de que Margarethe le anunciara la buena nueva, pasaron la velada con unos amigos de toda la vida que tenían una casa cerca del puerto de Skovshoved. Había sido una cálida noche despejada de verano y Poulsen había decidido coger la carretera de la costa, tomar el desvío en Kystvejen y volver hacia la capital. Margarethe iba callada en el asiento del copiloto, contemplando plácidamente las aguas oscuras del estrecho de Øresund. Era habitual en ellos: un silencio feliz en el que todo parecía hablado.

Georg Poulsen, un hombre realmente feliz, se detuvo en el semáforo del parque Charlottenlund.



Le costó casi un mes despertar, o al menos del todo.

Una vez, en un debate televisado entre un neurocientífico y una especie de gurú religioso, Poulsen defendió que el concepto de «alma» no solo era un disparate científico sino que tampoco había nada que pudiera identificarse como mente. Afirmó que la raíz de la experiencia humana era simplemente la consciencia, y que esta se sintonizaba o se desintonizaba cuando las estructuras físicas del cerebro desarrollaban su complejidad durante la infancia y la adolescencia y desaparecían bien a finales de la vida bien por enfermedades o daños; no existía un estado mental sólido, solo un flujo de cognición y consciencia. Tal y como había asegurado, simplemente había veces en que estábamos más «aquí» que otras.

La propia consciencia de Poulsen, en proceso de reparación, se pasó fluctuando una semana antes de lograr por fin abrirse camino de vuelta al mundo. Tras varias recaídas vagas y temporales, tres semanas y cuatro días después de esperar a que el semáforo del parque Charlottenlund cambiara, Poulsen volvió al mundo.

Le fueron dando las noticias por dosis y con mucho tacto. La joven médico se aseguró a cada paso de que Poulsen comprendía lo que le decía: se encontraba en la unidad RH4131, la de cuidados intensivos del Rigshospitalet de Copenhague; había tenido un accidente de tráfico en el que había resultado gravemente herido cuando un camión se había empotrado contra la parte trasera de su coche; había sufrido una fractura craneal y una contusión cerebral de contragolpe que había obligado a los médicos a inducirle un coma durante tres semanas. Le contó asimismo que había sufrido también una contusión pulmonar menor pero que ya se había recuperado.

Poulsen le había escuchado esforzándose por extraer sentido de los hechos y

luego se había debatido para hablar, tenía la boca seca y pastosa, y la lengua pesada. Por fin consiguió decir una palabra, la única que tenía en la cabeza.

—¿Margarethe? —repitió la médico—. ¿Su mujer? Ha sufrido heridas similares a las tuyas y también estamos tratándola aquí.

Quiso preguntar más, saber del bebé, pero volvió a irse de la habitación, del allí y del entonces, cuando su consciencia volvió a desconectar.



Le dieron todas las noticias al cabo de los tres días, cuando ya estaba en planta, plenamente consciente.

—Podemos llevarlo a verla —le explicó la diligente médico—. Está en la unidad de neurofisiología.

Un celador lo llevó en silla de ruedas por el hospital en compañía de una enfermera; ninguno de los dos pudo responder a las preguntas que les hizo sobre el estado de su mujer. Tras registrarse en el mostrador de la unidad, la enfermera lo condujo por un pasillo lleno de puertas y le hizo pasar a una habitación. Las persianas estaban cerradas a cal y canto y la única luz provenía de encima de la cama en la que yacía una figura que respiraba gracias a una máquina. La habitación, la figura de la cama y la situación entera se le antojaron de pronto de lo más irreales, y por un momento creyó estar aún en coma, soñando esos horrores. Tal vez era él quien yacía en la cama, inmóvil y con la existencia pendiendo de un hilo de tecnología, viéndose a sí mismo con una parte escindida de su propia mente.

Un hombre moreno de unos cuarenta años, alto y delgado, con bata de cirujano y modales profesionales, entró en la habitación y se presentó como el doctor Larssen.

—¿Está en coma? —quiso saber Poulsen.

Con un tono autoritario pero cordial el médico lo condujo hasta el pasillo, para que no los oyera Margarethe.

—Su mujer ha sufrido un grave traumatismo craneoencefálico cerrado —le explicó Larssen—. No ha habido fractura craneal pero ha sufrido el mismo tipo de lesión de golpe y contragolpe de la que usted está recuperándose. —El médico hizo una pausa, de esas que hacen los profesionales antes de dar una mala noticia. Poulsen se fijó en las ojeras que tenía, que le daban un permanente aspecto sombrío—. Me temo que en el caso de su mujer se dio una lesión axonal difusa y una hemorragia de la arteria basilar..., que se produjo en el tallo cerebral. Respondiéndole a su pregunta: no, su mujer no está en coma y todo indica que está consciente, plenamente consciente, pero siento mucho informarle de que sufre una parálisis cuadripléjica total. —Otra pausa profesional—. Doctor Poulsen, dado su propio campo de especialización, no tendré que explicarle lo complejo que es el cerebro humano. Toda

nuestra complejidad como seres humanos (la inteligencia, la personalidad, el deseo, cómo percibimos el mundo), todo eso, reside en el cerebelo, sobre todo en el neocórtex. En el caso de su mujer está totalmente intacto. El daño se ha producido exclusivamente en el puente troncoencefálico, el que hay entre el cerebro y el tallo cerebral. ¿Entiende lo que le digo? —Poulsen asintió—. El puente es donde se coordinan todas las funciones automáticas y básicas de la vida: la respiración, el tragar, el sabor, la audición, el movimiento ocular, etcétera. De momento la parálisis es absoluta, inclusive la ausencia de movimiento ocular. Solo el tiempo dirá si es un estado permanente, aunque, si he de ser sincero con usted, y basándome en los datos que nos proporcionan los escáneres, el pronóstico no es bueno.

—¿Y el bebé?

—Lo siento mucho... —Larssen bajó la mirada.

Poulsen emitió un sollozo y el médico se quedó callado para que llorara su pérdida.

—¿Puede oírme? —preguntó al rato.

—No hay razones para pensar lo contrario. Además, toda estimulación que pueda darle es buena.

Una vez más medió una pausa cuando Poulsen miró de nuevo hacia el cuarto. Después, en tono decidido, preguntó:

—¿Hay biblioteca en el hospital?

En esos momentos, un año y tres meses después, y como tenía por costumbre los sábados por la tarde, Georg Poulsen le leía a su mujer sobre el mundo increíble de Roussel en el que los muertos no sabían que lo estaban ni que el mundo en que vivían era un *tableau* escenificado.

John Macbeth. Boston

*J*ohn Macbeth le sacaba cuatro años a su hermano Casey. Habían estado siempre muy unidos, al igual que con su padre, quien bautizó a su reducida familia con el apodo de «Los Tres Mosqueteros». Era una expresión de solidaridad triste, aunque por aquella época ni Macbeth —ni menos aún su hermano pequeño— era consciente del desconsuelo de su padre. La madre de ambos solo había estado presente en sus vidas como una ausencia: Macbeth tenía seis años cuando murió, repentinamente, sin ser vista, igual que el personaje principal de una obra que muere fuera de escena sin explicación alguna. Ya de mayor, descubrió que su madre había sido víctima de un aneurisma en el círculo arterial cerebral que se había roto y le había llenado de sangre la base del cerebro. De pequeño, sin embargo, la había imaginado cerrando sin más los ojos como el que cae en un sueño. Cuando estudió medicina, fue capaz de imaginar el guion probable: la intensa cefalea punzante, la desastrosa pérdida del control motriz, vahídos de confusión, alucinaciones vivas, convulsiones y muerte. Un síntoma muy común en los aneurismas cerebrales es la *ptosis*, cuando un párpado se medio cierra de forma unilateral, de ahí que tuviese por costumbre imaginarla así: lo había recordado al ver el párpado medio cerrado de Gabriel Rees, tanto al morir como en su sueño.

Independientemente de los detalles concretos de la muerte, había supuesto una extinción repentina y abrupta: Cora Macbeth había sido una presencia física por la mañana y había dejado de serlo por la tarde. A partir de ahí su madre existió solo como un concepto, una idea en una mente en desarrollo, y, con la incuestionable capacidad de adaptación de la infancia, Macbeth había acabado acostumbrándose a su ausencia; o al menos se había adaptado. A medida que creció ideó ficciones detalladas en las que su madre estaba viva en alguna otra parte, viviendo otra vida, tal vez bajo un nombre distinto, aunque por las noches se dormía llorando al pensar en los hijos a los que había abandonado. Había llegado al punto de elaborar una versión alternativa en la que se le había ocultado la verdad, según la cual en realidad su madre se había sumido en un sueño profundo del que no podía despertar y en el que soñaba otra vida para ella; tal vez él, su padre y su hermano, todo su mundo, no fueran más que las imaginaciones de su madre durmiente.

Los traumas que le habían dejado una madre muerta y un padre apenado se habían compensado por la presencia de su hermano. Casey era muy parecido a él y, a

la vez, muy distinto. Al crecer Macbeth se convirtió en el pionero, y pese a los emergentes fallos técnicos de su psicología, destacó siempre en la escuela. Fijaron su coeficiente intelectual en el extremo final de la campana de Gauss, a pesar de que era un punto en que la ventaja tenía más visos de ser una desventaja y de poder generar traspies mentales. Después, cuando Casey se hizo mayor, se hizo evidente que el hermano menor de Macbeth era su gemelo intelectual, aunque la función intelectual de este se revistió de una gracia y una simetría que hacían pensar que haría grandes cosas.

Sin fallos técnicos.

Mientras Macbeth estudió medicina siguiendo los pasos de su padre, su hermano estudió física, se especializó luego en astrofísica y, con el tiempo, en mecánica cuántica. Pese a su juventud, se contaba ya entre los cerebros más valiosos del planeta y entre los posibles galardonados con el Nobel en un futuro.

Era algo que lo llenaba de orgullo y envidia a partes iguales. Pero ante todo quería a su hermano pequeño y toda idea de competición había quedado subsumida por su amistad: su hermano era su amigo más íntimo, tal vez el único real que tenía.

Se encontraron donde habían quedado, en el pasaje de las boleras de la avenida Massachusetts, no muy lejos del piso que tenía Casey en la segunda planta de un edificio de caliza rojiza, una construcción muy típica del barrio de Back Bay, a solo un cuarto de hora en bici del puente por el que se llegaba al MIT.

Nadie podría negar que eran hermanos; aunque el menor era más bajo y delgado y tenía una mirada más afable; compartían los mismos ojos verdes, el pelo moreno y la arquitectura general de sus caras. Sin embargo, si Macbeth era muy quisquilloso y derrochador en el vestir, a tenor de su aspecto era fácil pensar que Casey tenía en la cabeza cosas más importantes cuando abría el armario. Ese día llevaba unos vaqueros y una camiseta azul oscuro en la que se leía en letras blancas: «Se busca, vivo o muerto: el gato de Schrödinger». Macbeth ya había intentado explicarle en otras ocasiones a un Casey divertido que no todo el mundo pillaba los chistes de física cuántica.

Jugaron tres partidas y Macbeth ganó en todas sin muchas complicaciones, incluso cuando quiso dejarse ganar. La pasión de Casey por los bolos solo estaba a la altura de su incompetencia para jugar. Nunca entendería cómo se las arreglaba su hermano para meterla tan a menudo directamente por el canalón, cuando bien podría haber cuantificado con una elegante ecuación toda la fuerza, el ángulo y el par de torsión necesarios para que la bola se comportase según sus deseos.

—Ya me siento realizado... —dijo Casey con una sonrisa jocosa tras su tercera derrota—. ¿Por qué no vamos a mi piso y nos emborrachamos? ¿Te hace?

—Me hace —contestó con entusiasmo Macbeth, aunque sabía que ninguno se

había cogido una borrachera de perder el sentido en su vida—. Después de la noche que tuve ayer no me vendrá mal dejarme llevar un poco.

—¿Por qué? ¿Qué te pasó? —le preguntó Casey con cara de preocupación.

—Ahora te lo cuento.

El piso no era lo que nadie, aparte de su hermano, habría esperado por la apariencia exterior. Si bien el armario sugería cierto caos mental, el resto de la vivienda reflejaba el orden cristalino de su cabeza. Macbeth sospechaba que su hermano compartía con él esa necesidad de que el entorno desprendiera sensación de armonía.

—¿Tienes todo lo que necesitas? Aquí, me refiero, para tu estancia... Sé lo mucho que cuesta meterlo todo en la maleta. —Casey puso un posavasos en la mesa de centro y luego una copa de vino.

—Sí, no me falta nada, gracias. Aunque, ahora que lo dices, tal vez podrías ayudarme con el portátil.

—Claro. ¿Qué le pasa?

—Una cosa muy rara... Tengo una carpeta en el escritorio que no se me abre. Además, ni siquiera recuerdo haberla creado.

—Sin problema. Seguramente la has bloqueado sin querer. Le echaré un vistazo.

—No..., no está bloqueada. Si hago clic encima, no me pide la contraseña ni se me abre una ventanita ni nada de eso. Es como si fuera fantasma o algo así.

—¿Fantasma? —Casey se rio—. Mira, si te vas a poner metafísico con la informática, será mejor que te pases a mi lado de la ciencia. Tráetelo la próxima vez que vengas.

—Gracias.

—¿Alguna vez echas de menos esto? La ciudad, me refiero.

—Supongo. Más Cape Cod que Boston, la verdad. Pero Copenhague me gusta mucho y estoy seguro de que a ti también te encantaría.

—La verdad es que apenas nos vemos. He estado pensando en ir a verte el mes que viene.

—¿A Copenhague? Eso sería estupendo, Casey. ¿Por qué no te quedas un par de semanas si puedes pedirte vacaciones? Te presentaré a alguna bonita rubia danesa...

—No puedo tanto, lo siento... Estaré solo unos días. Voy a ir a Inglaterra, a Oxford, y había pensado cogerme luego un vuelo para Copenhague. Me imagino que estará a un par de horas, como mucho.

—Ya te digo, quédate el tiempo que quieras. Me encantará tenerte allí. ¿A qué vas a Oxford?

Casey le dio un trago largo al vino y esbozó una sonrisa conspiratoria.

—El descubrimiento científico más importante de todos los tiempos. Más que el bosón de Higgs, que la relatividad general... No sé si te lo creerás pero estás mirando

a uno de los elegidos, a la élite, al parecer. De hecho, deberías estar tratándome con más deferencia...

—Anda, venga, cuéntame...

—¿Has oído hablar de Henry Blackwell?

—Pues sí, lo creas o no, estoy al tanto de lo que pasa más allá del mundo de la psiquiatría. ¿Qué pasa con él?

—Bueno, pues como sabrás es el mayor físico cuántico vivo. Lleva años trabajando en un proyecto que ha mantenido en un secretismo poco habitual, o al menos todo lo secreto que se puede ser en la comunidad científica. De hecho, alguna que otra parte de su proyecto Prometeo se desarrolla en otras instituciones de investigación del mundo. Con todo, Blackwell no ha soltado prenda sobre el meollo del proyecto.

—¿Prometeo?

—Sí, ya lo sé —dijo Casey con una mueca—. Pero es algo grande... muy, muy grande, en realidad. La Respuesta Prometeo es el nombre en clave de una gran teoría unificadora. Ha llegado a afirmar que ha conseguido... lo que Einstein, Bohr, Feynman y Hawking no lograron. Si fuera otro, creería que es mentira podrida... El caso es que ha prometido que es la mayor revelación de la historia de la física cuántica. La solución elegante y definitiva que resuelve, de una vez por todas, cómo funciona el universo.

—¿Y te han invitado?

—Va a publicarlo de forma oficial en una revista, pero ha convocado a doscientos de los mayores cerebros de todo el mundo para un seminario especial en Oxford. Incluido el menda. Se podría decir que quiere utilizar el congreso como una especie de presentación para expertos y no puedes ni imaginarte lo que supone para mí que Blackwell me haya convocado.

—Es lo menos que te mereces, Casey. Me alegro muchísimo por ti. Pero ¿a qué viene tanto secreto?

—Las cosas se están yendo un poco de madre. Me refiero a la gente y la actitud hacia la ciencia. ¿Has oído hablar de Fe Ciega, el grupo de fundamentalistas cristianos?

—Sí, un puñado de lunáticos.

—Son algo más que eso... Fe Ciega se ha pasado a la clandestinidad desde que el FBI los clasificó como organización terrorista. En el MIT nos han dado un montón de directrices para actuar con cautela, y en el congreso de Oxford va a haber seguridad hasta en la sopa. Blackwell ha recibido varias amenazas de muerte y un paquete-bomba un tanto chapucero, por suerte. Te lo digo, son gente peligrosa. —Al sacudir la cabeza le cayó un ricillo moreno por los ojos—. Creemos que vivimos en tiempos ilustrados, pero hoy en día sigue habiendo la misma cantidad de aspirantes a

inquisidores que persiguen a los Copérnicos y los Galileos actuales.

—Pues no entiendo de qué tienen tanto miedo...

—Pues de extinguirse, ni más ni menos. ¿Es que no sabes lo que es la religión? —Casey se echó hacia delante, animado por la conversación—. Es la ausencia de ciencia. La religión se frotaba las manos mientras no comprendíamos cómo funcionaba el universo. Cada descubrimiento va eliminando otra explicación supersticiosa más y cambiándola por un fenómeno natural. La ciencia lleva desde la Ilustración aniquilando la religión, que está luchando ya por su último resquicio de vida. Por eso Fe Ciega, o cualquier chiflado fundamentalista islámico, le tiene especialmente ganas a Blackwell y a su investigación. No le culpo por no soltar prenda.

—Bueno —Macbeth alzó la copa para brindar—, yo me alegro mucho por ti, Casey. Y sería estupendo si pudieras venir a Dinamarca a pasar unos días. Pero a lo mejor puedes intentar explicárselo todo a tu hermano corto de entendederas.

—Qué manía con ponerte por debajo. —Casey frunció el ceño—. En realidad yo siempre he envidiado tu mente.

Macbeth fingió escupir el vino.

—¿Tú? ¿Envidiando mi mente?

—Siempre estás hablando de lo mucho que yo me centro... Un amigo, Juergen, que es físico en la CERN, me habló de una palabra alemana, «*Fachidiot*», que significa algo así como «idiota experto». Juergen dice que nosotros somos justo eso... Que sabemos mucho de lo que hacemos pero no sabemos una mierda de todo lo demás.

—«Un experto es alguien que sabe cada vez más y más sobre cada vez menos...». —Macbeth sonrió levantando la copa con complicidad—. Nicholas Murray Butler.

—Ahí lo tienes... —Casey lo señaló con el dedo—. Tienes la cabeza llena de datos, fechas y conocimientos de otras cosas que no son tu trabajo. ¿Yo, en cambio? Soy de piñón fijo.

—Yo no me quejaría del cerebro que te ha tocado en suerte. —Macbeth le dio otro sorbo al vino—. Y en cuanto a mi memoria para la cultura general, la cambiaría en un visto y no visto por un mejor recuerdo de la vida real. Te cambio un recuerdo autobiográfico por uno semántico cuando quieras.

—Somos lo que somos —sentenció resignado Casey.

—¿Has oído hablar de Cosmas Rossellius? —Casey se encogió de hombros—. Vivió en el siglo XVI en Florencia... Formuló todo tipo de teorías sobre la memoria y sus funciones, unas teorías muy adelantadas para su tiempo. A ver si lo releo un día de estos... E intento algunas de sus nemotécnicas.

—¿El qué?

—Formas de recrear el mundo real en la memoria. Si visitó un sitio, una iglesia o un castillo, por ejemplo, tenía técnicas para reconstruir a la perfección el recuerdo. A mí me vendrían de maravilla.

—Me alegro de que sigas leyendo tanta literatura. —Casey enarcó una ceja—. ¿Del siglo XVI, has dicho?

—La mente era la mente tanto ahora como entonces. Lo más raro es que hasta hace poco no hemos descubierto que asignamos neuronas concretas a conceptos concretos. Si piensas en una persona determinada a la que has conocido o un sitio en el que has estado, eso dispara un conjunto de neuronas que has generado específicamente para ese recuerdo. La gente vive de verdad en tu cabeza. Rossellius tenía un pensamiento muy avanzado y hablaba de la memoria espacial como una dimensión de la existencia. Llegó al punto de hacer una descripción del paraíso y el infierno tan aparatosa e intrincada como la de Dante. La diferencia era que el más allá de Rossellius estaba hecho totalmente de recuerdos: una memoria espacial eterna.

—Hum... —Casey sirvió otra ronda de vino—. ¿Te acuerdas de que papá siempre hablaba de los dos universos? El exterior y el interior. ¿No te parece raro que cada uno de nosotros hayamos acabado explorando uno?

—Me acuerdo... —El tono de Macbeth se volvió sombrío—. De hecho todavía le mando mensajes. A papá, me refiero. Le cuento anécdotas de mi vida y esas cosas...

—John... —El tono de Casey estaba a medio camino entre la pena y la advertencia.

—Ya lo sé... Sé que no es sano y que es más que raro. Es solo que ahora la gente existe cibernéticamente. Todos tenemos una presencia en el *ciberterio*... —Macbeth hizo un aspaviento con la mano libre—. Es que me sienta bien pensar que todavía queda algo de él por ahí. Ya te digo, estoy chalado...

—Yo también lo echo de menos. Y supongo que cada uno tiene su forma de sobrellevarlo.

Los hermanos se quedaron callados por un momento mientras cada uno intentaba averiguar cómo salir del rincón oscuro al que habían ido a parar.

—Cuéntame algo más de ese superdescubrimiento de Blackwell... —dijo por fin Macbeth con una alegría forzada.

—Bueno, básicamente ha estado utilizando simulaciones para mirar atrás en el tiempo. Para ver el pasado: lo que quiera que había antes de esos diez elevado a menos cuarenta y tres segundos después del Big Bang, o de lo que quiera que le diera el pistoletazo de salida al universo y al propio tiempo. Hay muchas especulaciones pero nadie sabe a ciencia cierta qué va a anunciar. —Casey cogió la copa y le dio un buen trago—. Y ahora, ¿por qué no me cuentas tú lo que te tiene preocupado? ¿Qué es lo que te pasó anoche que has comentado antes?

Macbeth suspiró y luego le hizo una crónica de los acontecimientos de la noche

anterior. Le contó que el suicida había muerto y el cura seguía debatiéndose por su vida. Incluso le contó el episodio de despersonalización que había sufrido mientras intentaba salvarle la vida a Mullachy.

—Madre mía, qué horror. Podríamos habernos visto otro día. No tenía ni idea.

—No, necesitaba verte. Por cierto, es algo remoto pero hay posibilidades de que conozcas al suicida.

—¿Y eso?

—Sí..., se llamaba Gabriel Rees. Trabajaba como tú en el Instituto Tecnológico...

Macbeth dejó la frase sin terminar al ver la cara que estaba poniendo su hermano.

Karen. Boston

Barrido. Uno, dos. Dos. Barrido. Uno, dos. Tres. Barrido. Uno, dos... tres. Pie derecho, primer paso. Adelante. Atrás. Uno, dos, tres. Pie izquierdo. Adelante. Atrás.

Sabía que había gente mirándola, que algunos se reían y otros se removían con esa incomodidad propia de los que se enfrentan a un comportamiento insólito mientras seguían expectantes su pequeño ritual en el umbral de la puerta. Había sonidos de impaciencia y ruidos de preocupación por detrás. Un hombre pasó echando pestes y obligándola a hacerse a un lado. Como tenía el pie levantado para el ritual, perdió el equilibrio y cojeó sobre el otro hasta que el hombro de su costoso abrigo se le escurrió y fue a dar con la arenisca del arco de entrada de la tienda. Aterrada, cepilló con furia la tela.

Lo había estropeado todo. Tendría que empezar de cero y repetirlo desde el principio. Se incorporó y dejó que el atasco de compradores a las puertas de los grandes almacenes pasara a su lado a disgusto. Con los ojos clavados en el suelo, Karen rehuyó sus miradas de perplejidad y desdén.

Barrido. Levantó el brazo derecho por encima de la cabeza, cortando el aire en un arco. Uno. Lo desplazó en diagonal por delante de ella, de izquierda a derecha. Dos. Alzó el brazo izquierdo y ejecutó un reflejo especular de la primera secuencia de movimientos. Barrido. Removió las manos por delante, como si estuviera ovillando algodón, desde el suelo hasta la altura de los ojos. Tres. Hizo unos círculos planos ante la cara como si limpiara una ventana invisible. Cuatro. Bajó el peldaño de entrada con el pie derecho y luego lo devolvió a su sitio. Cinco. Repitiendo la acción con el pie izquierdo, que plantó con fuerza en la acera, Karen ejecutó dos últimos gestos arqueantes con los brazos: uno a la derecha y otro a la izquierda. Seis.

Traspassó por fin el umbral y salió a la calle. Así, Karen Robertson volvió instantánea y completamente a ser normal una vez más, y caminó por la acera con el mismo aplomo de mañana urbana que el resto de transeúntes.

Karen Robertson era normal y estaba perfectamente cuerda. Sabía que su comportamiento en vagones de metro, arcos de puentes y umbrales era más bien insólito. Aborrecía los rituales que se veía obligada a ejecutar, y lograba evitar con frecuencia los vagones de metro y los arcos de puente. Los umbrales —de tiendas, taxis, autobuses o ascensores— eran imposibles de rehuir.

La gente solía reírse en su cara. Aunque era extraño, a ella su pantomima le

parecía igual de ridícula; cada vez que la hacía, se distanciaba totalmente de sí misma, de la experiencia, convirtiéndose en otra espectadora desdeñosa más.

Karen Robertson lo tenía todo: era una joven abogada de treinta y cinco años, muy atractiva y con éxito, y trabajaba para uno de los mejores bufetes de Boston tras licenciarse en Harvard entre los primeros de los primeros; pertenecía a una familia bien de Nueva Inglaterra; compraba su ropa en la calle Newbury y tenía tanto el porte como la altura para llevarla con garbo; conducía un Lexus deportivo descapotable; tenía hombres donde escoger; vivía en un piso inmenso de Back Bay. Era lista, ambiciosa y relucía con el brillo que despiden los seguros de sí mismos de buena cuna.

Karen Robertson lo tenía todo, desde luego: incluida una puntuación de 29 en la escala Yale-Brown del trastorno obsesivocompulsivo. Un caso grave.

Su psiquiatra, el doctor Corbin, había intentado aislar el origen exacto de su miedo por los insectos. Lo cierto era que hubo un suceso cuando Karen era adolescente y asistía a uno de los colegios femeninos privados más antiguos de Massachusetts, uno de esos lugares donde la tradición lo era todo y si una niña se desollaba una rodilla sangraba azul. La cultura clásica, el latín y la historia antigua se contaban entre las asignaturas más importantes, enseñando a las clases patricias del hoy sobre las clases patricias de la antigüedad. Karen lo odiaba; ya por entonces había querido tener un puesto de ejecutiva, y no había tardado en cansarse de la obsesión constante del colegio por un mundo distante que nada tenía que ver con la realidad en la que ella vivía.

Ese día en concreto, sin embargo, el profesor de clásicas había estado dándoles la murga sobre el resultado de no sé qué batalla. Un joven soldado persa, Mitrídates, presumió de haber matado a un príncipe del ejército rival mientras que su propio rey, Artajerjes, aseguró que había sido él quien lo había matado, de modo que sentenció al joven fanfarrón a morir «por barcas». El profesor les explicó que el historiador Plutarco describía en detalle ese tipo de ejecución, el escafismo. Metieron a Mitrídates entre dos barcas del mismo tamaño, una encima de la otra, y las sellaron. La cabeza, las manos y los pies, sin embargo, sobresalían de las barcas por agujeros, mientras que el resto del cuerpo permanecía en el interior. Sus captores lo obligaron a tomar leche con miel hasta que la barriga le reventó y luego le embadurnaron cara, manos y pies con una gruesa capa de miel y lo pusieron al sol. A mediodía la cara no era más que una masa contoneante de arañas, moscas, avispa y abejas que mordían y picaban. Cuando se le infectaron las heridas, otros insectos le royeron el cuerpo y se abrieron paso hasta el interior de las barcas. Algunos se contentaron con comerse su carne viva, mientras que otros se colaron en su interior para poner huevos. Según Plutarco, Mitrídates tardó diecisiete días en morir y, cuando abrieron las barcas, había un enjambre negro de miles de insectos...

El grito de Karen terminó la alegre clase del profesor. También sirvió para desencadenarle un ataque de pánico que la dejó sin aire en los pulmones y llenó su universo con sombras imaginadas de cosas reptantes a su alrededor. Al final, y pese a que sus compañeras, asustadas, corrieron a asistirle, se desmayó, hundiéndose en una oscuridad deslizante y acechante.

Después de eso Karen no había podido siquiera pensar, oír una descripción o ver una imagen de un insecto sin sumirse en un ataque de convulsiones y asfixias.

Aunque incapaz de ubicar el origen exacto de su entomofobia, el doctor Corbin había utilizado la racionalización y la terapia de choque para encuadrar su miedo dentro de un abanico de respuestas que pudieran considerarse remotamente normales. Sus pesadillas, sin embargo, seguían plagadas de hormigas monstruosas con colmillos laterales gigantes, arañas patilargas y escarabajos negros relucientes y reptantes.

Un aspecto en concreto de su fobia había perdurado y derivado en su trastorno obsesivo-compulsivo: su miedo a pisar una telaraña.

Esa obsesión se materializaba en el ritual preventivo que llevaba a cabo cada vez que traspasaba un portal o cualquier situación en la que un arácnido pudiera haber tejido una trampa para ella. En todo umbral ejecutaba mecánicamente la misma secuencia de barridos extraños que le aseguraba no encontrarse con ningún hilo invisible de seda arácnida. Se centraba sobre todo en la cara: en cualquier otra parte del cuerpo le entraría el pánico pero la sola idea de que le rozase la cara una telaraña le daba ganas de vomitar.

Eran rituales ridículos, bochornosos, irracionales. Como la mayoría de obsesivo-compulsivos, Karen sabía y reconocía esos hechos. El doctor Corbin le había contado que la compulsión obsesiva no es una psicosis: no hay delirios y quien la sufre no cree que su conducta sea normal y que sea el resto de la gente quien no sabe de qué va la película. Los obsesivo-compulsivos saben que su conducta no es normal.

La raíz de las compulsiones de Karen residía en miedos racionales, tal y como le había explicado el doctor Corbin, solo que llevados a proporciones irracionales. Podía aplacar las ansiedades pero las preocupaciones y el estrés propios del trabajo o las crisis familiares eran los desencadenantes de los ataques de pánico y el comportamiento obsesivo.

A lo mejor Corbin tenía razón. La cuenta de Halverson estaba ocupándole gran parte de su tiempo y de su espacio mental; por primera vez en su carrera de derecho empresarial, Karen estaba angustiada por un proyecto. Y el miedo a quedar en ridículo delante del cliente no era el menor de todos.

Y luego estaba lo otro.

Le había ocurrido hacía una semana, una mañana en que sus rituales de umbral la estaban haciendo llegar tarde a su cita con Jack Court para discutir el caso Halverson

y había tenido que aligerar el paso.

Karen experimentó un *déjà vu* de lo más extraño; o algo muy parecido pero sutilmente distinto. A su alrededor la ciudad parecía cambiada, como si de repente fuera otra hora del día. La sensación fue a más y se fijó en que la acera y la carretera parecían más vacías. Al otro lado de la calle, la que lindaba con el parque, vio a una niña vestida con el mismo tipo de vestido que llevaba ella con diez u once años. La niña la había mirado a los ojos.

Y había dado un paso hacia la calzada.

Karen dio un respingo, preocupada por que un coche pudiera atropellar a la niña. Había un hueco entre coches y Karen bajó el bordillo.

No se había fijado en el hombre que había tenido que regatearla ágilmente para no chocar hasta que notó sus dedos en el codo, que tiraron de ella hacia atrás. Un rugido ensordecedor resonó en sus oídos y un gran camión pasó embalado.

El volumen de tráfico se intensificó de nuevo y la luz volvió a ser la de una mañana primaveral de Boston. Buscó a la niña que había pisado la calzada y rastreó la calle en ambos sentidos. No estaba.

Karen se volvió hacia el hombre que la había apartado del camino del camión y lo miró perdida, mareada. Era un hombre atractivo y de aspecto sofisticado de su misma edad, con el pelo oscuro, tez pálida y ojos verdes.

—Creía que... —Karen señaló hacia donde la niña había estado, donde nunca pudo estar, y dejó la frase sin terminar.

—¿Está usted bien?

Karen asintió como aletargada.

—Tendría que tener más cuidado con el tráfico —le dijo el hombre.

Volvió a asentir y el hombre se dio media vuelta, se fue por el otro sentido de la calle y dobló por la siguiente esquina. Se quedó un momento parada recuperándose, mientras intentaba resolver dos preguntas acuciantes en su cabeza: ¿cómo podía haber visto lo que creía haber visto? Y el hombre que la había apartado de la carretera...

Estaba segura de haberlo visto antes.

John Macbeth. Boston

—¿Lo conocías?

Casey se tomó un tiempo para responder, mientras fruncía el ceño para intentar extraer el sentido de lo que acababa de contarle su hermano.

—¿A Gabriel? No muy bien, pero por lo que sé de él me extraña muchísimo que haya podido suicidarse.

—Bueno, me temo que sobre eso no hay ninguna duda. Yo mismo lo vi saltar y llevarse por delante al padre Mullachy. Se lo veía muy trastornado.

Casey se quedó mirando sin dar crédito.

—Una cosa es quitarse la vida y otra cosa es que mate a otra persona de paso. Te lo digo, John: Gabriel Rees estaba tan cuerdo como tú o como yo. Bueno, mal ejemplo... Estaba más equilibrado que yo. ¿Y dices que estaba soltando rollos religiosos?

—Sonaba a eso. Y se dirigía claramente al cura.

—Eso no me cuadra nada, por dos cosas. —Casey sacudió la cabeza y volvió a apartarse el tirabuzón que le caía sobre los ojos. Macbeth pensó en la de veces que le había dicho que fuera a un peluquero decente—. Por un lado, Gabriel era devoto, sí... un ateo devoto. Por otro, aunque no es que fuera el mejor amigo de los curas, no habría sido capaz de matar una mosca. Eso sí, la verdad es que en los últimos meses solo lo he visto de pasada. De hecho hace ya unas semanas que no lo he visto ni de pasada. No me lo puedo creer...

—¿Y no te habías enterado de que se había suicidado un miembro de la comunidad del MIT?

—Es que hoy no he ido ni he hablado con nadie. Y ya sabes que no sigo las noticias.

—Ya, ya sé que no ves las noticias.

Dio un repaso al piso immaculado de su hermano: no había televisor. Tenía una cadena de música que debía de haber sido sofisticada y cara allá por 1979. Casey prefería oír sus discos en vinilo y había pasado tiempo reparándola, consiguiendo piezas y repuestos y perfeccionándola hasta dejarla como nueva; Macbeth debía admitir que le había quedado mejor incluso que su Bang & Olufsen, que le había costado un buen pico. Sabía que su hermano siempre tenía la radio sintonizada en el 99,5, la emisora de música clásica de Boston. Hasta el ordenador, que Macbeth sabía

que era mucho más potente que cualquier PC doméstico, parecía compacto e inocuo y solo lo utilizaba para cosas relacionadas con la investigación. Las únicas noticias que conseguían medio llamar su atención eran las que le llegaban entre Shostakóvich y Steve Reich, o entre ecuaciones fractales o funciones de onda.

—La policía dijo que Gabriel era alguien importante en la física de partículas.

—No tanto, en realidad. A ver, Gabriel es brillante, realmente brillante. Bueno, era... Pero solo un doctorando como otro cualquiera. Lo que pasa es que trabajaba como investigador para el profesor Gillman.

—¿Y eso es importante?

—Gillman es uno de los colegas de investigación del profesor Blackwell. El proyecto de modelado de Gillman forma parte del gran rompecabezas de Prometeo con el que se está trabajando aquí en el MIT. Yo no participo directamente pero sé que, al igual que Blackwell, Gillman se muestra muy cauteloso con su trabajo.

—¿Cuál es su campo?

—Está muy involucrado en computación cuántica y su parte en Prometeo es crear simulaciones de los primeros movimientos del universo. Gillman tiene un gran papel en el congreso de Oxford. —Casey hizo una pausa—. ¿Dijo Gabriel por qué quería suicidarse?

—No fue muy coherente. No dejaba de hablar sobre conocer la verdad y de decir que podía ver lo que los demás no podíamos.

—¿Y dijo algo sobre qué podía ser esa verdad?

—Solo dijo que no se trataba de saber quién o qué Dios era... sino cuándo lo era; vete a saber qué significa eso.

—A mí que me registren. Ya te he dicho que Gabriel era un ateo convencido. No creía que hubiese ni un cuándo, ni un quién, un dónde ni nada de eso, en lo que a deidades se refería. Estaba totalmente en contra de las religiones.

—¡No me digas! Creo que ya lo pillé cuando se llevó al cura por delante... —Macbeth frunció el ceño—. Sí que hubo algo más raro: no paró de hablar sin sentido sobre la inteligencia humana, que era una locura que nuestros cerebros funcionasen como lo hacían. Que era un peligro, más que una ventaja.

—El pobrecillo sabía lo que se decía —comentó compungido Casey.

Fabian. Frisia

*E*s más un paisaje celeste que terrenal, una parte del mundo donde domina el cielo, que presiona la tierra y el mar y los convierte en meros ribetes del vasto estandarte celeste. Todo es plano: el mar azul, la arena clara rizada por la insólita duna y, más allá, la tierra verde arrugada aquí y allá por montículos que no impresionan a nadie; la degradación de tono y color marca los límites más que los grados de altitud.

Un niño menudo de catorce años que bien habría pasado por doce caminaba por un trecho de playa del color de su pelo y de la nube de pecas que tenía por mejillas y nariz. Vestido con sudadera descolorida y vaqueros, iba descalzo, con las zapatillas en la mano.

El chico, que se llamaba Fabian Bartelma, caminaba lentamente, con el paso apesadumbrado por las miles de angustias del fin de la infancia, su mirada vagando ora por el mar, ora clavada en sus pies y la arena que se le colaba entre los dedos desnudos. Era sábado por la mañana. Solía pasar ese día en la playa o montando en bici por el terraplén. La suya era una infancia tradicional, aunque también solitaria porque nadie más de su edad practicaba ya esas tradiciones. Pasaba la mayor parte del tiempo leyendo y paseando, a pie o en bici, sin mostrar nunca interés alguno por los videojuegos, ni solo ni en compañía. Por extraño que pareciera, las veces que había probado a jugar había experimentado cinetosis y jaquecas (a pesar de que nunca se mareaba en el coche ni en el avión). Nunca le había dado la lata a sus padres para que le compraran un móvil o un reproductor de mp3, ni había mostrado interés alguno por ninguna otra parafernalia propia de los adolescentes del siglo XXI. Esa circunstancia había ido desconectándolo, gradual pero ineludiblemente, de los de su edad.

Sus padres le habían regalado un ordenador para su duodécimo cumpleaños y lo utilizaba, pero más que nada para hacer los deberes o buscar información sobre cosas concretas, y aun así prefería consultar enciclopedias y diccionarios. Sus padres se habían resignado a pensar que se trataba de un niño que no pertenecía a su tiempo, que estaba desfasado respecto a la época en la que le había tocado nacer. Tenía el dormitorio hasta arriba de libros de historia: atlas de campañas militares, diccionarios de citas, tomos sobre las grandes civilizaciones del mundo antiguo, la vida de los césares, la evolución de la humanidad... Para Fabian la historia no era una asignatura sino un lugar: un sitio al que podías ir a explorar y descubrir cosas, un sitio donde vivir.

Fabian tenía la sensación de que esa playa le pertenecía. Sabía que el litoral cambiaría con el tiempo, que el mar azotaba y empujaba la costa erosionando y redistribuyendo la arena siglo tras siglo, pero le gustaba porque, aparte del faro que se erigía en el mismo sitio desde hacía más de cien años, era un paisaje sin marcas, una escena intacta. Nadie parecía ir allí nunca y podía pasar horas y horas andando o sentado en la playa intentando imaginarse en otra época. «¿No sería estupendo poder visitar el pasado —se decía—, y viajar allí de vacaciones, como el que coge un vuelo a España?».

La playa se arqueaba en torno a la bahía igual que la ancha hoja de una guadaña, y Fabian veía el punto en que el promontorio, más que sobresalir, se difuminaba en el mar, con el huso blanco y rojo del faro como único indicador claro de su fin. Era un paisaje vacío, que no desolado, y le gustaba imaginarse como la única persona viva del planeta: el mundo suyo y solo suyo. No acertaba a saber por qué la idea lo llenaba al mismo tiempo de melancolía y consuelo. Le dio un puntapié a la arena, se dejó caer, se sentó de cara al mar y guiñó los ojos contra un sol salino, con alguna que otra nube de algodón cortando el cielo azul. Alargó los brazos y hundió los dedos en la arena, como el que se aferra al mundo. Cerró los ojos y escuchó el sonido de las olas.

Una sensación peculiar.

Era como un *déjà vu*, muy parecido pero a la vez distinto y más intenso. Un fuerte puñetazo en las costillas le hizo dar un respingo e incorporarse haciendo visera con la mano para escrutar la sombra que tenía ante él: Henkje Maartens, el tarugo de cuello enorme que patrullaba el colegio con su panda de neandertales. Con su olfato de matón de patio para lo diferente, no había tardado en fijarse en Fabian.

—¿Así que aquí es donde te escondes, eh? —le preguntó con desdén.

Fabian se levantó, se sacudió la arena de los vaqueros y miró de reojo hacia el chico, que estaba solo. Algo era algo...

—¿Qué quieres? —le preguntó Fabian rodeándolo para que fuese él quien mirase de cara al sol.

—Te he visto y te he seguido. Me he dicho: vamos a ver qué hace ese pedazo de friqui en su tiempo libre. ¿A qué vienes aquí? Un lugar muy tranquilito, ¿no es eso? —Maartens sacó la lengua, la dejó caída a un lado de la boca, puso los ojos bizcos y fingió masturbarse.

Fabian sabía que no podía ganarle una pelea, siendo como era el otro mucho más grande y fuerte. Pero no había nadie para ver lo que pasaba; podía intentar destrozarle la cara a Maartens antes de que le diese la paliza. Sería una marca, una advertencia para los demás de que pagarían un precio si se metían con él.

—¿Es eso, pedazo de friqui? ¿Por eso es por lo que...?

El impacto le hizo daño en el puño. Se escuchó un feo rechinar de dientes cuando le pegó a Maartens, que se tambaleó hacia atrás, conmocionado y todavía con el sol

de cara. Fabian volvió a pegarle, esa vez en la nariz. Por el tambaleo del otro supo que el puñetazo no había sido tan fuerte como el primero, de modo que volvió a pegarle, una y otra vez. Maartens perdió pie y se cayó de espaldas, momento en que Fabian aprovechó para echársele encima y empezar a caer con una lluvia de puños sobre la cara del chico. Un impulso oscuro e incontrolable le hizo seguir, mientras sentía un escalofrío en su interior: comprendió que estaba disfrutándolo. Algo profundo, oscuro y atávico lo había encendido por dentro, algo legado por una historia que no sabía que tenía.

Al ver que, si se recuperaba, Maartens podría quitárselo de encima y recuperar la ventaja, Fabian se apartó de un salto. Cuando el matón empezó a incorporarse, le pegó una patada en un lado de la cara. La premeditación, esa forma de apuntar bien el pie, le sorprendió: cómo había intentado causar el mayor dolor posible sin hacerse daño en el pie. Le pateó una vez más, en la boca. Vio que el chico estaba seriamente mareado y tenía la cara cubierta de sangre; Fabian lo agarró de la capucha de la sudadera y lo arremolinó para pegarle la cara al suelo. Acto seguido lo agarró del pelo y le aplastó la cabeza contra la arena. Se inclinó y susurró a la oreja prominente del matón:

—Si alguna vez en tu vida vuelves a seguirme, tú o alguno de tus colegas, te mando al hospital. Y como en el colegio alguno de tu panda haga algún comentario gracioso, esperaré a pillarte a solas. ¿Me has oído?

Maartens dijo algo, con una voz suplicante y ahogada por la arena, y Fabian se incorporó y cogió impulso, dispuesto a golpear de nuevo si el grandullón hacía cualquier movimiento. Se dio cuenta entonces de que no era solo que Maartens no iba a presentar batalla sino que nunca lo habría hecho. Como la mayoría de matones, era un cobarde. Lloraba, la cara hecha una pasta de arena, lágrimas y sangre.

—¿Me has oído? —le gritó Fabian al tiempo que daba un paso adelante, amenazante.

Maartens asintió enérgicamente antes de dar media vuelta y echar a correr por la playa. Fabian lo siguió con la vista y después se miró las manos: tenía la piel enrojecida e hinchada y le salía sangre de una raja en el nudillo. Temblaba.

¿De dónde le había salido eso? ¿Dónde tenía escondida esa rabia tan tremenda? Se hundió en la arena, con los codos en las rodillas, las manos abiertas y los dedos aún temblándole.

Se sentía medio mareado y confundido, con el corazón aporreándole el pecho. Recordaba la sensación que había tenido justo antes de que apareciera Maartens. La de *déjà vu*, pero más fuerte e intensa.

Cerró los ojos, se tendió y volvió a mirar el cielo, hundiendo los dedos en la arena. Los cerró una vez más. El dolor de las manos se le disipó mucho más rápido de lo que había creído, y la náusea y la sensación de pánico se le fueron del pecho con la

misma celeridad.

Fue entonces cuando lo sobresaltó un fuerte puñetazo en las costillas. Se incorporó e hizo visera con las manos para escrutar la sombra que tenía por encima.

—¿Así que aquí es donde te escondes, eh? —le preguntó con desdén Henkje Maartens; tenía la cara sin cardenales, sangre ni marcas.

Fabian se levantó y se sacudió la arena de los vaqueros. Se miró las manos, que se habían curado de buenas a primeras: nada de rojez, hinchazón o brechas. No tenía sentido... Aunque, al mismo tiempo, tenía todo el del mundo. En ese momento supo que estaba visitando su propia historia.

Cerró los puños y se abalanzó sobre Maartens con un grito inhumano.

Josh Hoberman. Maryland

—*L*a tradición abrahámica se basa en la revelación —comentó Josh Hoberman—. Todas las religiones judeocristianas, incluido el islam, creen en un Dios cuya presencia es paralela al mundo de los hombres y en una verdad que acabará revelándose a los fieles. La interacción entre el hombre y Dios (toda teofanía bíblica) adopta la forma de una visión: zarzas ardientes, columnas de humo...

—¿Y qué quiere decirme con todo eso?

La presidenta Yates caminaba al lado de Hoberman, con los ojos apuntando al camino, la expresión seria mientras rumiaba las palabras del psiquiatra. Para el resto del mundo podrían haber sido dos amigos que combinaban un debate filosófico con un paseo ocioso por un parque, salvo porque ni eran amigos ni aquello era un parque, sino Camp David, y los seguía de cerca, a una distancia que no llegaba a ser discreta, Bundy, el agente del servicio secreto de los extraños ojos bicolor.

—Solo digo que se define usted mucho por su fe. Podría ser que la naturaleza de esta (su creencia en revelaciones mediante visiones) la predisponga a padecer este tipo de episodios.

—¿Piensa que porque Dios se ha revelado a otros yo estoy engañándome y creyendo que se me está revelando a mí? —Yates sacudió la cabeza—. Entonces, ¿por qué no veo nada dramático o majestuoso? Las visiones del presidente Taft en mangas de camisa o de un becario de la Casa Blanca de los años setenta tienen muy poco de revelaciones divinas.

—Pero usted misma me ha expresado su creencia de que las visiones tal vez tengan un origen divino...

—Sé que es probable que mis creencias le disgusten pero son las que tengo. Es más, son la verdad y, como usted ha dicho, esa verdad acabará siendo revelada. Le preocupa que piense que el Señor tiene un mensaje especial para mí y que esta sea su forma de comunicármelo, pero yo no creo eso. Todo lo que pasa en el universo ocurre porque así lo quiere el Señor, toda la naturaleza y todo lo que hay en ella, que es creación de Dios, incluidas las visiones. Pero sé que no son un mensaje directo a mí sino a todo el mundo. Me han llegado informes de que están produciéndose visiones en el resto del planeta. Me aseguraré de que le autoricen para leerlos... —Miró hacia Bundy para darle la orden—. Un caso en concreto, de una chica francesa, tiene un trasfondo muy interesante. —Se detuvo y miró cara a cara al psiquiatra—. Si no soy

solo yo..., si todo el mundo está viendo visiones, entonces eso es lo que entiendo yo como la mano de Dios en nuestros asuntos. Si ese es el caso, entonces sé que nos enfrentamos al Juicio Final. Y llegado el momento, profesor Hoberman, estaré a la altura de las circunstancias.

Ahí estaba otra vez esa tenacidad. Y esa sensación de inquietud en la barriga de Hoberman.

Durante sus discusiones en los últimos días Hoberman había logrado vislumbrar algo de lo que había tras la autoridad imponente de Yates y su saber popular. Y lo que había visto lo tenía aterrado. De entrada había sido como colarse en el rodaje de una película y escrutar por las fachadas del edificio para ver que al otro lado no había más que andamios: Elizabeth Yates era una mujer completa, absoluta y sorprendentemente carente de personalidad. Hoberman había presenciado reuniones, la había observado con otros y había visto cómo su forma de comportarse variaba sutilmente según con quién interactuara. Comprendió que había dominado el arte de proyectar atributos que no tenía. No era tonta, desde luego, pero Hoberman había visto pronto que sus dotes intelectuales eran más bien modestas; se limitaban más que nada a lograr de algún modo fingir lo que no tenía y magnificar lo que sí, según el contexto y lo que quería sacar de él.

Sin embargo, no había sido la falta de hondura intelectual o personal lo que había aterrado a Hoberman, que había dirigido las conversaciones para que se quedasen en un plano informal, general y conversacional —si bien en cada discusión había colado una pregunta o una observación aparentemente inocuas, todas y cada una herramientas de diagnóstico encubiertas—. El retrato que había surgido era el de una mujer con una visión particular, voluntad inquebrantable y fe adamantina: todas virtudes potenciales de una líder mundial pero también indicadores en potencia de algo más oscuro.

Si algo tenía de excepcional la presidenta era su tenacidad, y el hecho de que la concentraba firmemente en una misión cimentada sobre las arenas movedizas del rancio nacionalismo, las supersticiones y la intolerancia de derechas. Para describir su cosmovisión Yates utilizaba continuamente el pronombre «nosotros» en contraposición a «ellos»; una primera persona del plural que no se extendía más allá de las fronteras de Estados Unidos, e incluso, si no había entendido mal, muchos de los del interior también pertenecían a la categoría de «ellos»: un Hoberman susceptible sospechaba que incluso él mismo entraba en ese saco.

Siguieron caminando. Más allá del helipuerto y de un par de edificios más modernos y funcionales que estaban apartados, Camp David era un muestrario de cabañas y refugios de madera desperdigados por un bosque de gruesos robles y nogales americanos, conectados por sendas forestales que serpenteaban y se entrecruzaban. No era la primera vez que Hoberman sentía esa extraña claustrofobia

al aire libre, como preso del bosque cerrado de los montes Catoctin.

—Doy por hecho que usted no es creyente —dijo Yates tras caminar veinte metros en silencio.

—Yo soy humanista. Que no comparta su fe no quiere decir que no crea nada.

—Pero ¿no cree en Dios?

—No. Creo que el universo es demasiado maravilloso y misterioso para tener una explicación tan simplista, más propia de un charlatán, si me permite que se lo diga, excelencia.

—Todo el mundo tiene derecho a tener una opinión.

—¿Ah, sí?

Yates se quedó mirándolo un momento.

—De modo que sus creencias están basadas en la ciencia, ¿no es así?

—Sí.

—La ciencia es una herramienta que Dios nos ha dado. La ciencia y la tecnología son los medios para un fin, no un fin en sí mismo, aunque hay muchos que ven la ciencia como una religión. Hay grandes clérigos, grandes evangelistas y fanáticos de la ciencia, igual que en todas las religiones.

—Yo no lo veo así. Lo que creo es que es la única forma de entendernos, a nosotros y a nuestro universo. Pero mi fe o mi falta de ella no es la cuestión. Lo importante es la suya y si está de algún modo vinculada a sus visiones. —Hoberman hizo una pausa y vio a un gavián aliancho atravesar con una sola batida de alas el intervalo de azul entre las copas de los nogales—. Lo que me tiene más preocupado es cómo puede usted interpretar cualquier alucinación en el futuro, que le atribuya algún significado que no tenga.

—¿Está diciéndome que no estoy capacitada para ejercer el cargo? —Yates volvió a pararse y le sostuvo la mirada con esos ojos acerados tan propios del oficio—. Me sorprende que me hable de creencias y formas de entender la vida que ya tenía antes de que empezaran los episodios.

—Los fenómenos y su personalidad están ligados inextricablemente. Es imposible evaluar lo uno sin tener en cuenta lo otro. En cuanto a si está capacitada para seguir en el cargo, yo solo puedo darle mi punto de vista clínico... Todo lo demás tendrán que decidirlo otros.

—No me cabe la menor duda. Es el pueblo estadounidense quien ha de decidir, y ya ha expresado su voluntad. Se me ha encomendado llevar el timón de este país, tal vez la única nación que conoce la bendición del Señor, y manejarlo a través de las pruebas que nos tiene reservadas el futuro.

Una vez más algo frío y oscuro centelleó en el azul luminoso de los ojos de la presidenta, que apartó entonces la vista, sonrió y continuó andando.

—Parece que hoy tenemos el tiempo de cara —comentó como si tal cosa,

cambiando de humor al igual que tantas veces le había visto hacer en los últimos días.

—Eso parece —contestó Hoberman mirando hacia el cielo, donde el gavián aliancho volvió a aparecer brevemente, como ejecutando un arco desacompasado para rastrear el bosque en busca de alguna presa.

John Macbeth. Boston

*E*l cura murió al día siguiente.

Macbeth estaba hojeando libros en la gran librería que había en Harvard Place, preguntándose —al ver tantos lectores electrónicos— por cuánto tiempo seguirían siendo libros los libros, esas cosas que podías tocar página por página, cuando le sonó el móvil y Pete Corbin le dio la noticia.

—No habría vivido tanto de no haber sido por ti, John. Si tú no hubieses actuado, no habría tenido ninguna posibilidad.

—Se ve que no fue suficiente. Por cierto, al final Casey sí que conocía a Gabriel..., bueno, no mucho, pero lo conocía.

Le transmitió a continuación lo que le había contado su hermano sobre el joven doctorando. Como médicos que eran, habían aprendido a enfrentarse a la muerte desapasionadamente, aunque ciertamente había algo distinto en la experiencia que habían compartido en el tejado. Macbeth supuso que su amigo estaba devanándose los sesos tanto como él para extraer algún sentido de todo aquello.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Boston? —quiso saber Corbin.

—Hasta finales de la semana que viene. El lunes y el martes tengo que ir al instituto Schilder..., que es la razón oficial de mi visita. ¿Por qué?

—Tengo una paciente en el Belmont a la que quiero que veas. Me he encargado de que te permitan el acceso. Creo que puede interesarte bastante, dada tu línea de trabajo... ¿Cuándo te vendría bien?

—Esta noche he quedado para cenar con Casey pero, aparte de eso, estoy libre hasta el lunes.

—Entonces el viernes por la mañana. ¿A las diez y media te viene bien?

—Claro, allí estaré.

—Nos vemos entonces. Ah, John...

—¿Sí?

—Siento mucho que Mullachy no haya sobrevivido.

Esa noche había quedado con su hermano para cenar en un local cerca del Common que semejava un *biergarten*, todo revestido de caoba, en una imitación decididamente jocosa. Mientras esperó lo que tardó en beberse una cerveza a que llegara Casey,

Macbeth le dio un repaso al restaurante: camareros vestidos con chalecos y largos delantales blancos, con la bandeja en una mano y la espalda muy recta, driblaban y regateaban por las mesas dejando jarras de cerveza y fuentes bien servidas. Una vez más reflexionó sobre lo absurda y reconfortante que era la simulación de otra cultura, otro país y otra época, aunque de algún modo el júbilo forzoso se agradecía... se necesitaba incluso.

Vio a su hermano aparecer por la puerta y buscarlo por el pasillo. Le sonrió desde el otro lado del bullicio de las mesas, con una sonrisa cien por cien Casey: infantil, traviesa, luminosa e ingenua, una con la que Macbeth había crecido, que había acompañado constantemente sus juegos. Sin embargo le inquietaba hasta el punto de darle un poco de pánico no poder recordar ni un solo episodio concreto de esa sonrisa; que su recuerdo, como casi todos, fuese general y no específico.

—Creía que habíamos quedado para cenar, no para planear un *putsch* —bromeó Casey mirando alrededor con una sonrisa irónica, antes de responder a la mano extendida de su hermano con un abrazo.

—Es que necesitaba un poco de *Gemütlichkeit*... —Macbeth llamó la atención del camarero con una señal y le pidió una jarra de cerveza.

—¿Un mal día?

Le contó a Casey lo de la muerte del cura y le preguntó si había podido averiguar algo más sobre las últimas semanas de Gabriel Rees.

—No hay mucho que contar, la verdad. Todo el mundo dice lo mismo: Gabriel estaba tan enfrascado en su trabajo para el profesor Gillman que no había hecho mucho por socializar, aunque, al parecer, cuando lo hacía, parecía estar bien. No había indicios de que pudiera estar pasándolo mal.

—¿Conoces bien a Gillman?

—Lo suficiente, creo, aunque también llevo un tiempo sin verlo. Digamos que no es muy abordable... El mejor calificativo para él podría ser quisquilloso... O, en otras palabras, un poco capullo. Viaja conmigo a Oxford para el congreso de Blackwell.

—¿De veras? Pues si tienes oportunidad, pregúntale por Gabriel para ver si a él le dio la impresión de estar alterado o algo.

Casey frunció el ceño.

—Con la de pacientes suicidas con los que te habrás enfrentado durante años, ¿por qué tienes tanta curiosidad por este en concreto?

—De entrada, gracias por el voto de confianza en mis habilidades profesionales: te sorprenderá saber que solo se me ha suicidado un paciente. Y fue el último que tuve en mi práctica clínica.

—Joder, John, lo siento. Qué mal, no debería haberlo dicho. Se me había olvidado.

—No pasa nada. Lo cierto es que Gabriel me recordó a algo de ese último paciente del McLean. Aunque sus delirios no se parecían en nada (mi paciente tenía trastorno de personalidad disociativa, o al menos ese fue mi diagnóstico, aunque me jugué el tipo por ello); nada indicaba que Gabriel creyese ser otra persona. —Macbeth se encogió de hombros—. No sé, despedía una calma que me lo recordó. A lo mejor es solo eso. En realidad no sé.

Se hizo el silencio por unos momentos.

—¿Te has traído el portátil? —le preguntó entonces Casey.

Macbeth alargó la mano y cogió el maletín que tenía a los pies.

—Luego cuando vayamos a mi piso le echo un ojo..., a ver qué se puede hacer.

—Nunca me he llevado bien con los ordenadores, a pesar del trabajo que hago ahora en el proyecto.

—A veces creo que naciste en la década que no era, en el siglo equivocado.

—Habría nacido raro en cualquier siglo. De haberlo hecho muchos siglos atrás me habrían quemado en la hoguera.

—Me da que va a ser una noche divertida —comentó Casey con la cerveza en la mano.

—Perdona, han sido unos días duros.

Casey asintió y luego volvió a dar un repaso al salón de cerveza.

—¿Cómo has encontrado este sitio? No te pega mucho.

—Melissa me trajo hace unos años. Creo que pretendía ser irónica. Fue antes de que descubriera que la ironía no es lo mío.

—Me dio pena que no funcionase lo tuyo con Melissa. Me gustaba para ti.

—Se ve que no me funciona con nadie. —Macbeth le dio un sorbo a la cerveza y miró la copa contemplativamente—. ¿Sabes lo que me dijo Melissa? Que estaba harta de que no estuviese, incluso cuando estaba.

—¿Y eso qué significa?

—Venga, Casey, sabes perfectamente a qué se refería. Los dos lo sabemos. Hay algo que me falta, un huequecito que parece convertirse en un abismo cuando la gente me conoce. Melissa se refería a que estaba harta de llegar a casa y encontrarse con un cuarto vacío, incluso cuando yo estaba allí.

—Madre mía... pues sí que estás de buen humor esta noche.

—Perdona. Lo que quiero decir...

Macbeth dejó la frase a medias cuando una extraña sensación se apoderó de él: la misma de *déjà vu* que había sentido en el Common. Pero esa vez fue más intensa aún y vino acompañada de una sensación de pérdida de equilibrio. Se agarró al borde de la mesa y se miró fijamente los dedos, que se le habían tornado blancos por la presión. Empezaba a ocurrirle con demasiada frecuencia. No era ningún *déjà vu*, ni uno de sus episodios típicos. Estaba teniendo algún tipo de episodio cerebral: un

ataque isquémico transitorio o similar. Necesitaba asistencia médica.

Y entonces vio la cara de Casey.

Su hermano estaba mirándolo sin verlo. Tenía la cara fruncida por la concentración, como intentando dilucidar el sentido de algo que estaba pasándole directamente a él. Macbeth comprendió que, independientemente de lo que fuese, también estaba ocurriéndole a su hermano.

Se hizo un silencio sepulcral.

Hasta el momento el local había bullido con los sonidos de las conversaciones de los comensales y las risas, los tintineos y los repiques de la porcelana y el cristal que iban y venían por la sala de techos altos. En esos instantes, sin embargo, se había hecho el silencio.

Macbeth miró más allá de su hermano. Todo el mundo estaba quieto, cada uno en su universo particular intentando entender qué estaba pasando. Poco a poco, la gente volvió a conversar, en voces bajas y preocupadas, mientras compartían el relato de la experiencia.

—¿Estás bien? —le preguntó Casey.

—¿Qué coño ha sido eso? —Al ver a su hermano asustado, algo protector, casi paternal, saltó en Macbeth como una chispa—. ¿Has notado como un *déjà vu* muy fuerte? —le preguntó.

Casey asintió enérgicamente, aliviado de que fuera una experiencia compartida.

—Justo como... —Miró a su alrededor—. Joder... ¿todo el mundo?

—Todo el mundo, hasta donde acierto a ver.

El zumbido de las conversaciones subió de volumen: intercambios urgentes, compartiendo desesperados la experiencia.

—Hay algo que no está bien... —comentó Casey.

—¿Ha cambiado algo? ¿La temperatura o la composición del aire?

—¿Te había pasado antes?

Macbeth asintió.

—Es más que eso, Casey, Pete Corbin me ha contado que...

Empezó como un tintineo: de las copas y las botellas tras la larga barra de caoba, como si un camión o un tren las agitara al pasar. Pero no había ninguna vía cerca y las calles de esa parte del casco antiguo de Boston eran demasiado estrechas y apenas cabía una furgoneta de carga.

El local volvió a quedarse en silencio mientras todos miraban hacia la barra. Un barman joven e imberbe miraba a su vez desde el otro lado, con la cara pálida y confundida. El traqueteo cesó y medió un segundo eterno de quietud, un silencio casi total que solo rompía el tictac del enorme reloj victoriano de la barra. A Macbeth le sorprendió lo agudo y claro que oía cada tic, como si de pronto la audición se le hubiese desarrollado.

Gritos.

Era como si el mundo entero se sacudiera para quitárselos a todos de su lomo. Macbeth alargó la mano para coger a Casey pero salió despedido del asiento y aterrizó de golpe en el suelo de madera pulida. Intentó levantarse pero le fue imposible mantener el equilibrio, con el suelo moviéndose de esa manera bajo sus pies. Volvió a caerse y esa vez fue a dar con más fuerza aún con la mejilla en el parqué. Pasaron unos segundos de perplejidad, y permaneció con la oreja contra el roble pulido y captando con su visión reagudizada detalles dolorosamente perfilados de las motas de polvo y de la mugre del suelo barrido. Y a través del suelo oía la Tierra. La oía por lo bajo, como gimiendo y partiéndose en dos con un ruido ensordecedor. Notaba cada vibración, desde la más mínima a la más estruendosa, resonando por todo su cuerpo.

Un terremoto. Un terremoto de alcance. Tenían que buscar refugio.

Empezó a arrastrarse rodeando la mesa hasta Casey. Cuando lo encontró, estaba tendido de lado, igual que Macbeth antes, pero sangraba por la cabeza. Avanzó con los codos por el suelo hasta su hermano y examinó la herida: era superficial y estaba consciente, aunque confundido.

—¡Casey! —gritó Macbeth por encima del clamor de voces aterradas—. Casey... ¡Tenemos que meternos debajo de la mesa! —Cogió a su hermano por la chaqueta y tiró de él para refugiarlo bajo el tablero.

—¿No deberíamos salir de aquí? —le grito Casey a su vez—. Si se viene abajo el edificio, ¡nos sepultará!

—Aquí estaremos más seguros. Si salimos a la calle nos puede caer algún cascote. Tenemos que quedarnos quietos y esperar a que pase.

Casey asintió sin mucho convencimiento. A su alrededor todo se movía y temblaba aunque no sonaba nada cayéndose de la mesa. El temblor se intensificó y las vibraciones resonaron en la cabeza de Macbeth, en cada centímetro de hueso.

Y entonces paró. El local volvió a llenarse de gritos ahogados, de llantos desesperados y aterrados. Pero el temblor se había detenido.

Sintió como si se cayera el suelo bajo ellos, como si estuvieran en un ascensor al que se le habían roto los cables. Macbeth y Casey se vieron impulsados hacia delante y el primero se cogió a la vez de su hermano y de la única pata en el centro de la mesa. Se cayeron al suelo al verse impulsados en dirección contraria y el mundo pareció embestirlos con mala fe. A su alrededor se renovaron los gritos.

El movimiento se detuvo. No hubo más temblores.

Mordiendo con unos dedos protectores el brazo de su hermano pequeño, Macbeth descansó la mejilla amoratada contra el suelo mientras intentaba recobrar el aliento.

Se había acabado. Y no solo el terremoto.

Macbeth se puso en pie y ayudó a hacer lo propio a su hermano. Le levantó la

silla y le dijo que se sentara. Le chorreaba sangre de la frente pero de nuevo era más por abrasión que por laceración. Sacó un pañuelo del bolsillo, lo dobló y le indicó a su hermano que se lo presionara contra la herida.

—¿Estás bien?

Casey asintió.

—Tengo que ir a ver si alguien necesita ayuda. ¿Estarás bien?

—Sí, sí... ve.

Macbeth dejó que una vez más su memoria procedimental solapara el resto de funciones mentales y se abrió paso por la estancia. Cuando terminó la batida había colocado dos traumas craneales en posición de recuperación y había fijado dos fracturas valiéndose de corbatas y cinturones. La mayoría de la gente solo estaba conmocionada, y no había ninguna herida seria, incluidas las craneales. Le alegró comprobar que, para cuando llegó la ambulancia, había atendido a todo el que lo necesitaba.

Se fijó entonces en que el joven barman seguía en su puesto, con la cara impávida y la mirada de un kilómetro de distancia típica de la reacción ante un estrés agudo. Macbeth se colocó en medio de su campo de visión para obligarlo a centrarse.

—¿Estás bien, hijo? Soy médico... La ayuda viene de camino.

—Nada... —El joven se dio la vuelta y miró a su alrededor maravillado, sin parar de menear la cabeza y de escrutar las torres, estantes e hileras de copas y botellas—. Increíble... nada, ni un solo vaso. ¿Cómo puede haber habido un terremoto y que no se haya roto ni un vaso...?

Macbeth siguió la mirada del barman, se volvió y repasó el local más allá de los comensales atribulados. El reloj, la pared de espejos, las láminas victorianas de las paredes: todo estaba perfectamente, ni un solo marco ladeado. Los únicos vasos o platos rotos eran los que los propios clientes habían tirado de las mesas al caerse al suelo. Aparte de eso no había más pruebas físicas de que hubiese habido un terremoto.

Como si nunca hubiera pasado.

Georg Poulsen. Copenhagen

*P*ese a que el cielo estaba del color de la sal húmeda y colgaba como un sudario sobre el aparcamiento, el recinto del hospital y la ciudad más allá de la ventana, Georg Poulsen le dijo a su mujer que hacía un día estupendo: una mentira que solía contarle. A veces le decía que había llovido pero que al jardín le venía bien y lo había remozado. En suma solía pintarle un cuadro luminoso y alegre del mundo que había fuera de su pequeña laguna de consciencia. Era como si Poulsen intentara liberar a su mujer de la prisión de su cuerpo entubado fingiendo un mundo mejor y una realidad más luminosa.

El Proyecto Uno tenía su sede en el instituto Niels Bohr de la universidad, en Blegdamsvej, literalmente puerta con puerta con el Rigshospitalet. Poulsen podía así ir a ver a su mujer a la hora del almuerzo y escaparse del trabajo siempre que tenía un rato. Suponía también que tiraban de él constantemente en dos direcciones: trabajaba todo lo que podía para desarrollar la interfaz que creía que en última instancia ayudaría a su mujer y, al mismo tiempo, se obligaba a visitarla en cuanto le era posible. Todo, claro está, a expensas de tiempo para sí mismo. Poulsen se había consagrado plenamente a su nueva realidad.

Ese día había ido directamente desde el instituto. Se había sentado junto a la cama y le había contado que el trabajo avanzaba mejor de lo esperado, muy por delante del calendario.

Le explicó lo que podía suponer su trabajo: el otro mundo que la aguardaba, uno donde andaría, bailarían y cantarían como siempre había hecho mientras arreglaba el jardín.

Un mundo donde podrían estar juntos con la criatura que ella no sabía que había perdido.

Creía todo lo que decía, a sabiendas de que, si lograba todos sus propósitos, estaría en posición de ofrecerle a Margarethe justo ese mundo. Pero, al igual que cuando le describía el tiempo, no le contaba que ese hogar, ese jardín o las vacaciones que disfrutaría, y el Georg Poulsen y la criatura con los que estaría, serían sucedáneos: una existencia neurológicamente falsificada que simularía su cerebro y le haría creer que sentía el sol en la cara.

—Sé que quieres volver a tener una vida plena, Margarethe. Quiero que sepas que cuando no estoy aquí contigo es porque estoy trabajando para conseguir todo eso para

ti. Te quiero y lo único que deseo es que vuelvas a ser feliz.

Se quedó callado. Otra mentira de las horas de visita era parecer siempre alegre, como si el horror de que Margarethe estuviese sepultada bajo su propia carne no fuese más que un contratiempo temporal. De modo que, cada vez que perdía la compostura —o la pena, la desgracia y la rabia lo desgarraban por dentro y amenazaban con mostrarse en su voz, como en esos instantes—, se quedaba callado.

En el mundo normal, en el entorno omnisensorial en que vivía la mayoría de la gente, Poulsen sabía que un trasfondo en una voz podía pasar desapercibido; y a la inversa, en el universo mermado en lo sensorial en que vivía Margarethe, su voz se magnificaba y llenaba todo el espacio y, en consecuencia, todo defecto, toda sutileza se ampliaba a su vez y era detectada al instante.

Al cabo de un rato se recompuso, abrió el libro que tenía en el regazo y empezó a leer. *Los avatares: una fantasía futurista* era otro de los hallazgos favoritos de su mujer, que siempre había buscado joyas ocultas en sitios improbables. Esa novela en concreto la había desenterrado de una librería de viejo en una tarde borrasca en Larsbjørnsstræde. El autor, «Æ», cuyo nombre real era George William Russell, era más conocido por los escritos de otros que por los propios, e incluso aparecía como personaje en el *Ulises* de Joyce.

Margarethe le había dicho en cierta ocasión a Poulsen que le parecía de una ironía maravillosa que los dos protagonistas de la novela de Russell nunca se mostrasen directamente al lector ni mantuviesen diálogos, sino que estuviesen tan solo representados por las descripciones de otros personajes. También le había dicho que Russell, cuando era un joven estudiante de arte, había empezado a experimentar lo que describía como «sueños despierto de una fuerza y una viveza sobrecogedoras», en los que veía otros mundos y realidades que aseguraba que una mente superior que la suya había puesto en su consciencia.

Poulsen pasó dos horas leyéndole a su mujer, poniendo como siempre en las voces toda la vida que su talento declamatorio le permitía.

Iba con tanta frecuencia al hospital que conocía a todos los miembros regulares del personal y había trabado cierta amistad informal con Larssen, el jefe del departamento, que estaba al tanto del trabajo de Poulsen en ciencias cognitivas y se mostraba como un oyente interesado siempre que el científico tenía ganas de comentar su trabajo. Sin embargo, Larssen, como el resto del personal, tenía que entender que Georg Poulsen era un hombre de pocas palabras en todo tema que no fuese la situación y el tratamiento de su mujer.

Unos dos meses después de que le diesen el alta del hospital, un día que había ido a ver a su mujer, Larssen le pidió al terminar la visita que lo acompañase a su despacho.

El médico era un hombre desgarbado con aspecto de artrópodo que parecía todo

ángulos, con el pelo moreno, una tez cetrina y ojos que estaban rodeados de ojeras grises a todas las horas del día. Aunque el despacho no era especialmente pequeño, el hombre parecía empotrado tras el escritorio, con los codos reposando en el cartapacio como patas de araña.

—El estado de su mujer se ha estabilizado —le dijo a Poulsen—. Ya no hay peligro inmediato de una nueva hemorragia en el puente troncoencefálico, de modo que hay pocas posibilidades de que se produzca un mayor daño neuronal.

—¿Y eso qué significa?

—Su mujer apenas ha hecho progresos en los últimos tres meses y medio. Hay muchos casos de síndrome de enclaustramiento que se resuelven solos, pero suelen darse cuando el paciente ha estado atrapado una semana o menos. Las mejores recuperaciones son las de pacientes que se han quedado cuadripléjicos y anártricos (incapaces de hablar) solo unos minutos o unas horas, más que semanas.

—¿Está diciéndome que ha tirado la toalla con Margarethe, que eso es todo?

—Lo que le digo es que creo que estamos ante un caso de morbilidad asistida. Los pacientes enclaustrados y sin complicaciones pueden vivir en ese estado durante décadas. Si no los perdemos en un mes por el trauma, la media de supervivencia supera los cinco años.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Lo único que le estoy diciendo es que deberíamos ir planteándonos cómo darle la mejor calidad de vida a su mujer. Con el tiempo esa vida puede ser fuera del hospital, puede que incluso en casa. Hay muchos servicios de asistencia que cuentan con ayudas estatales. Todos nos hacemos cargo de lo comprometido que está con su mujer y sé que hará todo lo que esté en sus manos por estimularla. Quiero que tenga claro que todavía no tenemos que tomar ninguna decisión en firme, pero sí que deberíamos al menos empezar a plantearnos las cosas a largo plazo. Pero no lo sienta como algo que tiene que hacer usted. Supone una gran carga asumir...

Poulsen se quedó callado un momento, imaginándose un nuevo tipo de vida, una distinta: una nueva realidad.

—Entonces, ¿cuándo puede venir a casa? —preguntó por fin.

Josh Hoberman. Maryland

*J*osh Hoberman mantenía conversaciones diarias con Ward, el médico personal de la presidenta. Pese a lo antipática que le resultaba su condición de militar —y su condición de Ward—, Hoberman tenía la sensación de que al menos era un hombre de ciencia y la única persona con la que podía hablar de la presidenta con cierta franqueza. Incluso así, no tardó en darse cuenta de que Elizabeth Yates se había rodeado de gente que potenciaba su ego y su tenacidad.

Con todo, había sido Ward quien había convocado a Hoberman y quien no había protestado ante las observaciones más candidas del psiquiatra. Así y todo seguía siendo cauteloso a la hora de abordar algunos de los temas más peliagudos en torno al estado mental de la presidenta.

No había vuelto al refugio Aspen, la residencia presidencial, desde la primera noche, y la mayoría de los encuentros con Yates o Ward tenían lugar en el Laurel. Él dormía en la cabaña Dogwood, cuyas paredes estaban adornadas con fotografías de invitados anteriores, todos mucho más importantes que él. Camp David estaba equipado con las últimas tecnologías, si bien todavía daba la impresión de ser un club de campo o un campamento de verano de alto standing de la década de los cincuenta, y Hoberman, bajo la mirada de presidentes extranjeros del pasado y del presente, tenía la impresión de que era el sitio más raro donde había practicado la psiquiatría. Suponía que era un entorno que reflejaba el humor y el tono de su principal habitante: pese al forzado bucolismo, bajo el mandato de Elizabeth Yates, ese humor era de todo menos acogedor.

—¿Ha leído los informes sobre lo ocurrido en Boston? —le preguntó Ward.

—Sí. Eso y los otros acontecimientos.

—¿Y?

—Y me da la impresión de que tenía usted razón: estamos realmente ante algo pandémico, más que centrado en la presidenta en sí.

—¿Entonces por qué tengo la sensación de que no está dispuesto a despedirse?

Ward iba vestido de paisano, con un jersey sobre los hombros y las mangas unidas en un nudo flojo en el pecho, y bebía un whisky de malta solo de un grueso vaso de cristal. Hoberman intentó quitarse de la cabeza la idea absurda de que el médico militar podía dedicarse en su tiempo libre a posar para anuncios de ropa de punto.

—De acuerdo... —Hoberman le dio un trago a su whisky—. ¿Esto es estrictamente entre usted y yo? De momento, quiero decir.

—Desde luego.

—Le diré que aunque va más allá de mis competencias iniciales creo que está relacionado. Digamos que esas alucinaciones que ha tenido la presidenta tienen el mismo origen que los casos registrados. Eso sugeriría que no hay nada «peculiar» en la presidenta que le haya causado esas visiones más allá de algún tipo de infección no identificada.

—Prosiga...

—Lo que me preocupa no es la causa en sí, sino el efecto que puedan tener en la psicología subyacente de la presidenta.

—¿Está diciéndome que hay una preocupación preexistente?

Hoberman le tendió a Ward tres hojas grapadas de papel impreso. El otro dejó el vaso en la mesa auxiliar y leyó las notas.

—¿Entiende mi preocupación? —le preguntó cuando Ward hubo terminado de leer.

—La veo pero la cuestiono. Conozco a la presidenta desde hace años. Si estuviera dando muestras de esa clase de patología, lo habría notado.

—No tiene por qué. Este tipo de personalidad es muy capaz de ocultar su naturaleza total. Y asumámoslo: algunos de los indicadores de la enfermedad pueden entenderse como atributos positivos en gente que necesita..., en fin, estar al mando...

—Ward no contestó nada mientras volvía a repasar las notas—. Como verá he aislado la mayoría de los marcadores principales. Tiene una puntuación alta en todos menos en la cuarta faceta, la antisocial. Tal vez haya aprendido a ocultarlo mejor que otros.

—No puede estar hablando en serio.

—Por supuesto que sí. Opino firmemente que Elizabeth Yates es una psicópata: una psicópata autónoma pero psicópata al fin y al cabo. Si le soy sincero, personalmente creo que es más que frecuente entre los políticos. Pero en el caso de la presidenta la creencia absoluta y total que tiene en su propia infalibilidad, combinada con su impulsividad y su monomanía religiosa, pueden llevarla a tomar decisiones desastrosas. Me preocupa seriamente que la interpretación religiosa o de otro tipo que pueda darles a futuras alucinaciones sea el desencadenante de esa decisión desastrosa de la que le hablo.

Ward se quedó callado un instante y luego le preguntó:

—¿Ha hablado de esto con alguien más?

—Como le he dicho, de momento es algo entre nosotros.

—Me gustaría que siguiera siendo así. ¿Le importa si me quedo con estos papeles?

Hoberman lo pensó un momento y respondió:

—No, claro que no...

John Macbeth. Boston

*E*n los quince años que llevaba ejerciendo la psiquiatría Macbeth nunca había experimentado ni oído nada igual. Al día siguiente los medios no hablaban de otra cosa, y no solo en Massachusetts, sino en todo Estados Unidos y en el resto del mundo. «El terremoto fantasma de Boston», así lo describía la mayoría de los titulares.

A los servicios de urgencias les había llevado una hora y media llegar al restaurante. Los diversos equipos se habían dispersado por la ciudad y los alrededores para asistir a los afectados. Había habido heridos por todo el litoral del estado, de Rockport a Plymouth, y hacia el interior, hasta Worcester. El terremoto se sintió por todo el estado, y había noticias de que al otro lado de la frontera canadiense, en Nueva Scotia y Nuevo Brunswick, se había notado que el suelo temblaba.

La mayor parte de las heridas se habían producido por caídas, ocho de ellas letales, desde balcones, salidas de incendio y otros lugares en alto. La mayor parte de las bajas se habían producido en accidentes de tráfico, en casos en que los conductores habían perdido el control de sus vehículos. En total habían muerto treinta personas y más de mil habían resultado heridas.

Y no había habido ni un solo caso de daños estructurales.

Los sismógrafos del observatorio de Weston no se habían inmutado. Los departamentos de Ciencias de la Tierra de todas las universidades de Nueva Inglaterra y más allá confirmaron los resultados de Weston, con datos verificados tanto por centros de miles de millones de dólares como por sismógrafos de jardín de aficionados.

Ni rastro del terremoto: toda la ciudad y la mitad del estado habían perdido el equilibrio, poco más.

En un solo día Macbeth vio más horas de televisión y consultó más tiempo Internet que en todo el mes precedente. Ya por la tarde empezaron a surgir teorías conspirativas y chistes de mal gusto, y atribuyó ambas cosas a un mismo intervalo de coeficiente intelectual de dos cifras. Los comunicados oficiales tenían el mismo valor intelectual, por lo que a él concernía, y algunos sugerían que un virus podía haber afectado el aparato vestibular de las víctimas. Lo cierto era que no había forma de explicar unas muertes causadas por un terremoto que no había tenido lugar.

Lo que causó mayor conmoción fue cuando se trazó el mapa del reparto de las

víctimas: surgió un patrón que, por extraño que pareciese, concordaba con un terremoto auténtico. A pesar de no existir pruebas geofísicas, el cotejo de las estadísticas de heridos y los relatos de los testigos revelaron un patrón que coincidía con un terremoto con epicentro en el Atlántico, a unos cincuenta kilómetros al este de Cape Ann. Por las descripciones recogidas en diversas localizaciones, la experiencia se consideró comparable con un terremoto de magnitud 6 en la escala de Richter.

Fue algo más tarde cuando alguien encajó todas las piezas del rompecabezas: probablemente algún investigador anónimo de la trastienda de una cadena de televisión que se había limitado a cruzar datos. Y ya estaba listo para ser retransmitido para cuando Macbeth sintonizó el telediario de la noche.

El «terremoto fantasma de Boston» se había convertido en el «fantasmoto de Cape Ann».

Acaparó toda la edición especial extendida del telediario. Viejas xilografías de edificios resquebrajados con la rúbrica del año 1775 conformaron el telón de fondo de los peinados, los bronceados profesionales y la gravedad estudiada de los presentadores. Todos, desde los sismólogos y los historiadores a los videntes chiflados y a los colgados apocalípticos, tuvieron sus minutos de gloria ante la cámara; los políticos hablaron mucho y dijeron poco, sin salirse de la línea oficial; entrevistaron a científicos de todos los credos y ni uno solo pudo explicar el fenómeno. La explicación más probable de las que se dieron seguía siendo la de un virus que hubiese causado una especie de pérdida del equilibrio y alucinaciones auditivas. Al fin y al cabo nadie había visto, lo que se dice ver, el terremoto.

Pero lo que excitó a los medios hasta la fiebre fue que el epicentro identificado por el mapeo de las bajas coincidiera exactamente con el que se había producido en Cape Ann en 1775. El observatorio de Weston llevaba años programando simulaciones informáticas de lo que pasaría si el mismo tipo de terremoto alcanzara la población y el asentamiento, mucho mayores, de la Nueva Inglaterra contemporánea. Las bajas causadas por el «fantasmoto» encajaban con las predicciones del ordenador: una a una.

La mayoría de los heridos estaban en el barrio de Back Bay, por donde la ciudad se había expandido durante el siglo XIX ganándole terreno a la bahía a golpe de rellenos estructurales. Según explicaron los sismólogos, esos suelos ganados a la ría eran los menos estables y más susceptibles de sufrir temblores, mientras que la piedra rojiza típica de la arquitectura de Back Bay siempre había sido la más expuesta a la actividad sísmica.

Macbeth tenía su propia teoría —si bien era vaga e iba tomando consistencia lentamente— sobre lo ocurrido, y estaba relacionada con lo que Pete Corbin le había contado.

Fuera lo que fuese, e independientemente de la causa, Boston se había visto

sacudida en todos los sentidos: lo comprobó en las calles que recorrió, en las caras confundidas y angustiadas de los transeúntes.

La pregunta que todo el mundo se hacía era: ¿por qué Boston?

Fue entonces cuando comenzaron a llegar noticias de todas partes del mundo.

Ethan Bundy. Maryland

*E*l agente especial Ethan Bundy rezaba a medio vestir, sin camisa y sin calcetines.

Estaba en las habitaciones de Camp David que le habían asignado, arrodillado a un lado de la cama, con los dedos entrelazados, la frente presionada contra el duro risco de sus nudillos y los codos apoyados en el borde de la cama.

Camp David había sido un hervidero durante todo el día, mientras la presidenta recababa datos y opiniones sobre lo acontecido en Boston. Había celebrado videoconferencias con expertos de todos los ámbitos e incluso se había reunido con el judío, Hoberman. Bundy había estado al tanto de todo, al lado de ella o detrás, mostrándole su apoyo tácito. No le veía sentido a nada y comprendió que los supuestos expertos estaban igual de confundidos que él. No pudo contenerse cuando, en un momento incómodo de silencio, hizo la pregunta que llevaba haciéndose en la cabeza todo el día:

—¿Qué significa, señora presidenta?

Elizabeth Yates se giró, le agarró del codo y le clavó los ojos. Cuatro palabras, eso fue todo lo que le dijo, pero aun así se quedó electrificado:

—¡Ha llegado el Arrebatamiento!

Bundy rezaba con todas sus fuerzas por la salvación, por estar entre los elegidos. Rogó clemencia por las vidas que había eliminado en el pasado y suplicó a Dios que le diera la fuerza necesaria para eliminar las vidas que se viera obligado a eliminar en el futuro. Ante todo le rogó al Señor que aceptara su impureza; rezaba por una excepcionalidad y una entereza que sabía que nunca poseería. Sabía, no obstante, que la presidenta sí tenía esa pureza; era un instrumento único y excepcional de Dios, su representante electa en la Tierra. Bundy, por su parte, no era ni puro ni único.

Era una abominación.

Ethan Bundy sabía perfectamente quién y qué era. Era tanto el asesino como el asesinado, era Caín y Abel. Era ambos y ninguno. Dios le había dado el Estigma para que descubriera quién era, para hostigarlo con el conocimiento de su dualidad, con la conciencia de que estaba condenado a vagar por la Tierra como asesino a la par que víctima, en un tejido infinito y sin fisuras de dos destinos, de dos almas.

Debería haberlo sabido antes, haber distinguido su otredad interior de la exterior en los ojos que le devolvían la mirada en el espejo todas las mañanas: unos iris claros con un franja interior marrón dorada alrededor y otra banda exterior del azul más

claro. Unos ojos tan claros que le dolían incluso con la luz del sol más templado; unos ojos que llamaban la atención, que destacaban. Debería haberlo sabido.

Pero hasta que no empezó a trabajar para el FBI Bundy no experimentó la epifanía, el descubrimiento de su verdadera naturaleza. En uno de sus primeros casos, en Kentucky, trabajó en la oficina de campo de Louisville. Era la típica empresa de paletos: una plantación de cannabis a kilómetros a la redonda de cualquier carretera a la que solo se llegaba por un camino sinuoso y abrupto. Todavía era válido lo aprendido hacía casi cien años, en la época de la Prohibición y de los contrabandistas de alcohol: el camino de tierra con cuchillas camufladas, los anzuelos enganchados en hilos de pesca a la altura de los ojos, los hoyos llenos de serpientes o de clavos de quince centímetros. Al final del camino había una hondonada soleada con plantas verde azulado de marihuana que llegaban por la cintura; en el fondo del terreno habían ocultado al reconocimiento aéreo una gran covacha de madera con un entramado de ramas y hojas. No era el típico asunto en el que se involucraba el FBI, sino más bien jurisdicción de la oficina del sheriff y de la DEA, pero habían encontrado un buen puñado de dinero contante en la cabaña y se sospechaba que eran billetes falsos, lo que lo convertía en un asunto federal.

El equipo forense ya había examinado sobre el terreno el dinero, que había envuelto en plástico y expuesto sobre los tablones quebrados del suelo de la cabaña, cuando Bundy y sus compañeros llegaron. El técnico estaba usando una lamparita de rayos UVA para inspeccionar los billetes en busca de indicios de falsificación. Enfrascado en el trabajo, no lo oyó llegar y se giró sobresaltado cuando el agente lo llamó. Al volverse, la lámpara, que seguía encendida, recayó con su haz en la cara de Bundy. Nunca olvidará la expresión de aquel técnico forense. Conmoción, miedo incluso. Bundy estaba acostumbrado a que la gente reaccionara ante el inusual color de sus ojos, pero aquello fue distinto.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

El hombre apagó la lámpara y entornó los ojos mientras escrutaba el rostro de Bundy, como buscando algo que hubiese desaparecido.

—Su cara... bajo los rayos uva. Creo que debería usted ir a un dermatólogo.

—¿De qué habla?

—Se ha visto algo bajo la luz.

—¿El qué? ¿Qué ha visto?

—Unas marcas. No sé qué serán.

—Vuelva a iluminarme.

El forense lo obedeció a regañadientes.

—Dígame que ve.

—Como le he dicho —empezó a decir el técnico con el ceño fruncido al examinarle la cara, aún incómodo, como mirando algo peligroso o aterrador—, unas

marcas en su piel. Estas lámparas muestran de todo. Tal vez sufrió usted quemaduras solares o algo por el estilo. Yo iría a que me lo mirasen.

Apagó la lámpara y pasaron a hablar sobre el caso, pero Bundy notó que el tono profesional del técnico no era más que una cortina que había corrido sobre su inquietud por lo que quiera que hubiese visto bajo la luz artificial.

No pidió cita al médico inmediatamente. En lugar de eso encargó por Internet una lámpara de luz negra, la misma que seguía teniendo en el cajón de la mesita de noche y que siempre llevaba con él allá donde iba. Se puso delante del espejo y se iluminó la cara con la luz. Y entonces lo vio: vio al Demonio y se le cortó la respiración. Vio el estigma de Caín, y no solo en la cara.

Apretó más los párpados, juntó más las manos y rezó con más ahínco. Como hacía siempre que rezaba, terminó su plegaria rogando una vez más por ser excepcional, para que la marca se le borrara: que la mancha de su alma se purgase de su cuerpo.

Nada más decir «amén», cogió la lámpara de la mesilla y fue al pequeño cuarto de baño. La luz blanca del interior enfatizó la escultura de sus músculos, la lisura bronceada de su piel, inmaculada, sin marcas, perfecta. Por ocupado que estuviese, siempre conseguía hacer una hora de pesas al día, cuidándose de rotar los músculos que trabajaba para que todas las partes tomaran un día de descanso y variando el tipo de ejercicios en ciclos semanales para sortear la memoria muscular. Se había convertido en un experto en mantener la masa corporal, su forma y su definición. También utilizaba cremas, mascarillas e hidratantes a diario. El bronceado era de bote, se lo aplicaba todos los días. Sabía que la misma carencia de melanina que hacía que sus ojos fuesen tan claros hacía que su piel fuese susceptible a los daños solares y el melanoma. El dermatólogo que lo examinó se lo dijo... poco antes de remitirlo a un genetista. Pero no era por eso por lo que se echaba bronceador: lo que Ethan Bundy más temía era un bronceado real, pues tenía miedo de lo que pudiera revelar al mundo.

Estudió su reflejo en el espejo. Incluso bajo aquella luz inexorable veía la perfección de su cuerpo, la fortaleza en la mandíbula, la bella uniformidad de sus rasgos. Y entonces vio sus ojos. Estaban allí siempre para recordarle su impureza. Apagó la luz del baño y se quedó en el sitio, mirando aún su reflejo, sombreado de negro por la tenue luz proveniente del cuarto. Así no se veía los ojos.

—Por favor, Señor, haz que se me vaya el Estigma. Por favor, perdóname por haber matado a mi hermano. Por favor, despójame de su alma, quita su cuerpo del mío. Por favor, perdóname y hazme singular.

Respiró hondo y encendió la lamparita ultravioleta.

El Demonio. Caín. El Estigmatizado.

La lámpara despidió su luz morada por el baño en penumbra. El hecho de que

brillara por doquier era indicador de su ineficacia: la luz ultravioleta invisible al ojo humano, ese resplandor morado, el escape de las luces de onda corta a través del filtro del óxido de níquel. Para Bundy, sin embargo, la ironía más amarga era que la luz invisible hacía visible lo que se ocultaba bajo la luz normal. Revelaba su verdadera naturaleza.

Sus plegarias no habían sido atendidas.

El Ethan Bundy de la piel suave y bronceada miró al espejo, desde donde el Demonio de Caín le devolvió la mirada. Caín, cuya piel portaba el estigma del fratricidio. La marca tenía su belleza oscura: como las rayas del tigre, unas bandas de una piel más oscura serpenteaban y formaban meandros por su cara, se arqueaban y se retorcían por el cuello y los hombros. Una V impresionante, en forma de diamante, se le dibujaba en el pecho. Tenía todo el cuerpo recubierto de rayas enroscadas y serpenteantes. Apuntó la luz sobre el dorso de una mano y luego sobre la otra. Parecían tatuadas con un diamante, de cuya base surgían otras rayas que se le enroscaban por las muñecas y le reptaban por los antebrazos.

Sintió el mismo dolor que siempre que observaba su verdadera naturaleza.

Apagó la lamparita y encendió la del baño. En el acto recuperó la humanidad.

La genetista se lo había explicado lenta y cautelosamente, comprobando en todo momento que entendía lo que le decía. Seguía sin encontrarle sentido. Él era unos gemelos, no un gemelo, sino los dos.

—Se llama quimerismo tetragamético —le contó—: dos gemelos idénticos en el útero y uno de ellos, al detectar la presencia de un rival, lo envuelve y lo absorbe.

—¿Maté a mi hermano?

—Lo absorbió. Dos juegos completos de cromosomas en un mismo feto. Su hermano sigue viviendo en su interior. Usted es él. Es ambos gemelos.

—¿Por eso llevo las marcas? —le preguntó.

—Se llaman líneas de Blaschko. Todos las tenemos y es probable que marquen el camino seguido por las células epidérmicas durante el desarrollo del feto. Se vuelven perceptibles con algunos trastornos de la piel pero por lo general son invisibles al ojo humano. Por alguna razón son más pronunciadas en las quimeras, probablemente porque un gemelo tiene la piel más oscura que el otro. Eso explicaría la heterocromía central... el doble color de ojos. Un gemelo tiene ojos avellana y el otro azul.

—Los odio...

—No sé por qué, son muy impresionantes. Puede considerarse afortunado: muchas de las quimeras tienen heterocromía total, un color por ojo.

A pesar de la jerga científica Bundy conocía el verdadero significado de las líneas. Había nacido asesino, le había arrebatado la vida a su hermano en el útero y por eso llevaba el estigma de Caín. Y había nacido plural, con una naturaleza diádica:

el bien y el mal.

Su afección le había traído de cabeza hasta que conoció a la presidenta Yates, por entonces una senadora de una visión y una ambición inflexibles, dotada de una voluntad inquebrantable. Ella le había mostrado el camino: el de Dios.

Toda Naturaleza es dualidad, le había explicado: tanta crueldad y a la vez tanta belleza. Para que haya vida y crecimiento tiene que haber muerte. Para que haya Bien, tiene que haber Mal. Y a veces, le había dicho, tenemos que hacer cosas malas para que el Bien triunfe en última instancia.

Él le había enseñado su estigma, y ella lo había visto y tocado...

Bundy completó su ritual nocturno cepillándose los dientes y pasándose la seda dental. Acababa de meterse en la cama cuando se abrió la puerta. La silueta de la presidenta Yates se formó en el umbral, con un documento en la mano.

—Ethan —le dijo con voz autoritaria pero baja—, me temo que vamos a tener que hacer algo con el profesor Hoberman.

SEGUNDA PARTE

Tiempo de visiones

«Algo desconocido hace algo que no comprendemos».

Profesor *sir* ARTHUR EDDINGTON, astrofísico

Fabian. Frisia

*E*l maltrato escolar paró antes de empezar siquiera, aunque entonces llegaron las miradas, las sospechas, los murmullos.

Con la mandíbula partida, tres dientes desencajados, una costilla rota y varias contusiones graves, Henkje Maartens llevaba dos semanas sin ir al colegio, y los tres primeros días había estado ingresado en el hospital de Leeuwarden; al volver seguía teniendo la cara macilenta e hinchada y la mandíbula cerrada por un aparato.

Por rumores que había reunido de aquí y allá, Fabian averiguó que Maartens había regresado hasta el principio del pueblo antes de desmayarse en la calle. Habían llamado a una ambulancia y a la policía. En una pequeña comunidad costera como la suya la violencia no era algo habitual, y por las heridas del chico decidieron que estaban ante un caso con varios asaltantes. Dieron por hecho que el ataque se había producido donde habían encontrado a la víctima. Lo interrogaron en busca de respuestas pero Henkje no estuvo en condiciones de dárselas hasta al menos veinticuatro horas después. Fue entonces cuando la policía lo presionó para que les diese la identidad o una descripción de sus asaltantes.

Eso fue justo lo que les dio. Henkje describió a tres chicos mayores que él, de unos diecisiete o dieciocho años, a los que afirmó no conocer; en una comunidad de ese tamaño eso suponía automáticamente que se trataba de forasteros. Cuando el chico le dijo a la policía que uno de los matones le había pedido dinero, había añadido una nota de color al asegurar que su atacante hablaba con un extraño acento extranjero. Nada más decirles a los forasteros que no llevaba dinero encima, lo habían atacado y él se había visto indefenso y no había podido evitar que lo golpearan y lo patearan en el suelo. Según explicó, el asalto había tenido lugar a unos cientos de metros de donde lo habían encontrado.

La policía se tragó la historia, al igual que el resto de la comunidad, deseosos todos de creer que tamaña brutalidad solo podía provenir de fuera de su pequeño mundo. El toque que Henkje había puesto al introducir el acento extranjero hizo que las cabezas de algunos mayores asintieran con sagacidad apenada: era lo que cabía esperar en esos días.

Durante el tiempo que Henkje había estado sin ir al instituto, su entorno de matones en miniatura había dejado en paz a Fabian. Este se convenció de que no sabían nada de lo que había ocurrido realmente: les faltaba la tenacidad que Henkje

les contagiaba y estaban demasiado ocupados lidiando con lo indigno de la humillante paliza que le habían dado a su líder.

La visión de Henkje a su regreso, la cara hinchada en un arcoíris de verdes, morados y azules, la mandíbula inmovilizada por alambres, sirvió aún más para corregir su pavoneo. Hasta el segundo día Fabian no se lo encontró en el pasillo del instituto, entre clases y sin sus amigos. Cuando cruzaron la mirada Henkje clavó automáticamente los ojos en el suelo; supo al instante que sus problemas con Maartens y compañía se habían acabado. No experimentó, sin embargo, sensación alguna de triunfo: cada vez que veía al otro, que no era muy a menudo, pues resultaba evidente que hacía todo lo posible por evitarlo, sentía el impulso de pedirle perdón, de hacer las paces y explicarle lo del *déjà vu* de la playa. Pero nada de eso tenía sentido.

Maartens tuvo la mandíbula inmovilizada un mes. Con todo, cuando la hinchazón y la decoloración desaparecieron de la cara, el chico que quedó era otro. Para cuando le quitaron los alambres, Fabian notó que también se había producido un cambio en el resto de sus compañeros. Al principio fueron solo los amigos de Henkje, pero luego otros chicos empezaron también a evitar a Fabian, a apartar la mirada. Incluso Robin Hoekstra, que era lo más parecido que tenía a un amigo y se sentaba con él en clase de historia, parecía rehuirlo. Consideró la posibilidad de enfrentarse a Henkje pero lo dejó estar. En muchos sentidos le convenía que sus compañeros mantuviesen las distancias; siempre se había sentido desplazado entre ellos, en una época, una geografía y una sociedad equivocadas.

A los tres meses del ataque, aunque por razones no relacionadas, la familia Maartens se mudó al interior, a Bakkefean. Fabian ya no tuvo que enfrentarse a su culpabilidad por los pasillos del instituto. Los otros, sin embargo... El resto siguió manteniendo las distancias, casi temerosos de él. Incluso le pareció captar esa misma mirada extraña en un profesor.

La vida continuó. Fabian seguía volviendo a la playa todas las semanas, en busca del consuelo del sitio al que siempre había ido, aunque había dejado de ser tan especial, como si la arena sobre la que se sentaba estuviese mancillada por la sangre de Henkje.

Se sentó de nuevo junto a la roca, con la inmensidad del cielo aplastando tierra y mar. Todo estaba como el día del encuentro con Henkje y al mismo tiempo distinto. El cielo seguía siendo igual de grande, si bien ese día había bancos de grandes nubarrones grises y blancos, como las velas desplegadas de un barco fantasma, y la temperatura había bajado unos grados.

Una vez más, pensó en la furia que se le había desatado. Se había convertido en un animal, un ser de instintos bajos y violencia descerebrada. Lo que más le preocupaba era haberlo disfrutado, haber saciado una sed. En sus catorce años de vida

nunca se había sentido tan vivo, con esa clase de vitalidad. Su mundo no había sido jamás tan real.

Con la espalda apoyada en la piedra mientras removía la arena con un palo blanqueado por la sal y el sol, se enfrascó en sus pensamientos.

Le vino de golpe y porrazo: la misma sensación. Como un *déjà vu* sin serlo. Más intenso. Se incorporó de un respingo y miró a su alrededor con ojos escrutadores. Todo estaba igual, el cielo, la temperatura, la luz. Aunque nada había cambiado sentía que el corazón le latía a más velocidad, que el pulso se le aceleraba en los oídos. Le aterraba la idea de que pudiera ser el preludio a otro acto de violencia incontrolada, o a otro episodio en el que el tiempo se repetía.

Repasó el horizonte con la mirada y luego volvió los ojos hacia el promontorio, las dunas y el terraplén que tenía detrás. Estaba todo igual, inmutable. Pero a la vez era distinto, aunque no acertaba a distinguir por qué. Pero... Volvió a escrutar el horizonte y dio un lento giro de 360 grados: concentrándose, entornando los ojos, estudiando cada detalle.

El promontorio: el dedo de hierba y arena que le daba un suave empujón al mar del Norte tenía algo extraño. El pánico indefinido se definió de golpe, cuajó: el faro. Ya no estaba. Retrocedió unos pasos, vacilante. ¿Cómo podía haber desaparecido de buenas a primeras el faro, que llevaba siendo el centinela del promontorio durante ciento cincuenta años? Cerró los ojos con fuerza pero, al volver a abrirlos, seguía desaparecido.

Como una repentina oleada de náusea, la sensación extraña se intensificó y le llegó adentro, muy adentro. Aquello superaba el *déjà vu* y cualquier sensación de resonancias inexplicables: era un cambio sísmico en su sentido del tiempo y del espacio, del universo a su alrededor, dentro de sí, que se reconfiguraba. Empezó a temblar. Otra oleada aún mayor.

Las nubes de velas de barco se habían esfumado y el cielo se había despejado. El frescor de la brisa vespertina tampoco se sentía. Fabian supo entonces que no estaba en otra parte —seguía siendo justo el mismo sitio que unos segundos antes—: estaba en otro tiempo.

Voces. Distantes. A su espalda.

Se dio media vuelta y miró hacia el interior. Al igual que el faro del promontorio, las suaves elevaciones verdes del terraplén habían desaparecido. No había una demarcación clara entre playa y tierra, y en su lugar la arena se difuminaba en una franja de barro marrón, que a su vez se diluía en feas marañas de coclearia, juncia y carmel. ¿Cómo sabía el nombre de esas plantas de marisma? ¿Por qué aquel paisaje ajeno no le era ajeno? Una vez más unas voces lo sacaron de golpe de sus pensamientos. Muchas voces. No pudo ver quién hablaba pero sí que lo hacían pasada la franja de cañas y algas. Le sorprendió constatar que ya no tenía miedo —ni

una pizca—, pero sintió como por instinto la necesidad de acercarse furtivamente a las voces. Dio un paso adelante, hacia el interior, donde las hierbas eran más altas, y sintió que se hundía hasta las rodillas. Al mirar hacia abajo, vio que un barro gris y apagado sustituía la fina arena clara. Las *wadden*. Se abrió camino entre el barro, con un paso lento y laborioso que le estropeó las zapatillas y le succionó los calcetines. De nuevo le sorprendió su falta de asombro: aunque nada tenía sentido todo le parecía en cierto modo como cabría esperar.

A Fabian le costó diez minutos, entre sudores y jadeos, atravesar las llanuras de marea del Waddenzee y llegar a la arena más seca y la linde con las hierbas altas. En cuanto se liberó del abrazo pegajoso del barro, se miró los pies desnudos y los vaqueros, empapados y embarrados. Fuera lo que fuese lo que estuviese pasándole parecía, daba la impresión y la sensación y olía a ser real. Si estaba volviéndose loco, le afectaba los cinco sentidos. Siguió abriéndose paso por las hierbas y se quedó parapetado allí al llegar a la zona de tierra. Abriéndolas de par en par como cortinas, miró a través, con cautela.

Una aldea, un campamento, o algo así.

Había unas doce chozas de madera repartidas irregularmente por un cuadrado de tierra allanada y vacía. Estaban elevadas como un palmo del suelo por unos recios pilones de madera; con la estructura y las vigas de troncos, las paredes eran de zarzo, mientras que los techos estaban elaborados con una gruesa capa de paja tejida. Al contrario que la geometría de ángulos acentuados e impecables de la casa de ladrillo de Fabian, que proclamaba la independencia del hombre de la Naturaleza, esas cabañas parecían orgánicas, hechas con materiales naturales del entorno inmediato: fango, algas y troncos cortados irregularmente. Parecían aún parte del paisaje, fusionados con él.

Una columna de humo subía en espiral hacia el cielo despejado desde una fogata que había en medio del cuadrado de tierra. Un grupo de chiquillos corría alrededor, jugando a pillar, riendo y chillando cuando lograban librarse o se rendían a la captura. Parecían un grupo cualquiera de niños, salvo por sus extraños ropajes. De una de las cabañas salió entonces una mujer y bajó los escalones de troncos balanceando una especie de cubo de madera y pellejo en la cadera. Aunque hacía gala de una madurez fatigada como si se tratara de un manto pesado —era una mujer, no una muchacha—, Fabian se dijo que, como máximo, tendría un año o dos más que él. Tenía el pelo pajizo recogido en un moño en la nuca. Era guapa, con unos rasgos uniformes y bien definidos, pero incluso desde lejos Fabian advirtió que tenía la piel levantada y enrojecida por la nariz y las mejillas, como curtida por los elementos. Se agachó cuando la mujer se volvió en su dirección, con cara inexpresiva. Si bien no daba muestras de haberlo visto escondido entre los juncos, se dirigió hacia él. Se encogió todo lo que se atrevió para no delatarse con el crujido de las largas varas de cañas

marinas. Ahora la veía claramente: llevaba un sayo amarillo y una larga falda color mostaza con una enagua algo más larga por detrás. Fabian era consciente de estar viendo un traje que no pertenecía a su época. Por un momento consideró lo desquiciado de la situación y se preguntó si estaría viendo una especie de recreación. ¿Habrían montado un museo viviente o algo por el estilo? Un parque temático de los Años Oscuros. Pero no tenía sentido: no explicaba la desaparición del faro o del terraplén, ni que las llanuras de marea del Waddenzee se hubiesen desplazado.

Tal vez, pensó, sí que existían los fantasmas; quizá aquella fuera una aldea de muertos.

Ya tenía a la mujer frente por frente. Estaladeó el cubo de cuero y vertió el contenido sobre las cañas, casi encima de Fabian. El agua que brotó olía muy fuerte, y el hedor pareció raspar la garganta del chico, que empezó a toser. Sabía que acababa de delatar su presencia y que no podía hacer otra cosa que descubrirse del todo. Se le aceleró la cabeza intentando buscar las palabras, formar las frases para explicar lo inexplicable.

Se levantó.

Se quedó cara a cara con la mujer, a solo un metro de distancia. Vio los detalles de la cinta brocada que le sujetaba el pelo en un moño y que le ribeteaba el sayo; vio la rojez escamosa de la nariz y las mejillas, olió su aroma, el olor de su cuerpo, que no era ni sucio ni desagradable.

—Lo siento —dijo por fin—, no quería asustarla. Es que...

La mujer se quedó mirando a través de él, como si no estuviese, hacia la maleza, antes de volverse y regresar por donde había venido. No lo había visto. No había estado allí.

No se trataba de una aldea fantasma y la mujer tampoco era ningún espectro, comprendió. El fantasma era él.

John Macbeth. Boston

Macbeth sabía que a la gente le gusta asustarse con historias de fantasmas. Como psiquiatra entendía el mecanismo: tanto el lector de esos relatos como el aficionado a las películas de terror disfruta con las simulaciones de ambientes de miedo con los que engañar y confundir al cuerpo amigdalino, la más antigua y primaria de las estructuras del cerebro, hasta hacerle creer que existe un peligro real e inmediato, al tiempo que las señales químicas que envía la amígdala cerebral al hipotálamo liberan epinefrina, norepinefrina y cortisol al organismo.

Salvo, claro está, porque todo el mundo en su fuero interno sabe que ni la historia de fantasmas ni la película de miedo son reales, de modo que el subidón de adrenalina puede disfrutarse con distancia y, sin lucha o huida real, el miedo se mitiga y se convierte en un producto empaquetado para su entretenimiento.

Macbeth, con su extraño desapego por el mundo tal y como otros lo veían, solía fijarse en la manera en que la televisión informa de los desastres y el sufrimiento: en cómo transmiten las noticias con una modulación y una entonación profesionalmente sintéticas, como si las voces naturales fueran inapropiadas o algo por el estilo. Macbeth se preguntaba si se trataba, al igual que con las películas de miedo, de un empaquetado deliberado del miedo con el fin de no perderlo de vista. En contadas ocasiones, eso sí, la conducta profesional falla, el miedo se vuelve palpable y los reporteros se convierten en personas normales. Por extraño que parezca, esas raras ocasiones se dan cuando la realidad queda patas arriba y parece más una película hollywoodiense de catástrofes que otra cosa, igual que la irreal realidad de unos aviones que se estrellan contra unos rascacielos en Nueva York.

La cobertura periodística de los sucesos de Boston iba por el mismo camino. Los medios de Nueva Inglaterra estaban abordando el «fantasmoto» sin las ideas claras, visiblemente confundidos. El suceso en sí no tenía sentido pero aun así había muerto gente y en el este de Massachusetts casi todo el mundo lo había experimentado. La gravedad profesional dio paso a una angustia más primaria y genuina.

Sobre todo cuando se supo que Boston no había sido la única.

Idénticos terremotos fantasmas en Francia y la India —en ambos casos en puntos donde se habían producido seísmos históricos— habían causado bajas y heridos. Al igual que en Boston, se habían sentido los efectos de un movimiento sísmico de tamaño considerable y los presentes habían experimentado los temblores y las

sacudidas de la tierra, pero tampoco había habido pruebas físicas de actividad sísmica real de ningún tipo.

Había dejado de ser una historia de fantasmas. Estaban haciendo un gran esfuerzo por determinar qué había causado exactamente esos efectos. La opción de la epidemia seguía cogiendo fuerza: un virus o un agente que atacara al aparato vestibular de las víctimas. Al parecer la palmaria casualidad de que todo el mundo hubiera sufrido los ataques de falta de equilibrio y las alucinaciones auditivas en el mismo momento les pasó desapercibida a todos los expertos.

Surgieron, desde luego, cientos de hipótesis descabelladas auspiciadas por los teóricos conspiracionistas, la derecha religiosa y demás trastornados. Que si los *illuminati* estaban detrás de todo y habían creado el caos sobre el que establecer su Nuevo Orden Mundial; que si habían sido los extraterrestres, utilizando rayos de control mental para confundir a los humanos antes de lanzar su invasión contra la Tierra; que si Dios estaba castigando a la humanidad por darle la espalda y adorar a los falsos dioses de la ciencia; que si el Gobierno había desarrollado una nueva arma y les había salido mal la jugada, según una de las teorías conspirativas, o lo habían probado deliberadamente con la población de Boston, según otra. Había quienes, además, se dedicaban a aprovecharse de la situación y de los más crédulos: unos afirmaban que los fenómenos se podían controlar y conjurar, mientras que otros vendían entradas para conciertos en vivo de Elvis, Frank Sinatra o Caruso.

Por lo general, sin embargo, la gente siguió con su vida, aunque por las calles los rostros eran de angustia e inquietud, como si desconfiaran de todo lo que veían.

Mientras tanto la agenda de Macbeth en Boston prosiguió según lo planeado. Los colegas de Copenhague lo llamaron para saber si había experimentado el terremoto; se arrepintió de decirles que sí porque propició que le hicieran preguntas sin fin sobre cómo había sido y qué pensaba que lo había causado.

La herida que se había hecho Casey en la cabeza era tan leve como había sospechado. Se lo veía visiblemente preocupado, no obstante: su hermano era alguien cuya lógica e inteligencia podían resolver casi cualquier acertijo, pero lo vivido en el restaurante superaba con mucho su racionalización. Le insistió para que pasara con él el resto de su estancia en Boston.

—Ya sé que te gusta que las cosas estén a tu gusto —le dijo Casey—. Pero a mí también... Yo creo que podremos armonizar nuestros gustos unos días. Yo no sé tú pero después de lo de la otra noche no nos va a venir mal tener compañía.

Aliviado por la idea de mudarse a casa de Casey, su negativa a causarle molestias a su hermano no fue más que pura apariencias y no tardó en decidirse a dejar el hotel.

La mujer tras el mostrador de recepción era joven y atractiva, con un pelo muy moreno recogido atrás que dejaba despejada una cara hermosa y unos grandes ojos

azules. Había hablado con ella un par de veces y, cuando fue a comunicarle que dejaba el hotel, se fijó en que volvió a sonreírle. Era muy del tipo de Macbeth, y en otras circunstancias la habría invitado a cenar, pero estaban pasando demasiadas cosas y tenía demasiadas historias en la cabeza. Se disculpó por irse antes de la cuenta del hotel y le dijo que vería bien si tuviese que pagar todas las noches que había reservado.

—No se preocupe, doctor Macbeth. La pena es que haya tenido que acortar su estancia en Boston.

—Bueno, en realidad no es eso... Es que mi hermano me ha pedido que me quede en su piso hasta que me vaya. Las cosas... en fin, la gente... —Le costaba expresar la idea—. Las cosas han cambiado un poco desde lo que pasó la otra noche.

La chica asintió comprensiva.

—Bueno, tal vez volvamos a verlo...

—No lo dude. —Sonrió.

—No es la primera vez que se hospeda usted en nuestro hotel, ¿no es cierto? —preguntó con ese ceño fruncido de hacer memoria que a Macbeth le era tan familiar.

—Pues se equivoca, me temo.

—¿De veras? Habría jurado que lo había visto antes... —La mujer seguía con el ceño fruncido.

—No, lo dudo mucho. Créame, me acordaría.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando vio por detrás de la chica una fotografía enmarcada del hombre moreno y barbudo que había visto en el pasillo junto al ascensor. Se congratuló de haber tenido que tratar con la chica guapa y no con aquel maleducado que no le había esperado para subir al ascensor.

—¿Es el dueño? —le preguntó a la joven señalándole la foto.

—Mi padre. Y sí, el hotel era de él.

—¿Era?

—Mi padre murió siendo yo muy joven. Desde entonces lo dirige mi madre. Ya van para veintitrés años...

El conductor del taxi que estaba esperándolo abrió el maletero e hizo ademán de ir a coger el equipaje de Macbeth cuando de pronto, de una limusina que había detrás, aparecieron un par de gafas de sol y un traje oscuro relleno de espaldas.

—Está bien —le dijo el trajeado al taxista—. He venido a llevar al doctor Macbeth adonde tenga que ir.

El hombre se encogió de hombros, cerró el maletero y se volvió al taxi.

—¿Lo mandan del instituto Schilder? —quiso saber Macbeth—. No esperaba que me llevaran. Me temo que antes debemos desviarnos... Tengo que dejar mis cosas en casa de mi hermano.

—No es problema, señor, y más tarde pasaremos por el instituto, pero no vengo de allí.

Acto seguido se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una cartera con una identificación. Macbeth vio las siglas azules.

—¿FBI?

—Agente especial Bundy. Me preguntaba si podría ayudarnos con un par de asuntos. No le distraeremos y llegará a tiempo a su cita en el instituto.

—¿Bundy?

—Sí, señor, como Ted. Sin parentesco alguno. —El agente le sonrió.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué puedo hacer yo por el FBI, si puede saberse?

El agente extendió el brazo en dirección a la limusina.

—Tal vez podamos hablarlo de camino. Sé que tiene una agenda muy apretada.

Macbeth se encogió de hombros, dejó que el otro cogiera sus maletas y lo siguió hasta el coche.

Experimentó la misma sensación de claustrofobia en la parte trasera del Lincoln que unas noches atrás en el coche patrulla. Las ventanas tintadas parecían alejarlo aún más de la ciudad que atravesaban. El conductor no se volvió ni se inmutó por la presencia de Macbeth cuando subió con Bundy.

—Bueno, ¿y en qué puedo ayudar al FBI?

—¿Le suena de algo el nombre de John Astor?

Bundy se quitó entonces las gafas de sol y Macbeth pudo ver el impresionante color de ojos que tenía. Parecidos a dianas, cada ojo tenía una franja estrecha de marrón anaranjado en torno al iris, que estaba rodeado a su vez por una más ancha de un vivo azul verdoso. Su mirada ostentaba una penetración desconcertante.

—Sí, me suena pero poco más. Si le soy sincero, pensaba que era una especie de leyenda urbana, él y su misterioso libro. ¿Por qué lo pregunta?

—Entonces, ¿no sabe nada más de él aparte de los rumores?

—El nombre tiene cierta importancia para mí pero no está relacionado.

—¿Y eso? —Bundy se recostó en el asiento.

—Tuve un paciente... hace unos años, cuando trabajaba en el McLean. Presentaba síntomas de lo que parecía ser trastorno dissociativo de identidad.

—¿Y se llamaba John Astor?

Macbeth sacudió la cabeza.

—No, ese era el nombre que le puso a uno de sus álter.

—¿Álter?

—A este trastorno se lo llama también trastorno de personalidad múltiple. Hay un trauma, una herida o una patología de un tipo u otro que hace que el paciente se refugie en otras identidades: identidades alternativas o álter ego. Uno de sus álter

respondía al nombre de John Astor.

—¿Qué fue de ese paciente?

—No es su hombre, si es eso lo que quiere saber. Me temo que murió..., se suicidó. Lo perdí.

—Entiendo. —Bundy se quedó pensando por un momento sin dejar de sostenerle la mirada con esos ojos desconcertantes—. ¿Ha oído hablar de un grupo que se hace llamar Los Simulistas?

Macbeth frunció el ceño.

—No, qué va. ¿Por qué?

—Pero de Fe Ciega sí que ha oído hablar, ¿no?

—Sí... —Macbeth suspiró sin molestarse en ocultar su impaciencia. Miró por la ventanilla hacia un Boston tintado—. He oído hablar de Fe Ciega.

—Y conoce a Melissa Collins, por supuesto.

Macbeth volvió la cabeza.

—¿Melissa? ¿Qué pasa con ella?

Por un momento Bundy pareció calibrar a Macbeth y sus reacciones.

—¿Es que no lo sabe?

—¿Que si no sé qué? ¿De qué va todo esto?

—Lo siento, doctor Macbeth, pero pensaba que a estas alturas ya estaría al tanto. En el suicidio colectivo del Golden Gate Melissa Collins era la cabecilla del grupo, la directora ejecutiva de la empresa donde trabajaban todos.

Macbeth miró fijamente a Bundy. Había leído sobre los suicidios y sabía que había sido gente joven pero, al estar en Copenhague, no le habían llegado los detalles, los nombres. ¿Melissa? ¿Que Melissa era una de ellos? Mientras su cerebro procesaba lo que el otro acababa de decirle, se fijó en una mancha oscura camuflada bajo las rayas diagonales de la corbata del agente. Melissa había muerto y lo único en lo que podía pensar era en las razones genéticas para el inusual color de ojos de Bundy y en cómo se habría hecho la mancha.

—Melissa... —Se oyó decir de nuevo. Volviendo en sí, sacudió la cabeza enérgicamente—. No me lo creo. Melissa no... No conozco a nadie con menos tendencias suicidas. Y le hablo como psiquiatra profesional, y como alguien que tuvo una relación con ella. Pasara lo que pasase, sé que ella no se tiró del Golden Gate.

—Me temo que no hay dudas al respecto. Ninguna. No se limitó a saltar, además parecía liderar al resto. Un agente de policía fue testigo y las cámaras de seguridad así lo muestran. ¿Nunca sospechó que ella tuviese inclinaciones suicidas?

—No, por supuesto que no. Melissa era la persona más equilibrada que he conocido, y la última que se quitaría la vida.

Macbeth pensó en lo que acababa de decir y en cómo parecía una repetición casi exacta de lo que le había contado Casey sobre Gabriel Rees.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace unos tres años, antes de que me fuera a Dinamarca. Cada uno... cada uno se fue por su lado. Ella aceptó un puesto de investigación en Los Ángeles. No tenía ni idea de que se hubiese mudado a San Francisco ni de que hubiera montado una empresa de software, por eso cuando me enteré de lo del Golden Gate no lo relacioné ni por un segundo. —Macbeth sacudió la cabeza—. Es que no puedo creérmelo...

—Y esa vez, la última que la vio, ¿estaba involucrada en algún grupo en particular?

—¿De qué clase de grupo me habla?

Macbeth se dio cuenta de que estaba culpando a Bundy de su propia confusión. Nada de lo que oía tenía sentido; le confundía aún más no estar conmocionado por la muerte pero sabía que ya llegaría... con el tiempo. A John Macbeth el mundo lo alcanzaba con retraso, mediante las retrasmisiones dilatorias de su extraño cableado interno.

—Me refiero a si cree usted que tenía algún tipo de filiación religiosa fuerte, o estaba de algún modo vinculada a un grupo religioso, alguno particularmente extremo.

—¿Que si Melissa pertenecía a una secta? Eso es descabellado. No tenía tiempo para religiones, ni mayoritarias ni marginales ni nada. Por lo que yo sé, era atea. No... si eso es lo que están contando sobre lo que le pasó, no me lo creo.

Estaban pasando en paralelo al Common, Boston aún plana y oscurecida por el cristal ahumado.

—Tenemos pruebas de su involucración con un grupo que cumple con muchos de los criterios de las sectas —esgrimió Bundy. Cuando hablaba, parecía carente de expresión o emoción. Tal vez fuese eso, la falta de afección, lo que les enseñaban en Quantico.

—¿Cómo? ¿Cree usted que Melissa pertenecía a Fe Ciega?

—No, a Fe Ciega no. ¿Alguna vez le mencionó a John Astor?

—¿A Astor? No, que yo recuerde no. Creo que por entonces ninguno de los dos había oído hablar de él. Hasta estos últimos meses no se ha...

—¿Alguna vez le mencionó a Samuel Tennant o a Jeff Killberg?

Macbeth meditó un momento y después meneó la cabeza y preguntó:

—¿Quiénes son?

—Una de las mujeres con las que Melissa trabajaba en San Francisco se llamaba Deborah Canning. También era de Boston... ¿Sabe si Melissa la conocía antes de mudarse a California?

—De ser así, nunca me lo mencionó. Y ahora, ¿podría decirme por qué está tan interesado en Melissa si se trata de un simple caso de suicidio?

—No creo que nadie pueda describir que veintisiete jóvenes se tiren del Golden

Gate al mismo tiempo como un «simple caso de suicidio». La policía de California sigue investigando lo ocurrido. Y a mí lo que me interesan son las circunstancias que hay detrás.

—Entonces, ¿por qué me da a mí que esto está relacionado con la Ley de Seguridad Nacional?

—Últimamente han surgido cada vez más sectas tóxicas, y algunas son potencialmente peligrosas para la seguridad nacional. Me limito a examinar todas las posibles conexiones entre lo ocurrido en San Francisco y ciertas personas y grupos de interés. Si le soy sincero, lo más normal es que no haya ningún vínculo, pero tenemos que seguir los cauces reglamentarios.

Macbeth asintió, por mucho que Bundy no le pareciera de esos que siguen «los cauces reglamentarios».

—Vaya, hemos llegado... —dijo Bundy con una sonrisa que no se molestó en llegar a sus extraños ojos. Macbeth vio que estaban en la puerta del bloque de Casey —. Le esperaremos aquí hasta que deje sus cosas y lo llevaremos al instituto Schilder. Es lo mínimo que podemos hacer para compensarle el tiempo perdido.

—No me han hecho perder el tiempo y me han ahorrado la carrera del taxi. Pero cogeré uno para ir al instituto. Todavía tengo que hacer un par de cosas aquí.

—Como guste, doctor Macbeth. En cualquier caso, gracias por su tiempo y su ayuda.

Cuando se apeó y el silencioso conductor le dejó las maletas a los pies, Macbeth se quedó mirando cómo se alejaba la limusina y desaparecía por la esquina. En ese momento se dio cuenta de que estaba justo delante de la puerta del bloque de su hermano, a pesar de no haberle dicho ni a Bundy ni al chófer dónde vivía este.

Karen. Boston

*H*abían pasado dos semanas y una visita al psicólogo desde su incidente en la calle.

Karen seguía haciendo sus rituales en los umbrales, y llevando una vida perfectamente normal más allá de esos abstractos momentos ceremoniales. El doctor Corbin no pareció preocupado cuando le contó lo sucedido en la calle y, en lugar de eso, le explicó que su trastorno obsesivo-compulsivo no la hacía más susceptible de tener delirios o alucinaciones que a otra gente; lo que había visto era o bien una niña normal que había bajado a la calzada y luego había desaparecido sin más, o simplemente un caso de pareidolia, cuando el cerebro suma un dos más dos visual y el resultado da cinco. Todos lo hacemos, le dijo.

Así y todo el episodio la tenía preocupada. Acostada en la cama, había rememorado a la niña imaginada y al hombre real que la había salvado a ella, al tiempo que intentaba averiguar dónde lo había visto antes y por qué había sabido cómo sonaría su voz antes de oírla.

Y no estaba sola: había habido más gente que había visto cosas que no existían. La ciudad entera se había visto sacudida por un terremoto que no había pasado. ¿Cómo podía estar segura de no haber sufrido una alucinación?, ¿o de que no iba a tener más? Así y todo su principal preocupación seguían siendo los rituales obsesivo-compulsivos: tenían que parar.

El doctor Corbin le había sugerido que se tomara unos días para someterse a sesiones intensivas de «desprogramación», como lo llamaba él. Podía remitirla a una clínica de Nueva York especializada en deconstruir los rituales obsesivo-compulsivos y desconfigurarlos paso por paso, mientras asistía a terapias contra fobias intensas. Karen se había resistido alegando que no podía dejarlo todo por una especie de desintoxicación para chالados. La reunión con Halverson estaba a la vuelta de la esquina. Tal vez cuando hubiese pasado...

Sus jefes eran bastante tolerantes con su TOC, es más, la apoyaban en todo. Y en cualquier caso, tampoco repercutía tanto en su trabajo: el bufete tenía su sede en un edificio moderno de líneas nítidas, con una decoración poco recargada, y la mayoría de las oficinas eran de planta abierta. El despacho de Karen tenía unas puertas dobles muy anchas que solían dejarse abiertas. El ritual para entrar y salir por un umbral tan grande era más simple y menos aparatoso que el habitual: se agachaba, como si pasara por un túnel, manteniéndose lo más lejos posible de las esquinas, y acababa

con una floritura de manos cazatelarañas al incorporarse. También hacía el esfuerzo de llegar la primera todas las mañanas y limpiar las jambas y las esquinas de la puerta con el plumero extensible que llevaba en el bolso.

Pero la reunión con Halverson no sería en su despacho.

El edificio de la empresa era un recargado ejemplo de mediados del XIX en piedra de Portland, por fuera un dechado de recovecos y huecos y por dentro todo mármol y roble. Cuando entró en el vestíbulo con su jefe Jack Court y los dos colegas de derecho empresarial, que esperaron pacientemente a que Karen completara su ritual de entrada, se quedó mirando la cornisa del techo, sus ángulos, sus detalles y los bordes del revestimiento, las estatuas de mármol sobre los plintos y las esquinas donde se unían las paredes.

Un hecho no es algo muerto: está vivo y puede crecer, tiene un poder enorme. Un hecho que vivía constantemente en la cabeza de Karen era que el mundo estaba lleno, repleto y supurante de insectos. La suma de las clases de insectos —unos nueve o diez millones de especies— superaba la suma del resto de las existentes en la Naturaleza. El 90 por ciento de toda la vida, más allá de las bacterias y de los organismos unicelulares, eran insectos. Eran los dueños del planeta. Y aquel edificio antiguo lleno de innumerables escondrijos era un auténtico paraíso para ellos: estaban allí, en las sombras y lo invisible, al acecho.

—¿Estás bien? —oyó que le preguntaba Jack Court—. Necesito que estés bien, Karen.

Asintió una primera vez y luego otra, con más aplomo. No iba a permitir que aquello la superase ni que la gente volviera a ridiculizarla o a compadecerla. Y no iba a dejar, jamás de los jamases, que le chafase la cuenta de ese cliente.

El conglomerado empresarial Halverson era un imperio de escala mundial: responsable de quinientas marcas de alimentación, de la organización logística que llevaba a mil más a mercados de todo el planeta y —según los rumores— de la elección de media docena de senadores y, al menos en parte, de la actual presidenta. Al parecer la razón por la que el propio Drew Halverson no se había postulado como candidato a la presidencia era porque supondría una merma en su poder y su influencia, y no era ninguna broma.

Que Halverson presidiera personalmente la reunión daba cuenta de la importancia de la cita. Tras una década de rápido crecimiento y fusiones, desde el Gobierno empezaba a preocupar que el grupo tuviera demasiada influencia sobre el destino económico de la nación, a lo que venía a sumarse la inquietud de la opinión pública por la estrecha relación de Drew Halverson con la presidenta Yates, con quien compartía el fervor religioso. Se rumoreaba incluso que celebraban sesiones de oración en la Casa Blanca.

Aparte de los cuatro miembros del equipo de Karen, había un hombre de la Oficina Antimonopolio del Ministerio de Justicia y una mujer de la Comisión Federal de Comercio. Esta última era bajita y regordeta y no llevaba la madurez con mucho garbo; miró a Karen con la animosidad intensa que los de casa reservan a los visitantes. A los federales se les había invitado a participar —formaba parte del compromiso público de Halverson por la transparencia total—, y eran Karen y su equipo los encargados de convencerlos de que el calendario propuesto de expansión, que suponía que el grupo se convirtiese en el mayor exportador nacional a la Unión Europea, a punto de federalizarse, no violaba las legislaciones antimonopolio.

Había pasado mucho tiempo preparando la presentación y, cuando Jack Court le pasó la palabra, Karen se sentía tranquila, serena y preparada. Independientemente de lo que pasara en su vida privada, Karen era una profesional consumada.

Se posicionó tras el atril y empezó la presentación. Del mismo modo que durante sus episodios de TOC, cada vez que hacía una presentación se sentía despegada de sí misma. Se veía, se oía. Y era buena, muy muy buena. Al cabo de cinco minutos miró de reojo la expresión de Jack Court y supo que su jefe estaba pensando lo mismo.

Estaba clavándolo. Demostró que todo lo que podían pensar que era una infracción en realidad estaba dentro del marco legal de las reglas de la CFC y de las directrices del Ministerio de Justicia. Incluso la mujer iba asintiendo y dando su aprobación mientras tachaba una casilla tras otra, cada vez que Karen salvaba un obstáculo. Drew Halverson, en la cabecera de la mesa de reuniones, no paró de sonreír con complacencia.

Hacia la mitad de la presentación lo sintió: la misma sensación que había tenido en la calle justo antes de ver a la niñita. Como un *déjà vu*.

«Concéntrate».

Siguió con la presentación pero la sensación de irrealidad, repetición y otredad se intensificó. Tartamudeó en un par de frases, lo que hizo que Jack frunciera el ceño y a Halverson se le borrara la sonrisa.

El aire cambió, y no solo lo sintió diferente, sino ajeno, como nunca antes había experimentado. Pesado, denso, húmedo y cargado, se le pegó a la piel como unas vestiduras empapadas y cálidas y le embadurnó boca, nariz y pulmones.

La luz del sol que entraba por la ventana se disipó. Todo estaba volviéndose vago... inconsistente.

Karen se agarró a los lados del atril, que era lo único que le parecía sólido, real.

«Céntrate. Concéntrate. Acaba».

Algo impactó entonces sobre el atril ladeado. Un círculo negro, del tamaño de una moneda de centavo, que había debido de caer del techo. Tenía un aspecto brillante y rugoso, como un bucle de patrones geométricos. Karen pegó un salto hacia atrás y pasó la mano por el atril, como para limpiarlo. Miró hacia arriba pero no logró ver de

dónde provenía. Retomó la última parte de su discurso sin querer ver la reacción de su público. Tres círculos negros más cayeron sobre el atril: dos rebotaron y cayeron fuera mientras que el tercero rodó por sus apuntes antes de quedarse sobre la última página.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir Karen, esa vez dirigiendo la vista a los demás, que la miraban fijamente, como la gente en las puertas de las tiendas. La gorda de la CFC sonreía con malicia. Pero era como si la mirasen desde detrás de un grueso cristal esmerilado o una mampara de película viscosa.

La confusión de Karen desapareció al instante porque el terror que la invadió no dejó sitio para nada más. Vio cómo el círculo negro se retorció y se desenroscaba y una cortinilla nauseabunda de patas negras como pelos se removía desde los costados del miriápodo de diez centímetros de largo y ocho centímetros de ancho, y Karen oyó el reptar de las miles de patas sobre los papeles. Algo frío y penetrante llenó la sala y Karen se dio cuenta de que estaba gritando. La habitación, el público, el edificio que tenía ante sí no eran más que capas de perfiles vidriosos que ondeaban.

Oyó un sonido por encima de su cabeza y, al mirar hacia arriba, apenas se dio cuenta de que el techo había desaparecido y la luz del día se colaba entre la espesura de unos helechos imposiblemente altos. Fijó la atención en la nube granulada que se le avecinaba. Cientos, miles de miriápodos enroscados cayeron sobre ella: en el pelo, la ropa y la boca que gritaba. El atril, el suelo, todo se volvió negro con los bichos, que se desenroscaban y reptaban por toda la superficie y los cuerpos. Por Karen. Escupió los que tenía en la boca, se los quitó del pelo y los pisoteó con un frenesí demencial. Miró a los demás en busca de ayuda pero habían desaparecido. El edificio Halverson, con su revestimiento de madera, sus suelos de mármol y su piedra de Portland ya no estaba, ni siquiera como un perfil vidrioso.

«Estoy loca —pensó presa del pánico—. Me he vuelto loca».

Se encontraba en una habitación y esta tenía un edificio alrededor; este a su vez estaba rodeado por una ciudad. Pero la sala de reuniones no estaba ya, ni el edificio de Halverson, ni Boston.

La rodeaba una selva.

Aunque los miriápodos habían dejado de caer, siguió sacudiéndose como loca el pelo, la cara y el cuerpo. Sentía que le picaba todo. «Dios mío, Dios mío, ay, Dios mío...». Se dio cuenta de que se le habían colado por la blusa y le subían por las piernas. Se quitó la chaqueta azul marino y rasgó la seda de la blusa. Tenía el pecho recubierto de bichos. Correteaban por su piel, cada uno una onda de patas enanas. Las manos los apartaban, los arrancaban y los barrían. Los pies pisoteaban una alfombra negra en movimiento.

Karen echó a correr. Iba tropezando con raíces que surgían del suelo, se levantaba y seguía corriendo... Lo que fuese con tal de escapar de la masa de miriápodos que se

removían y se contraían, sin parar de sacudírselos mientras corría. El suelo estaba húmedo y recubierto de mantillo, y los tacones se le perdieron en el barro tras un par de pasos. Corría y corría pero la selva no parecía tener fin.

Nada tenía sentido. ¿Qué le había pasado? ¿Qué le había pasado al mundo? «Piensa, Karen —se dijo—. Usa el cerebro. Búscales un sentido». Dejó de correr para comprobar si se había librado de los bichos reptantes. Se sacudió una vez más para quitarse los últimos que le quedaban.

Había otra cosa que no tenía sentido: Karen, ajena a todo lo que no era su terror, había perdido el sentido del tiempo mientras corría, pero sabía que llevaba un rato haciéndolo sobre un terreno abrupto. Pero entonces, ¿por qué no le faltaba el aliento? Tenía la respiración acelerada pero no fatigada, como si hubiera subido un tramo de escaleras, en lugar de correr para salvar la vida a través de una maraña de selva subtropical.

La selva. Esa selva inexplicable.

Era muy frondosa y oscura pero no se parecía a ninguna que hubiese visto. Todo a su alrededor era de una altura imposible aunque la mayor parte no eran árboles. Unos helechos increíblemente altos —con tallos enormes y sin ramas que se espesaban por arriba— se elevaban sobre ella y se entrecruzaban formando una catedral verde de techos abovedados. Bajo los pies no había hierba, ni allá donde le alcanzaba la vista, tan solo una espesa alfombra empapada de musgo y líquenes; incluso estos eran de un tamaño desproporcionado: más gruesos y grandes. Y el aire: pegajoso, cargado y espeso.

Allí parada Karen trató desesperadamente de encontrarle un sentido a lo que estaba viviendo. La selva no era una selva, el aire no era aire y el mundo no era el suyo.

Loca.

Tal vez esa fuera la explicación: estaba chiflada. Por mucho que hubiese intentado tranquilizarla el doctor Corbin, Karen era consciente de que tenía problemas psicológicos. ¿Era esa locura que la rodeaba simplemente una proyección de su locura interior? ¿Se trataba todo aquello de alguna clase de delirio o alucinación muy elaborada?

A pesar del calor pegajoso se dio cuenta de repente de que estaba tiritando, temblando casi convulsivamente. Si aquello era una alucinación, era lo suficientemente convincente para conmocionarla. Un calambre en las tripas la hizo doblarse en dos y vomitar sobre unos helechos. Los calambres continuaron hasta que no le quedó en el estómago nada que echar y, al no poder vomitar, las contracciones de las náuseas le dañaban los músculos.

Se incorporó y se limpió la boca con el dorso de la mano temblorosa. Se miró: no tenía ni la chaqueta ni la blusa ni los zapatos mientras que las medias estaban

desgarradas y llenas de carreras. Solo le había quedado la falda y el sujetador. Karen, la abogada de ciudad, estaba medio desnuda y medio loca en medio de una selva extraterrestre. Si aquello era un delirio, era uno que le afectaba a todos los sentidos. Por improbable que fuera, ese mundo no solo parecía real sino que olía, sabía y sonaba real.

Karen necesitaba encontrar ayuda pero el follaje parecía igual de denso en todas direcciones. Decidió seguir por la misma dirección en que el pánico la había impulsado desde primera hora y fue abriéndose paso por el sotobosque durante una hora, con jaqueca y la boca reseca. Sabía que, después de haber vomitado y con el calor que hacía, pronto sufriría el peligro real de la deshidratación. Llevada por la necesidad de encontrar agua, prosiguió haciendo a un lado las cortinas de helechos y pisando sobre algas y rocas musgosas.

Se quedó paralizada. Algo se movía, hacia su derecha, oculto a la vista. Karen comprendió entonces que había otra cosa extraña en el bosque: no se oía nada, ni cantos de pájaros ni gritos, ni gemidos de monos ni ningún otro sonido animal. No había habido indicios de nada moviéndose a su alrededor.

Hasta ese momento.

Se quedó quieta y aguzó el oído sobre los latidos acelerados de sus orejas. Otro sonido. Otro insecto reptante, pero esa vez uno grande. Karen sollozó y empezó a correr de nuevo, abriéndose camino a embestidas por la maleza, ajena a los peligros y centrada solo en escapar de lo que quiera que estuviese reptando hacia ella entre el follaje.

Estaba bajo su superficie, con el agua llenándole nariz y boca, antes de que a su cerebro le diera tiempo de tomar conciencia del río. La selva se había abierto en dos tan repentinamente, densa e impenetrable hasta el mismo borde del agua, que no la había visto hasta que se hundió de cabeza en ella. Pataleó desesperada para subir de nuevo a la superficie y entonces dio con la mano sobre una roca baja y lisa con un saliente al que pudo agarrarse. Se quedó allí cogida mientras tosía, echaba agua y sacaba lo tragado de su cuerpo boqueando para coger todo el aire que podía.

Una vez más sollozó desconsolada: ¿es que no había fin para aquel suplicio?

Se tomó un momento para recuperarse, con la mejilla contra la superficie fría y resbaladiza de la roca. Una vez más la maravilló lo rápido que recuperó el aliento, como si el aire de aquel infierno verde fuese más rico en oxígeno.

La roca bajo su mejilla se movió.

Se puso en pie de un salto. La mole de piedra negra lisa volvió a removerse y sobresalió un poco más del lodo grumoso. Esa vez no hubo grito: se quedó muda contemplando la escena mientras la cosa se retorció, se sacudía y se desenroscaba del suelo en el que se había enterrado. Un lomo segmentado se arqueó, unas patas negras como de langosta se elevaron y se extendieron. Y siguió muda y mirando cómo el

miriápodo gigante, de dos metros y medio de largo por sesenta centímetros de ancho, emergía de la tierra. Dos largas antenas, segmentadas como las patas, cobraron vida, con movimientos independientes, y describieron círculos y tantearon el aire como si lo probaran. Como una falange de legionarios refugiándose tras sus escudos, las patas del miriápodo se plegaron al empezar a moverse. Paralizada aún por el miedo, siguió quieta incluso al notar que las patas pasaban sobre su pie descalzo. Sin saber qué lo había despertado de su letargo, el monstruoso artrópodo regresó a la espesura de la selva.

Pasó una hora temblando en la orilla, hasta que el cielo se oscureció. Con la puesta de sol el río cobró vida, y vio que se extendía la bruma por sus aguas y un par de pájaros bajaron en picado y lo sobrevolaron en círculos. Salvo por que no eran tal cosa sino libélulas con cuerpos de sesenta centímetros y una envergadura de alas de un metro veinte, y la bruma, una nube de millones de efímeras. Una pasó volando por encima de Karen y se quedó levitando con sus finas alas un metro por encima de su cara. Se quedó hipnotizada por los dos enormes ojos compuestos, que parecían un antifaz en la cabeza del bicho; cada uno era un mosaico de hexágonos enanos, una geometría casi sintética y tan precisa que parecía diseñada por ordenador y engarzada por un maestro vidriero. Pese al miedo pudo apreciar su hermosura.

Karen supo entonces por qué no había oído sonidos de animales, ningún canto de pájaro ni nada parecido. Aquello era el imperio de los insectos: su propio infierno personalizado.

De modo que no le sorprendió cuando se dio media vuelta y se vio ante un escorpión que correteaba hacia ella, con la cola arqueada y el aguijón preparado, las pinzas levantadas, como listas para el ataque.

Un escorpión del tamaño de un hombre.

En ese momento pasó algo, una cosa cambió. Como cuando la libélula gigante se había quedado pendiendo delante de ella y había podido ver a través de su miedo. Nada de eso estaba pasando en realidad: y no era una negación lastimosa y aterrada sino una conclusión racional y lógica. Aquello no tenía nada que ver con sus fobias o sus pulsiones, sino con la epidemia de alucinaciones.

Respiró hondo y se quedó muy quieta. Los ojos del escorpión eran esferas sin dirección moteadas y hundidas en el cráneo del bicho, y Karen no tenía manera de dilucidar qué estaba mirando, qué podía ver. Sabía lo suficiente sobre historia natural para entender que había distintos modos de ver: algunos animales percibían el calor o el movimiento en lugar, o aparte, de la luz. Por lo que ella sabía, el monstruo que se le avecinaba veía en infrarrojos y estaba mirando su interior, viendo cómo le latía el corazón.

Pero no era real. El escorpión no la veía porque no estaba allí. O en el mundo de

él, ella no estaba. Independientemente del sitio o el momento, la vida de aquel sitio era a una escala inmensa, y toda ella era de insectos. Y Karen, la entomófoba, perdida en un mundo irreal de insectos gigantes, estaba haciendo observaciones, sacando conclusiones, utilizando la lógica.

No hizo nada mientras el escorpión llegaba a su altura y pasaba tan pegado a ella que los gruesos pelos erizados de su pata segmentada le arañaron la piel del muslo que había dejado al aire la falda de ejecutiva desgarrada. Conteniendo la respiración observó mientras el monstruo pasaba a su lado. Se dio cuenta de que, aunque era sin lugar a dudas un escorpión, había algo aparte de su tamaño que lo diferenciaba de uno normal. Tenía pinzas gigantes, como todo en él, pero eran más pequeñas en proporción con el resto de su cuerpo que en los escorpiones de tamaño normal. Una fila de pinchos brotaba de las pinzas, como para barrer a las víctimas hacia la mandíbula en lugar de atraparlas sin más. Otra anomalía: las patas traseras eran planas como cuchillas, igual que remos que surgieran de un bote.

«Es acuático. Un escorpión acuático gigante, y no somos de la misma época. No puede verme y va a pasar de largo para meterse en el agua. No te muevas —se dijo—. No respires ni chilles. Todo esto es irreal».

Cerró con fuerza los ojos, aislándose de aquel imposible *tableau vivant*. «Es por tu fobia —se obligó a pensar—. Has contraído el virus ese que está haciendo que la gente vea cosas y tú ves insectos porque tu mente ha escogido lo que más temes. Todo esto no es más real que un sueño».

Pero incluso con los ojos cerrados supo que la alucinación persistía. En la oscura bóveda de su cráneo el reptar del escorpión reverberaba y el beso abrasivo de sus patas arácnidas sobre la piel humana seguía clavándosele en el muslo.

Se sintió extraña, mareada. Sus piernas cedieron y se cayó sobre el mantillo musgoso. La sensación de *déjà vu* volvió a abrumarla.

El aire se hizo más ligero y la luz cambió. La selva se cristalizó, se fue volviendo transparente y esmerilada. Cerró los ojos una vez más. De pronto el suelo que pisaba se endureció.

Al abrir los ojos Jack Court y los demás estaban inclinados sobre ella con cara de preocupación. Y por encima vio el techo restaurado del edificio Halverson. Oyó sus voces: angustiadas y apremiantes. Quiso decirles que estaba bien pero por un momento se quedó callada, convenciéndose de que lo que veía era el mundo real, y no lo otro que acababa de vivir.

John Macbeth. Boston

*E*l instituto Schilder de Investigaciones Neurocientíficas era un amasijo de vidrio y acero construido sobre lo que hacía un par de años no era más que un aparcamiento de otros edificios vinculados con la universidad que había en las manzanas vecinas. Diseñado por un arquitecto finés con un nombre lleno de vocales y diéresis, a Macbeth le parecía que desentonaba completamente con el entorno, como un estrafalario turista que hubiese ido de visita desde Helsinki.

Pese a todo lo que le había contado su hermano sobre los fanáticos anticiencia, y tras su insólito encuentro con un agente del FBI con apellido de asesino en serie, le sorprendió el nivel de seguridad del centro: detectores de metales como los de los aeropuertos en las entradas y personal de seguridad uniformado y con pistolas en los costados. No había pasado por ninguna puerta por la que un miembro del personal no hubiera tenido que pasar su identificación por el cierre.

—Recibimos todo tipo de amenazas y nos han llegado dos paquetes-bomba de aficionados —le explicó Steve Edelman, uno de los directores y el principal contacto de Macbeth en el centro; se trataba de un hombre menudo con sobrepeso de cincuenta y tantos años y actitud entusiasta—. Tenemos que andarnos con cuidado.

Macbeth se pasó el lunes y el martes en el instituto, discutiendo los puntos ya acordados sobre el Proyecto Uno, aunque, por cómo los principales científicos del Schilder atendieron a su presentación —con el zumbido del proyector enfatizando los silencios entre los puntos del día—, comprendió que se limitaban a cumplir. El Proyecto Uno de Copenhague había dejado de ser la prioridad del instituto, y Macbeth se hacía cargo de que, como centro de investigación psiquiátrica de primera categoría, gran parte de sus esfuerzos debían de estar centrados en resolver el fenómeno que había conmocionado a la ciudad donde tenía su sede.

Sus sospechas se confirmaron cuando terminó la reunión y Edelman lo acompañó hasta el pasillo.

—Hay algo más sobre lo que nos encantaría contar con su opinión —dijo al tiempo que su sonrisa habitual se desvanecía.

Después de que la tarjeta de seguridad de Edelman pasara por varias dobles puertas, Macbeth se vio en una parte del instituto donde no había estado antes. El director abrió por fin la última puerta, que daba a una sala de reuniones.

Las cuatro personas en torno a la mesa se pusieron en pie cuando entraron.

Macbeth habría clasificado al primero en la categoría de «científico de negocios»: más de Lacoste que de bata blanca, con un polo negro de marca, el *smartphone* colgado de una funda en el cinturón, pantalones chinos color albero, raya al lado a lo universitario de la *Ivy League* y una perfecta sonrisa de confianza ortodóntica. Miró a Macbeth como si acabara de bajarse de su yate en Cape Cod. Se hicieron las presentaciones: era el doctor Brian Newcombe, especialista en vigilancia epidemiológica en la Organización Mundial de la Salud.

—Esta es la profesora Margaret Freeman, nuestra especialista en trastornos delirantes... —Edelman le presentó a una mujer de mediana edad con una bata blanca de cirujana sobre un vestido tipo caftán que le llegaba por los tobillos—. Y estos son el doctor Frank Gebhardt y la doctora Sonia Reynolds, del Centro de Control y Prevención de Enfermedades.

Gebhardt y Reynolds vestían de oscuro y tenían más aspecto de funcionarios del Gobierno que de médicos. Macbeth supuso que, fuera para lo que fuese aquel contubernio, ellos dos eran los jefes.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Los que estamos en esta mesa —empezó a explicarle Gebhardt— dirigimos un equipo operativo establecido por la OMS para estudiar lo ocurrido la semana pasada en Boston y otros sucesos similares en otros puntos del mundo. Doy por hecho que usted mismo experimentó de primera mano el llamado «fantasmoto de Cape Ann», ¿no es así?

—Así es.

—Y asumo que, como psiquiatra profesional, será de la opinión de que el suceso fue resultado de una especie de episodio delirante colectivo.

—Si le soy sincero, no sé qué creer. Si tuviera que aventurar una opinión, me decantaría por una especie de síndrome de conversión o ataque de «enfermedad psicogénica colectiva», aunque esto último siempre me ha parecido un diagnóstico más bien vago.

—Hemos considerado la EPC —intervino Brian Newcombe—. Y existen ciertos paralelismos con hechos anteriores, como la epidemia de desmayos que tuvo lugar en Cisjordania en 1983.

—Conozco los otros casos de EPC, pero todos fueron tipificados por la aparición de síntomas psíquicos comunes en grandes grupos de población, como en el caso de Cisjordania. Algunos provocaron alucinaciones pero no conozco ningún caso en que la gente tuviera exactamente la misma.

—La comparación más parecida que hemos podido establecer se remonta a un tiempo en el que no existían todavía registros médicos fiables —le explicó Gebhardt, el de control de enfermedades—. La plaga de baile que hubo en Europa en 1518. La gente empezó a bailar en la calle, sin saber por qué, cientos a la vez, hasta que morían

de agotamiento o por paro cardíaco... pero incluso ese ejemplo está traído por los pelos. No existen analogías históricas, tenemos que aceptarlo...

—Pero sí tenemos muchos ejemplos que están pasando ahora mismo —intervino Brian Newcombe—. Hemos recibido informes de episodios delirantes llegados de todo el mundo: y no solo de terremotos, sino de todo, algunos inocuos y mundanos y otros aterradores y dramáticos. Se trata de alucinaciones experimentadas bien por individuos, bien por dos personas o grupos pequeños de cuatro o cinco, o, en ocasiones contadas, episodios de delirio colectivo como el de Boston.

Macbeth asentía mientras asimilaba la información.

—No parece muy sorprendido —comentó Sonia Reynolds.

—Y no lo estoy. Tengo un colega que trabaja aquí, en el Belmont, el doctor Peter Corbin. En los últimos meses ha tenido una auténtica avalancha de pacientes perfectamente racionales y sin ningún antecedente médico de afecciones psiquiátricas que le han descrito episodios de alucinaciones como los que acaban ustedes de mencionar. El doctor Corbin pensó que se trataba de algo limitado a Massachusetts, pero está claro que no es el caso. ¿Cuál es el alcance geográfico exactamente?

—Global —respondió Gebhardt—, todos los continentes y todas las culturas. La mayoría de los informes nos llegan del mundo desarrollado pero tal vez porque los mecanismos de comunicación son mejores. Hemos aplicado el análisis epidemiológico pero no ha surgido ningún patrón ni ningún indicio de un posible origen del brote.

—Pero entonces, ¿están abordándolo como una especie de brote vírico?

—De momento no podemos hacer otra cosa —contestó Edelman—. Los criterios de diagnóstico habituales no pueden aplicarse y estos episodios se manifiestan en las cuatro formas de delirio existentes: sistematizado, no sistematizado, encapsulado y parafrenizado. El tipo de personalidad, el esquizotipo, la edad, el género, la raza y la extracción cultural de los sujetos son de lo más variado. Pero el propio alcance de estos sucesos sugiere bien un tipo de virus, bien un agente ambiental.

—Entonces, ¿no se tragan lo del virus que afecta al aparato vestibular?

—Sea lo que sea, afecta a todos los sentidos, bien por separado, bien en combinación, de modo que no... no nos tragamos lo del agente desequilibrador. Mire, doctor Macbeth, estamos formando un equipo de expertos para monitorizar y analizar los incidentes, y le estaríamos muy agradecidos si se nos uniese.

—Pero es que tengo que trabajar en el proyecto...

—Nos encargáramos de explicarle la situación a la universidad danesa. Necesitamos a alguien que sepa dilucidar sistemas y patrones más allá de las estadísticas. Usted es famoso precisamente por eso.

—Hay mejores candidatos, si me permite decírselo. Como Josh Hoberman.

—Hemos intentado contactar con él pero de momento no lo hemos conseguido.

Pero aunque lo tuviésemos en el equipo nos gustaría contar igualmente con usted. — Gebhardt deslizó una carpeta roja por la mesa para que la cogiera—. La información más relevante la tiene aquí. Verá que ha habido varios incidentes que se remontan a un par de meses atrás y que en un principio no se atribuyeron a estos fenómenos.

Macbeth cogió la carpeta y hojeó el contenido. Encontró un mapamundi marcado con etiquetas y siglas.

—¿Qué significa SDC?

—Suceso Delirante Colectivo. EDI es de Episodio Delirante Individual.

—Joder... hay miles...

—Y la frecuencia va en aumento, exponencialmente —apuntó de nuevo Brian Newcombe—. Las alucinaciones son cada vez más frecuentes, más espectaculares e implican a más gente... y cada vez duran más. Y se han vuelto polimodales, afectando a todos los sentidos. Los sujetos experimentan la alucinación como si fuera la vida real.

Macbeth echó un vistazo a la carpeta. Habían establecido un patrón común: la rutina normal del sujeto se veía de repente interrumpida por una sensación de irrealidad y un *déjà vu* especialmente fuerte y desagradable. Al principio sabían que había algo que no iba bien, que estaban sufriendo algún tipo de episodio neurológico o psicológico, pero luego la alucinación pasaba a ser tan viva que perdían toda la perspectiva objetiva. La alucinación se convertía en delirio cuando empezaban a creer en su realidad.

—El problema es que pensamos que están dándose formas más moderadas de estos episodios continuamente: las alucinaciones integradas en el mundo real —añadió Sonia Reynolds—. Simulan a la perfección la transducción del objeto distal que se percibe... Lo real y lo irreal se vuelven indiscernibles.

—Hay otra circunstancia de la que debemos hablarle —dijo en tono grave Edelman.

—¿Sí?

—Una alucinación es una alucinación, desde luego, algo irreal que no tiene efecto físico real. Todas las bajas y las heridas en el llamado fantasmato de Boston podían atribuirse a la pérdida de equilibrio de las víctimas. Pero hay un caso que nos preocupa sobremanera: una mujer a la que se le rompió un brazo. La fractura se la causó un cascote que cayó de uno de los edificios afectados por el terremoto... Salvo por que no hubo tal terremoto ni daños estructurales. No se cayó nada. Sufrió una herida real de un objeto irreal.

Macbeth se quedó mirando la mesa un momento.

—Todos sabemos que un delirio o una alucinación pueden resultar en una herida psicosomática. Los maniacos religiosos delirantes suelen presentar estigmas (a veces hasta heridas abiertas y supurantes) en manos y pies, en los puntos por donde en

teoría clavaron a Jesús en la cruz. La formicación es frecuente en procesos de desintoxicación y entomofobia y, en algunos casos en que los pacientes creen que les muerden los insectos con los que están alucinando, estos presentan mordeduras en la piel.

—¿Pero un brazo roto?

—Es evidente que nos enfrentamos a formas extremas de alucinación. Es posible que un movimiento especialmente fuerte o un calambre muscular causara una fractura en un hueso ya debilitado de por sí. ¿Han comprobado que no existiera otro problema médico subyacente? ¿Osteoporosis, mal de Paget, osteosarcoma?

—Por supuesto que sí —le contestó Newcombe—. La paciente tiene una salud excelente, y además el hueso estaba machacado y triturado, lo que sugiere una herida causada por una fuerza. Presentaba abrasiones y una laceración en la piel que concuerdan con haber recibido un golpe de algo grande e irregular.

Macbeth sacudió la cabeza.

—Cuesta mucho creerlo.

—Coincidimos con usted pero el caso es que está ocurriendo —le dijo Gebhardt—. Doctor Macbeth, ¿querrá unirse a nuestro equipo?

—Antes he de decirles algo. Aparte de sentir el terremoto como todo el mundo, estoy bastante convencido de haber sufrido al menos dos, tal vez tres, alucinaciones menores en las que he visto gente o cosas que no existían. Si esto es un virus, entonces yo lo he contraído.

—Anoche mi marido me trajo una taza de café al estudio —comentó Margaret Freeman, quien no había abierto la boca hasta entonces—. Mi marido lleva tres años muerto, doctor Macbeth. Todos los de esta sala hemos experimentado algún tipo de percepción dudosa en la última semana. Si esto es un virus, entonces todos lo hemos contraído.

Fabian. Frisia

Aunque estaba convencido de que nadie podía verlo, Fabian decidió mantenerse oculto, rondar por los alrededores del asentamiento y utilizar la maleza crecida de la playa a modo de parapeto. La sensación de *déjà vu* se le había pasado ya pero aquel sitio y aquel tiempo seguían allí. A su alrededor todo —la experiencia de la vida— se había vuelto una locura. Fabian sabía, sin embargo, que no estaba loco. Aunque tal vez eso fuera estar loco: pensar que todos los que te rodean lo están y tú no.

Llegó a un punto desde el que tuvo una vista clara del asentamiento y de la explanada central. La mujer había regresado al poblado, con el cubo de cuero vacío balanceando de su brazo delgado como una campana en una cuerda. Un grupo de aldeanos se había reunido en el centro, todos vestidos con ropajes que a Fabian le costaba datar; supuso que eran de la Alta Edad Media pero carecían de toda sofisticación: ni sedas ni telas buenas, solo tejidos de punto grueso con diseños simples. Los hombres llevaban unos sayos con canesús, ceñidos por cinturones, y pantalones informes recogidos por las pantorrillas que debían de sujetarse al cuerpo mediante unos lazos ocultos a la vista. Eran vestiduras que podían pertenecer a cualquier era desde finales de la Edad de Piedra a la Edad Media. En todas las épocas las ropas de los aldeanos habían sido las prácticas y resistentes de los campesinos. Y esa gente lo era.

Un hombre más joven que el resto, con un jubón color mostaza, se separó del grupo y se acercó a la mujer que había visto antes. Hablaron unos instantes y Fabian los observó, despegado y a la vez involucrado. Supo que la mujer estaba casada, como indicaba su pelo recogido en un moño en la nuca, y vio también que estaba dejando atrás la juventud. Le asombró poder ver toda la historia desplegada ante sus ojos e interpretarla. Después una idea le cruzó la mente como un rayo: ¿cómo podía haber sabido que la mujer estaba casada por la forma de llevar el pelo? ¿Lo habría leído en alguna parte y lo habría olvidado? ¿Cómo era posible que siendo un extraño como era en aquella época pareciese saber tanto por instinto? ¿Por qué esa experiencia se le antojaba mucho más real que los catorce años que llevaba en la otra realidad?

Sus pensamientos se interrumpieron cuando un hombre de unos treinta años con una larga barba, armado con lanza y escudo, llegó al poblado. Se fijó en que ese hombre —el mayor que había visto hasta entonces— venía caminando desde el

promontorio. Se acercó al joven que estaba charlando con la mujer y lo recriminó en voz alta. Le pareció extraño oír un idioma que nunca había oído pero que tenía palabras sueltas que se parecían al frisón que él y su familia hablaban. El joven se disculpó y bajó la cabeza, y entonces el mayor le dio el escudo y la lanza y le señaló hacia el promontorio. El del jubón mostaza se fue arrastrando los pies, con cara avergonzada, mientras el resto de hombres lo abucheaban.

Fabian lo siguió en la subida al promontorio, despreocupándose ya de esconderse de una gente para la que era claramente invisible. Algo en el rechazo al joven le había llevado a seguirlo en su soledad. Llegaron casi a lo alto, donde el faro debería estar pero no estaba. El joven se puso en pie, con la lanza en la mano, y fijó la vista en la seda aplastada por el cielo que era el mar. Fabian comprendió entonces el escarnio al que lo habían sometido: era una especie de centinela y no se había presentado a su turno de vigilancia. Pero ¿para vigilar el qué?

El joven dejó la lanza y el escudo en la hierba y se sentó, con las piernas cruzadas y los antebrazos apoyados en las rodillas; aunque era una pose relajada no por ello dejó de escrutar el horizonte vacío. Fuera cual fuese la amenaza, era lo suficientemente real para mantener alerta al centinela de la aldea.

Todo aquello no podía estar en su mente. Fabian llevaba allí, en aquel mundo, treinta y cinco minutos. Ningún delirio, fantasía o artificio de la mente podía durar tanto. Le entró el pánico al pensar que tal vez se había quedado allí atrapado, y no era la idea de quedarse preso en aquella época lo que le preocupaba, sino más bien verse confinado a un mundo solitario: invisible e intangible en una pseudovida de fantasma. Se levantó de un brinco para intentar calmarse. Quizás estaba soñando, solo eso: se habría quedado dormido mientras descansaba en la piedra y había soñado todo lo que había pasado desde entonces. Aunque si era todo un sueño, no se parecía a ninguno que hubiese tenido hasta entonces: era más vivo, más convincente, mucho mejor perfilado incluso que su vida despierta.

Decidió ir hasta el joven y tocarle, sacudirlo por el hombro y ver cómo reaccionaba. Pero no tuvo tiempo porque en ese momento este se puso en pie y dejó la lanza y el escudo en la hierba. Poniéndose la mano a modo de visera contra la luminosidad del ancho cielo, escrutó las aguas y fijó la atención en un punto en la distancia. El chico siguió su mirada pero solo vio el vago resplandor del agua y el sol, fusionándose en la línea entre cielo y mar. Volvió de nuevo la vista hacia el joven, justo a tiempo para ver que se enderezaba y se ponía tenso: más allá de creer haber visto lo que fuera que había visto, era evidente que estaba viéndolo en esos momentos. Una vez más Fabian siguió su mirada y una vez más no vio nada. Imitó la postura del joven cubriéndose los ojos y entornándolos frente a la luz. Ahora lo vio: tres borrones en el horizonte. Fuera lo que fuesen, se dirigían hacia el promontorio, sorteando las llanuras de marea del Waddenzee.

Barcos. Pero sin velas, muy pegados al agua.

El joven centinela dio media vuelta y salió corriendo hacia el pueblo como si huyera del mismísimo diablo. Y gritó. Un chillido desesperado de una sola palabra. Aunque era una lengua muerta y rematada, Fabian no tuvo ningún problema en reconocer esa única palabra unívoca, una que no había quedado en el olvido a pesar de ser de una época olvidada; un término que había pasado de generación en generación, con más de un milenio de historia, y que conservaba el poder para aterrar.

Y para emocionar. Fabian supo entonces por qué estaba allí y qué tenía que observar. No salió corriendo en pos del muchacho del sayo mostaza; permaneció en el promontorio viendo cómo se acercaban los tres borrones, cómo iban tomando forma y haciéndose cada vez más distinguibles.

Los mástiles articulados, que hasta entonces habían estado plegados para que fuera más difícil otearlos desde tierra, se alzaron de la nada, así como unas velas cuadradas enormes, una en cada barco. Como patas de enormes escarabajos marinos, de cada costado surgieron filas de remos que mordieron el mar, los tres barcos avivando el paso y cortando despiadadamente las olas en dirección al promontorio.

Sintiendo una emoción eléctrica por cada fibra de su cuerpo, percibió dos cosas a la vez: el cuervo gigante bordado en la franja roja de la vela del primer barco, y el grito del centinela del pueblo, que volvió a chillar, desesperado, su única palabra de alarma:

Víkingr.

No había miedo. No era que Fabian se sintiera despegado de lo que ocurría como solía pasarle en la realidad despierta de su día a día: sentía excitación. Por lo demás, no tenía razón alguna para creer que los vikingos que se aproximaban serían más capaces de verlo que el resto de las personas con las que se había cruzado.

Sabía que estaba en un mundo y una época en la que ya no valía ninguna certeza con la que hubiese crecido, ninguna norma de conducta ni restricción.

Los barcos eran una hermosura: cascos esbeltos y elegantes con tingladillo de roble, de unos veinte metros o más de eslora. Parecían avanzar hacia la tierra rozando apenas la superficie del agua. El cuervo negro de Odín se cernió sobre él en la vela hinchada cuando el primer barco, accionado por remos que trabajaban como pistones sincronizados en una época muy anterior a la concepción de la idea del pistón, llegó a su altura, por debajo del promontorio. Vio los escudos redondos a lo largo de los escálamos, así como cascos de guerreros destellantes con visera. Cuarenta, tal vez cincuenta hombres.

El segundo de los barcos se deslizó por la orilla. Al igual que en el primero, había un hombre agarrado al cuello esbelto y arqueado del mascarón con forma de dragón que se inclinaba para ver la profundidad del agua e iba guiando hacia el estrecho

coronado por el promontorio. Fabian, que había leído innumerables libros sobre los saqueadores nórdicos, sabía que los barcos iban a varar sin miedo porque tenían doble mascarón y podían llevarse de vuelta al mar sin necesidad de darles la vuelta. Corrió por el promontorio siguiendo el ritmo del último barco, mientras saludaba y gritaba a unos vikingos que no podían ni oírlo ni verlo.

A pesar de correr con todas sus ganas, Fabian solo había llegado hasta donde habían varado el primer barco cuando empezaron a bajarse. Había esperado que vociferasen y coreasen gritos de guerra pero desembarcaron ágil y silenciosamente, sin saber aún que los habían visto y que ya no podían contar con el elemento sorpresa. En cuestión de un par de minutos desembarcaron ciento cincuenta hombres. Las hojas de las espadas, las puntas de las lanzas y los umbos de los escudos relucían, bien afilados y destellantes bajo la luz del sol. Fabian se fijó en lo brillante y limpio que estaba todo, más incluso que en la vida normal, como si le hubieran potenciado la visión —y todos los sentidos—, o alguien hubiese retocado por ordenador la realidad, subiendo la definición, intensificando los colores y redefiniendo el contraste y la nitidez. Le sorprendió ver que los vikingos no eran los salvajes peludos que siempre había imaginado: estaban acicalados, con las barbas bien recortadas y peinadas, sus cascos y sus cotas de malla pulidos y brillantes.

Salvo un grupo.

Veinte o veinticinco vikingos del primer barco se mantenían a un lado, y Fabian notó al instante que tenían algo extraño, y no solo eso, también parecían muy peligrosos. De entrada llevaban una ropa bien distinta: mientras los otros vestían cotas de malla o jubones acolchados, esos hombres musculados iban con los brazos al aire y solo llevaban sobre el torso petos de una gruesa piel negra y marrón. Algunos no tenían cascos y en su lugar vestían cabezas disecadas de lobos u osos, con una cortina de pellejo que les caía sobre cuellos y hombros. Todos tenían las caras ennegrecidas, como pintadas con ceniza u hollín, y las máscaras de piel oscura enfatizaban los dientes que se veían en rostros torcidos, con lenguas que colgaban rojas de las bocas abiertas y los blancos de los ojos muy abiertos y moviéndose de un lado a otro, locos.

Vio que también tenían más marcas de guerra que sus camaradas. Tenían los brazos desnudos recubiertos de feos verdugones de heridas mal curadas, unos más antiguos y otros todavía rojos y en carne viva. Las caras, bajo la tizne, también mostraban cicatrices de espadas y deformidades de la batalla; a un guerrero le faltaba gran parte del lado izquierdo de la cara: una hendidura profunda, como de un hacha, le surgía de la frente y le bajaba por la mejilla, y tenía un único ojo, que, bajo la mascarilla de hollín, parecía en trance ante la batalla que se avecinaba.

Fabian tuvo la impresión de que pertenecían a otra especie sin parentesco con los demás del barco, totalmente inhumana. Además, al contrario que los otros, no estaban

callados sino que hacían ruidos extraños: gruñidos y quejidos como si les doliera algo o estuviesen frustrados por haber estado encerrados. Sonidos animales. Vio que el resto de vikingos se cuidaban de mantenerse a cierta distancia de ellos, pues parecían alterarse e inquietarse más a cada segundo. Todos llevaban zurrone de cuero que les colgaban de tiras de pellejo alrededor del cuello; de tanto en tanto alguno deslizaba un dedo en una especie de pulpa gris verdosa y se lo metía en los carrillos. Uno se cayó al suelo y empezó a golpear la tierra con los puños y a emitir un agudo chillido entre los dientes llenos de mugre. El frenesí de este pareció intensificar la demencia de sus compañeros, que redoblaron los gruñidos y los gemidos. Fabian vio a otro, el que estaba más cerca de él, ponerse un cuchillo en la boca y morderlo hasta que la sangre le corrió por la barba llena de ceniza, con unos ojos de loco grandes como platos.

El chico sintió que la emoción de su pecho iba a más. Supo quiénes eran esos hombres y por qué sus compañeros no se les acercaban: un arma letal la coges por el mango, no por la hoja. Eran furias a punto de desencadenarse. Los llamaban los «muerdeescudos», los demonios guerreros. La piel gruesa que vestían sobre la suya desnuda les daba nombre: la camisa de piel de oso que llamaban *ber serkr*.

Eran los *berserker*. Y estaban a punto de soltarlos.

Por alguna razón que no podía imaginar sintió el mismo dolor de impaciencia insoportable, una gran presión gritándole por dentro para que la liberara, y dejó escapar un aullido que imitaba los rugidos de los *berserker*. Se detuvo en seco al ver que el que tenía más cerca, el hombre que todavía mordía la hoja entre los dientes ensangrentados, se volvía hacia él. Lo miró a la cara y le clavó esos ojos salvajes y enloquecidos.

Podía verlo.

Fabian se quedó paralizado. Por un momento al guerrero se le nubló la cara, la mirada perdida y demente, y se inclinó ligeramente, mientras un hilo de sangre le bajaba por el borde inclinado del cuchillo que tenía en la boca, como si intentara entender lo que veía. La euforia del chico también se evaporó y se vio sustituida por un miedo real y crudo de que iba a morir allí y en ese momento, en un lugar y una época que no eran los suyos.

De pronto los demás *berserker* rugieron al unísono. El guerrero dejó de mirarlo y volvió la vista hacia la aldea, tras los matojos de algas. A doscientos metros se habían reunido los hombres del poblado, no más de cincuenta, y habían formado una fila de lanceros arrodillados y una segunda de arqueros. Hacían todo lo posible por parecer resueltos pero Fabian sabía que estaba mirando a cincuenta hombres muertos, y supuso que también ellos eran conscientes. Se giró hacia el *berserker* al tiempo que este hacía otro tanto, fruncía el ceño y escrutaba el sitio donde estaba Fabian, pero esa vez no hubo contacto ocular. Era evidente que ya no veía al chico de otra época.

El guerrero de cara ennegrecida dio media vuelta y recayó en su trance, combinándose con sus compañeros para formar una única masa en ebullición de arrebató violento. Rugieron, berrearón, aullaron y bufaron, como bestias, contra los defensores de la aldea. Los gritos y chillidos eran cada vez menos humanos, y a cada segundo que pasaba se parecían más a las fieras cuyos pellejos vestían. Un *berserker* se desgarró el calzón y reveló su erección, que sacudió ante el enemigo. Algunos lo imitaron, mientras que otros estamparon los pies contra el suelo y se contrajeron, todos un racimo de guerreros revestidos de pieles que se convulsionaban como si los recorriera un espasmo único.

Un vikingo, un apuesto rubio de unos treinta años, con una ropa, un casco y unos brazos que lo identificaban como el jefe, los rodeó ágilmente y se puso delante de ellos, con los brazos abiertos, como para retenerlos. Fabian supuso que era el único capaz de controlar, siquiera temporalmente, el frenesí de los *berserker*. Los arqueros de la aldea lanzaron una lluvia desesperada de flechas que cayeron a poca distancia de sus blancos. El jefe vikingo vio la oportunidad de lanzar un ataque entre carga y carga y, con un aullido de mando, apuntó la espada hacia los aldeanos.

Fue como una gran ola de odio y violencia concentrados que se liberara de golpe. Los *berserker* chillaron como locos mientras los embestían de cabeza, y algunos hasta se tropezaban en su ansia por matar y sus ganas de muerte.

Fabian se olvidó pronto del miedo y se dejó llevar por el entusiasmo, por la emoción primaria y animal del momento. Todo lo que creía odiar de esa parte de sí mismo pronto le hizo sentirse más vivo que nunca; a excepción, comprendió, del día en que le dio la paliza de muerte a Henkje Maartens. Pero no había ni espacio ni tiempo para ese pensamiento, que se fue de su mente en cuanto los *berserker* echaron a correr con un coro de gemidos bajos y agudos chillidos.

Una segunda fila de unos veinte vikingos siguieron a los *berserker*; hombres de espaldas anchas que no llevaban ni espadas ni escudos, sino una pesada hacha de doble cabeza. Comparado con la locura furiosa de los primeros atacantes, aquellos eran soldados disciplinados y ordenados, dispuestos en filas bien espaciadas y con las hachas cargadas en los hombros. Mientras los *berserker* corrían gritando hacia los defensores, los del hacha caminaban con paso medido y estable, dejando un hueco entre los *berserker* y ellos.

Fabian corrió todo lo que pudo para unirse a las filas de aquellos. Podía olerlos, más animales que humanos, despidiendo notas oscuras y rudas en su olor. Una segunda lluvia de flechas se arqueó en el aire y cayó sobre los atacantes, y muchas dieron en el blanco, aunque la mayoría fallaron. Los *berserker* heridos no se caían ni desaceleraban el ataque: algunos cogían las flechas y se las arrancaban del cuerpo desgarrándose la piel con las espigas de las puntas, mientras que otros parecían ajenos a las flechas clavadas en sus cuerpos y seguían a la carga.

No era solo lo más brutal que había visto en su vida: era mil veces más brutal que cualquier cosa que pudiera imaginar. Los *berserker* embistieron de frente las filas de los defensores, diezmándolos y haciendo que algunos salieran corriendo espantados. Los que se quedaron estaban indefensos ante la carnicería inhumana. Todos los bárbaros parecían poseídos, endemoniados. Las hojas de las espadas centelleaban por un momento antes de empaparse de sangre; todos los *berserker* apuñalaban rápida y repetidamente a sus oponentes en un frenesí de sangre, sin parar de hundir la espada y el cuchillo una y otra vez, hasta mucho después de que la víctima estuviese muerta y rematada. Muchos de los *berserker* también estaban heridos de muerte, con los cuerpos abiertos en canal o sangrando por el cuello, pero pese a la agonía mortal seguían cayendo sobre sus oponentes, les clavaban las uñas y los despedazaban con las manos, mordían en cuellos o caras y desgarraban carne con los dientes. El aire estaba lleno de humo con un fuerte olor a cobre, por la sangre, y Fabian se quedó en trance ante el espanto y la bestialidad de los *berserker*, ante su magnificencia.

Cuando mataron a los suficientes para abrirse camino entre las tropas de lugareños, cargaron contra la propia aldea. Los defensores, que se habían reducido a más de la mitad, hicieron un esfuerzo por reagruparse pero los de las hachas cayeron entonces sobre ellos. Fabian siguió hipnotizado el ritmo de los hachazos. En comparación con el de los *berserker*, tenía algo de mecánico. Tampoco había imaginado así un ataque vikingo: espaciados regularmente, los hacheros habían empuñado sus armas y habían empezado a blandirlas mucho antes de llegar a los enemigos, en un movimiento regular que semejava un nudo de ocho lateral. Cada hacha blandida no dejaba hueco con la del vecino, y cuando llegaron a los pocos aldeanos que quedaban, los segaron como si recogieran maíz. Una vez más estos no tuvieron manera de defenderse: las pesadas hachas de dos cabezas cortaban el aire, la carne y el hueso con la misma facilidad cruel.

Los demás vikingos, armados con espadas y escudos, pasaron corriendo por delante de sus compañeros hacheros y siguieron a los *berserker* hasta la aldea. Fabian los siguió a su vez, con algo oscuro ardiéndole en la sangre. Empezó a atravesar cadáveres: la segunda línea de defensa de los aldeanos había conocido la misma suerte que la primera. Un grupo de cadáveres desmembrados y miembros sueltos marcaban el lugar por donde la línea había sido superada en poco tiempo. Distinguió un cuerpo, con la cara aplastada por una lanza o una espada hasta quedar irreconocible. Identificó al muchacho que había visto montando guardia solo por el sayo color mostaza salpicado de sangre.

Ya en la aldea los cuerpos estaban más repartidos, entre ellos de mujeres y niños; algunos parecían haber intentado ponerse a salvo pero les habían dado caza con las hachas y tenían las espaldas desgarradas y en carne viva y el cráneo hundido por detrás.

Vio a la joven que había visto cuando encontró la aldea cerca de la cabaña de donde salió, tirada bocarriba, con sus ojos azules, ciegos ya, mirando el cielo despejado. Tenía las faldas subidas por la cintura y los muslos pálidos al aire, así como los pechos blancos, que le sobresalían por el desgarrado sayo del cuello primorosamente bordado. Una única herida de espada —extraña pues no había sangre— bajo el esternón marcaba por donde un *berserker*, tras terminar con ella, había terminado también con su vida. El chico contempló el escenario cruelmente patético de la muerte de la mujer y le sorprendió lo poco que le afectó el sufrimiento de esta.

Cuando llegó a la aldea vio que los *berserker* estaban más frenéticos que antes. Destrozaban todo lo que encontraban a su paso. Había niños masacrados junto al ganado, y algunos se abalanzaban sobre las mujeres y las violaban sobre la tierra de la explanada, gimiendo como bestias. Cuando los demás vikingos llegaron, con el jefe en cabeza, intentaron contenerlos dentro de lo posible, y llevaron a las mujeres y a los niños hacia una esquina de la explanada. Descartó la idea de que aquel gesto podía estar inspirado por un sentimiento de humanidad cuando un muchacho de unos once años intentó escapar. Un vikingo lo atrapó, le pasó una espada por el cuello, se la clavó bien hondo y luego lo dejó caer sin vida al suelo: un ejemplo para los que quisieran escapar. A Fabian la tranquilidad serena y fría del asesino le pareció mucho peor que el frenesí demente de los *berserker*; comprendió también que los vikingos no pretendían salvar a esas mujeres y niños por una cuestión de humanidad, sino de valor: eran parte del botín, esclavos para conservar o vender.

Se había acabado.

Los *berserker* estaban congregados en el centro de la aldea, todavía con los ojos desorbitados, jadeantes e inquietos a pesar de que algunos tenían heridas de muerte, pero tan desunidos aún de sus cuerpos que no eran conscientes de estar muriendo.

Fabian obtuvo respuesta. Supo por qué lo habían llevado allí para ver aquello: entendió de dónde había surgido la violencia con la que había atacado a Henkje Maartens. Lo que quiera que corriese por la sangre de aquellos hombres lo hacía también por la suya.

La sensación volvió a invadirlo. El mundo se removió en el universo, y el cielo cambió de color y el aire de textura. Estaba desorientado, mareado, perdido en el tiempo y en el espacio.

Había desaparecido todo: la aldea, los vikingos, los cadáveres, el fuerte hedor a cobre de la sangre. No necesitó volverse para comprobar que el terraplén había vuelto a materializarse o que el faro seguía montando guardia donde un joven con jubón color mostaza que había muerto hacía mil años oteó antaño el mar en busca de *drakares*.

Cuando se volvió finalmente, vio que el hombre que paseaba al perro por la orilla

había llegado adonde estaba Fabian con la espalda apoyada en la piedra.

Era un anciano, en una época en la que ser viejo era tener más de sesenta y no casi cuarenta. La brisa marina le revoleó el pelo blanco. Tenía los ojos clavados en Fabian en un gesto de horror.

—¿Lo has visto? —le preguntó al chico con voz temblorosa y aterrada, más de niño pequeño que de anciano—. ¿Lo has visto tú también?

John Macbeth. Boston

Cuando volvió a casa de Casey desde el instituto, Macbeth miró el correo y se encontró con tres extensos mensajes de Poulsen desde Copenhague, los tres con preguntas concretas que no podía responder plenamente sin acceso directo a su equipo. Eso era lo que Poulsen quería evidenciar: que lo necesitaba de vuelta en la capital danesa.

La carpeta fantasma del escritorio del portátil volvió a burlarse de él cuando cerró el correo. No se abrió, como sabía que pasaría; cliqueó repetidamente en el icono con la compulsión habitual, como alguien que se rasca una costra sin querer, a sabiendas de que debería ignorarla. Sus pensamientos estaban puestos en Melissa, y sintió algo frío y pesado tomando forma en sus entrañas: el sentimiento postergado de duelo que había sabido que le sobrevendría con el tiempo.

Casey le había dado una llave de su piso y lo primero que hizo cuando Bundy lo dejó allí fue anotar los nombres que le había mencionado antes de que se le olvidasen.

En esos momentos, solo en el piso, con Casey en el MIT, Macbeth abrió el navegador y buscó los nombres. Tal y como le había explicado a su hermano cuando había querido justificar que siguiera mandándole mensajes a su padre, que llevaba un año muerto, creía que la gente ya no solo existía física sino también virtualmente. Melissa estaría también allí, un fantasma de datos electrónicos desperdigados.

Encontró la página de la empresa, así como una docena de referencias al trabajo que desarrollaban, incluido un perfil profesional de Melissa en el *Chronicle*. Lo que más le turbó fue la página de la empresa: en el apartado «Quiénes somos». Melissa aparecía en el centro de una fotografía junto a los miembros más importantes del personal. Todos hacían gala de las credenciales básicas de las industrias emergentes: juventud, desenfadado y frescura. Y sin embargo estaban todos muertos. Nadie había cancelado la web porque no quedaba nadie vivo para hacerlo: era un *Marie Celeste* a la deriva en las aguas de Internet.

En el pie de foto leyó que la presidenta de la compañía se llamaba Deborah Canning. Miró lo que había apuntado después de hablar con Bundy: ese mismo nombre aparecía en sus notas. Macbeth repasó la lista entera de víctimas del suicidio colectivo del Golden Gate: ella no constaba. Al parecer no todos los vinculados con la empresa habían muerto. Tal vez Bundy estuviese buscando a esa mujer.

Metió en el buscador el nombre de John Astor. Había oído rumores sobre él, desde luego: todo el mundo parecía conocerlo aunque nadie supiese quién era realmente. Le sorprendió no encontrar referencias a él en todo Internet: en los resultados de la búsqueda destacaban los dos John Jacob Astor de la famosa familia, uno el fundador de la dinastía y el otro un pariente del mismo nombre que se hundió con el *Titanic*.

Las menciones que encontró del Astor contemporáneo aparecían en páginas de tintes conspiranoides; en una de ellas afirmaban que el FBI y el Homeland Security habían vetado el acceso a toda página que remitiese al «líder del pensamiento simulista, John Astor». Recordó que Bundy había mencionado a los simulistas. Después de leer los típicos desvaríos paranoicos sobre una conspiración global, Macbeth decidió dejar de perseguir un fantasma y probar con los otros dos nombres que había dejado caer el agente del FBI.

No le costó mucho encontrarlos.

Jeff Killberg había sido uno de los principales expertos en efectos especiales del mundo. Su empresa era la responsable de los efectos digitales de algunos de los taquillazos de los últimos cinco años, y había sido el blanco de los atentados-bomba que Fe Ciega había perpetrado hacía dieciocho meses. Macbeth no llegaba a entender que alguien pudiera condenar los efectos especiales como una afrenta a Dios.

Killberg, una mezcla de genio creativo y tecnológico, había jugado sus cartas —y sus patentes—, muy pegadas al pecho, sin soltar prenda, y había desarrollado él mismo la parte principal de sus investigaciones. Al parecer cedió algunos elementos a sus empleados y a contratas externas pero sin revelar ningún concepto crucial ni ninguna innovación en la que estuviese trabajando: justo tal y como Casey había descrito la metodología del profesor Blackwell.

No hacía mucho que Killberg había anunciado una nueva tecnología de efectos visuales que sacudiría la industria del cine desde los cimientos y ofrecería a los espectadores una experiencia totalmente inmersiva y novedosa. La tecnología no había llegado a revelarse: habían encontrado muerto a Jeff Killberg, víctima de torturas y mutilaciones horrendas en su casa de Pacific Heights. Alguien lo había trabajado muy diestramente con una especie de bisturí. La seguridad informática del sótano de su casa había sido destripada sistemáticamente. Pese al atentado-bomba previo, vinculado con motivos religiosos, se sospechaba que el asesinato podía estar relacionado con sus competidores en el mercado. Por lo que parecía la industria de los efectos digitales se había quedado sin cabeza visible, literalmente.

Lo que más le turbó fue enterarse de que una de las empresas a las que Killberg cedía sus inventos era la de software de Melissa.

Samuel Tennant.

Una vez más la búsqueda fue fructuosa: había referencias por todo Internet,

fotografías, artículos y posts en foros. Tennant parecía tenerlo todo: el porte, el cerebro y el dinero... mucho dinero.

Era rico por partida doble: había heredado la fortuna familiar pero también había amasado una segunda con las empresas que había montado él mismo. Tras estudiar biología molecular en el Caltech, había combinado el saber científico con la sabiduría empresarial y había montado una ristra de empresas de I+D relacionadas, todas al parecer adjudicatarias de importantes contratos estatales. La parte con más éxito comercial del imperio de Tennant, sin embargo, era la de la investigación cosmética: había patentado varios agentes antiedad por los que las empresas de belleza habían pagado un ojo de la cara.

Al contrario que Killberg, que llevaba una vida aislada y casi reclusa, Tennant había cultivado una imagen de *playboy*. Había decenas de fotografías de prensa, y en la mayoría se lo veía en los sitios donde cabe esperar ver a los jóvenes ricos y glamurosos.

Una en concreto pilló a Macbeth con la guardia baja. Era una instantánea de sociedad que le habían hecho a Tennant al salir de una deslumbrante fiesta del Platinum Triangle. La chica que iba de su brazo era delgada, con una espesa cabellera morena por los hombros y unos ojos grandes de un azul impresionante... y parecía feliz. En todo el tiempo que había durado su relación Macbeth no recordaba haber visto a Melissa rebotando una felicidad tan plena y sin reservas, como en esa fotografía.

Se pasó un buen rato mirando la foto, mientras la sensación de sus entrañas iba tomando una forma más definida. Melissa había estado relacionada con los dos hombres muertos, con uno en lo profesional y con el otro en lo personal. Y la historia de Tennant traía cola, mucha cola.

Habían surgido un enjambre de historias, teorías conspirativas y especulaciones de medio pelo sobre lo que le había ocurrido al millonario, aunque el artículo más fiable era del *New York Times*. Hacía dieciocho meses, Tennant, el juerguista y vividor, se había perdido de buenas a primeras del radar social de la Costa Oeste. Incluso sus colegas y sus empleados habían visto cada vez menos al joven magnate, y los que sí lo habían visto se habían alarmado por la repentina pérdida de peso de este. La última fotografía que había aparecido en la prensa, de un Tennant escuálido que apenas rellenaba su costoso traje hecho a medida, confirmaba que había algo que no iba nada bien. Se dio por sentado que el joven era víctima de alguna enfermedad, probablemente cáncer, y habían respetado su intimidad.

Pero no tenía ningún cáncer.

En el titular del *Times* se leía: «La autopsia revela que el magnate de la biotecnología murió de malnutrición». Era de esas noticias que Macbeth leía sin prestar mucha atención, una historia extraña, sin duda, pero en una época de una

extrañeza general y cada vez más generalizada.

Lo habían encontrado muerto en su ático de Nueva York, en donde, en teoría, se había recluido lo más lejos posible de sus colegas de California. Cada vez más aislado, incluso se había negado a que ningún conserje o limpiadora entrase en su piso, y en muy contadas ocasiones se lo volvió a ver por la calle.

La reclusión se convirtió en invisibilidad total y silencio absoluto.

Al final los familiares y colegas de Tennant, preocupados, entraron en el piso en compañía de la policía y del encargado del bloque. La escena a la que se enfrentaron fue extremadamente insólita. Lo encontraron en medio de su opulento ático, rodeado de sus muebles de diseño, sus obras de arte y sus esculturas valoradas en dos millones de dólares. En el piso, con la temperatura y la humedad controladas, también se encontraron aparatos de alta tecnología por un valor de medio millón. En el cajón del escritorio hallaron treinta mil dólares en metálico mientras que el armario estaba lleno de la ropa de firma más cara.

Sin embargo no había en todo el piso comida alguna, salvo tres manzanas en la nevera. Los armarios de la cocina solo contenían complementos vitamínicos. En el frigorífico, aparte de las manzanas, solo había unas ampollas de hormonas del crecimiento sintetizadas.

Y en medio de todo aquello, sentado frente a la cristalera que daba al Central Park, estaba Samuel Tennant. El empresario de treinta y cuatro años no solo estaba muerto: llevaba así tres semanas. En ese tiempo la climatización deshumidificadora que había instalado para que sus ordenadores y sus aparatos electrónicos estuviesen en condiciones óptimas, junto con la falta de grasa de su cuerpo, habían originado un proceso de momificación. Había sido difícil tomar medidas fiables pero se estimó que a su muerte Tennant pesaba menos de treinta kilos.

Macbeth se recostó en su asiento y se quedó mirando la pantalla mientras intentaba establecer una conexión entre la extraña muerte de Tennant, el horrendo asesinato de Killberg y el inexplicable suicidio de Melissa.

Acababa de volver al artículo de los suicidios del Golden Gate y de anotar el nombre del oficial de la Patrulla de Carreteras de California cuando oyó la llave de Casey en la puerta.

Zhang. Provincia de Gansu

*D*elante del espejo se cepilló un pelo que estaba entre el rojo y el dorado, se lo retiró de la cara ovalada y de la frente ancha y despejada por encima de sus ojos verdes luminosos, y se lo recogió en la nuca con el pasador que tenía sujeto entre los labios apretados.

Una forastera le devolvió la mirada, o al menos una medio forastera. La suya era una cara que hablaba de dos mundos, dos hemisferios, pero que no pertenecía a ninguno; una cara cuyos detalles —los pómulos altos, la forma de los ojos y la boquita de piñón— eran propios de la etnia han, pero cuya forma y arquitectura generales, el tono de piel y el color de pelo, eran europeos. Tendría que haber dado la impresión de ser hija de un matrimonio mixto pero no la daba porque no lo era. Parecía justo lo que era, igual que otros muchos de su pueblo pero también igual que muy pocos en una nación de mil trescientos millones de personas.

Durante su infancia en Liqian, Zhang Xushou no se sintió forastera ni distinta porque en su pueblo eran numerosos los que tenían el pelo desde rojo y rubio a castaño y cobrizo y los ojos de color avellana, verde o azul claro. Mientras había crecido, cuando su universo no traspasaba los muñones de la muralla antigua en la linde del pueblo, lo había aceptado como algo normal. Hasta que no empezó a ir al instituto en el pueblo de al lado Zhang Xushou no comprendió que su aldea tenía algo distinto, extraño. Y ella también.

Fue entonces cuando se enteró de la leyenda de los legionarios: los altos soldados romanos rubios que se separaron de sus comandantes en la expedición fallida de Marco Licinio Craso contra los partos. Según la leyenda, los supervivientes de la batalla llegaron imposiblemente lejos, siempre rumbo al este, y se perdieron en el desierto del Gobi, hasta que por fin salieron de sus confines y encontraron refugio en el pueblo de Zhang, por entonces un puesto fronterizo donde los obligaron a trabajar para la dinastía Han.

De golpe y porrazo Zhang Xushou y los suyos se convirtieron en objeto de burla y víctimas de escarnio. Cuando las fronteras de su mundo se expandieron, también lo hizo su comprensión de qué era ser el otro, ser distinta; ser una cabeza rubia en medio de un océano de chinos morenos. Y luego, conforme creció, empezó a destacar aún más entre el gentío. Literalmente: la longitud de los huesos heredada de sus genes ancestrales hizo que a los trece años fuese más alta que la mayoría de sus maestros. A

su edad y en un entorno donde la conformidad y la aceptación lo eran todo, Zhang Xushou se convirtió en el blanco de miradas hostiles e insultos, en particular de uno: *wai guo ren*, extranjera.

El ostracismo, sin embargo, no la hizo compadecerse de su particularidad sino valorarla y abrazarla: acogía de buen grado los sobrenombres, convertía en cumplidos los insultos y disfrutaba en particular cuando la llamaban *lijian*, que significaba griega o romana. Su herencia se tornó pasión y, con el tiempo, obsesión. Pasaba horas leyendo todo lo que caía en sus manos sobre el Imperio romano, los seis mil legionarios desaparecidos o los pueblos y la cultura de Europa. Pegaba en las paredes de su cuarto fotos de modelos y estrellas del pop occidentales.

Conforme se hizo mayor, se produjo un cambio en la actitud. Los turistas empezaron a visitar Liqian para contemplar a los aldeanos, que se pavoneaban orgullosos y solían cobrar por entrevistas a periodistas de la prensa china y extranjera. Un día que nunca olvidará fue al pueblo un equipo de rodaje de una cadena de televisión italiana. Al principio la decepcionó ver que los italianos del equipo no eran mucho más altos que un chino han medio y, para colmo, morenos. Pero entonces vio a la reportera, vestida con pantalones cargo anchos y sudadera y el pelo recogido con un pasador en la nuca. El pelo, entre cobrizo y dorado, del mismo tono que el de Zhang. La periodista italiana le pareció la mujer más hermosa que había visto en su vida. Su alegría fue inconmensurable cuando esta la vio, la reconoció como una de los «niños romanos» y se acercó para charlar con ella todo lo más que pudo, con la intermediación de un estirado intérprete que era un retaco.

Cuando terminó el rodaje Zhang fue a buscar a una amiga que sabía que tenía un pasador muy parecido al de la italiana y se lo compró por mucho más de lo que valía. Desde ese día se peinaba hacia atrás y se recogía el pelo en la nuca.

Al año o así de la visita de los italianos llegó una gente de la universidad de Lanzú. Fotografiaron el pueblo, examinaron las ruinas de la ciudad antigua y hablaron con los lugareños. Contaban con especialistas a los que solo les interesaban las treinta familias del pueblo que según todo el mundo parecían *wai guo ren*. Esos expertos con guantes de goma le pidieron que se metiese un bastoncillo en la boca y se lo frotara por dentro del carrillo y luego lo metieron en un tubo sellado. Le explicaron que todos tenemos una historia dentro de nosotros, enroscada y guardada en espirales. El trabajo de ellos consistía en desenroscarlas. Zhang se quedó mirándolos con sus ojos verde claro, de esa manera franca y desafiante que le había causado tantos problemas en el instituto, y les dijo:

—¿Me habla del ADN? Mire, seré una chica de un pueblo de Gansu pero sé perfectamente lo que es el ADN.

Los de la universidad sonrieron y le explicaron que le habían hecho pruebas al resto de las treinta familias con el fin de certificar, de una forma u otra, si era

descendiente lejana de romanos.

Y así fue. Cuando por fin llegaron los resultados, demostraron a los entusiasmados lugareños lo que siempre habían creído: que eran tan europeos como chinos. Los arqueólogos del equipo también confirmaron que el pueblo fue en su tiempo una antigua ciudad fortaleza que custodiaba la frontera occidental del imperio han. El gobierno, sin embargo, afirmó que los resultados lo único que demostraban era que Zhang Xushou y el resto de familias *lijian* pertenecían a un subclado del grupo étnico han.

Pero Zhang Xushou nunca dejó de creer.

Después de eso la vida volvió más o menos a la normalidad, salvo por las tiendas de regalos y las cafeterías de temática romana que se montaron para los turistas, que cada vez llegaban en mayor número. Zhang había hecho su propia investigación y había aprendido sobre otros pueblos de la región de Gansu y de más allá que compartían su aspecto de forastera. Estos no tenían rasgo alguno de legionarios, sino de antiguas razas de celtas, de tocarios y *wusun* (los «nietos de los cuervos»), a quienes hacía un milenio y medio Yan Shigu había calificado de simios: salvajes de ojos verdes y pelo rojo.

Rastreó Internet, algo más fácil y fructífero que una visita a la biblioteca más cercana, la de Yongchang, y leyó sobre pueblos misteriosos; supo de los cuerpos de tres mil años de antigüedad que se habían encontrado, en un estado de conservación extraordinario, en el desierto de Taklamakán; vio fotografías del Hombre de Charchen y de la Bella de Loulan: de pueblos altos, rubios y pelirrojos que llevaban casi tres mil años viviendo en China. Zhang supo que probablemente el origen de su singular aspecto estuviera en esos pueblos y no en los romanos de una leyenda, pero se aferró desesperadamente a la romántica idea de ser la hija del legionario.

En esos días se preparaba para abandonar su pueblo y estudiar en la universidad de Lanzú, y lo hacía también para una vida de extranjera en su propio país. Su identidad se volvió más importante aún para ella. Por las tardes paseaba hasta la linde del pueblo y contemplaba la puesta de sol tras los montes de Qilian y las arenas del desierto, por las que la luz tenue y las nubes de polvo distantes jugueteaban y conjuraban perfiles imaginados de falanges distantes.

Pero entonces se empezó a hablar de la Era de las Visiones.

Todo comenzó con noticias sobre extraños sucesos acontecidos en ciudades lejanas: enredos de tercera mano que se enredaban más con los chismorreos del pueblo. Comenzaron a circular historias sobre gente que veía a sus antepasados y tiempos pasados; que habían sido testigos de cataclismos o habían visto la luna veinte veces más grande a la luz del día. La gente, sobre todo los lugareños más viejos y supersticiosos, empezó a hablar de las viejas religiones y de relatos sobre una era de

visiones que marcaría el fin del mundo; sobre el regreso de Hundun, el espíritu del caos anterior al tiempo. Un anciano, Zhia Bao, un chino hui que en teoría se acogía estrictamente al islam, anunció a bombo y platillo que lo que ocurría era que los muros del Cielo se habían abierto; explicó que ya había ocurrido antes en la historia de la humanidad pero que la diosa-creadora Nüwa había contenido la brecha con su propio cuerpo.

—Si lo que dices es cierto —había oído preguntar Zhang a uno de los lugareños —, ¿qué será de nosotros cuando se abra la brecha en el muro?

Zhia Bao le había dado una calada larga y contemplativa a su pipa, muy metido en su papel del anciano más anciano del pueblo, antes de responder:

—Según las leyendas, entonces el mundo del cielo y el de la tierra chocarán y todo acabará.

Hasta entonces no había sido más que la estimulante especulación desde la distancia: la emoción de la amenaza, todo en uno. Pero entonces llegaron los rumores del pánico por las calles de Lanzú, de gente que escapaba de monstruos que no podían existir. Y luego ocurrieron cosas extrañas en Yongchang. Pero hasta que una de las mujeres del pueblo, una que llevaba veinte años sorda, no afirmó haber oído el sonido de unos hombres marchando y un entrechocar de metal proveniente del desierto, Zhang no supo que estaba a punto de ocurrir algo trascendental. Desde ese día se pasó horas en la linde del pueblo contemplando las arenas del horizonte. A la espera.

La legión estaba al caer.

John Macbeth. Boston

Cuando su hermano llegó a casa Macbeth le contó su encuentro con Bundy y lo que había descubierto de los nombres mencionados por el agente, así como la conexión de Melissa con ambos hombres y el interés de Bundy por John Astor y los simulistas.

—Parecía querer saber más sobre ellos que sobre Fe Ciega, que yo pensaba que serían más prioritarios para el FBI —le explicó Macbeth—. ¿A ti te suena lo de los simulistas?

—Claro. Aunque no entiendo por qué le interesan al FBI... Son un peculiar subconjunto de la comunidad científica. Son raritos pero inofensivos, desde luego.

—¿Y John Astor?

—Es su cabeza visible. Puede que sea una persona real o puede que no. Y lo mismo te digo sobre el conjunto de sus creencias.

—No te sigo.

—La religión y la ciencia no se mezclan. Como ya te dije, la primera solo existe en ausencia de la segunda. Los simulistas, sin embargo, son científicos que creen que necesitamos religiones: que creer es una necesidad básica del ser humano, por mucho que lo que crean sea un rollo macabeo. Por eso mismo decidieron hacer de la ciencia su religión. Creen que Dios todavía no existe pero existirá... porque nosotros lo crearemos. La ciencia nos convertirá en Dios.

—«Estamos convirtiéndonos...». No he parado de ver esa pintada.

—Es de ellos. Para los simulistas no hay día del Juicio Final, solo la Singularidad, cuando el hombre y la tecnología se combinan y el humano se convierta en posthumano. ¿Te suena la Tercera Ley de Clarke?

—Sí. De hecho me la sé: «Toda tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia».

—¿Por qué no me sorprende que la conozcas? —Casey sonrió irónicamente—. Bueno, el caso es que los simulistas la han llevado un paso más allá: toda forma suficientemente avanzada de inteligencia humana será indistinguible de Dios. Lo que creen es que nuestro destino es emerger de la Singularidad que está por venir como posthumanos, luego superhumanos, semidioses y por último dioses.

—¿Y Astor?

—Es su profeta... En teoría ha escrito un libro superencriptado que está enterrado en el mundo virtual y se revelará solo a los elegidos. Es todo ciencia pero a la vez

mística. Como la supuesta trinidad de Dios, la de Astor es una dualidad: virtual y física. La parte simulista de todo proviene de la creencia de que, como posthumanos superinteligentes, crearemos supersimulaciones de personas, mundos y universos que serán indiscernibles de la realidad. Simulaciones en las que la gente vivirá sin saber que no son reales. Nos convertiremos en los dioses de otras realidades.

—Suen a secta. Y a rollo macabeo.

—Pero es menos rollo que las religiones existentes. En mi trabajo me encuentro con algunas cosas que ponen a prueba la mente, infinitas posibilidades e imposibilidades. Cosas que parecen magia, salvo porque no lo son: siempre hay una ecuación o un principio para explicarlas. Creo que el simulismo empezó como una broma o un experimento del pensamiento (para ilustrar la falacia de la religión y esas cosas), pero se supone que el libro de Astor contiene una especie de revelación científica no religiosa. Sea como fuere, el caso es que algunos simulistas se han tomado muy en serio sus creencias.

—Sabes mucho sobre ellos.

—En el MIT estuvo de moda durante un tiempo, sobre todo entre los físicos cuánticos. Pero cuando la cosa dejó de ser una broma, cayó en el olvido.

—¿Sabes si Gabriel Rees estaba entre ellos?

Casey se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo dudo.

Esos últimos días en Boston fueron un tiempo complicado y confuso para Macbeth. Como todo el mundo, veía el telediario más de lo habitual en él. Llegaron noticias de sucesos extraños en localizaciones de todo el mundo, pero dar información objetiva sobre esas experiencias subjetivas era imposible; por lo demás, nadie podía estar seguro de qué alucinaciones habían tenido lugar y cuáles no eran más que un montaje de alguien que quería sus quince minutos de gloria.

Se habló, no obstante, de otras amenazas más tangibles. Un efecto de las visiones fue un aumento considerable del fanatismo religioso: los fundamentalistas de todos los credos se volvieron más fundamentalistas, los radicales más radicales y los extremistas más extremos. Todos los clérigos veían en los sucesos una justificación de la superstición y la intolerancia marca de la casa. Por todo Estados Unidos predicadores y agitadores anunciaron el inicio del Arrebatamiento, mientras aprovechaban para dictar sermones xenófobos, intolerantes y desconfiados; en Europa y Oriente Medio los mulás y los ayatolás llamaron a los fieles a la yihad. Más cerca de casa, un modesto vendedor de coches usados, divorciado y blanco, que por lo que se sabía nunca había puesto el pie fuera de Estados Unidos, entró en el ajetreado vestíbulo de una empresa de software del centro de Washington y al grito de «*Alahu akbar*», detonó la bomba que llevaba escondida en la mochila, con su

consiguiente muerte y la de ocho de los presentes. Ese mismo día un pistolero no identificado de apariencia árabe abrió fuego contra los compradores de una tienda de Apple en Oregón y mató a siete personas antes de que la policía lo redujera a tiros.

Entre tanto, Macbeth pasó la mayor parte del tiempo hablando con el profesor Poulsen por teléfono o correo. Le aseguró en varias ocasiones que no iba a acceder a la petición de Brian Newcombe de unirse al comité de expertos investigadores. Cada vez que le hablaba de las singularidades del mundo que lo rodeaba, Poulsen parecía verlo como algo menor, una distracción trivial.

Mientras Casey y el resto de Boston se esforzaban en asimilar la inexplicable experiencia del «fantasmoto», Macbeth intentaba por su parte procesar la muerte de Melissa y las circunstancias igual de inexplicables que la rodeaban. Tuvieron que mediar tres llamadas a la Patrulla de Carreteras de California —teniendo en cuenta la diferencia horaria de tres horas entre ambas costas— para que la agenda de Macbeth y el turno de Ramirez se alinearan.

—¿Qué puedo hacer por usted, doctor Macbeth? —La voz de Ramirez era profunda y serena, un tono que no esperaba en un agente de policía.

Le contó quién era, dónde estaba y por qué, le puso al día de su relación con Melissa Collins y le transmitió su incredulidad ante el suicidio.

—Me temo que no hay lugar a dudas. Yo la vi saltar con mis propios ojos, a ella y al resto. Lo siento mucho.

—Es que Melissa era la persona que menos esperaba que se suicidase... ¿Hay alguna posibilidad de que sea un caso de identificación errónea?

—De ningún modo. La identificaron y, además, he visto fotografías de la señora Collins. Era ella, seguro.

—Cuando saltó, ¿se la veía preocupada? ¿O cree usted que pudo estar bajo el influjo de algo?

—Eso fue lo que más me impresionó... estaba perfectamente serena. Casi alegre. En cuanto a las drogas o el alcohol, el análisis toxicológico salió limpio. ¿La conocía usted bien?

—Vivimos un tiempo juntos antes de que se mudara a la Costa Oeste. Aunque después de eso perdimos un poco el contacto... Bueno, lo perdimos del todo.

—¿Y nunca dio muestras de ningún tipo de inestabilidad mental durante el tiempo que estuvieron juntos?

—No, en absoluto.

Medió un silencio. Macbeth odiaba hablar por teléfono porque no sabía interpretar los silencios y las pausas. Se imaginó que Ramirez meditaba sobre lo que acababa de decirle.

—¿Le importa si le pregunto por qué ha tardado tanto en ponerse en contacto conmigo? Hace ya más de dos meses que la señora Collins falleció.

—Me enteré hace poco. Bueno, sabía lo de los suicidios del Golden Gate, y los otros de Japón, pero no conocía los detalles. Como le he dicho, vivo y trabajo en Dinamarca. Hasta que el FBI, el agente Bundy en concreto, no me lo contó no tenía ni idea de que Melissa estuviese involucrada.

—¿El FBI? —La voz tranquila y regular de Ramirez denotó algo, sospecha tal vez—. Me sorprende que no nos hayan informado. ¿Cuánto tiempo se queda en Boston?

—Hasta finales de la semana que viene. Mi jefe quiere que vuelva a Copenhague lo antes posible.

Otra pausa.

—De acuerdo. En teoría dentro de una semana y pico voy a Boston para seguir una pista relacionada con esta historia pero intentaré adelantar el viaje. ¿Me dedicaría un tiempo si consigo ir antes de que se vaya?

—Por supuesto. Pero yo creía que la investigación sobre la muerte de Melissa ya habría acabado, dado que es un caso claro de suicidio.

—Es posible que así sea, pero al mismo tiempo es un caso con mucha cobertura mediática y hay presiones para que se determine qué fue lo que los impulsó a saltar. En realidad voy a Boston para averiguar todo lo que pueda sobre Deborah Canning, la única persona de la empresa que no estaba allí esa mañana, a ver si puede arrojar alguna luz al respecto.

—¿Deborah Canning? ¿Está en Boston? —A Macbeth le pilló totalmente por sorpresa. ¿Por qué no lo habría mencionado Bundy?

—Eso me han dicho. Al parecer ha sufrido algún tipo de ataque y acaban de darme permiso para interrogarla. La han ingresado en el hospital McLean...

Macbeth se alegraba de haberse trasladado al piso de Casey. Solía suponerle todo un desafío relacionarse con otra gente, una dificultad para sintonizar la misma frecuencia que a veces entorpecía la conexión con él. Casey, en cambio, pese a tener una personalidad muy diferente, al menos estaba en la misma longitud de onda: él lo entendía.

Esa semana hablaron mucho, hasta bien entrada la noche. Le contó a su hermano todo lo que había descubierto sobre Melissa y las extrañas conexiones entre su muerte y las de Killberg y Tennant.

—Entonces, ¿vas a trabajar para ellos? —le preguntó Casey una noche que estaban en la cocina, con los hombros abatidos por el cansancio, compartiendo un té con él.

—Es que no puedo. Sé que es un honor y que es importante y todo eso pero hay otros mucho mejor cualificados que yo. Mi trabajo en Copenhague es igual de importante y no puede sustituirme nadie. Les he dicho que puedo darles mi opinión

sobre algún dato u otro cuando me sea posible, pero ya está.

—No sé, John, pero está pasando algo raro. Una plaga o algo parecido. Una plaga mental. —Casey hizo una mueca y curvó los dedos en el aire para entrecomillar la frase—. La gente está asustada. Yo mismo lo estoy. Hoy ha estado a punto de pillarme un coche porque no lo he oído venir. Si no hubiera tocado la bocina, me habría arrollado. Pero cuando se fue, me vi preguntándome si había sido de verdad o no. La gente está volviéndose majara. No sabe qué pensar. Diría que llegar al fondo de todo esto sería el reto psiquiátrico del siglo.

—¿Sigues con la idea de ir a Oxford al congreso de Blackwell?

—Claro que sí.

—Entonces deberías entenderme. El proyecto de Copenhague es tan importante para mí como para ti el Proyecto Prometeo de Blackwell. Estamos a un tris de entender la mente por completo. Y creo sinceramente que la respuesta a qué está pasando en el mundo no la van a encontrar buscando patrones en estadísticas epidemiológicas.

—Ya me imagino. —Casey suspiró resignado y se recostó en la silla de la cocina—. Por cierto, he estado echándole un ojo a tu portátil.

—Qué bien... ¿Has conseguido abrir la carpeta?

Casey sacudió la cabeza.

—Pues no. No se puede ni clicar sobre el icono, ni obtener información sobre su tamaño ni saber siquiera si está vacía o no.

Macbeth se encogió de hombros.

—Entonces la ignoraré.

—No te lo aconsejo. Tiene algo que no me da buena espina. Hay material muy delicado en tu ordenador relacionado con tu trabajo. Mucho me temo que te lo hayan hackeado y que te hayan puesto ahí la carpeta.

—¿Como una especie de troyano?

—Los troyanos suelen esconderse en lo más profundo del disco duro y la mayoría de las veces son invisibles sin un buen antivirus. No... —Casey frunció el ceño—. No, esto es distinto. Le he pasado el antivirus y he copiado todos tus archivos importantes en un disco duro portátil, pero nada del software, por si estuviera infectado. Te puedo prestar un portátil que tengo de sobra.

—¿Lo crees necesario?

—Nunca he visto nada igual. —Casey rio confundido—. No sé pero es como la analogía perfecta con lo que está ocurriendo a nuestro alrededor: esa carpeta es fantasma..., un espectro, como tú mismo dijiste. Es más, empecé a preguntarme si realmente estaba en la pantalla o la estábamos alucinando.

—Estás dejando que todo esto te afecte demasiado, Casey. Las cosas son lo que son. Los episodios todavía son casos aislados y escasos. Quién me habría dicho a mí

que precisamente tú no serías inmune a la histeria mediática...

—Ya...

Lo bautizaron: SANPT, Síndrome Alucinatorio No Patológico Temporal. La Asociación Estadounidense de Psiquiatría le asignó un número en su clasificación de trastornos mentales y la OMS adoptó la designación para su propia Clasificación Internacional de Enfermedades.

Macbeth no estaba nada convencido de que el nombre reflejara bien la experiencia ni de que hubiese suficientes datos no anecdóticos en los que basarse —y desde luego aún no se había determinado ninguna etiología—, pero entendía por qué le habían puesto nombre: los medios, no solo en Estados Unidos sino en el mundo entero, habían estado llamándolo el «síndrome de Boston», y existía una necesidad real de darle un nombre oficial a la experiencia, con el fin de que la opinión pública pensara que la comunidad médica había aislado y definido algo. No habían dudado en añadir la palabra «temporal» para asegurar a la gente que, en caso de experimentarlo, no se trataba de un problema crónico.

A pesar de haber rechazado la invitación de Newcombe a unirse al equipo de investigación, Macbeth había accedido a trabajar con ellos en el Schilder hasta que regresara a Dinamarca. Volvió a recomendarles que intentaran ponerse en contacto con Josh Hoberman.

Le contaron, sin embargo, que al parecer el profesor había desaparecido de su casa de Virginia sin dejar rastro y llevaba más de una semana sin ir a la clínica donde trabajaba. Dadas las amenazas que Fe Ciega y otros habían lanzado contra los científicos, la policía había decidido intervenir.

Macbeth también les sugirió que contaran con Pete Corbin, quien al fin y al cabo vivía en Boston y había asistido de primera mano a los inicios del síndrome en sus pacientes. La sugerencia no fue recibida con mucho entusiasmo.

Llamó a Corbin el jueves por la mañana.

—¿Te sigue viniendo bien venir mañana a las diez y media? —le preguntó este—. Me gustaría que vieses a mi paciente. No puedo evitar pensar que su caso está conectado con todo lo que está pasando y me encantaría que me dieras tu opinión.

—En realidad te llamaba por eso, Pete. Preferiría que hablásemos de otra paciente, si es posible. Me han dicho que la están tratando en el McLean. Se llama Deborah Canning.

Corbin no respondió de inmediato. Otro silencio telefónico que costaba interpretar. ¿Le habría molestado que no quisiera ver a su paciente?

—Joder... —dijo por fin Corbin—, esto sí que es raro, John. Esa es la paciente... Deborah Canning es la mujer que quiero que veas.

John Macbeth. Boston

Macbeth agradeció que el taxista que lo llevó hasta Belmont no hiciera gala de la charlatanería inquisitiva del que lo condujo a su primer encuentro con Corbin. No le sorprendió: los accidentes de tráfico habían subido como la espuma durante la última semana por culpa de conductores que se veían obligados a esquivar como podían obstáculos o gente que aparecía de la nada.

El hospital McLean, a las afueras de Belmont, siempre le había parecido un híbrido entre un club de campo de lujo y un campus de la *Ivy League*. No era un único edificio sino toda una colección desparramada. Aunque los había más grandes, modernos e institucionales, el McLean estaba formado principalmente por edificios de ladrillo rojo y estuco de estilo neocolonialista o neojacobino, imitaciones de una arquitectura que ya era obsoleta para los diseñadores victorianos que la concibieron. Estaba todo desplegado sobre un enorme telón de fondo de árboles y parques. Vinculado con Harvard, el McLean era probablemente el hospital psiquiátrico más importante de Nueva Inglaterra y proporcionaba un entorno que daba cierta paz exterior a los que sufrían suplicios interiores. Macbeth había disfrutado trabajando allí. Hasta lo de su último paciente...

El taxi lo dejó en la puerta del edificio principal de administración.

—Qué bien que hayas podido venir, John —le dijo Corbin mientras lo conducía de nuevo fuera del edificio—. Mi paciente está en una de las residencias. Podemos ir dando un paseo. ¿Sentiste el terremoto?

—Como todo el mundo. ¿Y tú?

—Como Joanna. ¿Qué está pasando, John?

—Parece una enfermedad psicogénica colectiva... Puede que de origen vírico, como tú pensabas, o puede que no. Entre tanto la han denominado «síndrome alucinatorio no patológico temporal», de modo que me juego la cabeza a que la gente se va a quedar con lo del «síndrome de Boston». ¿Siguen llegándote casos?

—Cada día más. Nunca he visto nada igual.

—¿Sabías que Deborah Canning trabajaba con Melissa?

—No. Sabía que estaba vinculada con los suicidios del Golden Gate pero, como tú, nunca los vinculé con Melissa. Me parece increíble...

—Ya somos dos. Entonces, si no conocías la relación, ¿por qué querías que la viera?

—Porque presenta unos delirios que me recuerdan a Gabriel Rees antes de que saltase del tejado de la iglesia de la Ciencia Cristiana. Tengo como una corazonada que me dice que está todo conectado con lo que está pasando..., con el síndrome de Boston, de una extraña manera.

Al fondo, el camino que habían tomado, parcheado por el luminoso sol de primavera que se colaba entre los árboles, se abrió a unos céspedes immaculados. La residencia estaba en una mansión neogeorgiana que parecía más la vivienda de algún aristócrata de Nueva Inglaterra que unas instalaciones hospitalarias.

—¿Está aquí? —preguntó Macbeth, que de pronto pareció incómodo.

—Sí. —La expresión de Corbin también se agravó—. Ay, vaya, de hecho está en la misma habitación. Perdona, John, no había caído...

—No pasa nada. —Macbeth forzó una sonrisa—. Es agua pasada.

—¿Estás seguro? Puedo hacer que la trasladen al edificio principal.

—No hace falta. A mí se me había olvidado hasta que he visto el edificio.

Todos los médicos pierden a un paciente u otro en algún punto de su carrera. En el caso de los psiquiatras la espada de Damocles sobre sus cabezas es que algún paciente, a menudo por un cambio repentino e impredecible de humor, se quite la vida. A él le había ocurrido allí, con una persona que tenía a su cargo. Su último caso de medicina clínica se había alojado en la habitación que en esos momentos ocupaba Deborah Canning. Lo acusaron de mala praxis y de cometer un error garrafal en el diagnóstico, pero él mismo fue su mayor crítico, y sus dudas sobre su capacidad para relacionarse con la gente y comprenderla lo alejaron de la práctica médica y lo llevaron a la investigación pura y dura.

—¿Estás seguro? —volvió a preguntarle Corbin.

—Sí, sí.

—Vale. —Corbin pasó el primero—. Como sabrás, Debbie trabajaba en la industria de los videojuegos, de hecho era la jefa de Melissa, y se dedicaba a diseñar y programar software. Es una mujer de una inteligencia increíble, y ya sabemos que cuando un cerebro de tal brillantez se vuelve contra sí mismo es un enemigo muy difícil de combatir. Se trata de una paciente de pago y fue ella quien se internó *motu proprio*. Su familia vive aquí en Boston y, por lo visto, hace mes y medio se presentó en su casa sin previo aviso, en un estado de angustia considerable. Salió sin más de su oficina en San Francisco, se compró un billete de avión con la tarjeta de crédito y voló hasta la otra punta del país sin molestarse en cambiarse de ropa o hacer una maleta. A los cuatro días de que Debbie llegase a Boston, Melissa y el resto de los de la empresa se suicidaron.

—¿Lo sabe ella?

—Hice unas diligencias para que nadie la informara... Y no te creas, me trajo más de un problema con la policía, que quería interrogarla... Pero estoy convencido de que lo sabe: o bien se lo huele o bien salió de allí corriendo porque sabía lo que se cocía.

—Entonces, ¿por qué estás tratándola?

—Su estado es muy difícil de definir. Al contrario que Gabriel Rees, ella sí que tiene historial clínico: síntomas de bipolaridad durante la mayor parte de su vida adulta y tratamiento por trastorno de déficit de atención en la adolescencia. Cuando llegó aquí, estaba sumida en lo más profundo de una depresión psicótica de categoría. Empecé dándole asenapina pero ya se la he ido reduciendo. Tengo la impresión de que, tenga lo que tenga, no va a curarse con fármacos, de modo que he estado someténdola a sesiones de terapia intensas.

—¿Y por qué querías que la viese? Antes de saber lo de la conexión con Melissa y todo eso...

—En las últimas cuatro semanas..., no sé, supongo que la mejor manera de decirlo es que Debbie ha empezado a desvanecerse... Es el caso más palpable, aunque lúcido, de desrealización y despersonalización con el que me he cruzado. Se niega a aceptar que existe o que ha existido. Espero que no te importe pero, después de lo que pasó con Gabriel, y dado que tú mismo vives episodios de despersonalización, pensé que podrías iluminarme al respecto. Si te soy sincero, estoy empezando a desesperar: se ha despojado de tal forma de toda noción del yo que no parezco lograr llegar a ella, y menos aún traerla de vuelta.

—Ah, ahora entiendo: quieres una segunda opinión de un colega al que le falta el mismo tornillo —señaló Macbeth con una sonrisa.

—Digamos que de alguien que es capaz de empatizar con al menos algo de lo que está pasándole por la mente. Mira, John, es realmente el caso más extremo con el que me he enfrentado. Sé que te parecerá una locura pero a veces me veo creyéndola: como si la razón de no poder llegar a ella fuese que en realidad no existe...

La habitación de la esquina, que gozaba de vistas tanto a los céspedes como a la arboleda, estaba justo como la recordaba Macbeth. Aparte del cartel protocolario de incendios tras la puerta de seguridad, era tan poco institucional como el propio edificio que la albergaba. Era luminosa y espaciosa, con las paredes pintadas en azul celeste. El gran cuadro abstracto sobre la cama individual era un insulso arreglo de formas y azules y verdes pastel: carente de geometrías o colores estridentes para no alterar a nadie. Aunque el mobiliario era nuevo y funcional se habían molestado en intentar que armonizara con la época y el estilo de la residencia.

Deborah Canning, vestida con vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta azul oscuro, estaba en un sillón tapizado junto a la ventana. Macbeth la reconoció al

instante por la fotografía de la página web de la empresa de Melissa. Estaba sentada con la espalda erguida, pero no rígida, con el codo en la mesita y la mano sobre un grueso libro de arte de tapa dura.

Lo primero que le llamó la atención fue su serenidad. La calma que desprendían su rostro y su actitud era casi contagiosa y parecía llenar la habitación con una sensación de paz. Atractiva, de treinta y pocos años, Deborah habría sido guapa si su boca hubiese sido un poco menos pequeña y su nariz un poco menos larga. Los ojos, sin embargo, eran impresionantes: grandes, claros y color esmeralda. Tenía la tez pálida y el pelo de un color castaño poco llamativo. Al ver entrar a los dos médicos se volvió y les dedicó una sonrisa cordial y tranquila.

—Hola, Debbie. Te presento a un colega mío, aquel del que te hablé, el doctor John Macbeth.

—¿Como el rey escocés? —preguntó volviéndose para estudiarlo.

—Como el rey escocés.

—Pero ¿a quién de los dos Macbeths se parece usted?

—No entiendo...

—Hay dos Macbeths —explicó ella con voz calmada y entonación suave—. El histórico, el «real», fue un rey muy querido que cosechó muchas victorias, mientras que el ficticio, el de Shakespeare, era un asesino despiadado y un tirano. Es la gran ficción la que todo el mundo recuerda, en lugar de la verdad, más pequeña. Así que, ¿a cuál de sus homólogos prefiere: al de la ficción recordada o al del hecho olvidado?

—Me temo que no tengo nada ni de regio ni de shakesperiano... Soy el Macbeth que intenta no dejar en números rojos la tarjeta de crédito. ¿Le importa que nos sentemos?

Cuando la mujer asintió ambos psiquiatras cogieron sendas sillas y se sentaron frente a ella.

—¿Qué has estado haciendo hoy? —le preguntó Corbin.

—¿Haciendo? —Frunció el ceño—. Pues han llegado sonidos de fuera. Voces... y pájaros, sobre todo pájaros. Un par de camiones, a lo lejos.

—¿Te gusta escuchar sonidos, Debbie? —le preguntó Macbeth decidiéndose por el tuteo.

—Yo no escucho, oigo. Y solo los oigo porque otra gente los oye.

—Pero sí que oyes a esa gente... Estás aquí y puedes escucharla.

—*Cogito*?

—¿Perdón?

—El *cogito* de Descartes... El martillo con el que intenta partir mi delirio en dos. Si percibo, es que pienso. Pienso, luego existo. *Cogito ergo sum*.

—Sí, bueno, algo parecido.

—¿Sabe qué es lo que tiene gracia? Que Descartes casi lo clavó... Pero debería

haber dicho: pienso, luego pienso que existo.

—Te equivocas, Debbie. Sabes que existes pero, debido a los problemas que estás teniendo, a algunos traumas, estás intentando distanciarte de la realidad. Es un mecanismo de defensa como otro cualquiera. Yo sé que existes, y el doctor Corbin también. Ambos te vemos y te oímos.

—Me temo que esa lógica no es consistente. Yo sé alguna que otra cosa sobre esto, la cognición y la percepción. En mi trabajo me valía de trucos y aparatos para jugar con la percepción de la gente. Porque que exista como una percepción en su mente no significa que realmente exista como un objeto distal en la realidad... ¿He elegido bien las palabras?

Macbeth sonrió y asintió.

—Sí, Debbie... muy bien.

—¿Y si solo existiera en su cabeza? —Lo miró como con ojos suplicantes, dejando entrever por primera vez cierta emoción en su expresión—. ¿No se lo ha cuestionado nunca? ¿Nunca ha barajado la posibilidad de que todo esto (todas las cosas y las personas que lo rodean) no existan más allá de su cabeza? ¿Cómo sabía que yo estaba aquí antes de entrar en el cuarto? Usted cree que tengo delirios pero lo cierto es que solo me diferencia una cosa de los demás: yo sé que no existo, mientras que los demás lo han sospechado al menos una vez en la vida, han cuestionado la realidad del mundo que los rodea o a sí mismos.

—Entonces, ¿por qué aceptamos todos que existimos?

—Porque los engaños se amontonan, forman capas unos encima de otros, desde que somos niños. Engaños, conceptos, constructos sociales. Edificamos un consenso sobre qué es la realidad, sobre nuestra propia existencia, y a todo aquel que lo cuestiona se lo tacha de loco.

—¿Y qué hay de los filósofos o de los físicos cuánticos? O los neurocientíficos... ¿Acaso ellos no ponen en entredicho la realidad? Y nadie los tacha de locos...

—Se los tacha de pensadores abstractos. Nadie cuestiona su opinión sobre la realidad porque nadie la entiende. Revisten lo que es sencillo y observable en la vida cotidiana de un lenguaje que nadie entiende. Nublan la verdad en lugar de iluminarla.

—¿Y cuál es esa verdad?

—¿Le suena el modelo de ocho circuitos de consciencia de Timothy Leary?

—Algo he oído.

—El octavo circuito es donde reside la verdad. La Mente Suprema, o cuántica. La consciencia es lo que más cuesta definir: por qué yo veo el mundo desde mi ventana y tú desde la tuya. ¿Alguna vez se ha preguntado si compartimos la misma consciencia única pero a la vez solo experimentamos un punto de vista?, ¿que tal vez cuando muera se despertará como yo, Gandhi, Hitler, o un niño africano hambriento de esos que salen en la tele? No lo pensamos porque tenemos el pensamiento

suprimido. La supuesta realidad es cómplice en la supresión de la libertad cognitiva. Prohibimos las drogas que alteran los estados de consciencia, creamos religiones para confinar y canalizar los pensamientos de los demás y los propios. ¿Cómo sabe que no soy un invento de su percepción?

—Porque no tengo tanta imaginación, Debbie. Sé que existes.

—Ya le he dicho que sé mucho sobre percepciones de la realidad. Se me considera la mejor programadora de JRA del país, y estoy entre los tres mejores del mundo.

—¿JRA?

—Juegos de Realidad Alternativa. Una inmersión total en otra realidad. Aprendí todos los trucos (e inventé más de la mitad) sobre cómo engañar a la mente humana para que crea que está en un lugar en el que no está y experimente un entorno que tampoco existe. —Volvió a sonreír y Macbeth se fijó en que le tembló la comisura del labio—. ¿Me haría un favor? Mire hacia atrás. Venga, por favor, síganme la corriente..., los dos, miren hacia atrás y tomen nota de lo que ven.

Ambos se volvieron y contemplaron la habitación.

—Ahora vuelvan a mirarme y no miren atrás.

Giraron las cabezas.

—Díganme qué hay detrás de ustedes. Pero hagan lo que hagan, no miren hacia atrás para hacer memoria.

—¿Detrás de nosotros? Pues tu habitación, Debbie —respondió Corbin—. Tu cama, tu armario, la bata..., el cuadro de la pared, la puerta que da al pasillo.

—¿Lo ven? Está usted mirándome pero se imagina el cuarto que ha visto. Lo está recreando en su mente a pesar de que ya no lo ve.

Se quedó mirando al espacio entre ambos hombres, más allá, por detrás de ellos. Se le disipó la serenidad del rostro: por un momento su expresión reveló dolor y desesperación, pero al poco estos se desvanecieron y recuperó la calma fría e inexpresiva.

—¿Saben qué veo yo, ahora que no ven? Todo lo que han descrito estaba allí pero solo cuando miraban. Estaba allí porque miraban. Ahora ya no está. Yo no lo veo porque no puedo generarlo. No existe porque yo no existo y por tanto no puedo crearlo.

—Entonces, ¿qué hay, Debbie? —quiso saber Macbeth.

—Nada. No hay nada, solo un vacío que no puedo describirles porque no tiene ni dimensión, ni color ni forma.

El rostro seguía en calma pero los ojos le brillaban, y se le formó una lágrima en el rabillo del ojo que le bajó por la mejilla.

—Estoy mirando detrás de ustedes y no hay nada. Estoy mirando detrás de ustedes y solo veo el más aterrador de los vacíos.

Zhang. Provincia de Gansu

Zhang Xushou entornó los ojos contra la punzante luz del sol, que era demasiado fuerte. Al igual que el resto de los aldeanos de ojos claros de Lijian, era muy sensible a la luz del desierto, aunque ese día era distinto. Ese día, mientras montaba guardia una vez más en la linde del pueblo, el sol parecía haberse extendido sobre la sábana del cielo y, en lugar de difuminarse, se había intensificado; en el horizonte no se distinguía qué era el resplandor del cielo y qué el reflejo de la arena. Se sentía como ante un sol más brillante, de un tiempo pasado que no recordaba. Esa sensación vaga se convirtió en un *déjà vu* que a su vez pasó a ser un potente sentimiento de inquietud e irrealdad. Cerró los ojos para tomarse un respiro y calmarse, para reflexionar. Tal vez estuviera poniéndose mala; o quizá fuera simplemente la angustia por su inminente marcha a la universidad.

O podía ser que fuera realmente la Era de las Visiones y, cuando abriese los ojos, vería a su antepasado romano marchar por el desierto entre destellos, junto a su cohorte. Al fin y al cabo ya llevaba mucho tiempo esperando eso.

Cuando abrió los ojos de verdad, el sol seguía brillando con fuerza, pero menos que antes. Y supo que no era ningún virus ni ninguna fiebre, que no había nada que estuviera engañando a su mente. Lo que experimentaba era realmente externo, estaba allí.

Pero no podía ser.

Zhang seguía en la linde del pueblo contemplando el desierto del Gobi. Salvo por que el desierto había desaparecido: al océano de arena lo había sustituido uno de verdad, de aguas azules que relucían bajo el sol. Zhang estaba a la orilla de un mar o un lago que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y el aire rezumaba ozono y le llenaba los pulmones. Dio un paso vacilante hacia atrás. No era solo imposible, sino lo más imposible que podía haber: un océano donde llevaba existiendo un desierto miles de años, un desierto que se extendía más de tres mil kilómetros cuadrados al año.

Un desierto que de pronto y sin explicación aparente había desaparecido.

Lo más raro era que sabía que no estaba loca. Por mucho que estuviera siendo testigo de una locura, sabía que era una locura externa. Lo que veía era claramente una alucinación aunque no era ella quien la alucinaba. La imagen del Muro del Cielo desmoronándose que le había metido en la cabeza el viejo Zhia Bao la embargó de

miedo. Sintió que el corazón le aporreaba el pecho y que en su interior cundía el pánico.

Y entonces lo oyó, a su espalda.

El sonido de algo monstruoso.

Zhang Xushou se volvió. Todo músculo, todo tendón y fibra de su cuerpo se quedaron paralizados por un miedo absoluto que manó y fluyó por su sistema nervioso y la desposeyó de la capacidad de moverse, hablar o respirar. Algo encerrado en su interior, en la parte más primitiva de su ser, estalló; estaba por encima de impulsos de lucha y fuga, plena y totalmente a merced de su propio terror.

Eso, y el bicho que tenía ante sí.

Era un monstruo. Cabeza de lobo, forma de lobo y aspecto de lobo pero con rayas de tigre y cinco veces el tamaño de cualquier lobo. Era algo demoniaco surgido de una pesadilla, una maraña gigante de ojos amarillos, piel, dientes y fauces. Aterrada, Zhang no se molestó siquiera en buscarle sentido a aquel bicho, en comprender que era absurdo que hubiera un lobo más grande que un caballo, pero su cerebro reparó en algo más allá del tamaño del monstruo que le hizo pensar en otra cosa distinta a un lobo. Tenía un cuerpo voluminoso y muy musculoso y la piel gruesa, pero la monstruosa cabeza y las fauces de tamaño desmesurado parecían no guardar proporción alguna con el enorme cuerpo.

El monstruo lobuno no la había visto. Caminó con cara de pocos amigos por la arena, hasta el borde del agua. Y fue entonces cuando Zhang se fijó en que no tenía ni zarpas ni garras: los pies del bicho no se parecían a nada que hubiese visto antes..., si acaso tenían cierto parecido con las pezuñas de una cabra, aunque más angulosas y afiladas. Hurgó en su memoria en busca de cualquier cosa que hubiese visto en un libro, oído en una fábula inverosímil o algún cuento de hadas en los que saliera una quimera parecida.

El *tiangou*: el perro-demonio de la leyenda china que se comía el sol y provocaba los eclipses. Aquel ser, aquel monstruo que tenía delante... tenía que ser eso. Comprendió que el *tiangou* existió, aunque no en la leyenda o las supersticiones sino en el mundo de carne y hueso. Era la realidad en la que debió de basarse la leyenda.

Pero el mar... eso no explicaba ese mar donde antes había un desierto. Y ¿por qué nunca había oído que otra gente hubiese avistado a esa bestia?

El bicho seguía sin verla, y la mente de Zhang le chilló en silencio a su cuerpo que se moviera, sin correr, que se fuese apartando muy lentamente y regresara al pueblo. Por un momento su razón no consiguió quebrar el hielo de su miedo, que seguía teniéndola inmóvil, pero entonces, con una lentitud dolorosa, sin respirar y con los ojos clavados en la bestia, empezó a echar un pie hacia atrás y luego el otro.

El *tiangou* sacudió su enorme cabeza en dirección a Zhang, a quien la sorprendió la velocidad del movimiento pese al tamaño del cráneo. Emitió un rugido, que no se

parecía al del león ni al del lobo ni al de ningún otro ser conocido: fue un gemido prolongado, profundo y atronador, que le resonó por todos los huesos. La bestia hundió su imposible cabeza entre los hombros descomunales, que se movían como pistones lentos al andar. Zhang nunca había visto un monstruo hasta entonces pero reconoció esa forma de andar: el paso lento y medido del depredador que se prepara para el ataque.

La Era de las Visiones.

Zhang pensó en todas las historias que había oído: en la gente presa del pánico al ver cosas que no existían, sollozando ante la visión de seres queridos que llevaban años muertos. «Visiones... no te hacen daño... no son reales». Sin embargo, lo que tenía delante, por improbable que fuese, era tan real como cualquier cosa que hubiese vivido.

Otro rugido berreante del *tiangou*. Caminó encorvado y volvió a detenerse, con una mirada inerte y fría en sus ojos amarillos. Zhang sabía que se avecinaba el ataque. El monstruo cubrió la distancia entre ambos en un instante.

La chica cerró los ojos.



Los mantuvo bien apretados. Se tapó las orejas con las manos y les ordenó al *tiangou*, al océano-desierto y al sol demasiado intenso que desaparecieran.

Cuando volvió a abrirlos el mar seguía centelleando bajo un cielo brillante y el aire seguía oliendo y sabiendo distinto. El *tiangou*, en cambio, ya no estaba delante de ella. Lo oyó bramar de nuevo, se giró en redondo y lo vio a sus espaldas. Y vio al mismo tiempo a otra bestia imposible. El monstruo no había lanzado su ataque contra ella sino contra aquel otro ser. Le recordó a un rinoceronte pero al mismo tiempo era demasiado grande y no tenía cuernos en la cabeza, sino dos protuberancias aplanadas que parecían cucharas sobresaliéndole de la punta del hocico. Saltaba a la vista que el *tiangou* ya lo había atacado: Zhang vio una brecha horrenda que desgarraba una armadura de una piel gruesa y con pliegues. La bestia emitió un largo berreo de dolor mientras el *tiangou* se erguía sobre los cuartos traseros, torcía el cuello y abría las fauces de par en par. Cayó sobre su presa, cerrando el cepo de su mandíbula en torno a la nuca del bicho. A pesar de la constitución robusta del animal, los dientes del *tiangou* le penetraron el pellejo y el músculo y le hicieron añicos el hueso. A Zhang le produjo náuseas el ruido. El bicho pareció perder toda su fuerza al instante y las rodillas cedieron bajo su peso y se dobló en dos con un estrépito que reverberó. El *tiangou* desgarró la carne sin contemplaciones y empezó a comérsela antes de que desapareciera de ella el último asomo de vida. El aire hedía a sangre y carne cruda y desgarrada, lo que vino a sumarse a la náusea de Zhang. Cayó en la cuenta entonces

de que el *tiangou* estaba entre ella y el pueblo; no tenía dónde esconderse, adónde huir. Tendría que pasar al lado de la carnaza para ponerse a salvo. Contando con que el monstruo lobuno estaría demasiado ensimismado en su festín para fijarse en ella, describió un amplio arco para rodearlo, resistiendo todo el rato el impulso de echar a correr, sin quitarle ojo al monstruo.

Avanzó con movimientos constantes, asegurándose en todo momento de andar muy lento para no despertar ninguna reacción depredadora en el monstruo, pero lo suficientemente rápido para pasar de largo antes de que terminase de desgarrar el último trozo de carne de su víctima.

La bestia levantó la enorme cabeza, con el morro empapado en sangre y un tendón de su presa desgarrado entre los dientes, y se quedó mirando fijamente a Zhang con sus ojos amarillos, fríos e inertes. La chica se paró y calibró la distancia que la separaba de las primeras casas del poblado. No había manera de llegar ni a la mitad del camino sin que la alcanzase, le desgarrara la carne y le hiciera añicos los huesos con sus enormes fauces.

Eso era todo. Allí moriría, y de esa manera, sin ser capaz de ponerle un nombre a lo que iba a darle muerte. Acto seguido, sin embargo, se dio cuenta de que la bestia no la miraba a ella, sino a través de ella, del mismo modo que lo había hecho antes de atacar al extraño ser rinoceróntico. Para la bestia no existía.

La Era de las Visiones. Lo que estaba experimentando parecía, se sentía y olía como algo real pero era una visión, una ilusión. No era más real que lo que podía aparecer en un televisor o una película.

Estaba convencida de que era una alucinación, sí, pero ¿tendría el valor para poner a prueba esa convicción? Zhang dio un paso de lado: un paso amplio y confiado. La mirada del monstruo continuó en el mismo punto, no la siguió. Otro paso. El monstruo rugió, y la chica volvió a sentir que el sonido reverberaba por su carne y sus huesos. Era real. Se debatió contra el pánico que la recorría y dio otro paso hacia el lado y luego uno más. Se había apartado de la línea de visión de aquel ser pero este seguía sin volverse para seguirla. Al cabo de un momento el *tiangou* perdió interés en lo que quiera que estuviese mirando, volvió al cadáver de la presa que acababa de cazar y empezó una vez más a desgarrarle las entrañas.

Zhang echó a correr con todas sus fuerzas hacia el pueblo. Corrió como nunca lo había hecho y sin mirar hacia atrás para comprobar si el monstruo, alucinación o no, la perseguía.

John Macbeth. Boston

Macbeth se dio cuenta de que cada vez era más consciente de la estancia, como si Deborah Canning estuviera arrastrándole a su cada vez más estrecho círculo de percepción. Fuera, se levantó una ligera brisa y la luz del sol que entraba en el cuarto se oscureció por unos segundos antes de volver a brillar.

—¿Por qué no ves nada detrás de nosotros, Debbie? ¿Y cómo es posible que nosotros sí podamos y tú no?

—Imagínese lo siguiente: está en un pasillo lleno de espejos, decenas y decenas colocados de forma que crean reflejos recursivos infinitos. Lo rodea un sinfín de yoes. ¿Cómo puede estar seguro de que el real es usted y no uno de los reflejos?

—Porque yo puedo pensar, y el reflejo no.

Debbie se echó a reír, en tono bajo y con una pizca de amargura.

—Ahí es donde se equivoca, doctor Macbeth. El proyecto en el que está trabajando consiste en poner un espejo ante usted y crear un reflejo de la mente humana. Pero la idea es que ese reflejo piense por sí solo, que se crea real.

Macbeth se quedó pasmado por un momento.

—¿Cómo sabes en qué trabajo?

—Porque lo hablamos.

—¿Tú y quién más?

—Y Melissa. Ella me hablaba a menudo de usted. Pero sobre todo hablamos de su trabajo.

Macbeth estuvo a punto de preguntarle otra cosa, de interrogarla sobre qué le había dicho Melissa de él, pero se contuvo.

—Entonces, ¿estás diciéndome que eres un reflejo? Pero yo te veo y el doctor Corbin también. Sabemos que eres real.

—No... lo que pasa es que se han engañado para creer que soy real. ¿Le suena el concepto de trampantojo?

Deborah cogió el grueso libro de arte que tenía en la mesa junto a la ventana y se lo tendió: *El ojo burlado: El arte del engaño*. Fue pasando las páginas mientras el médico sostenía el volumen y se detuvo al llegar a una fotografía de un cuadro colgado en una galería. Aparecían dos jóvenes subiendo por una escalera de caracol que se perdía de vista. La fotografía estaba enmarcada por tres lados y daba la impresión de ser una puerta en la pared, más que un cuadro; por debajo una escalera

real de madera en tres dimensiones, con el mismo color y forma que la del cuadro, surgía de la pared y bajaba hasta el suelo. La composición creaba una ilusión óptica de profundidad y dimensión.

—El *Staircase Group* de Charles Willson Peale —les explicó Deborah—. Las figuras del cuadro son a tamaño real..., los propios hijos de Peale. Con una fotografía no se capta todo el efecto, pero la impresión fue lo suficientemente potente para engañar a George Washington, que creyó que era real cuando lo vio por primera vez. El trampantojo se remonta al mundo clásico: los murales que pintaban los griegos y los romanos estaban hechos para que los interiores parecieran más espaciosos y majestuosos. Cuando el maestro renacentista Giotto era todavía aprendiz de Cimabue, pintó una mosca sobre uno de los frescos de su maestro. Tenía tanta vida que Cimabue intentó quitarla de la pared. —Deborah volvió a coger el libro, lo cerró y lo dejó justo en el mismo sitio de donde lo había cogido, todo con movimientos muy precisos—. ¿Lo ve, doctor Macbeth? Es lo más fácil del mundo confundir a los sentidos, engañar a la mente para que acepte algo como real cuando en realidad es falso.

—Entonces, en tu opinión, ¿quién se engaña? ¿Tú, que no ves la habitación que tenemos detrás o nosotros por verla?

—Todos nos engañamos: ustedes por creer que yo y la habitación existimos; y yo por dudar de mi falta de existencia. Pero cuando me centro en eso, cuando acepto que no tengo presencia independiente de las mentes de los demás... es entonces cuando veo la nada.

—¿Entonces existimos porque vemos lo que tú no puedes? —le preguntó Macbeth.

—No, tampoco existen. Somos todos reflejos. Solo que usted piensa que existe y que la habitación existe. Yo sé que ni yo ni la habitación existimos.

Macbeth señaló la ventana con la mano.

—Hace tan solo un momento la luz del cuarto se ha oscurecido y el borde de la cortina se ha movido. No necesito mirar fuera para saber que se ha levantado el viento o ver que una nube ha pasado por delante del sol y lo ha oscurecido para saber que la nube y el sol están ahí. No es necesario sentir o experimentar algo para saber que existe.

—Yo también he leído a Hegel y a Kant. En cuanto a los árboles, las nubes y las cosas-en-sí..., ya sabe a qué me dedicaba: a crear mundos. Miles de mundos. Programas tan complejos y convincentes y entornos tan reales que, durante horas sin fin, la gente dejaba esta realidad para vivir en la mía. En mis mundos también había nubes, brisas y árboles.

—Y tal vez sea precisamente ese trabajo tuyo lo que ha dañado tu relación con la realidad. Mira, Debbie, sé que crees que se trata de una experiencia exclusivamente

tuya, y que se te ha revelado algo que nadie más puede entender, pero tienes que creermelo cuando te digo que es un delirio muy corriente. Creo que padeces una modalidad del síndrome de falsa identificación delirante. Es muy común pero los detalles varían mucho: los que padecen el mal de Capgras creen que sus amigos y sus familiares han sido sustituidos por impostores idénticos; el síndrome de Fregoli hace que creas que todo el mundo es en realidad la misma persona disfrazada. El de Cotard te convence de que estás muerto mientras que la paramnesia reduplicativa te hace creer que te han secuestrado y te han trasladado a una copia exacta de este mundo. ¿Acaso no ves la similitud con lo que estás sintiendo?

—Eso son delirios y un delirio es una mentira. Lo que yo sé no es mentira.

—Lo que pasa con los delirios es que, por definición, no puedes reconocerlos como falsos. Parecen reales y lógicos. Eres una mujer muy inteligente, lo que quiere decir que tu propio delirio es inteligente. Es elaborado y coherente.

Corbin le dio un ligero toque en el brazo a su amigo y luego le dijo a Deborah:

—Veo que estás cansándote. Será mejor que nos vayamos y te dejemos descansar. Volveré pronto con el doctor Macbeth, si te parece bien.

—Como quieran. —La mujer se volvió hacia la ventana, su rostro ya vaciado de cualquier animación que pudiera haber tenido—. No estaré aquí. Todavía.

Jack Hudson. Nueva York

«Envejezco... Envejezco... Tengo que llevar
los pantalones enrollados»^[1].

Como una canción pegadiza e irritante, no podía sacárselo de la cabeza: el verso de Eliot, del poema «La canción de amor de J. Alfred Prufrock», se le repetía una y otra vez y se entrometía en sus pensamientos mientras hacía un cálculo mental de la edad del productor ejecutivo de contenidos que tenía enfrente. Hudson supuso que había trabajado en televisión más tiempo de lo que Tony Elmes llevaba en este mundo. La industria televisiva se había convertido en una infantocracia y había caído en las manos despreocupadas e inexpertas de adolescentes de radiantes caras lozanas llenas de entusiasmo inexpresivo y cabezas llenas de pájaros. Pero si Hudson era sincero consigo mismo, siempre había sido así; como cuando él mismo era un joven con un resplandeciente rostro lozano lleno de entusiasmo barato y la cabeza llena de pájaros.

Tenía que admitir que su cara no era ya ni radiante ni lozana. El hombre de mediana edad que le devolvía la mirada todas las mañanas cuando se afeitaba se lo decía, y le hacía enfrentarse a una realidad que no quería aceptar. Su belleza oscura y su vigor aún más oscuro se habían vuelto saturninos y huraños. ¿Cómo podía estar rozando los sesenta años cuando hacía nada que tenía veinticinco?

«Envejezco... Envejezco...». El verso se le repitió de nuevo. Hudson dudó seriamente de que Tony Elmes supiese siquiera quién era Eliot. No era que fuese un descerebrado o un inculto, nada más lejos; lo que pasaba era que pertenecía a esa generación ultraconectada y de información instantánea que parecía haber surgido de la nada. No, Elmes no era un capullo, pero en ese preciso momento a Hudson le consolaba pensar que sí.

Ambos estaban en el «espacio de encuentro» sin puertas de la cuarta planta. Hudson recordó cuando las reuniones se hacían en despachos o salas a tal efecto, en habitaciones con puertas. La gente ya no tenía reuniones, ahora eran «*meetings*» en «espacios de encuentro» pensados para «informalizar la interacción entre creativos». Era todo una patraña. Cuando empezó en aquel oficio, si querías «informalizar la interacción creativa» te llevabas al director y al productor al bar de la esquina de la Quinta Avenida y te emborrachabas con ellos. Algunas de sus mejores ideas para

documentales habían salido de un vaso de whisky. En esos momentos se encontraba, con la desesperación rezumando por el suave cuero del sillón bajo, con un productor ejecutivo al que cualquier barman le pediría el carné, en una estancia sin puertas de una cuarta planta que estaba llena de sillones mullidos, alguna que otra mesa, trabajos creativos de la empresa expuestos por las paredes y una máquina de expreso en la esquina.

—Lo único que quiero es hacer buena televisión, Tony —le repitió.

—Eso es lo que queremos todos, Jack. Y eso es justo lo que estamos haciendo —le respondió Elmes asomando un tono de reprimenda en la voz.

—Me refiero a la televisión buena que se hacía antes. De calidad, con documentales y series de calidad. No más mierda de *realitys*.

—Mira, Jack, nosotros no producimos mierda. *Realitys* sí, pero mierda no. El público pide *reality shows* y no podemos ignorarlo. Lo que intentamos es crear *realitys* que sean mejores que el resto.

—Estupendo... competir por ser el más alto de Lilliput. Los *reality shows* y los culebrones son televisión para el populacho... Y tú lo sabes, yo lo sé, todo el mundo lo sabe. Ni siquiera tiene nada que ver con la realidad: solo es gente real que finge ser gente real pero que interpreta su vida como si tuviese un papel en una película. Es estúpido, cutre y atonta las mentes.

—Eso no es más que un rollo elitista, Jack. No te tenía por un esnob intelectual...

—Decir que no deberíamos programar pornografía infantil solo porque podría tener un mercado no es ni elitismo ni esnobismo intelectual, es simplemente sentido común y decencia. Lo único que impide a alguna gente de este negocio cubrir esa demanda es que es ilegal. Si no fuera por eso, a saber qué pasaría —insistió el mayor.

—Eso no te lo crees ni tú, Jack.

—¿Que no? Dale cancha a la gente y verás cómo traspasan todos los límites. La idea de comedia en el Coliseo de Roma eran competiciones a muerte entre gladiadores que eran ciegos, tullidos o simples chiquillos. Y en las arcadas del Coliseo, se podía comprar lo que se quisiera para lo que fuese, inclusive niños. La gente caería así de bajo... la única diferencia es que ahora tenemos tecnología para facilitarlo más rápida y eficientemente. Internet es nuestro Coliseo y la televisión está poniéndose a su altura. Tenemos que tomar algún tipo de postura moral.

—¿De postura moral? —preguntó incrédulo Elmes.

—Ya sabes a lo que me refiero... Lo único que quiero es que hagamos una televisión de la que nos sintamos orgullosos.

—Me hago cargo, no creas que no. Y no hay nadie que trabaje en este departamento que no sea consciente e incluso admire tu pedigrí y tu reputación. Pero la época de ese tipo de programas de los que hablas pasó. Lo siento, lo siento de veras, pero es un hecho.

—¿Estás diciéndome que estoy desfasado, es eso? ¿Que ya no hay sitio para mis documentales en este Mundo Feliz de famosos de pega y realidad falsificada?

—Por Dios, Jack, claro que no. Lo que estoy diciendo es que la época dorada de la televisión, tal y como la concebimos, quedó atrás, por mucho que me duela decirlo. Ya no podemos justificar un presupuesto para lo que son básicamente documentales políticos. Ya no emitimos televisión en abierto, sino en cerrado. Ya no sé siquiera si podemos seguir llamándola televisión: no mientras haya tanta gente que ve nuestros programas en el ordenador, la *tablet*, el portátil o el teléfono como la que los sigue por televisores convencionales.

—¿Y eso no significa simplemente que tenemos más audiencia que nunca? La gente es inteligente, Tony. Solo son tontos si los tratas como tales. Yo creo que hay un público para esto... —Hudson clavó un dedo sobre las dos propuestas que había en la mesa entre ambos.

—Lo siento, Jack, pero nosotros no hacemos estas cosas. La cuestión no es ganar un premio Big Sky o un Full Frame, sino ganar espectadores. El Nielsen puro y duro.

Elmes suspiró, se recostó en la silla y se pasó ambas manos por su pelo oscuro. Cuando se lo retiró de la frente, Hudson se fijó con un goce malicioso en que el joven empezaba a tener entradas. «Seré viejo —se dijo—, pero por lo menos todavía conservo todo el pelo».

—Sé que cuesta aceptarlo —prosiguió el joven—, pero las cosas han cambiado. Todo gira en torno a la realidad en vivo, no al efecto Ken Burns. Como he dicho, hubo un tiempo en que la audiencia estadounidense se interesó por lo que ocurría en el mundo que la rodeaba, que miraba al exterior y a las vidas de los demás. Eso ha cambiado. La televisión ha dejado de ser un telescopio: ahora es un microscopio. La cuestión ahora es mirar hacia dentro, hacia nosotros mismos, a vidas como la nuestra. No te digo que me parezca bien, pero así son las cosas.

—¿Y ya está?

—Sí, ya está. O al menos en lo que a tus ideas se refiere. Lo siento. —Elmes se echó hacia delante y apoyó los codos en la mesa, acortando la distancia entre ambos—. Quiero que sepas una cosa, Jack: yo veía todo lo que hacías cuando estaba en el instituto y luego en la facultad. Todos tus documentales. Siempre me parecieron, y siguen pareciéndome, parte esencial de mi educación. Fuiste una gran influencia para mí... una inspiración. Y en gran medida la razón por la que escogí la televisión como mi oficio.

Hudson abrió las manos de par en par en un gesto que quería decir: «¿Y entonces qué quieres?». Era un acto mezquino y poco afortunado, y lo sabía.

—Todavía necesitamos tu talento —prosiguió el joven sin dejarse amilanar—. Un talento que podemos utilizar para conseguir un gran efecto. Cuando tu nombre respalda un proyecto le confiere peso, importancia. Y creo que tenemos algo que

sería perfecto para ti. Algo que puede beneficiarse de tener un productor con tu experiencia. Y además es un documental.

—Vale, cuéntame —suspiró Hudson.

—¿Te suena el nombre de John Astor?

John Macbeth. Boston

De regreso Macbeth y Corbin volvieron por el espacio abierto verde del Upham Bowl, frente a la explanada delantera del edificio de administración, y pasaron por una pequeña loma con un arce. En su época en el McLean, Macbeth pasó muchas tardes sentado en la hierba bajo ese árbol en concreto, mientras escribía apuntes para sus investigaciones. Siempre había entendido por qué para muchos el McLean proporcionaba un entorno que auspiciaba el esfuerzo creativo: había sido allí donde la campana de cristal de la depresión de Sylvia Plath se levantó, al menos temporalmente, y donde la poeta halló inspiración para escribir su única novela.

—Bueno, ¿qué piensas? —le preguntó Corbin cuando comían en el comedor Marneffe.

—¿Sobre la carbonara o sobre Deborah Canning? —Macbeth removió la pasta con el tenedor—. Empiezo a tener la desagradable sensación de que tú no habías olvidado al último paciente que tuve aquí, al que traté en esa misma habitación.

—Debbie presenta los mismos síntomas típicos del trastorno de identidad disociativa que tu paciente en su momento: despersonalización, desrealización, amnesia y pérdida de la personalidad.

—Sí, eso ya lo he visto, pero mi paciente presentaba el síntoma esencial: personalidad múltiple. Debbie no tiene eso; más bien hace lo que puede por aferrarse a la que tiene.

Corbin se echó hacia delante para sugerir:

—¿Y si tuviera álgter egos... otras personalidades en las que se recluye, pero no nos las enseña? Tiene momentos de ausencia, y en esos largos periodos en los que cree que no existe porque no hay nadie para validar su existencia podría estar refugiándose en otras identidades. Lo que pasa es que sus álgter se interpretan por dentro, en su cabeza, y nosotros no los vemos.

—Mira, Pete, todo diagnóstico de identidad disociativa es controvertido. Fuera de Estados Unidos no se ha diagnosticado ningún caso e incluso aquí hay mucha gente que piensa que es un invento. Yo me jugué el tipo con el diagnóstico de SID que le hice a mi último paciente y la cosa acabó con él muerto y yo ante un comité. Y por eso me dediqué a la investigación. ¿Quieres que te dé mi opinión sobre Debbie? Mal de Cotard. Se trataría del caso más elaborado y coherentemente estructurado que he visto, pero esa sería mi apuesta.

—Pero no cree estar muerta —replicó Corbin.

—Creer que no existe es lo mismo, y además es más coherente con su lógica interna... Por no hablar de que su trabajo le da una vuelta de tuerca muy concreta a la afección. Los pacientes con mal de Cotard que creen estar muertos suelen pensar que habitan el mundo como espíritus incorpóreos. Lo que pasa con Debbie es que creer en fantasmas no forma parte de su arquitectura intelectual premórbida.

Corbin terminó de tragar el bocado que tenía en la boca.

—Ya sé que el SID es polémico y que te quemaste la mano al ponerla en el fuego, pero he repasado tus notas del caso y creo que tenías razón. El suicidio de tu paciente fue impredecible, dado su progreso, y no tuvo nada que ver con tu diagnóstico. Yo creo que Debbie presenta muchos síntomas iguales.

—Por Dios, Pete, creo que eso es mucho especular. —Macbeth meditó un momento—. Bueno, déjame que hable otra vez con ella. Va a venir un poli de California, Ramirez, que quiere hablar con ella, si te parece bien. Me gustaría asistir también.

—De acuerdo —concedió con cautela Corbin—, pero quiero que recuerdes que te he pedido que hagas esto como colega y profesional, no por tu vínculo con Melissa. Quiero que Debbie siga siendo la prioridad.

Macbeth asintió.

—Por supuesto. —Le dio a Corbin los datos para contactar con Ramirez.

—Veré cómo puedo arreglarlo. Por cierto, quería enseñarte esto...

Habían llegado charlando al edificio principal de administración. Corbin rebuscó en la carpeta que llevaba hasta que por fin sacó un folio de papel rayado y se lo tendió a Macbeth. Estaba relleno de arriba abajo con una letra clara, muy pequeña y cuidada.

—Cuando la ingresaron, Debbie se pasó días enteros escribiendo esto mismo una y otra vez. Tengo treinta folios igualitos.

Macbeth leyó la frase:

«Estamos convirtiéndonos...».

Jack Hudson. Nueva York

—¿*J*ohn Astor, el fundador de la dinastía Astor, o el John Astor fantasma de Internet del que todo el mundo está hablando? —preguntó Hudson.

—El segundo —respondió Elmes—. Y es más que un fantasma de Internet, muchísimo más. El FBI tiene un extraño interés por él y se rumorea que está vinculado con alguna especie de secta.

—¿Uno de esos grupos de fanáticos religiosos?

—Ahí es donde la cosa se complica. Hay informaciones que lo vinculan a Fe Ciega, el grupo fundamentalista cristiano, mientras que otras lo sitúan en la esfera de un grupo que se hace llamar los simulistas, una especie de secta apocalíptica de base científica; son los que están detrás de la pintada de «estamos convirtiéndonos» que se ve por todas partes. ¿Te acuerdas de cuando encontraron al millonario Samuel Tennant, el que murió de hambre en su ático de Park Lane?

—Me acuerdo...

—Pues Tennant estaba vinculado con los simulistas. Se cuenta que, antes de su numerito en plan Howard Hughes, afirmó que había llegado a sus manos un ejemplar del libro de Astor, *Los fantasmas que nos creamos*.

—Esto empieza a sonarme a rollo Nuevo Orden Mundial y esas historias conspirativas de *illuminati* —comentó Hudson.

—Atiende un momento, Jack. Mandé que investigaran sobre el historial de Astor y resultó que tiene uno interesante. No tiene mucho sentido pero ahí está.

—¿Por qué dices que no tiene sentido?

—De entrada su cronología lleva a creer que o bien Astor está muerto o tiene una edad imposible. Fue importante en los círculos filosóficos del siglo xx, aunque más en la sombra que como figura prominente. Se cree que escribió varios tratados filosóficos de una influencia increíble, que ninguno se llegó a publicar y que en su mayoría tenían forma de correspondencia con otros filósofos, sobre todo de ciencia.

Hudson se echó hacia delante, aparentemente interesado.

—Prosigue...

—Bueno, a pesar de que la gente con la que se carteaba fue muy meticulosa y conservó esos escritos, el caso es que a su muerte no le sobrevivió ninguna de estas cartas o ensayos.

—Pero ¿no se supone que está vivo?

Elmes se encogió de hombros.

—Es que no se sabe siquiera cuándo, dónde o cómo murió, en el caso de que muriera. Ni tampoco dónde ni cuándo nació. Ya ves que la existencia de John Astor solo nos llega a través de esos escritos, como si existiera solo reflejado en otros. Te lo digo: esto es un misterio total. Y estoy convencido de que no hay nadie mejor que tú para resolverlo... y para hacer un documental de la hostia.

Jack se recostó en su asiento con cara de hastío.

—Y dime, ¿cómo es posible que algo sobre un misterioso filósofo del siglo xx, que puede que existiera pero puede que no, sea más atractivo que el reportaje sobre la integración europea que te he propuesto?

—Vale... Para empezar sabemos que filósofos de la talla de Henri Poincaré o Karl Popper y un montón más sabían de la existencia de Astor o tuvieron contactos con él, y muchos recibieron una gran influencia de este.

—¿Y bien?

—Si nos centramos solo en esos dos ejemplos, Poincaré murió cuando Popper tenía diez años. ¿Cómo pudo Astor tener una amistad de igual a igual con ambos? Y ya puestos, ¿cómo puede seguir con vida? Aparte, se lo menciona (y se ve claramente que hablan de la misma persona) en los escritos de media docena de filósofos científicos de todo el siglo xx hasta nuestros días. Y aquí viene lo que da más yuyu: hay una leyenda urbana según la cual todo el que logra dar con el paradero del manuscrito del libro de Astor enloquece cuando lo lee. Eso es lo que se supone que le pasó a Tennant.

—Vale... ya estamos. —Hudson suspiró—. Por un momento he creído que estábamos hablando de alguien creíble y que merecía la pena.

—¿No querías hacer algo de calidad, Jack? Te lo estoy poniendo en bandeja. ¿Has oído los rumores sobre el libro o no?

—Los he oído: pura basura.

—Puede, pero el tema es que se han encontrado fragmentos del manuscrito... en lo más remoto de Internet. Se supone que son del libro de Astor, el que Tennant consiguió antes de matarse de hambre. Pero lo más grande de todo es el rollo del manuscrito: todo, el terremoto que nunca fue en Boston, y el resto de cosas raras que están pasando en el mundo, desde las visiones de la gente a los fantasmas, aparecen en el libro, y en teoría Astor predijo que pasarían.

—Venga ya, Tony... Ya sabes que hay todo tipo de chalados conspiranoides intentando sacar tajada de lo de Boston. De todo, desde los extraterrestres a la CIA, pasando por los *illuminati* o las armas mentales de los nazis escondidas bajo el hielo de la Antártida. Es más, hay una página donde afirman que es todo eso junto. —Hudson sacudió la cabeza—. A veces el potencial intelectual de este gran país que es el nuestro me hace sentir pequeño.

—Bueno, si bien todas esas teorías conspirativas son las típicas... —Elmes buscó la palabra adecuada sin encontrarla.

—Apofenias —lo ayudó Hudson—, la tendencia a ver patrones y conexiones donde no las hay. Es como unir unos puntos que no existen.

—¿Apofenias? —repitió Elmes—. ¿Esa palabra existe? En cualquier caso, el tema es que todos esos rollos macabeos nos desvían de lo importante, que es que no estamos pillando toda la historia. Las alucinaciones se suceden por todo el mundo y cada vez van a peor. El caso es que el manuscrito de Astor no solo predice exactamente lo que está ocurriendo sino que lo explica. Y esa misma explicación es lo que se supone que es tan trascendental y aterrador que te vuelve loco.

—Has dicho que los fragmentos que se han encontrado se han hallado en la red... ¿Cómo sabes que no ha sido un friqui al que le ha dado por ahí y se lo va inventando todo sobre la marcha? ¿Que no está racionalizando sucesos *a posteriori*?

—Esta no es la primera vez que Astor escribe una obra misteriosa con una circulación restringida. En los años sesenta hubo rumores sobre otro libro llamado *Los últimos mortales*. En teoría está relacionado con su último manuscrito y, para colmo, también se vinculó con una oleada de suicidios, justo como ahora.

—¿Y tú te crees todo ese rollo?

Elmes suspiró.

—Yo lo que creo es que hay bastante material para al menos garantizarnos una investigación. ¿Te interesa o no?

—En mi época revelé escándalos políticos, tragedias humanitarias y crímenes... ¿De veras crees que voy a aceptar una patraña de poca monta como esta?

—Entiendo que tu respuesta es un no.

—Lo es.

—Si te soy sincero, Jack, no creo que puedas permitirte decir que no a ningún proyecto. —Elmes le pasó la carpeta roja por encima de la mesa—. Hazme un favor... Moléstate al menos en leer primero toda la información y luego me das una respuesta.

Hudson se quedó mirando al otro por un momento. A pesar de lo que quería creer sobre él, el joven era sincero, un buen chaval, uno que no debería ser su jefe pero que lo era. Hudson se levantó y cogió la carpeta de la mesa.

—Ya te he dado mi respuesta pero le echaré un ojo.

Jodie Silverman estaba esperándolos en el pasillo con una *tablet* bajo el brazo; o más concretamente, esperaba a Elmes y se esforzó en ignorar la presencia de Jack Hudson. Era morena y atractiva, aunque sin ser nada del otro mundo, con buena figura y vestir elegante, una de esas chicas de producción que Hudson se había ligado por pares en su época. Pero las cosas habían cambiado: la actitud, las costumbres e

incluso las regulaciones de la conducta en el lugar de trabajo. Y Hudson ya no era el hombre que había sido. Silverman era una de esas arpías trepas, provocativa y dura, que están a la que salta, pero eso no impidió que Hudson elucubrara sobre la posibilidad de que estuviese follándose a Elmes.

—Buenas, Jodie. Qué guapa estás hoy —le dijo Hudson, y se echó a reír con ganas cuando la chica lo ignoró.

—Tenemos reunión de programación a las once —le anunció a Elmes—. Te he traído tus apuntes. —Toqueteó con una uña pintada la pantalla de la *tablet*—. ¿Te encuentras bien?

Elmes se había detenido a mitad del pasillo con una extraña expresión en la cara y una postura casi inestable.

—Uauu... Acabo de tener una sensación de *déjà vu* superrara...

—Otra vez no. —Hudson se rio de su propia gracia. Al ver que Silverman no reía pensó que la chica realmente necesitaba que le echasen un polvo.

—¿Te encuentras bien, Tony? —volvió a preguntarle ella.

—Sí, bien. Aunque ha sido raro. —Sacudió la cabeza por un momento y rio por lo bajo—. Tranquila, te avisaré si empiezo a tener visiones.

—¿Visiones? —quiso saber Hudson.

—El síndrome de Boston: así es como se supone que empieza, con un *déjà vu*. O eso dicen.

—Bueno, pues ya que te pones, a ver si alucinas un proyecto que me merezca la pena.

—Te lo acabo de dar, Jack —replicó Elmes en un tono por el que Hudson comprendió que estaba tentando demasiado su suerte. El joven volvió a detenerse—. ¿No oléis algo?

—Aparte de a espíritu corporativo adolescente, no...

—Hablo en serio... ¿no oléis a quemado?

—¿A quemado? —Silverman se alarmó en el acto y olisqueó el aire—. No... yo no huelo nada.

—Yo tampoco —admitió Hudson.

Elmes se quedó un momento callado y luego volvió a sacudir la cabeza.

—Me ha parecido oler a quemado. Ya se ha pasado. —Siguieron por el pasillo y llegaron al rellano de delante del ascensor, un espacio amplio e iluminado de unos dos metros cuadrados. Las paredes de dos caras eran de cristal de arriba abajo y daban al centro de Manhattan—. Tengo que ir a la reunión de programación, Jack. Prométeme que le dedicarás la consideración que merece —le pidió toqueteando la carpeta roja que llevaba—. De una forma u otra, vamos a sacar algo sobre el tema, y yo preferiría que estuvieras tú al mando.

—Te he dicho que lo miraré y lo haré aunque creo que...

—No me digáis que no lo oléis —lo interrumpió Elmes mirando angustiado a su alrededor.

—Yo no huelo nada.

—Ni yo tampoco... —Silverman miró preocupada a Hudson y luego a Elmes.

—Estáis de coña... —El joven olisqueó el aire alarmado y empezó a dar vueltas por el rellano, escrutando por los pasillos que daban allí y examinando las puertas del ascensor—. ¿Cómo es posible que no lo oláis? Es que es cada vez más fuerte. Mierda... se está quemando algo.

—Yo no huelo nada —le dijo Silverman, que había perdido ya su pose estudiada de profesional.

—¿Tú lo hueles? Dime que sí... —le preguntó Elmes a Hudson mientras movía la mano para señalar lo que les rodeaba.

—A ver, tranquilidad, Tony...

Jack dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro al joven, que la apartó con una sacudida mirándolo como si estuviera loco.

—Dios... Dios... algo se quema...

—Tranquilízate... No hay nada... Calma...

De pronto Elmes retrocedió, se encogió y se apoyó contra la pared de enfrente de los ascensores.

—¡Mirad! ¡Me cago en Dios, mirad eso!

—¿Que miremos qué? —le preguntó Hudson, que le dijo entonces a Silverman —: ¡Busca ayuda! ¡Trae a un médico o algo!

—¡El humo! —Elmes empezó a toser y a arrastrarse a lo largo de la pared como para escapar de algo que los demás no veían—. ¿Qué cojones os pasa? Tenemos que salir de aquí... ¡Y cagando leches!

—Madre mía... ¡Mírale los ojos! —chilló Silverman.

Hudson tenía buena perspectiva de los ojos del productor: rojos, inflamados y llenos de lágrimas. La tos de Elmes se volvió entonces incontrolable, y pasó a escupir, con la saliva colgándole del labio en hilos viscosos y la cara toda colorada. Se tiró desesperado del cuello de la camisa desabrochada, como si estuviera ahogándolo.

—¡Te he dicho que vayas a buscar un puto médico! —le gritó Hudson a Silverman, que dio un par de pasos atrás con la mirada fija en un Elmes que boqueaba—. ¡Corre!

La chica dio media vuelta y echó a correr.

Hudson dio un paso adelante y cogió a Elmes por los hombros.

—Escúchame, Tony, estás teniendo una especie de ataque. Estás viendo cosas. Jodie ha ido a buscar ayuda... entre tanto, intenta mantener la calma.

—¡Estás loco! ¡Estás pirado! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Mira!

—¿Que mire qué?

—¡Las llamas, por el amor de Dios! ¡El fuego! ¡Dios mío, Dios mío!

—Tony, no hay ningún fuego...

Elmes apartó a su colega de un empujón que lo mandó al suelo. Cuando Hudson se levantó vio que el otro extendía los brazos como un ciego, con unos ojos muy abiertos y llorosos que no veían. La tos se había vuelto constante y ahogada, y parecía costarle la misma vida respirar.

Silverman regresó corriendo por el pasillo con un hombre obeso con la cabeza rapada que vestía una camisa blanca de manga corta y unos pantalones negros.

—Viene una ambulancia de camino... —El de seguridad se quedó mirando con desconfianza a Elmes y preguntó—: ¿Qué le pasa?

—No lo sé pero no se acerque... Se ha puesto violento.

Elmes seguía tambaleándose y abriéndose camino a tientas por la pared en dirección a sus colegas, que lo miraban dispuestos a agarrarlo si se caía.

—Dios... —dijo Silverman—. Es como si estuviera ciego...

—¡Socorro! —gritó desesperado Elmes—. ¡Por el amor de Dios, ayudadme!

El joven empezó entonces a pisotear el suelo en una extraña danza, como si intentara sacudirse algo de las piernas. Tenía los ojos desorbitados, mirando algo aterrador, monstruoso, que solo él veía.

Pegó un grito como Hudson no había oído en su vida: un gemido estridente e inhumano que ya no era de miedo, sino de dolor. Se cayó al suelo y empezó a retorcerse, encogerse y convulsionarse: y todo el rato al compás de ese horrible chillido inhumano. Se revolcó y se empezó a desgarrar la ropa sin parar de patear y rodar por el suelo pulido.

Fue entonces cuando Hudson y los otros dos lo vieron.

Se le había puesto morada la piel —por la cara, las manos y el pecho que había dejado al descubierto la camisa desgarrada—, con burbujas y ampollas, y al poco se le ennegreció.

—¡Dios! Se está quemando... Se quema de verdad.

Pero seguía sin haber llamas, ni fuego ni señales de combustión en el exterior del cuerpo torturado de Elmes. El chillido se volvió otra cosa: una gárgara espesa y pastosa. Todos pudieron oler entonces el abrumador y nauseabundo hedor dulzón de la carne asada.

Hudson le ordenó al de seguridad:

—Por el amor de Dios, traiga un cubo de agua.

—Pero si no hay fuego...

—Es para tirárselo a él, pedazo de zoquete.

Sin tener ni la menor idea de qué hacer para ayudarlo, Hudson tiró la carpeta roja al suelo y corrió a arrodillarse junto a Elmes. Este ya no se convulsionaba: sus

movimientos eran mínimos y contraídos. Ya no tenía piel, la carne expuesta era una mezcla de carne viva roja y costra negra. Su espesa cabellera chisporroteó y solo quedaron unos parches desperdigados de alambre ennegrecido. Hudson vio cómo burbujeaba y hervía la grasa subcutánea grisácea. Sin pestañas ya, tenía los ojos encogidos, disecados. Se acabó todo movimiento. Intentó tomarle el pulso pero retiró la mano como si le hubiesen picado cuando la carne ennegrecida le quemó las yemas de los dedos.

Se incorporó y vio cómo Elmes, muerto ya, se enroscaba en una gárgola carbonizada y la contracción de sus tendones resecos tiraba de sus piernas, le curvaba los brazos y convertía en garras lo que le quedaba de dedos.

Hudson oyó que Silverman daba una arcada y luego la voz del de seguridad: sonidos que le parecieron a millones de kilómetros de distancia. También fue consciente de otras voces alarmadas y angustiadas conforme el resto del edificio se congregó a su alrededor.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó de nuevo el vigilante.

—No lo sé... —acertó a decir Hudson—, no tengo ni idea. Creía que estaba teniendo una de esas alucinaciones pero no era tal cosa. Combustión espontánea tal vez... aunque creía que eso era un mito. Nadie ha llegado a documentarla como...

—Pues esto no ha sido ningún puto mito... Ha sido muy real...

Hudson comprendió que el otro tenía razón. Era lo único que tenía sentido. Estaba confundido y conmocionado y no daba crédito. Y lo que hacía mayor su incredulidad y su disgusto era la manera en que un solo pensamiento impregnaba todas esas sensaciones. Una idea que no era propia de él ni de nadie:

«Nadie ha llegado a documentarlo. Ojalá hubiese tenido una cámara».

John Macbeth. Boston

Cuando Corbin llamó a Walt Ramirez desde su despacho, el agente de la Patrulla de Carreteras de California se disculpó por avisarlo con tan poco tiempo de antelación, pero le explicó que pensaba volar al día siguiente a Boston y le preguntó si podía interrogar a Deborah cuando llegase, y tal vez ver a Macbeth después.

—Está de suerte. Precisamente estoy en el McLean con el doctor. Se lo paso. — Le tendió el teléfono a Macbeth, que concertó un encuentro con el policía.

—¿De verdad que no te importa que me involucre en esto? —le preguntó a Corbin al colgar.

—Claro que no. Ya te lo he dicho, que valoro todo lo que puedas aportar y creo que todavía no hemos conseguido un diagnóstico. De todas formas la conexión con Melissa supone que tienes un interés personal, y he de admitir que no me gusta que los polis interroguen a los pacientes durante su tratamiento.

—Ramirez parece buena gente. ¿Te ha contactado el FBI?

—¿El FBI?

—Sí, vino a verme el agente especial Bundy...

—¿Uno del FBI que se llama Bundy? Estás de broma, ¿no?

—Tuvimos un entrañable *tête à tête* en su coche el otro día. No solo recordaría su nombre... tiene unos ojos impresionantes: el caso de heterocromía central más pronunciado que he visto nunca.

—Ya te digo yo que me acordaría si hubiese venido a verme el FBI, y más un agente con ojos bicolors y apellido de asesino en serie. ¿De qué te habló?

—Pues de sectas y grupos radicales. De John Astor.

—¿Y existe alguna relación?

—Bundy parecía creerlo así; pero le dije que iba muy desencaminado si pensaba que Melissa pertenecía a una secta.

—Eso la Melissa que tú conocías, John. La que conoció Debbie parece haber sido una persona muy distinta.

Macbeth asintió con pesar recordando la fotografía aparecida en prensa de una Melissa relajada y feliz con Samuel Tennant.

—¿Qué hay del equipo de expertos? —cambió de tema Corbin—. ¿Vas a colaborar con ellos?

—En la medida de lo posible. El proyecto de Copenhague requiere todo mi

tiempo. Y mi jefe, Georg Poulsen, ya puso bastantes pegas cuando vine aquí a Boston, a pesar de que era por cosas del proyecto. Me ha dejado bien clarito que me quiere de vuelta cuanto antes. Es el hombre más motivado con el que he trabajado en la vida, como si tuviera un interés personal aparte de profesional en el proyecto.

—¿Qué clase de interés personal?

Macbeth se encogió de hombros.

—Es una de las personas que más fieramente guardan su intimidad de las que he conocido. Comprendí pronto que no debía preguntarle nada más allá del proyecto.

—¿Y no entiende lo importante que es llegar al fondo de todo lo que está pasando?

—Está convencido de que el proyecto está por encima de todo eso. He de admitir, no obstante, que me gustaría ayudar a averiguar qué leches está ocurriendo. — Macbeth hizo una pausa, como si no estuviera seguro de si poner en palabras su siguiente pensamiento—. Verás, Pete, yo tengo un interés personal en averiguar qué se esconde tras este fenómeno.

—¿Y eso?

—Al principio de todo me contaste lo de la paciente que había ido a verte tras sufrir una de esas alucinaciones. Me dijiste que conoció a una versión más joven de sí misma y que recordaba haber tenido esa experiencia de joven, desde la otra perspectiva. ¿Te acuerdas?

—Claro.

—¿Recuerdas el día en que decidiste hacerte psiquiatra, Pete? ¿Del momento exacto?

—Pues no, la verdad... Me fui encauzando poco a poco, siguiendo mis intereses una vez que me licencié. Supongo que siempre me llamó la neurociencia.

—Pues yo quise ser psiquiatra desde que era niño. Me acuerdo del día exacto, cuando le pregunté a mi padre a qué se dedicaba. Tendría once o doce años. Hacía gran parte de su trabajo desde casa, allí en Cape Cod, y yo me paseaba por su estudio cada dos por tres... Cuando lo pienso ahora, creo que debía de distraerlo bastante, pero nunca se quejó. Me iba allí con mis libros, mis enciclopedias y decenas de preguntas sobre planetas, países, dinosaurios... Él siempre sonreía y me decía que me quedase y me respondía a todo.

»El caso es que ese día le pregunté en qué trabajaba, porque sabía que era psiquiatra pero no sabía muy bien qué significaba eso.

—¿Y qué te dijo?

Macbeth sonrió al recordarlo.

—Me dijo que todas las personas tenían una mente y que cada mente era como un universo lleno de millones de pensamientos, que eran otras tantas estrellas. Me contó que todas las personas están en el centro de ese universo propio, configurado con

todas sus experiencias únicas y su saber, todo lo que habían visto, oído o sentido, e incluso leído y aprendido. Me dijo que a veces ese universo puede ser un sitio muy solo y aterrador. Que en ocasiones había quien se confundía y no sabía qué era real y qué no, qué eran recuerdos y qué fruto de la imaginación. Que ser psiquiatra era como ser astronauta: exploras todas las mentes y encuentras sitios y prodigios nuevos y le haces saber a todos tus pacientes que no están solos.

—Qué descripción tan buena. ¿Y eso te convenció para hacerte psiquiatra?

—No. Hubo otra cosa: mientras me contaba todo esto había alguien más en la habitación. Yo no lo había visto al entrar pero lo vi entonces: era un hombre que estaba en un rincón mirando y oyendo.

—¿Un paciente?

—Mi padre nunca trató a nadie en casa. Entonces me di cuenta de que él no veía al hombre del rincón. Solo yo podía verlo. Y el hombre a su vez me veía a mí. Mira, Pete..., esto no se lo he contado nunca a nadie, solo a Casey...

Corbin asintió:

—Prosigue...

—Yo creía que el hombre del rincón era un fantasma. Se lo conté a mi padre y este me preguntó dónde estaba el hombre y qué hacía. Le expliqué que estaba allí sin más, escuchándonos. Mi padre me dijo que los fantasmas no existían pero que a veces la mente se inventaba cosas. Mantuvo la calma en todo momento, aunque ahora sé que debió de estar valorando diagnósticos en su cabeza. Me dijo que era un niño muy vivo y que leía muchas cosas, muchos hechos, y que a veces el cerebro podía verse sobrecargado. Se me acercó y me puso las manos en los hombros y me dijo que lo mirara directamente a los ojos, que no mirara al hombre hasta que me lo dijera. Me explicó que estaba cansado y que me había dado mucho el sol y que cuando un cerebro se cansa puede confundirse y poner las cosas que ves en orden equivocado. Me dijo que no había ningún hombre en el rincón, que era solo un truco de magia de mi mente. Que cuando volviese a mirar el hombre no estaría. Miré y el hombre había desaparecido.

»Eso fue lo que me convenció para ser psiquiatra. Había experimentado en mis propias carnes cómo te puede engañar el cerebro, cómo puede hacer que lo irreal parezca real; y cómo un psiquiatra puede mostrar el camino de vuelta a la realidad.

—Uau... —Corbin sacudió lentamente la cabeza—. Ya se sabe lo mucho que pasan estas cosas en la infancia y la adolescencia, esas alucinaciones o delirios aislados. Porque doy por hecho que fue una cosa aislada... ¿O volviste a ver a ese hombre?

—Me has preguntado por qué me interesaba tanto tu paciente. Pues es por eso... porque lo he vuelto a ver. Justo al mismo hombre que vi aquel día en un rincón del estudio de mi padre. En los últimos cinco años lo he visto a diario: todas las mañanas

cuando me afeito delante del espejo. Era yo, Pete... Yo tal y como soy ahora.

Markus. Alemania

*E*ran veinte sin contar al conductor: dieciséis alumnos del instituto y cuatro profesores. Markus Schwab, quien por lo general nunca abordaba nada con entusiasmo ni odio, se aseguró de subir el primero. Su celeridad no la suscitaba la idea de ir de excursión, ni tampoco ningún interés especial por el destino, simplemente quería llegar el primero al fondo del autobús para asegurarse el último sitio junto a la ventanilla.

No era que odiase a sus compañeros; de hecho, para tener diecisiete años, carecía totalmente de la ponzoña típica de la adolescencia: no odiaba su vida, ni a sus padres, ni a sus profesores ni a sus compañeros de colegio. Lo que pasaba era que le aburrían: lo que entusiasmaba o volvía locos a los demás, la forma que tenían de charlar de cosas que significaban mucho para ellos pero que en realidad no tenían la menor importancia, su obsesión por lo inconsecuente... Eso era lo que habría incordiado a Markus si hubiese reunido la energía suficiente para que le molestase.

Así fue como se aseguró de coger el asiento del fondo, al lado de la ventanilla. De ese modo podría quedarse mirando por el cristal y contemplar el desfile del mundo exterior mientras los auriculares del mp3 le llenaban la cabeza de música.

Les habían explicado en clase que aquella excursión era muy importante por todo lo que estaba ocurriendo en Europa, que estaban viviendo un momento histórico. Había que considerar los acontecimientos del siglo XIX y el XX como los prolongados dolores de parto de una nueva nación. Europa había dejado de ser un término geográfico para convertirse en una identidad.

—Vosotros los jóvenes —les había explicado *herr* Hartz, el de historia, antes de montarse en el autobús— estáis viviendo una época de importancia capital. Cuando yo tenía vuestra edad Alemania acababa de reunificarse y de la noche a la mañana cambió lo que suponía ser alemán y el papel de nuestro país en el mundo. Lo que vamos a ver hoy acentúa por qué ese progreso es importante, por qué el nacionalismo cerrado es el mayor mal en el pensamiento político.

Bla, bla, bla...

Markus había escuchado la charla que les había dado Hartz antes de la excursión con la misma indiferencia hastiada con la que oía todas sus clases. El instituto era un constructo social redundante y ese hombre un rollo. Markus no le culpaba por su insulsez: era profesor de instituto, *ergo* su intelecto estaba limado y había perdido el

norte.

Ergo.

Pese a sus esfuerzos, las lenguas, muertas o vivas, le interesaban, y destacaba en todas. Lo cierto es que destacaba en casi todas las asignaturas y le molestaba no mostrar el suficiente convencimiento en su propio *ennui* para fracasar académicamente. Pero esa era la paradoja de Markus: fracasar le costaría un esfuerzo mientras que destacar no le costaba nada. Al menos esa era la excusa que se permitía para evitar la vergüenza interior por experimentar un cierto orgullo burgués cuando lograba algún objetivo que la sociedad esperaba de él.

Pero ese día ya había logrado sus dos objetivos: el asiento del fondo y el aislamiento que le proporcionaba. Había más sitios libres en el autobús que pasajeros y todos se habían puesto juntos en la parte de delante, lo que dejaba a Markus en su pequeño imperio de asiento y ventanilla.

El viaje, les informó Hartz con su tono monótono, llevaría dos horas y cuarto, y pararían a comer de camino. En cuanto el profesor se sentó, Markus se puso los auriculares y centró su atención en el mundo exterior. Dos horas y cuarto. Ciento treinta y cinco minutos de aislamiento. A su pesar sintió que un leve júbilo le acaloraba el pecho.

Una vez en camino Markus pulsó el botón del *play* del reproductor mp3 y contempló los barrios residenciales de Stuttgart pasar por la ventana de su mirada. Asomaba una casa, a veces una figura en una puerta o saliendo de un coche en la entrada, trabajando en el jardín, un asomo de vida antes y después de que su breve reflejo parpadeara por el escudo de cristal del autobús en marcha. Su desapego del mundo que pasaba ante sus ojos no le extrañaba ni le preocupaba: para él era un estado tan natural como otro cualquiera.

Uno de los secretos que escondía al mundo era la música que oía. Los de su edad parecían coincidir en el amor por el metal industrial: letras de una oscuridad cómica al compás de chirridos disonantes y estridentes; el acompañamiento perfecto, suponía, para la adolescencia. Markus, en cambio, escuchaba un gran abanico de formas musicales pero sobre todo le gustaba Bach, que era lo que tenía puesto. La ironía de escuchar música escrita hacía dos siglos y medio no le pasaba desapercibida, pues no le interesaba nada el pasado y la historia le parecía la asignatura más aburrida de un plan de estudios de por sí aburrido. Justificaba la paradoja diciéndose que la música pertenecía a su época, no a la de Bach. Por lo que a él respectaba, y como en todos los saberes y las artes, simplemente nacía en el momento en que él, Markus Schwab, la descubría.

Al otro lado de la ventanilla las casas empezaron a escasear y los árboles se espesaron al compás del *Concierto de Brandemburgo*. La carretera los llevaba por el curso del Neckar: el río a la derecha, en el lado que iba Markus, y una pronunciada

pendiente de viñedos a la izquierda. Hacía buen día, el agua relucía bajo la luz del sol y el cielo estaba muy bonito con los hilachos de nubes que lo cruzaban. Todo parecía perfectamente cuidado y limpio: la naturaleza dominada por el hombre.

Pararon en Ulm a comer. Era una especie de comedor de carretera y Markus se vio obligado a compartir mesa con Imke Pauling y las dos tontas de sus amigas. El trío se dedicó a intercambiar sonrisas y susurros medio velados, con caras vacías y estúpidas. De vez en cuando Imke le lanzaba a Markus una mirada que pretendía decir algo. Optó por ignorarla, lo que solo consiguió alentarla más.

Los cuchicheos se volvieron más apremiantes y serios en cierto momento y Markus no pudo evitar pegar la oreja mientras hacía como que miraba la ventana. Las chicas estaban hablando sobre las noticias de Boston y Estados Unidos, donde había una especie de virus que hacía que la gente tuviera visiones muy vivas: veían cosas que no existían, como cientos de personas viviendo un terremoto que no se había producido. Pero eso era solo en Boston.

—¿Sabéis lo que yo creo? —preguntó Stefanie, la amiga morena de Imke—. Creo que es por todos los medicamentos que se meten los americanos. Tiene que ser un fármaco nuevo que les ha salido mal.

Markus no pudo reprimirse.

—Ya... yo también lo he oído. Y hay otra droga nueva... aquí en Alemania. Y es más peligrosa aún.

—¿En serio? —preguntó Stefanie echándose hacia delante.

—Sí... Tiene unos efectos secundarios horribles... Al parecer afecta tanto al cerebro como al ano. Se te sube toda la mierda al cerebro y empiezas a pensar con el culo.

Stefanie se levantó y se fue de la mesa. Las otras la siguieron, aunque Imke se quedó la última y le dijo:

—¿Sabes qué, Markus? Aquí el único que piensa con el culo eres tú, que eres tonto del culo.

Markus se encogió de hombros, en plan «me importa una mierda», y se quedó mirando la espalda de Imke mientras esta atravesaba el comedor. Pero supo, muy a su pesar, que sí que le importaba lo que la chica pensara de él.

Vio que *herr* Hartz había interceptado a las chicas porque se había dado cuenta de que ocurría algo. El profesor de historia se encaminó hacia él, con unos andares desenfadados tan poco logrados que no conseguía disimular su misión. Se sentó a su lado.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Hartz mirándolo con sus ojillos negros, que parecían los de un tiburón en un cráneo humano—. Tienes mucha suerte de poseer los dones intelectuales que se te han dado. Si quieres ir de superior con todo el mundo, allá tú... pero si te propones hacer que los demás se sientan inferiores y actúas en

consecuencia entonces sí que tenemos un problema.

—Yo no tengo ningún problema con la inferioridad de los demás, *herr* Hartz. Lo que sí me molesta es la estupidez.

—La gente no tiene la culpa de la capacidad intelectual que tiene o deja de tener.

—Yo no estoy hablando de eso —replicó exasperado Markus—. Como usted ha dicho, la gente no puede evitar ser mediocre. Lo que me da asco es que lo celebren. La estupidez es algo de lo que compadecerse, algo de lo que huir como de la peste. Es lo que acabará matándonos a todos. Tal vez me equivoque, pero tengo la sensación de que ese es el propósito de esta excursioncita.

—Doy por hecho que no te entusiasma.

Markus se encogió de hombros.

—No le veo el sentido. Bueno, mentira, sí que se lo veo pero no veo en qué puede afectarme a mí. Ya lo pillo, siempre ha sido así, no hace falta que me lo restrieguen por la cara.

—Bueno, tal vez puedas aprender lo peligroso que es creerse superior. Eso sí que podrías aprenderlo. —Hartz hizo una pausa y repasó el comedor por un momento con sus ojos de escuálido—. Mira, Markus —le dijo cuando volvió a él—, destacas en todos los exámenes de historia que pongo porque conoces las respuestas esperadas. Tienes una gran capacidad para recordar datos y fechas...

—Entonces no sé dónde está el problema —le dijo Markus, a pesar de que comprendía perfectamente lo que quería decirle el profesor.

—Estás dentro del juego, del sistema. Mi trabajo consiste en reconocer y desarrollar las mentes de los jóvenes, sobre todo una con tanto potencial como la tuya. Y eso supone ir más allá de lo que se espera. Tienes una cabeza especialmente brillante, Markus. Pero necesita desarrollarse.

—Ya lo hago yo. Pero si me habla de desarrollar un interés por la historia, entonces no puede ser. Lo siento, *herr* Hartz, sé que tiene buenas intenciones, y me hago cargo de lo que me dice, pero doy todo lo que puedo dar a una asignatura que siento totalmente ajena a mí.

—¿Cómo puedes decir eso? —El asombro de Hartz parecía auténtico—. La historia no le es ajena a nadie. Es lo que nos moldea, lo que le ha dado forma al mundo en el que existimos.

—El mundo es lo que es. Lo llevo lo mejor que puedo. No podemos vivir en el pasado. Solo se puede vivir en el presente.

Hartz se echó a reír.

—¿Y eso en qué posición me deja a mí, un historiador? No es solo mi profesión, es quien soy. Estoy conectado con el pasado.

—No, no lo creo. —Markus ajustó el tono y la expresión—. Lo siento, *herr* Hartz, pero con todo el respeto del mundo le digo que no lo está. El pasado es una

cuestión de documentos, no un lugar que pueda visitar. Ya no existe. Todo lo que existe está aquí y ahora. Leí un libro, no hace mucho... El autor exploraba la reminiscencia, la naturaleza del recuerdo. El protagonista del libro estaba llegando a la vejez y había triunfado en la vida. Estaba feliz y satisfecho. Pero entonces se encuentra con un amigo de su juventud y empieza a pensar en el pasado. Antes de darse cuenta, compra una canción y se la baja, una que no ha oído desde que tenía mi edad. Se pone los auriculares, cierra los ojos y pone la canción; entonces, como un mordisco de la magdalena de Proust, vuelve directo a esa época de su vida. Por un momento cree que es posible viajar en el tiempo con sus pensamientos, recrear el pasado en la cabeza y revivirlo. De modo que escucha la canción una y otra vez, sin parar. Se da cuenta entonces de que la canción está ahora en el presente, no en el pasado. No es un vinilo rayado que esté poniendo en el tocadiscos sino una descarga digital en un reproductor de mp3. La escucha tantas veces que la canción deja de conjurar su cuarto de adolescente y solo le hace ver el piso de lujo en el que vive. — Markus sacude la cabeza—. Cuando vamos a excursiones como esta, vemos edificios antiguos y usted nos los describe como no sé qué del siglo xv o no sé cuántos del xvi... Pero no son nada de eso: son objetos del siglo xxi, existen aquí y ahora, y poco importa cuándo se construyeron. Al cabo de cien años serán objetos del siglo xxii. Lo pasado, pasado está, y los muertos en sus tumbas. El pasado no tiene nada que enseñarnos, solo el aquí y el ahora.

Hartz se quedó callado. No había ni enfado ni animosidad en su expresión, solo una tristeza mustia, como si lamentara un defecto o una discapacidad en su alumno.

—Lo único que puedo decirte —dijo por fin— es que creo sinceramente que te equivocas. Tenemos que recordar el pasado. Y aprender de él. De eso va lo de hoy. Lo que dices no solo me entristece... me aterra.

Les llevó menos de una hora y media llegar desde Ulm. A pesar de todo lo que le había dicho al profesor, y de todo lo que se había prometido, sintió una especie de escalofrío al verlo.

Lo que le molestó fue que no pasó lo que le había dicho a Hartz: algo que debería haberse quedado en el pasado existía en el presente. Cuando el autobús cogió por la Alte Römerstrasse, antes de doblar por la carretera que llegaba al centro de visitantes y a los aparcamientos, lo vio: algo que solo había visto representado en blanco y negro, en un registro imperfecto de una realidad pasada, pero ahí lo tenía a todo color, de cuerpo presente. El muro que se extendía al lado de la carretera moderna estaba coronado de alambre de espino y quebrado por robustas torretas cuadradas, cada una con ventanas con alambres en lo alto bajo un tejado piramidal con saledizo.

Se bajaron del autobús en el aparcamiento del centro de visitantes. Hartz entró en el edificio y volvió con una atractiva mujer de pelo negro que se presentó como Anna

y les informó de que sería su guía. Cuando comprobó que estaban todos listos, los condujo por el arco de la verja de metal de la Jourhaus hasta el edificio principal.

Pese a su determinación de no dejarse conmocionar por la experiencia y a saber que las tres palabras en forja colocadas en el centro de las verjas eran réplicas de los años sesenta de las originales, Markus no pudo evitar un escalofrío al leer:

ARBEIT MACHT FREI

Todos mantuvieron el silencio respetuoso que cabía esperar mientras escuchaban a la hermosa joven recitar unos hechos pasados y desagradables.

Los guio por los dos únicos barracones que quedaban en pie. Salvo porque no eran los verdaderos sino las réplicas exactas que se habían construido en 1965. ¿Qué sentido tenía todo eso?, pensó Markus. Lo que pasó allí fue tan monstruoso que no debería recrearse.

Lo que a Markus más le fascinó fue contemplar a los demás. Todo el grupo despedía una seriedad que él sabía que era poco habitual en las visitas escolares. A algunos de sus compañeros se los veía realmente interesados, pero no como en una pinacoteca o un museo. Otros, sin embargo, parecían afectados de veras por lo que veían y oían. Se fijó en que Imke Pauling había estado todo el rato callada durante la visita y que se le había ido el color de la cara cuando les enseñaron los crematorios. Sabía que había gente que afirmaba que todavía olían a carne quemada y ceniza cuando estaban junto a los hornos. Él no olió nada y pensó en la facilidad con la que la gente se dejaba engañar por su propia imaginación.

Para Markus aquel era simplemente un sitio donde algo malo, imperdonablemente malvado, había ocurrido hacía mucho, mucho tiempo. Algo que no tenía nada que ver con él. Por mucha *Erbschuld* que hubiese que saldar, ya se había pagado o era responsabilidad de las generaciones anteriores a la suya, no de él. A pesar de su aparente desdén por los demás, era lo suficientemente sensible para que le afectara lo que estaba mal, la inhumanidad. Los crímenes que se habían cometido en ese sitio habían sido terribles y abominables, y se sentía mal por eso pero de la misma forma que con los que se cometieron en la Rusia estalinista, en Serbia, en Ruanda o en docenas de lugares y épocas distintas.

Después del circuito guiado les dijeron que podían pasear por su cuenta, tomarse un tiempo para reflexionar.

Como siempre Markus optó por quedarse solo, observando a los demás desde un banco bajo un sauce. Parte de él quería sentir la conmoción, notar que se le removía algo por dentro, pero no fue así.

Aquel sitio pertenecía al aquí y al ahora. Lo que había sucedido había sido una tragedia pero el lugar en sí no lo era. Para él solo eran unas instalaciones municipales que no le eran desagradables. Si acaso, le resultaba un entorno relajante y apacible.

Tal vez fuese el tiempo lo que le hacía sentirse así: era difícil cuadrar un cielo azul de principios de verano y el sol en la cara con un sitio donde había habido semejante sufrimiento y muerte. Pero comprendió que el sol también debía de brillar por entonces...

Pensó en encender el mp3 pero le preocupó que pudiera verse como una falta de respeto, de modo que se limitó a recostarse y a extender los brazos sobre el respaldo del banco, cerrar los ojos y poner la cara hacia el sol.

Markus Schwab estaba sentado al sol en el banco cuando de pronto experimentó una sensación rara.

El mejor término para describirla era *déjà vu*.

John Macbeth. Boston

Casey le tendió un trozo perlado de titanio. Mucho más fino y ligero que su portátil, a Macbeth le pareció demasiado avanzado para sus tiempos. Era lo suficientemente viejo para recordar el mundo antes de la revolución de las tecnologías de la información y solo de vez en cuando, en momentos como aquel, tenía la sensación de vivir en el futuro.

—Tu nuevo juguetito: cuatro veces la memoria que tenías y más del doble de velocidad que el tuyo antiguo. Te he pasado todos los documentos importantes.

—¿Sin la carpeta fantasma? —le preguntó Macbeth.

—Sin carpeta fantasma. Si no te importa, seguiré hurgando en el otro un poco más, a ver si puedo quitar lo que sea que esté haciendo aparecer la carpeta. Te lo llevaré a Copenhague cuando vaya.

—Me parece bien. Gracias.

—De nada. ¿Más café?

Macbeth meneó la cabeza. Estaban en la cocina, después de haber pasado la tarde en el piso, haciendo los preparativos para el regreso de Macbeth y para verse en Copenhague a las dos semanas. Después de la comida en el McLean, no tenía mucho apetito y, en lugar de salir a cenar, los hermanos se quedaron en la mesa de la cocina con unos bocadillos y café.

Se alegraba de haberse quedado en casa de Casey. Por las calles, el metro y los espacios públicos cada vez se veía a más gente en trance, ajenos a este mundo, habitando otros visibles solo para ellos. Llegaban noticias de todos los rincones del planeta sobre visiones y sucesos colectivos. El piso de su hermano era un refugio agradable y relajante. Durante su estancia en Dinamarca había aprendido una palabra: «*hygge*». Es una de esas palabras extranjeras que describen un concepto completo, una sensación: una única palabra que no puede traducirse por otra única palabra. *Hygge* es la sensación que se tiene, o la atmósfera que se crea, cuando se hace que el hogar sea acogedor y uno se relaja en compañía de seres queridos o viejos amigos. Estar con Casey era *hyggelig*.

En muchos sentidos eran más gemelos que hermanos que se llevasen cuatro años. Era raro que a veces sintiera envidia de Casey, de su éxito, de la claridad de sus funciones intelectuales; y resultaba extraño porque no era envidia de otra persona, sino de una versión mejor de sí mismo.

—Si no puedo arreglarlo yo, ¿te importa que se lo pase a un colega del MIT para que le eche un vistazo? Es un experto.

—Claro que no.

Casey removió la taza de café unos segundos; saltaba a la vista que tenía algo en la cabeza.

—¿Estás bien?

Casey se encogió de hombros.

—Está empezando a darme mala espina lo del congreso de Oxford.

—¿Y eso? —preguntó realmente sorprendido Macbeth—. ¿Como que mala espina?

—No lo sé pero algo me tiene preocupado... Es una sensación de esas en la barriga que no se sabe definir... Me pasa desde lo que ocurrió cuando estábamos en el restaurante.

—Creo que todo el mundo tiene sensaciones parecidas desde entonces, si te digo la verdad, Casey.

—Ya me imagino... pero es distinto: es como si supiera algo que todavía no sé que sé. —Casey hizo una mueca—. Suena ridículo, ¿no?

—No, qué va. A veces el subconsciente suma uno más uno pero no está preparado para hacérselo saber a tu consciencia. Ya te vendrá. De todas formas, no me extraña que te inquietes con todas las historias que están apareciendo: que si Fe Ciega, que si terrorismo islámico y todo tipo de chaladuras religiosas que parecen estar saliendo hasta de debajo de las piedras para atacar a la ciencia.

Casey pensó lo que le decía su hermano pero sacudió la cabeza.

—Es más que eso... A lo mejor no es siquiera una cosa sino muchas pequeñas que no logro conectar.

—¿Como qué?

—Como cuando me preguntaste si Gabriel tenía alguna relación con los simulistas y nadie lo sabía con seguridad. Pero por lo visto ahora resulta que el profesor Gillman sí está metido en eso. Y bien metido. Y luego está el propio Proyecto Prometeo.

—¿Qué le pasa?

—Pues no lo sé. —Casey sacudió la cabeza, frustrado—. Ni siquiera sé seguro qué es, aunque sí que será un gran paso adelante. Tal vez un salto que no estamos preparados para dar.

—No te sigo.

—¿Nunca piensas en lo raro que es que estemos vivos ahora mismo? Hemos asistido a los más grandes avances tecnológicos de la historia de la humanidad. De los doscientos mil años de historia de nuestra especie, todos nuestros progresos se han concentrado en un solo siglo, y la mayoría en un par de décadas. Y cada vez más

rápido.

—¿Y eso es necesariamente malo?

—Depende. Nos está llevando al filo de la Singularidad, cuando la tecnología y la inteligencia artificial sobrepasarán el intelecto humano. Hay quienes dicen que será nuestro fin, otros que será el principio: que la evolución humana dejará de ser un proceso natural y se convertirá en uno planificado. Planificado por nosotros. Estamos a punto de cambiar quiénes y qué somos como especie. Todas las tecnologías están acelerándose y es casi imposible predecir cómo serán nuestras vidas en cuestión de veinte o treinta años. Y justo cuando está pasando todo esto, de pronto vivimos una oleada de fundamentalismo y oscurantismo religiosos y los colgados anticiencia intentan salvarnos de la Singularidad. A lo mejor se trata de un instinto que tenemos como especie.

—¿Y eso es lo que te tiene preocupado?

—Puede... En parte sí. Pero ya te he dicho que es como muchas otras cosas pequeñas. Como el tema de las alucinaciones.

—Es comprensible.

—No me refiero solo a que sucedan sino a su naturaleza. Una alucinación es algo subjetivo y, por definición, falso, algo que se percibe como real pero que no lo es, ¿verdad?

—Cierto.

—Pero tú y yo, y todo el mundo, compartimos la misma. Y el terremoto que vivimos coincidió a la perfección con un acontecimiento histórico. ¿No debería una alucinación ser personal y subjetiva, y disociada de otras realidades, incluso de una pasada? ¿Cuándo se ha sabido de miles de personas que hayan compartido la misma alucinación al mismo tiempo?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A lo que yo me dedico en esta vida (y se dedicaba Gabriel) es a observar un universo tan diminuto que desafía el entendimiento y donde todas las leyes de la física corriente quedan patas arriba. Lo que expresamos a través del lenguaje abstracto de las ecuaciones suena tan incomprensible como delirante en cuanto intentas describirlo en un lenguaje corriente, o fuera de la comunidad científica... Todo parece un delirio. La física nació como el estudio de las fuerzas naturales y ahora se centra en la naturaleza de la propia realidad. Y en estos momentos hay algo en la realidad que no va bien.

—¿Estás diciéndome que crees que estas alucinaciones no son psicológicas sino que están relacionadas con una física externa?

—Lo que digo es que puede ser. Es como si se abrieran ventanas al tiempo. No sé... No podría siquiera empezar a formular una teoría sobre por qué está pasando. Lo único que sé es que el Proyecto Prometeo es el mayor salto que hemos dado en

una generación y que justo coincide con toda esta historia.

—¿De verdad crees que está relacionado?

—Mira, sin ponerme técnico, te diré que no sabemos qué espín tiene un electrón o qué forma tiene hasta que lo miramos. El tema está en que el electrón no toma esa forma hasta que se observa. Un fotón no decide ser una onda o una partícula hasta que alguien lo observa. Estamos llegando a la conclusión de que todo el universo no tiene forma definida hasta que se mira. Es una supersimplificación, pero el hecho es que todo está en todo estado posible y en ninguno hasta que lo observamos. ¿Y si el trabajo de Blackwell ha observado una parte nueva y desconocida de la realidad? Puede que el simple acto de mirar haya hecho que algo cambie, que tome una forma concreta. —Casey hizo una pausa—. ¿Sabes cómo defino yo la realidad? Cada uno vamos caminando en la oscuridad más absoluta, cada uno con su linternita iluminando una pequeña parte del universo. Toda la realidad objetiva existe cuando las suficientes personas apuntan sus linternas al mismo punto. La gente a la que tú tratas, los delirantes y esquizoides..., lo que les pasa es que iluminan una realidad alternativa.

—Y eso es justo lo que Gabriel dijo... —Macbeth asintió pensativo—. Pero sigo sin ver...

—A lo mejor estamos iluminando con nuestras linternas más de una realidad. Y tal vez eso tenga algo que ver con...

El sonido del teléfono no lo dejó terminar. Cuando respondió, Macbeth comprendió al instante por la cara de su hermano que eran malas noticias.

Muy malas.

No había televisión en el piso, de modo que recurrieron al portátil que Casey le había dado para ver el telediario por Internet. Cundía el típico bullicio de las noticias de última hora: con una cámara que iba de un lado a otro rápidamente, sin encuadrar, atraída por los gritos, las sirenas o la repentina tumescencia de una bola de fuego. La luz y los colores contrastaban en la pantalla: vivos estallidos y fogonazos de amarillo y naranja contra los azules y los turquesas oscuros del cielo nocturno; aparecían y desaparecían siluetas contra la viveza de las llamas mientras los bomberos y los policías corrían de aquí para allá.

—Hostia... —dijo Casey—. Hostia puta.

La cámara enfocó a una reportera en el lugar de los hechos, con su perfecto maquillaje iluminado imperfectamente por el foco, el caos en la sombra y unos destellos ámbar por detrás.

—En estos momentos la policía local de Boston se niega a señalar a ningún grupo terrorista y todavía no ha confirmado que las explosiones y el fuego resultante aquí en el Instituto Tecnológico de Massachusetts hayan sido producidos por un artefacto

terrorista, aunque sí parece evidente que se trata de una serie de atentados coordinados contra el MIT. Es más, fuentes no oficiales sugieren que Fe Ciega, el grupo cristiano fundamentalista, ha reivindicado la autoría de los atentados. A esta organización ya se la ha responsabilizado de la escalada de ataques contra determinados centros científicos y de investigación que ha habido durante el último año. Es pronto para confirmar que Fe Ciega sea realmente la responsable de esta tragedia que ha causado tanto daño y tantas muertes. Me temo que todavía no sabemos exactamente de cuántas víctimas estamos hablando.

—¿Sabemos dónde se han producido las explosiones, Kathy? —preguntó el invisible presentador del telediario con su voz de barítono.

—Todo apunta a que ha habido seis grandes explosiones seguidas, y que al menos tres se han producido cada una en un edificio distinto del MIT. La primera se produjo... —rebuscó entre las notas de su carpeta de clip— en la torre Dreyfoos del centro Stata, donde está ubicado el laboratorio de Ciencias Computacionales e Inteligencia Artificial. La segunda explosión tuvo lugar justo al otro lado de la calle Vassar, en el edificio de Neurociencia y Ciencias Cognitivas. La tercera ha sido en el edificio Fairchild, en el laboratorio de Tecnología Háptica que, según nos han contado, está especializado en la creación de interfaces táctiles entre los humanos y la tecnología. Sin embargo, al parecer ha sido el Proyecto de Modelado Cuántico de Gillman, con sede en el laboratorio Pierce de la avenida Massachusetts, el principal objetivo, con tres bombas (creo que podemos asegurar sin temor a equivocarnos que han sido artefactos detonados por control remoto) que han explotado en el intervalo de un minuto. Según cuentan, el profesor Steven Gillman se encontraba presente en el edificio a la hora de las explosiones y todavía no ha sido localizado, así como otros quince colegas. Hasta ahora los bomberos no han podido llegar al foco del incendio, donde se cuenta que las temperaturas son inusitadamente altas, incluso para un fuego de esta naturaleza.

—Mierda... —Casey se apartó de la pantalla y se puso a dar vueltas por la cocina sin dejar de sacudir la cabeza—. No me lo creo... Esa es justo la unidad en la que trabajaba Gabriel Rees, el equipo al que pertenecía...

Markus. Alemania

Markus abrió los ojos y se incorporó a toda prisa.

El cielo se había oscurecido de buenas a primeras: la tarde se había convertido en noche en cuestión de segundos. Pero no solo había cambiado la hora; notó unos fríos goterones de lluvia en la cara y el aire se enfrió de pronto y se llenó de un fuerte olor desagradable, como de orina, heces, sudor y ropa sucia, todo en uno y multiplicado.

Los rectángulos bien delimitados de gravilla grisácea habían desaparecido, así como la explanada. En su lugar había filas de barracones como los que les había enseñado la guía, con tan solo una pequeña plaza entre ellos y el edificio administrativo, y la Jourhaus a un lado. Markus se levantó de un respingo del banco, como si le hubiera picado algo, pero cuando miró hacia atrás el banco no estaba, ni el sauce. Pero sí el olor, ese hedor penetrante y enfermizo que pareció expandirse y arremolinar en el aire cuando la brisa fresca cambió de dirección.

Nada de aquello tenía sentido. ¿Qué había pasado con el resto de alumnos de su grupo? ¿De dónde habían salido todos esos barracones? Como no podía atravesar la explanada sin más, tomó la senda que había surgido de la nada y se dirigió a la Jourhaus. Era un camino de tierra, aunque estaba allanado y cepillado. Era de locos.

Un sonido escalofriante y agudo le hizo pegar un salto: el restallido de varios silbatos. Miró hacia el lugar de donde provenía y vio que del edificio de administración salían a la plaza cuatro hombres al trote que no paraban de soplar sus silbatos. Los cuatro iban de uniforme. De negro.

No podía ser verdad. La idea le ardió en el cerebro. No podía estar pasando, y punto.

El olor que se había arremolinado en el aire se convirtió en una marea enfermiza cuando se abrieron las puertas de los barracones y salieron a trompicones unas figuras. Aunque eran personas, parecían de otra especie: medio fantasmas, amasijos de extremidades imposiblemente finas enfundados en uniformes carcelarios de rayas y caras cadavéricas bajo gorras informes y sin visera.

El olor provenía de ellos. Markus supo que iba más allá de la suciedad: era el olor a enfermedad y muerte. La guía les había explicado que en los dos últimos meses del campo, y durante los que siguieron a la liberación, la tasa de mortalidad de Dachau había crecido por culpa de una epidemia de tifus.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué estaba racionalizando la experiencia como

una realidad pasada? Aquella gente no era real, nada de lo que veía lo era. Simple y llanamente no podía ser verdad.

Los prisioneros arrastraron los pies todo lo rápido que pudieron hasta la Appellplatz y formaron filas. Marcus contempló cómo el balanceo se convertía en precisión geométrica. Todos se quedaron quietos, en posición de firmes, en la medida de lo posible, pues las cabezas les colgaban y los hombros se les hundían. Sonaron varias toses. Estaba mirando un ejército de muertos. De muertos muy antiguos. De medio muertos ya en su época.

Los cuatro de la SS, tres con gorras normales y el cuarto con una de plato, de oficial, dejaron de silbar y adoptaron pose autoritaria: todos con los pies separados, el oficial con las manos en las caderas y los suboficiales con bastones clavados por delante. Entre ellos había una especie de caballete bajo de madera, cuyo fin Markus no acertaba a entender. El oficial dio un paso al frente.

—Nos hemos reunido aquí para una sesión de castigo —gritó con una fea voz atiplada con acento sajón—, para demostraros cuál es la pena por robar en la tienda de los presos.

Markus sabía por la visita guiada que existió una tienda en la que los internos pagaban (si podían permitírselo y con los vales que les daban al llegar a cambio de su dinero) a precios desorbitados un magro suplemento para la dieta de inanición que les daban. Los malos augurios le dieron náuseas: también sabía que los beneficios de la tienda iban directamente a la SS y que si alguien había robado de la tienda, el castigo iba a ser duro.

«¿Por qué estoy pensando todo esto? —Maldijo su locura—. No son ni presos ni soldados de la SS de verdad. Lo que estoy experimentando es un delirio, una alucinación. Piénsalo, Markus, piénsalo bien». Había leído las noticias sobre la gente de todo el mundo que estaba imaginando cosas, personas y hechos que no existían. Se pensaba que era un virus, una especie de infección. «He debido de contraerlo», se dijo.

Pero los malos augurios seguían allí.

Un quinto soldado, otro con gorra de suboficial, salió de la Jourhaus. Llevaba cogido del codo a un prisionero con grilletes y caminaba tan rápido que el otro tenía que arrastrar como podía los pies atrapados por los hierros. Como los demás, el preso estaba encorvado y tenía la tez macilenta, pero aun así le sacaba una cabeza a su escolta. Ya desde lejos Markus vio que el hombre esposado estaba aterrado y le suplicaba al guarda en una voz calma pero aguda, como un niño sollozante, pero este lo ignoraba. Vio también las marcas de una paliza: sangre en la nariz y barbilla y un ojo hinchado y cerrado.

«Para». La orden de Markus no pasó de ser un pensamiento y se quedó sin articular. «Debería gritar, decirles que paren. Tal vez me oigan, a lo mejor consigo

que paren».

Pero no gritó ni chilló. Tampoco se acercó. «No tiene sentido, no me oyen», se mintió. Sabía la razón de por qué no gritaba: tenía miedo justo de eso, de que lo oyeran.

La súplica apremiante y aguda se convirtió en un gemido cuando obligaron al preso a arrodillarse delante del caballete. Después de quitarle las esposas, le extendieron los brazos y se los volvieron a atar al caballete, obligándolo a inclinarse sobre la estructura, con la cabeza vuelta y la mejilla presionada contra la madera.

«Dios Santo, no», pensó Markus, pero siguió sin moverse y sin decir nada.

—Esta —proclamó el oficial sajón— es la justicia que debéis esperar por robar propiedades del Reich. —Y luego a sus suboficiales—: Ejecutad la sentencia.

Fue la naturaleza sosegada y parsimoniosa de todos los preparativos lo que más lo asqueó. Los suboficiales se colocaron de dos en dos a los lados del hombre; todos encorvaron y relajaron los hombros al unísono y sacudieron el brazo que blandía el palo grueso. A Markus le recordó cuando los golfistas se preparan para hacer un swing.

—*Proszę!* —rogó el hombre encadenado, con la voz llorosa y ahogada—. *Proszę! Wybacz mi! Proszę, nie rob mi krzywdy!*

Los suboficiales lo ignoraron mientras claramente determinaban el orden en que cada uno desempeñaría su trabajo, sin parar de asentir.

—*Proszę!* —Y a continuación, en un alemán desesperado y suplicante con acento polaco—: ¡Por favor! ¡Por favor, señores! ¡Ruego perdón! ¡Ruego perdón! ¡No, por favor, no lo hagan!

El oficial sajón se echó a reír y luego le hizo una seña a sus subalternos con la cabeza. El primer suboficial, un hombre menudo y achaparrado como un cubo, levantó el palo en el aire y lo bajó contra el codo del brazo derecho del prisionero. Un chasquido enfermizo resonó en el aire frío y húmedo, y luego otro que semejaba el silbido de una tetera y que Markus no reconoció de inmediato como un grito humano.

Como peones camineros construyendo los pilares de un puente, los cuatro suboficiales uniformados de negro asestaban sus golpes con un ritmo ágil y coordinado, como una lluvia constante sobre el preso; en los brazos, la espalda y los hombros, pero nunca en la cabeza, no fuese que se quedara inconsciente y los privase de su dolor. El sonido de los golpes era enfermizo y los chillidos inhumanos del prisionero cortaban el aire y le taladraban el cráneo.

Markus clavó las rodillas en el suelo y sollozó. Miró hacia el conjunto de los prisioneros. Estaban todos en silencio, con caras inexpresivas y vacías de emoción, la mayoría con la vista clavada en el suelo.

«¡Haced algo! —quiso gritarles—. Sois más. ¡Haced algo!». Pero una vez más la voz le falló.

La lluvia de golpes seguía arreciando. De tanto en tanto, un suboficial se apartaba y los otros continuaban al mismo ritmo mientras su compañero descansaba, y luego volvía a unirse al grupo para dejar que otro colega se tomara un respiro. Al rato el oficial levantó una mano para detener la paliza.

El preso ya no chillaba. En su lugar, un gemido lloroso y reumático resonaba en la plaza por lo demás en silencio.

Otro gesto desenfadado del oficial y los otros salieron de la explanada ignorando a los demás presos, que seguían en posición inerte de firmes, con los ojos bajos.

Nadie se movió. En diez minutos. Veinte. Una hora. Y todo el rato la plaza resonaba con el gemido acuoso del moribundo. Por fin Markus empezó a andar lentamente, lanzando miradas nerviosas a las torretas de los centinelas y dirigiéndose hacia donde el preso ajusticiado seguía atado al caballete.

Los prisioneros dispuestos en filas no dieron muestras de ver al chico pero también tenía la impresión de que, aunque hubiese sido visible, no lo habrían visto, ciegos como estaban a cualquier otra cosa que no fuese su propio instinto visceral e inmediato de supervivencia.

Se arrodilló junto al golpeado. Vio entonces que no estaba ya lejos de las orillas de la vida e iba ya a la deriva, alejándose cada segundo que pasaba. Al cuerpo no le había dado tiempo de padecer contusiones, o quizás estuviese demasiado anémico para tener moratones, y Markus se fijó en que tenía los brazos y el torso tremendamente deformados por donde los golpes le habían fracturado los huesos de brazos y cuello, y habían convertido las costillas en oquedades. Con los ojos cerrados, la respiración no era ya más que un gemido lloroso, con burbujas viscosas de sangre saliéndole por las narices y los labios amoratados.

—Lo siento —sollozó Markus—. Lo siento mucho.

El moribundo abrió entonces los ojos y lo miró directamente.

—*Dlaczego?* —le dijo casi en un susurro, entre resuello y resuello—. *Dlaczego nie możesz mi pomóc?*

—No le entiendo —le dijo Markus tras superar el impacto de estar allí, de ser visible y real para aquel hombre.

Alargó la mano para tocarlo, para consolarlo, pero se detuvo en seco al temer que el roce se sumara a su agonía. O tal vez simplemente porque no quiso confirmar otra dimensión de su locura, de su alucinación.

—¿Por qué no me has ayudado? —le preguntó en alemán el prisionero, entre lágrimas, antes de que se le velaran por completo los ojos.

John Macbeth. Boston

«*E*sto es un sueño —se dijo—, no una alucinación».

Había dormido a trompicones y, en los momentos en que lo había logrado, su sueño se había visto entreverado de ensoñaciones en las que era consciente de que dormía. En la que vivía en esos momentos se vio de pequeño, en la puerta del estudio de su padre; salvo por que la habitación era enorme, con unos techos que desafiaban la gravedad y paredes desmesuradas, llenas de estanterías abarrotadas de libros que se extendían en ortogonal hasta un punto en el que se desvanecían en la distancia.

Su padre no estaba en la silla, sino junto a otro hombre y una mujer delante del escritorio. La visión del otro señor, cuyo rostro no lograba ver ni cuando miraba hacia él, lo aterraba. La mujer era la más bella que había visto en su vida: Marjorie Glaiston, o al menos la que se le había aparecido en el otro sueño. Ninguno reparó en la presencia del joven Macbeth cuando este entró y se puso a su lado, agarrando contra el pecho el tomo de una enciclopedia. Estaban demasiado interesados en lo que miraban para prestarle atención: algo enorme centelleaba, parpadeaba y resplandecía suspendido en el aire del estudio, delante y por encima de ellos. Era una cosa de luz, sin materia, una bola inmensa de color y luminiscencia que formaba dibujos de la nada: de una complejidad extraordinaria, estos tomaban forma, cambiaban y se desarrollaban antes de desaparecer, solo para ser sustituidos por otros aún más complejos. Macbeth, que en su sueño era un niño tanto de mente como de cuerpo, se quedó hipnotizado mirándolo. Se pegó a su padre y deslizó su manita por la de él, haciendo un gran esfuerzo por no mirar al otro hombre.

—¿Qué es eso? —le preguntó a su padre.

—Hemos construido una mente —le respondió sin apartar la vista del universo inmaterial que centelleaba y flotaba en el aire del estudio—. Estamos convirtiéndonos en dioses porque hemos construido una mente.

El otro hombre se volvió hacia el niño. Macbeth esperaba que fuese la versión adulta de sí mismo pero no fue así. Era otra persona y otra cosa: algo oscuro, malo y gigante comprimido en la forma de un hombre. Lo miró a la cara y, al hacerlo, sintió que un cosquilleo caliente le bajaba por la pierna. El hombre le devolvió la mirada pero no tenía ojos, solo unos párpados que se abrían y se cerraban como si los hubiera tenido. Macbeth vio que no había nada en las cuencas, y no era que estuviesen vacías sino que estaban llenas de nada, de un vacío gris oscuro que se extendía hasta el

infinito.

—¿Quieres saber quién soy, muchacho? —le preguntó el hombre.

Tenía una voz profunda y cultivada de barítono y un acento que costaba ubicar, tal vez de Nueva Inglaterra, podía ser británico o incluso irlandés. Su tono era neutro a la par que hostil, como si no tuviera interés real en Macbeth pero aun así quisiera causarle un gran daño.

No quiso responder, y ni siquiera negó o asintió con la cabeza, sino que se limitó a quedarse en un charco de miedo y orina.

—Tú sabes quién soy, sabes mi nombre y lo que soy. ¿Cómo me llamo?

Macbeth siguió sin responder, perdido en el oscuro vacío de las cuencas.

—¿CÓMO ME LLAMO? —gritó el hombre haciendo que Macbeth pegara un respingo y soltara la enciclopedia.

—Eres John Astor —respondió con voz temblorosa, al tiempo que se pegaba con fuerza al cuerpo de su padre y le apretaba la mano.

—Es una mente completa para que la exploremos —dijo su padre, ajeno a lo que ocurría entre su hijo y el hombre—. Completa.

—Es lo más maravilloso que existe —intervino Marjorie Glaiston con su deje de *brahmin* de Boston—. Extraordinario. —Macbeth se fijó entonces en que iba vestida muy elegante, con ropas de su época.

El hombre sin ojos se inclinó sobre Macbeth con aire intrigante. Ladeó la parte superior del cuerpo y la cabeza y torció la boca, que se escudó con la hoja plana que tenía por mano, en un gesto muy de conspirador de película muda.

—¿Quieres saber una cosa, joven John?

Macbeth asintió por miedo a volver a enfadar al hombre.

—Esta mente, esta cosa que hemos creado de la nada... se piensa que es real. Es curiosísimo pero cree ciegamente en su propia existencia... que vive en un mundo real. —Astor rio y luego murmuró—: Pero me lo he inventado todo yo. Es una ficción que cree que es real y yo soy su autor.

Macbeth se echó a llorar. Miró al suelo, donde estaba la enciclopedia, que tenía una esquina de la sobrecubierta empapada por el menisco convexo del charco que había dejado el orín sobre el suelo de teca.

—Quiero que pare —rogó—. Por favor, señor Astor, quiero que pare el sueño.

El hombre sin ojos se inclinó aún más sobre él y puso su cara a la altura de la del niño, que estaba aterrado. Macbeth miró las cuencas huecas, un vacío tan grande y a la vez tan huero que hacía que le dolieran sus propios ojos.

—Todo el mundo sueña —le dijo Astor con voz maliciosa y serena—. Todo está hecho de sueños. Te gustan los libros, ¿verdad? Te escondes tras ellos y encuentras respuestas a las preguntas que todavía no has hecho para así llenar la cabeza de sabiduría y verdad, salvo porque ese saber es un embuste y la verdad es toda mentira.

—Hizo una pausa, cogió al niño por los hombros, clavándole sus dedos huesudos en la carne joven, y luego le gritó a la cara—: ¡DESPIERTA!

Macbeth se despertó. El corazón le latía con fuerza mientras hacía inventario de lo que lo rodeaba. Seguía siendo de noche aunque sabía que estaba en el cuarto de invitados de Casey, y lo veía todo en penumbra. Sintió una punzada de puro pánico al ver a alguien en una esquina, mirándolo en silencio, hasta que comprendió que no era más que su chaqueta colgada en el respaldo de la silla y los pantalones del traje doblados sobre el asiento.

Se rio brevemente de su propia estupidez. Un adulto, psiquiatra e investigador, un racionalista convencido, y aun así se asustaba de las sombras... A pesar de reconocer todas esas verdades, y de querer obligarse a dormir de nuevo, alargó la mano para encender la lámpara de la mesilla, atendiendo a la necesidad de llenar de luz todos los rincones.

Parpadeó ante la claridad.

Astor estaba encorvado junto a la cama, mirándolo desde arriba. Al contrario que en su sueño, ya no estaba comprimido en la estatura de un hombre normal: era enorme, de unos cuatro metros y medio, atrapado en la habitación, con las piernas dobladas, los hombros gachos y comprimido contra el techo. La cabeza, girada en un cuello retorcido, estaba justo por encima de la cama, mirando a Macbeth con sus ojos aún huecos pero llenos de un vacío gris oscuro. Pese a su terror, se dio cuenta de que sabía lo que era ese vacío, qué significaba.

Intentó gritar pero no salió nada por su boca. Probó a escapar de la cama pero estaba totalmente paralizado. «No puedo moverme», pensó.

—No puedes moverte —corroboró Astor.

«No puedo respirar», pensó Macbeth.

—No puedes respirar —volvió a corroborar Astor, que esbozó una sonrisa desproporcionada, una de cien dientes, y bajó la cabeza hacia un Macbeth indefenso y paralizado que gritaba en silencio.

Se despertó. En la habitación había luz pero era natural, no eléctrica. Era de día.

Meditó sobre lo sucedido. Una alucinación... una alucinación hipnopómpica, creada en ese mismo lugar, en estado de consciencia, entre el sueño y la vigilia. Despertares falsos, alucinaciones vivas, parálisis del sueño: todos rasgos comunes del estado hipnopómpico, que va casi siempre acompañado de sueños lúcidos, donde quien sueña es consciente de estar haciéndolo.

No era más que un fallo en el sistema de activación reticular, se dijo, en la conexión entre el tallo cerebral y el córtex que regula los estados de vigilia.

Sabía todo eso, lo había aprendido durante su formación.

Con todo se tomó un momento para comprobar que no había más personas de sombra por los rincones.

Casey estaba levantado, preparando el desayuno para los dos.

Macbeth había decidido despertarse temprano, sobre todo para apartarse del entorno del sueño, aunque también porque quería averiguar qué había pasado durante la noche. Se habían quedado hasta las dos de la mañana siguiendo las noticias y discutiendo sobre las consecuencias de lo ocurrido. Su hermano había llamado y enviado mensajes como loco a sus colegas; del mismo modo, cada vez que colgaba el móvil, volvía a sonarle, y era otro colega físico del MIT para comprobar que estaba bien. Al final de la noche seguían sin aparecer seis compañeros.

—¿Se sabe algo más? —quiso saber en cuanto entró a la cocina.

—No mucho —dijo Casey de espaldas mientras le servía una taza de café—. Bastante horrible es ya. El recuento de víctimas podría llegar a las doscientas. Todavía no han localizado a Gillman. Estoy que no me lo creo, John.

—Me gustaría que reconsideraras muy seriamente lo de Oxford —le dijo ya sentado a la mesa de la cocina—. Seguro que es un blanco crucial para esos lunáticos.

Antes de acostarse, Macbeth le había rogado a su hermano que no fuera a Inglaterra, pero Casey había insistido en que debía ir. Otra de las razones de levantarse temprano era intentar de nuevo disuadirlo.

—El congreso de Prometeo es demasiado importante para mi carrera, y no pienso permitir que un puñado de colgados anticiencia me asusten. Además, sigo pensando que puede ayudar a comprender qué está pasando.

—¿Sigues creyendo que hay una conexión entre el fenómeno de las alucinaciones y el trabajo de Blackwell? La verdad es que yo no logro ver una relación científica plausible.

—Ya te he dicho que cuando uno trabaja en física cuántica ve las cosas de forma muy distinta... Michio Kaku dijo en cierta ocasión que somos como aparatos de radio o de televisión, siempre sintonizados en la misma emisora. Pero, igual que la realidad en la que estamos sintonizados, existen otras realidades infinitas que ocupan el mismo espacio y tiempo..., otras emisoras que transmiten desde el mismo dial pero en ondas diferentes.

—¿Y crees que tal vez alguien esté toqueteando el dial?

Casey se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que están produciéndose todos estos episodios alucinatorios colectivos sin razón aparente y ahora, para colmo, unos chalados religiosos se dedican a atentar contra instituciones dedicadas a la física y la neurociencia, los dos ámbitos de estudio que podrían tener la respuesta. Y por cierto, hablando de blancos,

supongo que no vas a volver al instituto Schilder.

—De todas formas aquello ya está más fortificado que Fort Knox. Pero no... no pienso volver antes de irme. Donde sí voy ahora es al McLean a ver a una paciente de Pete Corbin. Por cierto, mañana me voy muy temprano, y no quiero molestarte. Nos vemos esta noche.

El teléfono de la cocina sonó y Casey contestó.

—Claro. Aquí lo tengo... —Le pasó el auricular a su hermano.

—Hola, ¿doctor Macbeth? Al habla Brian Newcombe. Es horrible lo que ha pasado.

—Desde luego. Justo estábamos diciendo que menos mal que el Schilder está bien custodiado.

—Sí, sí, desde luego. Verá, se han producido ciertos acontecimientos... Necesitaría hablar con usted como sea antes de que se vaya a Dinamarca. Siento urgirle de esta manera pero es realmente importante.

—Pues me temo que no tengo mucho tiempo... —A Macbeth le molestó la intrusión: quería pasar su última noche en Boston con su hermano, no hablando con Newcombe—. Ahora por la mañana voy al McLean... ¿hay alguna posibilidad de que nos veamos allí más tarde, tal vez después de comer? No puedo concretarle una hora pero...

—En Belmont me viene bien —lo interrumpió Newcombe—. Puedo aprovechar e ir al centro de neuroimagenología, donde tenía que ir. Le dejo mi número de móvil y me llama usted cuando haya acabado.

—Vale, nos vemos allí entonces.

John Macbeth. Boston

A los de las miradas fijas empezaron a llamarlos «soñadores».

Al igual que todo el mundo, Macbeth estaba acostumbrándose a ver a gente parada por la calle con la vista clavada en algo que no existía. La mayoría de las veces era un individuo en medio de una avenida ajetreada o en un parque pero, cada vez con más frecuencia, era un grupo de gente con relación o sin ella: a veces un puñado, otras cien, todas atrapadas fuera del tiempo y el espacio que habían ocupado hasta hacía un segundo, en una nueva realidad. Lo peor era cuando le pasaba a alguien tras el volante de un vehículo. La mañana de los atentados del MIT hubo más malas noticias por la radio: un camionero había empotrado su vehículo de dieciocho ruedas contra el tráfico de los que iban a trabajar por la autovía Adamski Memorial y se había llevado por delante todo lo que se había puesto en su camino. Quince muertos.

Las autoridades habían recomendado que la gente dejase de conducir sola, y habían reducido temporalmente la velocidad máxima. La capacidad exclusiva de los humanos para adaptarse —para ajustarse a una realidad distinta y normalizar lo anormal— empezaba a arraigar.

Y por las calles había más soñadores.

El Departamento de Salud Pública de Massachusetts había formado equipos de emergencias para el SAT, donde SAT era Síndrome Alucinatorio Temporal. Equipos de uno o dos técnicos de emergencias, o un técnico y un policía local, se encargaban de que a la persona afectada no le pasase nada. Si se trataba de un ataque breve se quedaban con los pacientes; en los casos más prolongados los llevaban a uno de los cientos de refugios que habían habilitado por toda la ciudad.

Aparte de los equipos de respuesta al SAT, había más policías patrullando las calles. Los criminales veían el cielo abierto en la inmovilidad neurogénica que acompañaba a las alucinaciones. Los carteristas y los pervertidos aprovechaban para abordar al incapacitado temporal; los pisos y las casas se veían saqueados mientras el ocupante estaba físicamente en su vivienda pero ocupaba mentalmente otro lugar lejano.

Macbeth cogió un taxi para ir al Belmont. El conductor tras el volante le explicó que la carrera le costaría el doble de lo normal. La subida, sancionada por el ayuntamiento, le pareció razonable teniendo en cuenta que, por su seguridad, ahora

tenía a dos conductores sentados delante de él tras la mampara.

En ese trayecto nadie charló ni le dijo a Macbeth que creía haberlo visto antes. La sensación de recuerdo inexplicable era algo que la gente se negaba a reconocer, para no dejar la puerta abierta a un *déjà vu*.

Sentado en la parte de atrás, sacó del maletín el cacharro tecnológico de titanio que Casey le había dejado, lo abrió y miró el correo. Cuatro mensajes de Georg Poulsen. Desde que llegó a Boston había recibido al menos dos diarios de su jefe, y una media de dos más de otros miembros de su equipo, claramente presionados por Poulsen, para que regresara.

Poulsen empezaba a caerle mal.

El proyecto no llevaba mucho tiempo en pie cuando todo el mundo del equipo de escogidos comprendió que el doctor Georg Poulsen, ese danés bajito y de apariencia modesta que dirigía el proyecto, era un hombre muy motivado.

Con una financiación de dos mil millones de euros —el doble de lo que la Unión Europea le había concedido al proyecto de Düsseldorf— el propósito del equipo de Copenhague era construir un análogo completamente funcional de un cerebro humano, lo que permitiría a los científicos de ese ámbito ahorrarse los tiempos de pruebas en tratamientos con fármacos neurológicos y dar un salto exponencial en la comprensión de la función cognitiva humana. Pero también se pretendía desarrollar las interfaces cerebro-ordenador, y el propio Poulsen se había autonombrado jefe del Equipo de Interfaz. Parecía obsesionado con la búsqueda de maneras más eficientes de interacción entre los humanos y la tecnología informática, y los miembros de su equipo no tardaron en quejarse por las expectativas poco realistas de su jefe, mientras que otros protestaron por el énfasis desmesurado que se estaba poniendo en la investigación de la interfaz.

Sospechando que lo movían motivos personales, Macbeth hizo en su momento un esfuerzo por conocer a su jefe danés. Las descripciones que le habían hecho antiguos colegas de Poulsen —del típico danés afable y tranquilo con sentido del humor, que disfrutaba con los aspectos sociales de la vida académica tanto como con los retos intelectuales— no cuadraban con su experiencia con él. Le parecía un jefe lejano, como un empresario, hasta el punto de la hostilidad. Nadie sabía qué pasaba en la vida privada de Poulsen y nadie preguntaba.

Macbeth leyó los correos: las típicas exigencias de respuesta inmediata a cuestiones que podrían perfectamente esperar a que regresase a Copenhague. Decidió hacer justo eso y se desconectó del correo.

Estaba a punto de cerrar la tapa del portátil cuando vio algo en el escritorio de la pantalla.

—Hija de puta... —masculló mientras clicaba sobre la carpeta que había aparecido de la nada.

Al igual que en su viejo portátil, el icono se negaba a ceder a los clics. Frunció el ceño: su hermano sabía bastante de ordenadores, de modo que era preocupante que, fuera lo que fuese lo que estaba generando esa carpeta fantasma, hubiese burlado a Casey. Cerró el portátil, lo metió en su funda, se recostó en el asiento del taxi y contempló el Massachusetts que corría por la ventanilla.

«La cosa más nimia puede devolverte a la seriedad de una situación», pensó Macbeth mientras paraban en un semáforo en Belmont. Cuando se puso en verde, la cola de coches no avanzó. El típico coro de bocinas fue menos enfático de lo normal y la fila, ordenada y tranquila, pasó por delante del monovolumen que se había quedado parado, a tres coches del semáforo. Cuando pasaron con el taxi, Macbeth vio de perfil a la mujer que conducía, totalmente inmóvil, con las manos en el volante, la boca ligeramente abierta y la mirada perdida al otro lado del parabrisas.

Macbeth se inclinó hacia la mampara y preguntó por la ventanita:

—¿No deberíamos pararnos a ayudar?

Le respondió el segundo conductor:

—Lo siento, amigo... hay demasiados hoy en día. En cada carrera vemos dos o tres. Si nos parásemos cada vez nunca llegaríamos a ninguna parte.

Macbeth no le replicó y se limitó a recostarse de nuevo en el asiento. A pesar de los esfuerzos por quitárselos de la cabeza, los correos de Poulsen lo acosaban. Sacó el portátil y llamó a la aerolínea. La voz femenina de atención al cliente respondió a su pregunta con un guion preparado de relaciones públicas.

—Como sabrá, caballero, siempre hay dos pilotos a bordo, así como un ingeniero de vuelo. Pero para asegurar su total seguridad y tranquilidad, todos nuestros vuelos transatlánticos tendrán una doble tripulación de refuerzo y un médico a bordo hasta que dejemos atrás estos tiempos que tan consternados nos tienen.

Macbeth le dio las gracias y colgó. No le preguntó qué pasaría si todos los del avión tuviesen la misma alucinación al mismo tiempo; se abstuvo también de explicarle que multiplicar las cosas no era precaución suficiente contra un síndrome que se sabía que podía afectar a cientos de personas a la vez.

Marcó otro número: una llamada internacional. Al cabo de un rato le pasaron con la persona por la que había preguntado en danés.

—Me alegro de que esté de vuelta mañana —le dijo Georg Poulsen—. Todos los equipos, salvo el suyo, van adelantados en sus objetivos entregables. Tiene que ponerse al día.

—Profesor Poulsen, me veo en la obligación de recordarle una vez más que si estoy aquí no es de vacaciones, sino como representante del proyecto, del suyo. Y supongo que habrá oído todo lo que está pasando aquí desde que llegué.

—Sí, lo he oído —respondió el danés sin emoción alguna y sin darle mayor consideración al tema—. ¿Podemos reunirnos mañana en la sala de conferencias del

proyecto a las..., pongamos..., tres y cuarto?

—No, no podemos. No llego a Copenhague hasta altas horas de la madrugada, y ni siquiera con el desfase horario llegaría bien para una reunión por la tarde. Y de todas formas no estoy seguro de si debo volar. Están produciéndose accidentes de tráfico muy serios por culpa de este brote, o lo que sea.

—Me hago cargo, y supongo que las aerolíneas también. Estoy seguro de que habrán tomado todas las medidas de seguridad necesarias. —Se produjo una pausa. Cuando Poulsen volvió a hablar, la imperiosidad había desaparecido de su tono—. John, siento mucho presionarlo de esta manera. Es solo que estamos tan, tan cerca de hacer un gran descubrimiento... Lo necesito aquí... ¿Puede intentarlo?

Macbeth suspiró.

—Allí estaré. Siempre que al piloto no le dé por alucinar que capitanea un submarino.

Colgó justo cuando el taxi llegaba a la entrada principal del hospital. Se detuvieron sin embargo ante un control de carretera improvisado con dos coches patrulla. Hasta que Macbeth no les enseñó la identificación y la policía llamó al hospital para confirmar su cita, no dejaron pasar al taxi.

Al contrario que en su última visita, los cielos sobre los terrenos arbolados del hospital McLean estaban plomizos. Cuando el taxi lo dejó en la puerta del edificio principal de administración, dio media vuelta y desapareció por el camino. Mientras lo veía irse sintió una extraña sensación de abandono. Un hombre de unos treinta años, vestido con vaqueros y una sudadera con capucha, estaba a los pies de las escaleras, ligeramente a un lado, mirándolo. A Macbeth le llamó la atención por la peculiar intensidad de su mirada. Había aprendido con los años que la franqueza desinhibida era algo que venía de la mano de una gran variedad de trastornos mentales. Era evidente que se trataba de un paciente y no de un visitante o alguien del personal.

Le sonrió al pasar a su lado pero este lo agarró del brazo y tuvo que detenerse.

—¿Este es el sustrato? —le susurró en modo conspirativo, pegándose a él.

—¿Cómo?

—Que si esta es la realidad de sustrato. Ando confundido. —Mirando a lo lejos el hombre arrugó el ceño. Se volvió hacia Macbeth con una sonrisa—. Creía que nunca volverías, que no te atreverías...

—Pues aquí me tienes... —dijo sonriéndole al hombre, que tenía una cara tan olvidable que bien podía haber sido paciente suyo cuando trabajaba en el McLean, aunque lo más normal era que estuviese dando rienda suelta a su delirio.

—No sabía qué hacer... —El paciente, de nuevo ansioso, frunció el entrecejo. Macbeth miró a su alrededor en busca de un celador—. Ha empezado. Ha empezado.

Ha empezado y no sé qué hacer porque no me lo ha dicho. Se fue y no me dijo lo que tenía que hacer cuando empezara, aunque me dijo que lo haría. Lo único que necesitamos es que nos diga qué hacer, qué tenemos que hacer. Hemos estado esperándolo.

—Está bien, no pasa nada —le dijo con tono tranquilizador al tiempo que se zafaba de la mano del hombre—. Creo que me confunde usted con otra persona.

—No, yo sé quién es. Lo sé perfectamente. Tiene que decirme qué hacer, señor Astor...

De la nada apareció entonces un celador y muy tranquila pero firmemente se llevó al paciente antes de que Macbeth pudiera responderle. Mientras se alejaba el hombre le gritó:

—¡No lo olvide, señor Astor! ¡No olvide la Tercera Ley de Clarke!

Corbin estaba en la recepción principal cuando entró Macbeth. Una calma y una contención poco habitual pendían sobre el psiquiatra del McLean igual que las nubes sobre el edificio.

—Brian Newcombe me ha pedido que te recuerde que está aquí para hablar contigo en cuanto estés libre —le dijo mientras lo conducía a la sala de reuniones.

—Ya, ya..., hoy todo el mundo quiere algo de mí.

Cuando entraron en la sala a Macbeth le pilló desprevenido la presencia física de un hombre alto, moreno y con aspecto rudo que estaba esperándolos.

—Este es el sargento Walt Ramirez, de la patrulla de carreteras de California —le presentó Corbin.

Macbeth le estrechó la mano al policía.

—Hablamos por teléfono. —El psiquiatra reconoció su voz serena de barítono. Ramirez llevaba su traje oscuro con la incomodidad propia de alguien que se pasa la mayor parte del tiempo en uniforme—. Muchas gracias por sacar tiempo para verme.

—Haría todo lo que fuese por llegar al fondo de lo que le pasó a Melissa, aunque como comprenderá tendrá que detener el interrogatorio si así se lo pide el doctor Corbin. El tratamiento y los derechos de Deborah como paciente están por encima de cualquier otra consideración.

—Me hago cargo. El doctor Corbin ya me ha puesto al tanto de todas las normas. ¿Asistirá usted también?

—Si no le importa...

—Por mí no hay problema. —Ramirez encogió sus grandes hombros—. El doctor Corbin me ha dicho que es usted una especie de experto en el tema.

—Sí, eso me dice a mí también.

—¿Cómo está Casey? —le preguntó Corbin—. No le ha pasado nada, ¿no?

—No, pero está muy afectado por todo el asunto. —Le explicó a Ramirez

entonces—: Mi hermano trabaja como físico en el MIT.

—Vaya... Ha sido horrible. Eso y lo del Caltech.

—¿El Caltech?

—¿No te has enterado? —Corbin frunció el ceño—. Esta noche han estallado tres bombas en el centro Annenberg. El blanco era un proyecto de investigación.

—¿De qué?

—De informática. Tecnologías de la información —contestó el californiano—. Algo relacionado con un proyecto de inteligencia artificial. Y la gente que se tiró del puente trabajaba en algo muy parecido. Sé que tenía que ver con videojuegos pero era una cosa bastante fuera de lo normal, si no he entendido mal.

—¿Cree que el suicidio colectivo de unos creadores de videojuegos podría estar relacionado con estos ataques contra instituciones científicas? Yo no veo la conexión.

—Hay muchas cosas que no parecen guardar relación pero la tienen. Después de Boston voy a Nueva York. ¿Leyó hace un par de meses más o menos lo del tipo ese que se mató de hambre en su domicilio, en un bloque pijo de Nueva York? Hasta poco antes Tennant había mantenido una relación con Melissa Collins.

—Sí, me he enterado. ¿Y lo está investigando porque cree que Melissa pudo haber convencido de algún modo a Tennant para que se suicidase, para que se matara de hambre?

—No, no... para nada. Ya habían roto un tiempo antes de eso. Y Tennant no pretendía suicidarse, no fue una cosa deliberada. Tanto Melissa Collins como Samuel Tennant eran transhumanistas. Supongo que sabrán de lo que hablo.

Macbeth asintió distraído. Había algo que empezaba a dibujarse en su mente pero lo veía todavía demasiado difuminado para entenderlo.

—El departamento de policía de Nueva York sigue investigando su muerte. Y no porque crean que fue un suicidio o un asesinato como tales, sino porque, justo antes de morir, Tennant transfirió por Internet medio millón de dólares a una cuenta en el extranjero, al parecer como pago por un extraño manuscrito o algo así. No hay rastro ni del dinero ni del manuscrito. Tal vez no fuese en formato físico.

—Pues sería una descarga muy cara —comentó Corbin.

—En cuanto a su muerte, por lo que la policía ha podido descubrir, parece que Tennant estaba obsesionado con las calorías. No comía comida de verdad, sino complementos vitamínicos y esos rollos. Creía que así viviría más. Desde luego andaba un poco desencaminado...

—El consumo de calorías... Al parecer se ha demostrado que si subsistes con un contenido calórico extremadamente limitado, puedes extender tu vida más de un cuarto. Pero si te pasas de la raya...

—Eso mismo. Estaba obsesionado con algo que se llama la Singularidad, que creía que pasaría en algún momento de aquí a diez o cincuenta años. No sé muy bien

de qué va todo eso pero tenía la descabellada idea de que podía lograr la inmortalidad si conseguía llegar a la Singularidad. Respecto al grupo, es por eso por lo que voy a Nueva York. Pero antes he querido venir aquí a hablar con Deborah, para ver si puede arrojar alguna luz sobre el tema.

—Ese grupo... ¿se hacían llamar simulistas?

Ramírez miró a Macbeth y por primera vez fue una mirada de poli: valorando, calibrándole.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo Bundy.

—¿El agente del FBI con el que habló?

—Sí. Me contó que Tennant estaba vinculado con los simulistas pero no me dijo nada de que Melissa también.

—No he podido localizar al agente Bundy para preguntarle. De hecho en el FBI se han mostrado menos cooperadores de lo habitual y han insistido en que no existe ningún agente Bundy. Esperaba que Deborah Canning pudiera ayudarme.

—Entonces sugiero que vayamos a preguntarle —dijo Corbin indicándoles la puerta con la mano—. ¿Vamos?

—Una última cosa —intervino Macbeth parando a Ramírez ya en la puerta—. El manuscrito por el que pagó medio millón de dólares... ¿sabe de qué era?

Ramírez asintió.

—*Los fantasmas que nos creamos*, de un tal John Astor.

Ari. Israel

Ari Livnat tuvo una sensación de lo más extraña: como si alguien, en algún punto en el extremo de su capacidad auditiva, estuviera rayando una pizarra con las uñas.

Tenía calor y estaba cansado y aburrido, algo de lo más normal en ese tipo de misiones, aunque bajo el tedio subyacía una inquietud nerviosa. Pese a estar tan cerca del mar el aire era como desértico: una brisa caliente y seca que te reseca la piel y los labios. Pero Ari tuvo la sensación de que había algo raro, algo más.

Estaba de pie junto a Benny Kagan y los demás del pelotón, con los hombros caídos enfundados en el verde aceituna de combate, removiendo la arena con las botas y el rifle cogido con el morro hacia abajo, mientras observaban a los manifestantes. Le sorprendió que todos esos jóvenes, que debían de tener más o menos su edad, siguieran los cauces reglamentarios con la misma falta de entusiasmo que él. Tal vez algunos estuviesen allí por obligación, forzados a manifestarse compulsivamente. O tal vez era simplemente porque la Historia así lo exigía.

La aborrecía, sobre todo porque, habiendo nacido cuando y donde había nacido, se la habían estado inculcando desde pequeño. La Historia había sido la música con la que había crecido y estaba harto de oírla retumbar en sus oídos. La Historia lo definía, más que si hubiese nacido en Italia, Finlandia, Grecia o Estados Unidos. Y en ese momento habría dado lo que fuese por haber nacido en cualquiera de esas naciones sin fijaciones históricas. Desde que tenía uso de razón se había visto obligado a llevar su historia percibida —que si Masada, que si los libelos de sangre, las leyendas antisemitas, los pogromos, el Holocausto, las guerras de independencia y de desgaste— como una estrella amarilla. Y él no quería formar parte de todo eso.

Era soldado muy a su pesar, un recluta más. Pensó en negarse a prestar servicio pero no tenía justificaciones religiosas o políticas para rechazarlo, y tampoco era ni modelo de bañadores ni ningún famoso que pudiese escaquearse con alguna triquiñuela legal o untando a alguien. Y luego, aparte, estaba su padre. Ari era muy cínico con muchas cosas pero no con su progenitor, que había luchado en la guerra de los Seis Días y en la del Yom Kippur; lo habían hecho prisionero en esta última y había acabado recluido en el infierno de la prisión de Al Mazzeh. Joe Livnat era un hombre amable y callado, y Ari, un hijo entregado. Su padre nunca le había contado cómo le habían tratado los sirios pero Ari había sabido por otras fuentes de la miseria y las enfermedades, las torturas y las palizas a las que sometían a casi todos los

prisioneros de guerra. Lo que más le entristecía era ver la forma en que su padre se refugiaba en el silencio cada vez que le preguntaban por esos tiempos: un silencio que Ari sospechaba que estaba relacionado con la vergüenza por la rendición.

Y eso era lo que más coraje le daba de la Historia: por mucho que lo intentaras era imposible escapar de parte de ella. Sabía que su padre habría entendido, y tal vez apoyado, su decisión de evitar el servicio militar, pero Ari había sentido la necesidad de hacer lo que se esperaba de él precisamente por su padre, como si negarse a hacerlo hubiera confirmado un rasgo de la familia, y de algún modo hubiera agravado la vergüenza tácita de este.

De modo que ahí estaba, con su uniforme aceituna de las Fuerzas de Defensa de Israel bajo un sol desértico. Y ahora que lo peor del conflicto entre judíos y árabes parecía haber quedado atrás, su esperanza era que lo único que el estado de Israel esperase que matara fuese el tiempo.

Le dio un trago a la cantimplora del agua. Por lo menos no lo habían destinado a un polvoriento cruce fronterizo o a un control de carreteras en medio del Néguev... Aunque preferiría estar en la playa con una cerveza bien fría. A esas horas estaba vacía, las sombrillas plegadas y las tumbonas solitarias. Si miraba hacia las aguas celestes del mar, veía los barcos patrulleros del Shayetet 13 formando un arco que escudaba la orilla de terroristas y turistas por igual, y oía el vago zumbido de un helicóptero Sea Cobra controlando el horizonte brumoso entre mar y cielo. Ese día estaban haciendo más historia allí en Eilat: a sus espaldas, en el hotel de lujo climatizado que custodiaba junto al resto. Más historia que a Ari le importaba una mierda, más allá de que la conferencia pudiera ayudarlo a obtener un pasaporte de la Unión Europea.

El cielo se iluminó por un momento y luego se cubrió.

Ari había bebido demasiado la noche anterior y estar allí en medio de aquel sol desértico estaba haciéndole sentir raro. Experimentó un ligero mareo y un brote desagradable y perturbador de algo parecido a un *déjà vu* pareció apoderarse de él. Le dio dolor de cabeza, le palparon las sienes y la presión del aire caliente era casi palpable. Se aproximaba una tormenta. La brisa poco convencida que había soplado durante toda la mañana de pronto se recrudeció hasta convertirse en un viento persistente que arremolinó la arena a sus pies.

Miró hacia la mole de Gershon Shalev, una persona que no sentía que la Historia fuese ningún peso, sino que la llevaba como si fuera una insignia que él mismo se hubiese hecho. Al alto y robusto jaredí lo habían transferido desde el batallón Netzah Yehuda por razones que no habían querido contarle ni a Ari ni al resto. Los rumores habían corrido, claro: alguien conocía a alguien que había dicho que Shalev tenía fama de haber sido muy activo en una banda de justicieros en la época de las ocupaciones ilegales de Cisjordania. Fuera lo que fuese, Ari lo odiaba por lo que

representaba. Detestaba a todos los judíos fundamentalistas que intentaban decirle quién y qué era y de qué formaba parte. Había habido muy poco contacto entre ellos: Shalev tenía poco o nada que ver con Ari y probablemente le había colgado ya el sambenito de apóstata, de *min*. Aunque lo cierto era que Shalev no había dicho o hecho nada para inspirar la ira de Ari. El simple hecho de su presencia le bastaba y le sobraba: sus *payots*, la observación de sus oraciones, su disciplina soldadesca.

En esos momentos, mientras experimentaba esa sensación extraña, el aire cambió a su alrededor. Tenía los nervios a flor de piel por una razón que no sabía definir. Se quedó mirando a Shalev y su odio creció y manó por su boca.

—Míralo —le dijo a Benny Kagan, el cabo menudo, delgado y apuesto que estaba a su lado, al tiempo que señalaba a Shalev con la barbilla—. El guardián de Israel... Esperando una señal de Dios para ir a meterle un par de hostias a esos palestinos.

Ari señaló hacia el núcleo de manifestantes mustios que habían llegado en autobuses hasta la ciudad costera y turística para protestar contra el acuerdo que iba a firmarse. Eran unos cincuenta o sesenta; habían prohibido otras protestas pero esa la habían permitido para aparentar.

—Eso no lo sabes, Ari —le dijo Benny encogiendo sus hombros huesudos en algún punto bajo su camisa del uniforme, que le quedaba enorme—. Gershon tiene razón: eres demasiado duro con él.

—Pero míralo. Me juego algo a que está fastidiado con todo esto. Los Acuerdos de Paz del Cuarteto le han jodido la posibilidad de convertirse en el guerrero protector de Eretz Yisrael. Es de esos que creen que la política la dictan zarzas ardientes, en lugar de que el pueblo tome decisiones por sí mismo. A ver, ¿qué sabemos en realidad de él? La ha tenido que cagar muy gordo para que lo manden a esta unidad. ¡Que le den! —profirió Ari mientras el aire se arremolinaba a su alrededor y le lanzaba una nube de arena del Néguev contra la cara—. ¡Que le den! —repitió, y se quitó las gafas de sol para restregarse el ojo derecho con el dorso de la mano. Le costó un momento quitarse los granos del ojo, de espaldas al viento. Volvió a ponérselas, con el protector del ejército, y se fijó en que Benny y los demás hacían otro tanto.

—¿De dónde coño ha salido este viento? No había pronóstico de nada... —Miró hacia los manifestantes, que parecían impertérritos ante el repentino cambio de tiempo.

El día se había puesto de un feo gris amarillento cuando una niebla de arena arremolinada nubló el aire. Ari se tapó la boca y la nariz con el pañuelo del cuello.

—Estupendo... —gritó Benny—. Lo que nos faltaba: una tormenta de arena. Vendrá del Néguev...

Ari miró hacia el cielo, donde el aire se había vuelto visible, como granulado.

—No... viene del otro...

El sonido lo interrumpió.

Un ruido que sacudió la tierra bajo sus pies y que pareció resonar en su interior y zarandearle los huesos.

John Macbeth. Boston

*D*eborah Canning estaba sentada en el mismo sitio y en la misma postura. Incluso el libro de arte de los trampantojos con la cubierta satinada estaba en el mismo ángulo sobre la mesa junto a la ventana. La única diferencia respecto a su visita anterior era que la mujer llevaba otra ropa y que la ventana estaba cerrada. Era, pensó, como mirar un mismo cuadro por segunda vez, viendo los mismos elementos pero a la vez fijándose en otros.

Al verla de nuevo podría haberse convencido fácilmente de que en realidad Deborah Canning solo existía cuando otros estaban presentes. O tal vez solo cuando él estaba presente.

No era lo uniforme del contexto de Deborah lo que lo inquietaba. Lo tenía atrapado un recuerdo más lejano del cuarto inmutable, como si la imagen borrosa de otro tiempo se le superpusiera. Recordó haber estado allí, hablando con su paciente —el último que tuvo en el McLean—, al que le diagnosticó personalidad múltiple.

Pete Corbin presentó a Walt Ramirez y Deborah. El policía, colosal y bronceado, con sus manos enormes y sus hombros anchos como vigas, parecía llenar la habitación, y a Macbeth le recordó el desagradable falso despertar de su sueño. Deborah no pareció amilanarse ante la presencia enorme de Ramirez. Se limitó a hacerle un gesto con la cabeza y a sonreír sin mucha emoción.

Corbin charló un poco con Deborah, preguntándole cómo había pasado el día, a lo que ella respondió con respuestas vacías y casi automáticas, antes de dejar hablar a Ramirez.

—Parece usted preocupado, detective Ramirez —le dijo Deborah.

—Sargento Ramirez —la corrigió—. Soy sargento de tráfico. ¿Como que preocupado?

—Como si tuviera más preguntas de las que supiese formular.

—Tengo preguntas sobre Melissa. ¿Sabe lo que pasó?

—Sí, lo sé. Ah, ya veo... intenta usted entenderlo.

—Así es. Es importante para mí entenderlo, y no solo como policía, sino como persona.

Deborah asintió.

—Ahora comprendo... ¿estaba usted allí?

—Sí, y por eso necesito entenderlo. ¿Sabe por qué Melissa y el resto hicieron lo

que hicieron?

—Estaban convirtiéndose.

—¿Qué significa eso? ¿Convirtiéndose en qué?

—No lo entendería. No está programado para entenderlo.

—Me gustaría intentarlo.

—Melissa, y los otros, yo misma... vimos la verdad. Había llegado la hora de convertirse.

—¿Qué verdad? —Ramirez hacía claros esfuerzos por mantener la paciencia.

—Que nuestro futuro ya ha pasado.

Ramirez suspiró.

—Ya le he dicho que no lo entendería. —La mujer sonrió afable.

—Yo tampoco lo entiendo —intervino Macbeth—. ¿Cómo es posible que nuestro futuro ya haya pasado?

—Significa que lo que usted cree que es ahora, lo que piensa que es el presente, es simplemente el pasado. Salvo porque no somos la gente real que vivió entonces. Ni siquiera somos sus fantasmas. Solo vivimos como en *tableaux vivants*, como marionetas.

—Eso no tiene ningún sentido...

Macbeth le puso una mano en el codo a Ramirez para interrumpirlo.

—Debbie está aquí para recibir asistencia psiquiátrica —dijo en voz baja—. No puede esperar que todo lo que ella le diga tenga sentido. Para averiguar la verdad tiene que maniobrar, como quien dice, en torno a su síndrome.

Deborah Canning rio, como vagamente divertida.

—¿Pasó algo, algo en concreto que les hiciera hacer eso? —reformuló la pregunta Ramirez.

—Pues que vieron la verdad, solo eso. Estábamos desarrollando un juego nuevo. El proyecto más grande que habíamos tenido nunca... superintuitivo y envolvente... y tenía aplicaciones que iban más allá de los videojuegos. Jane McGonigal me dijo una vez que debería existir un premio Nobel de videojuegos. Pues nuestra criatura habría ganado la primera edición.

—¿Qué tenía de especial? —indagó Ramirez.

—Su tamaño, la pura complejidad de su programación, su mecánica... pero sobre todo el entorno que generó. Melissa logró que nos asociáramos con Jeff Killberg. Se trataba de una nueva generación de videojuegos, un cambio de paradigma; lo llamamos Entornogenería de Realidad Omnipresente.

—¿Podrías explicármelo, Debbie? De forma más sencilla, para que yo lo entienda.

—Ya sabrá lo realistas que se han vuelto con el tiempo los videojuegos. Pues bien, nosotros lo llevamos a un nivel completamente distinto: creamos un entorno

virtual de juego más complejo y convincente que cualquiera. Todo el mundo se queja de que los juegos de realidad alternativa y virtual apartan a la gente del mundo real..., pero el juego que desarrollamos era una simulación perfecta de nuestro mundo. Calles, monumentos, todo era exactamente como en la vida real. La diferencia era que el jugador podía moldear el tiempo y la realidad..., como tener superpoderes en el mundo real. Pero lo más fuerte de todo era la omnipresencia del juego... Mezclaba realidad virtual, aumentada y real. —Por primera vez Macbeth vio entusiasmo real en la expresión de Deborah—. Conseguimos superponer un mundo de juego sobre el mundo real. Comprendimos que podíamos borrar por completo la línea que dividía la vida en el juego de la vida real.

—Pues suena más como algo para celebrar —comentó Ramirez—, no por lo que hacer un pacto de suicidio.

—Usted no lo entiende. —En ese momento le llegó el turno a Deborah de sentirse frustrada—. Lo que vio no fue un acto de desesperación o tristeza. Fue una conversión.

—Cuéntenos más sobre el programa —la instó Macbeth.

—¿Ha oído hablar del síndrome de juego omnipresente, al que a veces se llama también «efecto Tetris»?

Macbeth asintió: es un fenómeno psicológico donde las formas de las piezas del Tetris cayendo, o imágenes de cualquier otro juego, se quedan durante un buen rato en la mente de los jugadores después de jugar.

—Pues el entorno de nuestro juego era lo último de lo último en ese aspecto. Por eso lo llamamos realidad omnipresente. El potencial que tenía el juego para aumentar la vida de la gente era ilimitado: gente que padecía parálisis o coma, todo tipo de discapacidades, podían vivir una vida real sin sus enfermedades, llevar una vida plena en una realidad generada.

—¿Como en la peli de *Avatar*? —preguntó Ramirez.

—No, no se parecía a una animación generada por ordenador, sino a esto... —Extendiendo las manos señaló la habitación que los rodeaba.

—Entonces, ¿qué fue lo que hallaron mientras desarrollaban el programa? —preguntó Macbeth—. ¿Fue esa la verdad que descubrió?

—El programa empezó a autoampliarse, a construir complejidad en sí mismo y por sí mismo. Y entonces descubrimos que se conectaba sin necesidad de cables con otros programas que no habíamos construido nosotros. Y no solo con el programa TIME de Killberg, sino con otros. Y con uno en particular.

—¿Qué programa era ese? —le preguntó Corbin.

—No pudimos localizarlo. El programa se había vuelto independiente y tomaba sus propias decisiones. Conexiones..., como conexiones neuronales..., un cerebro. Pero fuera lo que fuese, era enorme. Algo que debía estar en manos del gobierno o de

algún proyecto de investigación, así que nos temimos que nos acusaran de hackear algún sistema de alta seguridad. Pero nosotros no habíamos hecho nada, era el programa solo.

—Nada de eso explica por qué se mataron ni Melissa ni los demás.

Deborah se volvió y miró por la ventana, que estaba salpicada de lluvia. Se quedó callada por un momento.

—Era una broma —dijo por fin—, para divertirnos. Era un mundo realmente generado por ordenador idéntico al nuestro pero con la habilidad de solaparlo.

—Pero ¿cuál era la broma? —intervino Ramirez.

—¿Sabe lo que pasa si se busca la palabra «recursión» en Google, sargento?

—¿Qué es recursión?

—En programación es cuando el resultado de una operación te devuelve la propia operación y su resultado, una y otra vez. En arte y otros ámbitos es cuando una imagen se repite dentro de sí misma, hasta el infinito. El caso es que si escribe «recursión» en la casilla de búsqueda le dirá: «Quizá quisiste decir: recursión». Humor de informáticos... Pues nosotros hicimos algo parecido, un chiste.

—¿El qué?

—Nos programamos a nosotros mismos. Versiones alternativas de nuestros yoes. No eran más que avatares pero cuando el programa empezó a autogenerarse...

—¿Qué pasó?

—Lo vimos... —Había una gran tristeza en la cara de Deborah, así como en su voz—. Vimos todos los niveles del juego. Vimos todos los niveles de nosotros mismos, todas las realidades que se solapaban, y ninguna era real.

Ramirez miró a Macbeth y se encogió de hombros sin saber qué hacer.

—Debbie, ¿qué quieres decir? —intervino el psiquiatra.

—Significa que ambos tenían razón.

—¿Quiénes?

—Sé que el doctor Corbin sospecha que sufro personalidad múltiple, y tiene razón, es así. Todos la tenemos. ¿Se acuerda de que le hablé de nuestros reflejos?

—¿Quién más tenía razón? —quiso saber Ramirez.

—John Astor. Es verdad que el futuro ya ha pasado y que somos fantasmas que nos hemos creado nosotros mismos.

Ari. Israel

Se detuvo. El sonido y el temblor de tierra bajo sus pies, el remolino de tierra levantada por el aire, todo terminó tan repentinamente como había empezado. Se produjo un silencio de perplejidad.

—¿Qué coño ha sido eso? —chilló Benny, que estaba como el resto, con las piernas abiertas y los brazos extendidos, como intentando encontrar el equilibrio en tierra firme.

—Un terremoto... —Ari estaba igual, inmóvil, como esperando algo más.

Se miraron y se volvieron para comprobar si el mundo seguía allí. Ari vio que los manifestantes estaban mirándolos y parecían más perplejos por las reacciones de los soldados que por la conmoción que había recorrido las piedras bajo sus pies.

—Tal vez no haya sido real... —comentó Benny—. Ya sabes lo que pasó en Boston.

Ari sacudió la cabeza.

—Ha sido real. Aquí suele haber temblores... En el 95 hubo un terremoto. Es por estar entre dos placas de esas tectónicas. Tranquilo... ya ha pasado.

Por fin parte de la tensión en la actitud de los soldados se relajó. Ari sacudió la cabeza y se echó a reír.

Otra vez.

Más fuerte aún.

El suelo se removió y palpitó. Una vez más llegó de la nada un viento con aire granulado, cargado de arena del desierto. El movimiento de la tierra lanzó a Benny de rodillas al suelo, y a Ari le costó horrores mantenerse en pie. Tenía los ojos puestos en los de Shalev, que mantenía el equilibrio apoyándose con una mano en el transporte de personal blindado.

Otro ruido ensordecedor. Pero fue distinto de los dos primeros; no se parecía a nada que Ari hubiese oído. Una sacudida inmensa recorrió el suelo bajo sus pies, como si se hubiese abierto algo en las profundidades de la tierra. Y con el temblor, el viento pareció arreciar con más fuerza aún. Benny y los demás chillaban pero la tormenta ahogaba sus voces. Ari ya no veía la recargada fachada de los hoteles de vacaciones. Todo se perdía en un remolino de arena y residuos pero estaba

convencido de que aun así debería haber podido ver el hotel. Apartó el pensamiento de la cabeza y se acercó a Benny para ayudarlo a ponerse en pie, pero una bocanada de aire levantó de repente al pequeño cabo del suelo y lo arrastró al vórtice de arena y trozos de palmera.

—¡Benny! —chilló Ari corriendo hacia su amigo.

El viento lo embistió como un maremoto, metiéndole aire en los pulmones y, con más fuerza que la gravedad, apartó el suelo de debajo de sus pies. Un pánico primigenio lo atrapó al verse indefenso ante las fuerzas de la Naturaleza. Ari sintió entonces que alguien lo cogía con fuerza del brazo y al volverse vio a Shalev, que empezó a tirar de él hacia el costado del blindado.

—¡Tenemos que ponernos a cubierto! —le gritó al oído el jaredí.

—¡Benny! ¿Y qué pasa con Benny?

—Después vuelvo a por él. Peso más que tú. —Shalev puso su ancha mano sobre el pecho de Ari, tiró de él hacia el costado del vehículo y después lo bajó para sentarlo con la cabeza apoyada contra el blindado—. ¡No te muevas de aquí!

Ari vio cómo Shalev volvía hacia la tormenta y su perfil se desdibujaba.

La tormenta cesó.

Fue cuestión de segundos. El viento desapareció. El polvo y la arena se quedaron en el aire durante lo que le pareció una eternidad y luego se fueron posando lentamente. Volvió a distinguir las siluetas llenas de arena del resto del pelotón, la mayoría en el suelo o intentando levantarse, como hombres de terracota surgiendo de la tierra. Vio que Shalev levantaba a Benny del suelo. Ambos se miraron a través de la cortina ya desvanecida de arena suspendida.

Ari se alejó del vehículo y fue hacia el grupo de soldados. Seguía sin ver el perfil de los hoteles por detrás, pero el sol tanteó el polvo con dedos luminosos. Parecía el fin del mundo.

Ari estaba de espaldas.

Se dio cuenta en esa fracción de segundo que estaba de espaldas. Fuera lo que fuese lo tenía justo detrás, en ese preciso instante. Lo supo por las caras de los demás, que miraban hacia el mar, a sus espaldas; por la conmoción, el asombro y el terror de sus expresiones. Pero eran mayores de lo que podría haberles causado la tormenta. Vio a Shalev hincar las rodillas lentamente en el suelo con la boca abierta. Benny Kagan se quedó paralizado.

Estaba detrás. Oyó el tronar y el rugir. Sintió que hacía temblar la tierra bajo sus pies. Fuera lo que fuese estaba detrás de él, y no quería volverse. No quería ver aquello que había convertido a sus camaradas en estatuas de piedra. No debía girarse.

Se giró.

Al hacerlo volvió a notar la tierra temblar, como si bajo sus pies el mundo entero

hubiese caído diez metros antes de pararse en seco.

La tormenta que había pasado sobre sus cabezas se había convertido en un torbellino, pero Ari no había visto nada igual. El embudo medía cincuenta metros de ancho y se arqueaba y giraba en espiral un kilómetro de altura, hasta culminar en una enorme nube negra de humo. Y debajo... debajo... Debajo Ari vio algo que no podía creer; en lo que nunca había creído, que se había negado a creer toda su vida.

—Dios mío... —murmuró—. Ay, Dios, Dios, Dios...

Había ocurrido. Había ocurrido y había sido allí, donde estaban. Era el Yam Suf, el mar de cañas.

El sitio donde había estado Moisés.

Con una certeza que nunca había experimentado en su vida, supo que estaba siendo testigo de la Alianza de Dios: la señal de la protección de Dios a su pueblo.

Ari Livnat miraba lo imposible desde una playa de Eilat. Contempló los dos muros titánicos de agua que se elevaban como montículos gigantes de vidrio apilado y rizado, y un canal despejado entre medias. Refulgían y restallaban relámpagos que centelleaban por la superficie imposiblemente vertical del agua. Ari supo lo que estaba viendo y se negó a creerlo. Pero lo veía.



No supo cuánto tiempo había estado así, mirándolo, viéndolo, creyéndolo. Por fin se dio media vuelta y pasó al lado de Shalev quien, todavía de rodillas, se balanceaba de atrás para adelante repitiendo una plegaria una y otra vez. Ari le dijo a Benny y al resto que lo siguieran mientras se dirigía hacia donde los manifestantes seguían parados, mirando a los soldados, confundidos, enmudecidos, inmóviles. Incrédulos.

Supo al instante que no habían visto lo que ellos. Lo que todos los demás veían: una señal que no era para ellos, un mensaje de un dios que no era el suyo.

Una certeza colosal e irresistible poseyó a Ari, que se desenganchó la carabina del hombro.

—Matadlos —ordenó a los demás con voz fría y monótona—. Matadlos a todos...

Se oyó otra sarta de sonidos atronadores pero esa vez no provenían del cielo.

John Macbeth. Boston

Como el plomo se había despejado del cielo, Brian Newcombe, que estaba esperándolo a los pies del edificio de administración, propuso que dieran un paseo por los terrenos del hospital.

Macbeth accedió, aunque seguía hechizado por el delirio de Deborah: en psiquiatría, que la realidad alternativa del delirio de un paciente aceche en los rincones mentales del médico, como un libro que acabara de leer, constituye uno de los gajes del oficio.

Newcombe fue directo al grano:

—Me han pedido que lo convenza para no volver a Dinamarca.

Macbeth se echó a reír.

—Es imposible, mi vuelo sale esta noche...

—Nos encargáramos de todo. Lo necesitamos más nosotros que el proyecto de Copenhague.

—Bueno, es muy adulador pero ya le he dicho que, si pudieran localizarlo, Josh Hoberman sería mucho...

Newcombe lo interrumpió:

—A Josh Hoberman lo han pescado esta mañana en las aguas del Potomac con el cuello partido.

Macbeth se detuvo en seco.

—¿Lo han matado?

Newcombe asintió con expresión seria bajo el bronceado de regatista de Cape Cod.

—Muy probablemente Fe Ciega. Ha habido más asesinatos. Y más atentados: en Washington, Londres, Jaifa. Tanto los islamistas como Fe Ciega están involucrados. Y un grupo extremista judío ultraortodoxo, antisecular y antitecnológico, ha reivindicado la autoría del atentado de Jaifa. Además, hay una última noticia sobre algo sucedido en Israel, una masacre. Se lo digo, John, estamos ante un mundo al que le han arrebatado la Razón... una nueva Edad Oscura con supersticiones rivales que se matan las unas a las otras en una guerra santa.

—Y están utilizando la epidemia de alucinaciones como justificación... —apuntó Macbeth.

—Toda esta historia antiprogreso y de fanáticos religiosos no hace más que

alimentar el fenómeno. No aceptan que sean alucinaciones y creen que son visiones que les manda Dios. Todo mulá, todo evangelista, todo aspirante a chalado de secta ha visto en estos acontecimientos la señal de que se acerca el Arrebatamiento, la Segunda Venida o lo que leches les prometa su particular rama de la escatología. Tenemos que llegar al fondo de todo esto y pararles los pies antes de que el mundo entero pierda la razón.

—Lo entiendo, Brian, pero no puedo dejar tirado a Poulsen. Lo mejor que puedo hacer es seguir con mi trabajo, que es justo a lo que esos lunáticos quieren poner fin. De todas formas, yo no soy epidemiólogo —esgrimió Macbeth cuando pasaban a la altura de la loma con el arce.

—Es que no nos enfrentamos a una epidemia, y lo sabes. No hay ni patrón, ni concentración de casos ni paciente cero. —Suspiró y se tomó un momento para meditar. Macbeth vio que el estrés empezaba a hacer mella en el aplomo profesional de Newcombe—. Nos enfrentamos a algo sin precedentes. Estos acontecimientos empiezan a tener consecuencias fisiológicas. Hay gente que ha resultado herida, con heridas físicas reales, por cosas que no existen. Un ejecutivo de televisión de Nueva York alucinó que se quemaba hasta la muerte. Nadie a su alrededor vivió la alucinación pero vieron cómo se le escamaba la piel y se le ennegrecía la carne. La autopsia confirmó que había muerto por herida térmica, a pesar de que no hubo ningún fuego, y que tenía los pulmones dañados como si hubiera inhalado humo, aunque no había una sola partícula de humo en su tejido pulmonar. No solo alucinó que moría quemado... realmente murió quemado.

—No tiene sentido... —Macbeth sacudió la cabeza.

—Todavía hay más. Hemos identificado diversos factores cronobiológicos del fenómeno. El ritmo circadiano de los sujetos sufre una gran alteración durante las alucinaciones: es probable que sea eso lo que crea el *déjà vu* del principio y la desorientación de después. Y sé que parece una locura pero hasta la fecha todos han mostrado síntomas de descompensación horaria extrema.

—¿De *jet lag*? —preguntó Macbeth sin querer parecer incrédulo; él mismo había experimentado algo parecido tras el fantasmoto de Boston.

—Se ven afectados tanto los ritmos ultradianos como los infradianos. Las hembras han informado de desarreglos en sus ciclos menstruales. —Newcombe sacudió la cabeza—. Es casi como si durante la alucinación una especie de mimesis muy potente engañara al cuerpo y le hiciera creer que ha sido transportado a otro tiempo..., tal vez el mismo mecanismo que le causa al cuerpo las heridas mímicas reales.

—¿Estás diciéndome que estos sucesos son una especie de viaje psíquico en el tiempo?

—Claro que no. Pero el caso es que la sensación de cambio temporal afecta a

todos los sentidos y causa cambios físicos. Como esas pocas personas a las que les da un mareo muy real al jugar a videojuegos.

—No son tan pocos... A mí me pasa.

—Hay algo más... Mira esto y dime qué ves.

Newcombe sacó un *smartphone* del bolsillo, pulsó algo y se lo pasó a Macbeth. La fotografía que ocupaba toda la pantalla mostraba una pieza de museo: un ser gigante con colmillos y dientes enormes que hacía que la persona que estaba al lado pareciera enana.

—Es un lobo... —respondió Macbeth—, aunque no uno real, claro está. Es demasiado grande y se han pasado un poco con lo de «qué dientes más grandes tienes». A no ser que me equivoque y que haya algún lobo gigante por ahí suelto.

—No, no te equivocas, pero lo que estás viendo fue lo suficientemente real y de diez veces el tamaño de cualquier lobo viviente. El *andrewsarchus mongoliensis*, el mamífero carnívoro más grande que ha caminado sobre la faz de la Tierra. Parece un lobo gigante pero estaba muy lejos de serlo. Era más parecido a una oveja o una cabra. Una oveja gigante e hipercarnívora que podría haber mordido a un hombre y partirlo en dos, si hubiera habido humanos en su época. Es un ejemplo perfecto de evolución convergente, por la que una especie acaba pareciéndose mucho a otra, pese a no tener parentesco alguno.

—Ya...

—El *andrewsarchus* se extinguió hace más de treinta millones de años. Su principal hábitat era la actual Mongolia y el oeste de China. Nuestro equipo del Lejano Oriente nos ha informado sobre una chica que se lo describió —clavó el dedo en la pantalla táctil del teléfono—... al dedillo. Hasta el punto de que afirmó que no tenía garras normales sino unas patas con garras en forma de pezuñas. Y aquí mismo en Boston una mujer fue capaz de describir con todo lujo de detalles unos insectos prehistóricos gigantes que solo un paleoentomólogo habría sabido identificar. Es más, describió la «riqueza» del aire de su alucinación y cómo fue capaz de recorrer largas distancias corriendo sin fatigarse. Todo cuadra con una época (hace trescientos millones de años) en que los niveles de oxígeno eran más altos que los actuales: un treinta y cinco por ciento en lugar de un veinte, lo que permitía que los insectos crecieran hasta tamaños desorbitados. Al igual que la chica china que retrató perfectamente al *andrewsarchus*, esta mujer describió un escorpión marino gigante, el *jaekelopterus*, con detalles que han confirmado lo que hasta hoy era pura teoría.

Newcombe dejó que asimilara la información.

—Podría ser criptomnesia... Los pacientes ven fotografías o documentales que olvidan haber visto pero luego la información sale a flote durante las alucinaciones...

Newcombe sacudió la cabeza.

—Es demasiado detallado y correcto. En todos los incidentes las alucinaciones

han sido coherentes con un suceso que sabemos que tuvo lugar, o es factible que lo tuviera, en algún punto del pasado. ¿El avión de pasajeros que se estrelló justo en Harrisonburg, en Virginia? Los datos de la caja negra muestran que se estrelló porque el piloto hizo una maniobra repentina de emergencia poco después del despegue para esquivar una fumarola de ceniza y un cráter montañoso, cuando en realidad sobrevolaban una colina de solo 275 metros. Resulta que esa colina insignificante del paisaje de Virginia, Mole Hill, es el muñón erosionado de lo que fue un volcán activo enorme, de cientos de metros, hace cincuenta millones de años. Y ya sabe que lo que todos vivimos aquí en Boston concuerda a la perfección con el terremoto de Cape Ann de 1775.

—Brian, no sé qué intenta decirme con todo esto pero no es muy científico...

—A lo mejor no es médicamente científico. Pero puede que estos sucesos no sean ninguna manifestación clínica... A lo mejor tienen que ver con otra cosa..., no sé..., con la física. Y con el tiempo.

Macbeth volvió a detenerse; se quedó parado en medio del camino y miró al cielo, que se había aclarado un poco, hasta un difuso gris sodio.

—No eres el primero que me sugiere eso mismo hoy, Brian...

John Macbeth. Boston

Si había un aspecto cultural realmente global, pensó Macbeth, ese era el aeropuerto. La sala de espera de un aeropuerto era precisamente eso, estuvieras donde estuvieses: asientos idénticos, iluminación idéntica, grandes extensiones idénticas de cristal que ofrecían vistas idénticas de hectáreas de pistas de asfalto. Incluso el café era idéntico. Era como si el mismo grupo reducido de arquitectos, diseñadores de interior, escaparatistas y personal de cara sombría fuesen transportados por el mundo de aeropuerto en aeropuerto simplemente para desconcertar al viajero al hacer que el lugar de llegada se distinguiese lo menos posible del de salida. Tampoco el clima marcaba ninguna diferencia: las salas herméticamente selladas tenían calefacción centralizada en Reikiavik y aire acondicionado en Abu Dabi para una temperatura universal de veintidós grados; lo suficientemente cercana a la del cuerpo para hacer que sudas ligeramente y te marchites.

No era un ambiente que relajase a Macbeth. Odiaba los aeropuertos más que los aviones, a los que les tenía una manía considerable. No era por miedo a volar, sino que deploraba las horas de espera, el estrés de los retrasos, las cancelaciones y las escalas; las caras vacías y a menudo claramente hostiles tras los mostradores de facturación o en los controles de la Administración de Seguridad en el Transporte; lo desoladoramente impersonal que era todo. Se le antojaba muy extraño que un lugar tan lleno de gente pudiera estar tan vacío de humanidad.

Se sentó en un asiento de la terminal de Salidas y llamó a su hermano desde el móvil para contarle la insistente oferta de Brian Newcombe de que se uniese al equipo de investigación del SAT, y que el epidemiólogo no se había tomado muy bien el igualmente insistente rechazo de Macbeth.

—Tal vez sea mejor que te alejes de todo esto y te quedes en Copenhague —comentó su hermano—. Llámame cuando llegues.

—Será tarde...

—No me importa, llámame. Por cierto, he estado mirando tu portátil...

—Y yo el que me dejaste —interrumpió a Casey—. La dichosa carpetita ha vuelto a aparecer.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—¿Casey?

—¿La carpeta te ha aparecido en el portátil nuevo? —preguntó por fin Casey.

—Eso digo...

—¿Cuándo?

—Estaba mirando el correo esta mañana y la vi allí. Sigo sin poder abrirla. He pensado que...

—Escúchame... Me he puesto en contacto con Jimmy Mrozek, el colega informático del MIT del que te hablé. Iba a pasarle tu portátil para que le echase un vistazo pero la carpeta había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Cómo? ¿Estás diciéndome que ha saltado milagrosamente de un ordenador a otro?

—Pues puede que sea justo eso. Parece como si hubiera aparecido otra vez en el portátil nuevo en cuanto te has conectado a Internet.

—Qué raro.

—Y es más raro todavía... Jimmy, el informático, me dijo que era la segunda persona que le pedía que le mirase una carpeta misteriosa que no podía abrir, lo mismo que te pasaba a ti. Pero tampoco tuvo oportunidad de verla.

—¿Desapareció espontáneamente?

—No, John, la carpeta no desapareció espontáneamente... Fueron el portátil y su dueño. Era del profesor Steven Gillman.

Esa vez quien se quedó callado fue Macbeth.

—Lo dicho... —La voz de Casey sonaba tensa y angustiada por teléfono—. No te olvides de llamarme en cuanto estés a salvo en tu piso.



Como no había vuelo directo entre Copenhague y el Logan de Boston, Macbeth volaba con British Airways y hacía escala en Heathrow. Hizo un cálculo mental de las miserias que tenía todavía por delante: otra hora y media antes de embarcar, siempre que no hubiese retrasos, seis horas y veinte hasta Londres, otras tres horas y diez minutos de espera durante la escala, y otra hora y cincuenta y cinco minutos hasta Copenhague. Un total de no menos de doce horas y cincuenta y cinco minutos sin contar retrasos, colas en la aduana de la UE o la espera en las cintas transportadoras de los equipajes. Pasaría la mayor parte del tiempo utilizando la tecnología de la que solía abstenerse para aislarse del entorno: el reproductor de mp3, el lector electrónico y el portátil le proporcionarían un reino encapsulado en auriculares donde confinar su consciencia y mantener a raya a la de los de alrededor. Y a sus compañeros de vuelo.

De pronto se produjo una conmoción en algún punto del vestíbulo de salidas, a un par de puertas de donde se encontraba. Una mujer gritó y luego resonó otro chillido. Macbeth se puso en pie, al igual que otros viajeros que esperaban, y miró hacia la

conmoción, que parecía provenir de cerca de la ventana. Había otra cosa en los aeropuertos que era realmente global: en el mundo posterior al 11-S cualquier trastorno en un aeropuerto, cualquier asomo de respuesta oficial, provocaba una alarma inmediata. Nadie habló, solo había cuellos vueltos para intentar ver qué pasaba. Fuera lo que fuese, no se veía desde allí con la cortina de viajeros que rodeaba la conmoción.

Pasaron con andares decididos tres vigilantes de seguridad del aeropuerto y una policía de caderas anchas en dirección al tumulto. El nudo de gente junto a la cristalera se desató para dejarlos pasar y volvió a cerrarse tras ellos. Se oyeron los sonidos ahogados por la distancia de un debate acalorado, entre protestas vehementes y tonos autoritarios. Otros pasajeros se quedaron de pie mirando pero Macbeth volvió a sentarse. Al cabo de unos minutos volvieron los de uniforme escoltando a dos mujeres de treinta y pico años, ambas visiblemente angustiadas.

—Pero estoy diciéndole que lo hemos visto las dos —protestaba una mujer con tono suplicante a la agente, que la ignoró—. Ambas.

Cuando pasaron por delante, se fijó en que la otra mujer no hablaba y tenía la mirada vidriosa y vacía y comprendió que estaba en estado de shock. Todos los ojos siguieron el avance del grupo hasta que desapareció. A continuación, tras intercambiar un encogimiento de hombros, los pasajeros volvieron a sus asientos.

Macbeth pensó que la gente parecía empezar a acostumbrarse a los comportamientos extraños.

Llegó entonces otra persona, un inglés de mediana edad con traje arrugado que se abrió camino entre piernas y equipajes de mano hasta un sitio vacío. Cuando se instaló en su asiento sacó el móvil, pulsó una tecla y empezó a mantener una de esas conversaciones inapropiadamente altas y personalmente detalladas que tanta gente parece sentirse libre de compartir en los aeropuertos. Era un fenómeno que le interesaba como psiquiatra: el anonimato que alguna gente sentía en medio de una muchedumbre de extraños, como si la rodearan zombis filosóficos. El inglés hablaba con un acento nasal de lo más plañidero, y Macbeth intentó aislarse de la charla en la que le contaba a su mujer que tendría que coger un vuelo más tardío.

Muy a su pesar, sin embargo, acabó pegando la oreja en la última parte de la mitad de conversación del inglés.

—Creo que acabo de asistir a uno de esos fenómenos extraños de los que hemos leído... Sí, lo de las alucinaciones. Sí, sí, aquí en el aeropuerto, hace unos minutos... Dos mujeres que... se han vuelto locas. La cosa ha empezado cuando una se ha quejado al personal de tierra de que nadie les dijera a los pasajeros que el vuelo se iba a retrasar por culpa de la niebla. «¿Qué niebla?», le ha dicho la chica de la aerolínea. «¿Cómo que qué niebla?», se han puesto a chillar, «Mire por la ventana. ¡Esa niebla!». Imagínate que aquí hace un día buenísimo, todo despejado y soleado, sin

una nube en el cielo, pero las dos chaladas han empezado a alucinar diciendo que había una niebla baja, que se extendía como una manta sobre las pistas y, según ellas, no se veía ni tres palmos por delante si estabas a ras de tierra... ¿Cómo?... Sí, lo sé... No, eran de aquí. De todas formas eso no es todo: una se ha puesto a chillar como una loca. Y luego la otra. Histéricas como ellas solas. Decían que acababan de ver cómo se estrellaba un avión y, claro, como comprenderás, el resto de los pasajeros se ha puesto de los nervios... ¿El qué? No, claro que no se ha estrellado nada... Han seguido hablando del avión que acababan de ver estrellarse al tomar tierra. Nadie más lo ha visto pero se han puesto a gemir y chillar diciendo que el avión se había estrellado en la niebla... Decían que lo habían visto sobrevolar la niebla y luego meterse dentro y explotar al fondo de la pista. De locos. Ahora está todo el mundo con la mosca detrás de la oreja, intentando ver eso que decían pero no hay nada que ver: ni accidente, ni niebla ni nada. Nadie más veía nada... Que no, que no estoy inventándomelo... Ha sido raro de cojones. El caso es que se han puesto de tal manera, chillando y todo, que han conseguido que las arresten... Ya, ya, lo sé...

La conversación se centró entonces en aspectos más personales, que siguió compartiendo con todo el que estaba en su radio de alcance, y Macbeth desconectó. Pensó en lo que las dos mujeres conmocionadas habían afirmado ver y le vino un recuerdo que lo inquietó, uno de su infancia: era finales de julio de 1973 y estaba en casa de sus abuelos viendo el telediario cuando se conoció la noticia; unas imágenes borrosas de residuos desperdigados por el fondo de la pista, un banco de niebla que seguía pendiendo malicioso por encima del puerto de Boston.

Un acontecimiento real del pasado repetido en una alucinación, tal y como le había contado Brian Newcombe.

Miró primero la hora, después hacia donde se habían ido las dos mujeres con la escolta policial y por último a la pantalla de información sobre la puerta de embarque.

Suspiró, sacó el móvil y llamó a Newcombe.

Georg Poulsen. Copenhagen

Georg Poulsen estaba en el salón de su casa. Los únicos sonidos que había en el espacio que ocupaba provenían de fuera; y en cualquier caso eran escasos y sin importancia, pues la casa estaba apartada de la carretera y daba a un tranquilo cauce de agua bordeado de árboles. No había ni televisión, ni radio ni música. En la mesa de centro tenía un libro pero no estaba allí para disfrute de Poulsen. Aquella era su casa, no su hogar. Desde el día que volvió allí solo del hospital pasó a ser únicamente un espacio que habría de ocupar entre los asuntos importantes de su vida, un sitio donde dormir y esperar: un puente entre una tarea y la siguiente, entre la concentración brillante y exigente de su trabajo y la alegría dolorosa del tiempo que pasaba con Margarethe en el hospital.

Pero si lo que Larssen le había dicho era cierto, todo eso iba a cambiar: aquella estructura, aquel ensamblaje sin sentido de cuartos y pasillos, se convertiría de nuevo en el centro de su vida. Si Margarethe regresaba... Si podía trasladarla allí con todos sus cuidados, entonces volvería a ser su hogar. Entre tanto esperaba, y la casa también.

Su mujer se había enamorado de la casa nada más verla. No era ni majestuosa ni de una arquitectura distinguida: vista desde la carretera, no era más que una casita de campo danesa de una sola planta con tejados acanalados y ladrillo rojo. Pero los dueños anteriores le habían construido un anexo grande y más moderno que daba al sur y al pequeño fiordo tras una gran cristalera que había trocado la orientación del edificio. Esas ventanas cambiaban continuamente toda la naturaleza de la casa: Margarethe siempre decía que no era solo que dejaran entrar luz sino también las estaciones: repintaban el interior con tonos y tonalidades, en sincronía con los cambios de la naturaleza y de la época del año. Había sido un entorno que animaba y calmaba; que les había dado momentos de disfrute y futuros que imaginar. Había sido su lugar en el mundo, lejos de este. Y la habitación grande y luminosa con las paredes azul claro al final del pasillo principal habría sido la de su hijo.

Pero ya no había ninguno.

En cuanto Larssen se lo había sugerido, Poulsen había empezado a hacer planes. La habitación del niño sería ideal para Margarethe, y haría instalar los enchufes que hicieran falta para proporcionarle la tecnología que habría de ser crucial para su existencia cotidiana. Aunque antes pintaría las paredes de otro color.

Cogió el libro de la mesa y se quedó mirándolo aprensivamente. Empezaría a leérselo esa noche a su mujer. Era otro de esos títulos de los que Margarethe, que estaba mucho más puesta en literatura que su marido, llevaba años hablándole. Había tardado un mes en desempolvar el recuerdo y localizarlo por Internet.

«No existen ideas originales —le había dicho en cierta ocasión su mujer—. Pienses lo que pienses, alguien en alguna parte ya lo habrá pensado: puede que en otra forma, pero lo habrá hecho. El reto está en qué hacer con la idea».

Se lo había dicho cuando le había hablado del libro. Por fin había recordado la única palabra del título: *Nosotros*. E Internet le había soplado al oído el nombre del autor: Evgueni Zamiatin.

Tal y como le había explicado Margarethe, era una distopía escrita en 1921, una obra maestra que se había prohibido en Rusia durante sesenta años pero se había traducido al resto de idiomas más hablados. Estaba ambientada en un futuro en que los edificios estaban hechos de cristal, de modo que la población, que siempre parecía estar contenta, pudiera ser sometida a una vigilancia constante y supuestamente beneficiosa por parte del omnisciente «Benefactor», que ejecutaba su voluntad a través de los «protectores». La primera gran reseña sobre el libro la hizo el inglés George Orwell, quien se inspiró en ella para escribir *1984*.

Poulsen sentía unos dedos insistentes de duda y miedo en torno al corazón. ¿Y si no era el libro apropiado? ¿Y si lo había leído tantas veces que no quería que su marido volviera a leérselo? Y lo peor de todo, ¿y si ni siquiera podía oírlo?

Larssen le había explicado que su mujer podía tener dañado el sistema de actividad reticular, ubicado en la parte alta del tallo cerebral y cerca de donde se había detectado la hemorragia en la resonancia. Sabía que ese aparato era el que regía los estados de vigilia, que determinaba cuándo y cuánto tiempo se despertaba uno y ajustaba el ritmo de los ciclos de sueño y vigilia. Tal vez su mujer se pasaba sus visitas durmiendo; quizás estaba permanentemente suspendida en el alba eterna entre el sueño y la vigilia.

Era más que posible que no hubiera oído ni una palabra de lo que le había dicho.

Y ese no era su mayor temor: en un universo de posibilidades aterradoras, el espectro que más le acechaba era que no llegase a resolver el problema de la interfaz cerebro-ordenador, o fuera demasiado tarde para que lo utilizara Margarethe.

Había gente en el proyecto a la que le asombraba el candor de Poulsen: que hubiese compartido tan abierta y gratuitamente, en las ruedas de prensa que hacía cada mes, todos los progresos del equipo. Aunque debían estar por encima de tales consideraciones, todo el mundo sabía que la ciencia era el atletismo de la mente y que se pasaban el tiempo compitiendo los unos con los otros. Había Nobeles que ganar, carreras y reputaciones que crearse y, así y todo, el director del proyecto estaba comprometido con la transparencia más sorprendente y total. En honor a la verdad,

era tan cándido en lo que exigía a otros investigadores que estos le compensaban compartiendo a su vez sus avances y hallazgos.

«No existen ideas originales. Pienses lo que pienses, alguien en alguna parte ya lo habrá pensado: puede que en otra forma, pero lo habrá hecho. El reto está en qué hacer con la idea». El comentario de su mujer sobre la creatividad literaria se había convertido en el dogma central del método científico de Poulsen.

Ni siquiera en otros tiempos había creído en la teoría épica del hallazgo científico. Sabía que era extraordinariamente raro que una persona que trabajase sola desentrañase un secreto oculto al resto del mundo científico: Wallace propuso la evolución justo al mismo tiempo que Darwin; Leibniz sistematizó el cálculo infinitesimal también al mismo tiempo que Newton; y Von Ohain, Campini y Whittle desarrollaron el motor a reacción cada uno por su cuenta.

A Poulsen no le importaba quién se llevase el mérito o quién recogiese el Nobel; lo único que le interesaba era el descubrimiento en sí: lo único que quería era poder conectarse con la mente presa de su mujer, darle algún tipo de externalidad, aunque fuese una falsa.

Cada vez que pensaba en aflojar la presión de sus colegas, en aliviar el control que ejercía sobre ellos, le venía a la cabeza la imagen de su mujer inmóvil y con la mirada perdida.

Volvió a mirar el libro. ¿Lo habría entendido mal?

Lo dejó de nuevo en la mesa cuando un sonido mancilló el silencio estéril. Se levantó para ir a responder al teléfono.

Casey. Oxford

—¿**M**ás vino? —le preguntó la risueña camarera.

Habían instalado una gran carpa por lo que pudiera tramar el impredecible clima británico, pero el cielo había querido llevar la contraria manteniéndose sin una nube y todo el mundo había preferido quedarse fuera, formando corrillos alegres, dándole al vino y disfrutando de un tiempo agradable, de la luz dorada de la tarde-noche y de las vistas de los parques de la universidad.

—¿Por qué no? —Puso su copa de vino vacía en la bandeja y cogió una llena—. Al fin y al cabo es un simposio, ¿no?

La chica, que era bastante mona, con el pelo corto rizado, puso cara de no entender. La blusa blanca y la falda negra no parecían pegarle; Casey se imaginó que era una voluntaria de la universidad que quería sacarse un dinero extra.

—Un simposio... —le explicó—, en la antigua Grecia los simposios eran fiestas para beber vino, no una reunión de viejos pedorros físicos...

—Ah... vale.

Tenía uno de esos acentos británicos que a Casey le costaba ubicar, tanto geográfica como socialmente. Por su sonrisa notó que le interesaba, al igual que ella a él. Estaba a punto de añadir algo cuando notó que le daban una palmada contundente en la espalda.

—Casey Macbeth... Pero hombre, ¿cómo estamos? Supongo que deseando oír la respuesta al sentido de la vida, el universo y todo lo demás. —Era Juergen Franke: un alemán que cumplía todos los tópicos: enorme, rubio, con ojos azules y tez rubicunda y que a la vez tenía una disposición alegre y un sentido del humor de lo menos típicos. Siempre había tenido aspecto de ser una especie de granjero rudo, apegado a la tierra del norte de Alemania. Casey sabía, sin embargo, que tenía una mente de una brillantez que daba miedo. Franke se inclinó hacia delante con aire conspirativo—. Creo que la respuesta es cuarenta y dos...

—Estoy bien, Juergen. ¿Cómo van las cosas por la CERN?

—Seguimos dándole vueltas al tema —dijo, y rio con ganas su propio chiste malo: formaba parte del equipo del Gran Colisionador de Hadrones, que lanzaba fotones a casi la velocidad de la luz, en sentidos opuestos por un círculo de 27 kilómetros, en las profundidades de Europa central. Había desempeñado un papel significativo en la búsqueda del bosón de Higgs y había hecho un trabajo pionero en

el campo de las partículas virtuales. También era capaz de beberse hasta el agua de los floreros—. ¿Y tú?

—Muy bien. Me alegra verte. ¿Una copa? —le preguntó Casey.

—¿Tiene cerveza? —le preguntó Franke a la camarera.

—No, lo siento, solo vino. Es un simposio, al fin y al cabo —dijo la chica, que sonrió a Casey.

—¿Cómo? —Franke frunció el ceño y luego, captando el pase de miradas entre los otros dos, sonrió abiertamente—. Ah, vale, vale, entiendo... ¿Conque esas tenemos, eh? No te dejes engañar por su encanto de muchachito americano. Este es de esos mormones... con esposa y quince chiquillos en su país. ¿O son quince esposas y un chiquillo?

Los otros dos lo miraron con desgana.

—Hum... Creo que me necesitan urgentemente en... —Franke rastreó el gentío para elegir una dirección y luego, tras escoger al azar, se dirigió hacia ella—... allí... Nos vemos en el auditorio, Casey. Si logras escapar...

—En realidad es muy inteligente —comentó Casey cuando su amigo se hubo ido—. Es solo que lo disimula muy bien.

—Será mejor que siga con mi ronda —le dijo la chica encogiéndose de hombros, como disculpándose por irse—. Esta panda está sedienta... —Se refería a los ciento setenta físicos de todo el mundo que se habían dado cita en la explanada del complejo Martin Wood del Departamento de Física de la universidad de Oxford.

—¿Estudias aquí? —Casey se aferró a cualquier cosa para que no se fuese.

—Física, sí. Estoy en segundo.

—Buena escuela... ¿Qué asignaturas tienes?

—Pues este año estamos con electromagnetismo, óptica, física térmica y cuántica. Todo el mundo parece más listo que yo.

—Vete acostumbrando... ¿Cómo te crees que me siento yo con esta panda? —Describió un arco con la copa para señalar a los físicos presentes.

—¿De dónde eres? —le preguntó—. De qué parte de Estados Unidos, me refiero.

—De Boston, del MIT. He venido para la presentación del profesor Blackwell.

—Hasta ahí llego.

—Eh... perdón. Casey Macbeth, por cierto...

Le tendió la mano y la chica se encogió de hombros, en una nueva disculpa, al tiempo que le señalaba la bandeja llena de copas.

—Yo me llamo Emma Boyd. Encantada, Casey Macbeth. Lo siento pero tengo que seguir con la ronda...

—Claro... —le dijo Casey, que sonrió con cara de decepción—. Me alegro de conocerte.

La chica le devolvió la sonrisa y se dispuso a irse pero se detuvo:

—Estaré por aquí tras la presentación. Van a servir café aquí en la carpa. ¿Te veo luego?

—Cuenta con ello. Tal vez entonces...

Casey se vio interrumpido por alguien que estaba anunciando algo desde la puerta que daba al vestíbulo principal.

—¿Podrían, por favor, todos los delegados dirigirse al auditorio principal? La presentación del profesor Blackwell empezará dentro de diez minutos y las puertas se cerrarán dentro de cinco...

—Será mejor que me vaya. ¿Nos vemos?

—Nos vemos...

Dado lo sucedido en el MIT y en el resto del mundo, a Casey no le extrañó el nivel de seguridad. Aparte de la sensación que compartía la comunidad científica de estar siendo sitiada por fundamentalistas, toda Europa parecía conmocionada: la Masacre del Mar Rojo, como se conocía ya, había disparado una vez más las escaramuzas en Oriente Medio y los seguidores de la Ley de Mayor Integración Europea luchaban por su supervivencia; incluso los italianos, los británicos y los búlgaros, que habían sido los principales promotores de la Unión Levantina, habían tenido que aceptar que la violencia que había estallado como consecuencia de la masacre hacía la adhesión imposible en el futuro más cercano. La Unión Europea había elevado a roja la alarma de atentados terroristas por todo su territorio.

Debido probablemente a que no había visto ninguno de carne y hueso, Casey siempre había imaginado que los policías británicos eran alegres *bobbies* que iban de dos en dos en bici, con una sonrisa y una porra victoriana bajo el abrigo por únicas armas. Sin embargo los que había apostados a las puertas del complejo Martin Wood distaban mucho de esa imagen: con gorras, chalecos antibalas y ametralladoras Heckler y Koch cruzadas por el pecho, miraban con cara de desconfianza y de pocos amigos a todos los que llegaban.

Unos fornidos guardas de seguridad privada, con uniformes más bien cutres, tatuajes y pendientes, custodiaban las salidas, y en cuanto todos los delegados estuvieron congregados en el auditorio, con las puertas cerradas con llave, Casey empezó a sentir una claustrofobia extraña.

Estaba apoyado en la butaca cerrada, junto a Franke. La jovialidad paternalista del alemán le alivió un poco esa angustia indescriptible. Era muy consciente de la ausencia del profesor Gillman. El plan había sido que ambos científicos del MIT volasen juntos a Inglaterra. Casey había querido hablarle a Gillman de los simulistas y de Gabriel Rees, y el vuelo habría sido una oportunidad estupenda para sacarle un tema tan sensible. Los atentados contra el MIT, sin embargo, habían acabado con todo eso: el cuerpo de Gillman no había sido identificado pero, como estaba en el

laboratorio a la hora de la explosión y no se le había visto desde entonces, ya formaba parte del recuento oficial de muertos. Gabriel seguiría siendo un misterio sin resolver.

Cuando repasó el público con la mirada vio que conocía a casi todos los ciento setenta delegados; y no solo de nombre. A ese nivel la física de partículas era una comunidad pequeña, por muy desperdigada que estuviera por el mundo. Era una audiencia imponente: los cerebros de aquella sala eran los mejores de los mejores, y Casey sintió una punzada de entusiasmo orgulloso por estar entre ellos. Notó que la misma corriente eléctrica se descargaba por todo el público cuando un hombre alto y chupado de unos setenta años entró por la puerta lateral y, tras cerrarla, caminó hasta el escenario. Mientras se acomodaba en su sitio tras el atril, las tres pantallas que había tras él cobraron vida y se llenaron con una misma imagen: en aquel salón de ciencia el dios de Miguel Ángel alargó la mano y le dio la vida a Adán rozándole con el dedo.

—Señoras y señores... —A Blackwell le salió un gallo y tuvo que beber agua antes de volver a empezar—: Amigos y amigas, antes que nada me gustaría daros las gracias a todos por haber venido. Sé que algunos habéis viajado desde muy lejos y habéis interrumpido trabajos importantes para estar aquí hoy, y para mí es un honor que agradezco enormemente. También debo daros las gracias por soportar las medidas de seguridad poco habituales a las que os habéis visto sometidos. Estoy convencido de que lo perdonaréis cuando comprendáis la magnitud de lo que tengo que contaros. Os prometo que este sitio y este día serán recordados como los más importantes en la historia de la ciencia.

Blackwell hizo una pausa y le dio otro sorbo al agua. Casey notó que le temblaba la mano, algo que nunca le había visto hacer en ninguna de las charlas suyas a las que había asistido. Pero aquel temblor tenía algo que hizo que a Casey se le erizase la piel de la nuca. También se había dado cuenta de que el discurso del inglés estaba siendo menos confiado de lo habitual. Fuera lo que fuese lo que iba a contarle al público allí presente, era de tal magnitud que hacía humilde hasta al científico vivo más importante del mundo.

—Estáis todos aquí porque habéis sido invitados específica y personalmente —prosiguió Blackwell—. Colegas, compañeros, amigos. Reunidas ante mí están las mejores mentes del planeta, todas y cada una dedicadas a la busca del saber y la comprensión del mundo. No ha habido una llamada más noble en la historia de la humanidad, y estoy orgulloso, y me siento honrado de ser uno de vosotros.

Blackwell hizo una pausa y pulsó un botón en el atril. Las dos pantallas laterales se quedaron igual y Dios siguió dándole la vida a Adán, pero en la central se leía ya LA RESPUESTA PROMETEO en letras blancas sobre fondo azul. La sola visión de esas tres palabras envió otro impulso eléctrico por la columna de Casey.

—Todos sabemos quién era Prometeo, el titán que se coló en la cámara de Zeus y,

pegando una cañaheja a unas ascuas, robó el fuego de los dioses y se lo dio a un mortal, a quien el propio Prometeo había moldeado en arcilla y a quien Zeus le había prohibido tener conciencia del fuego. El castigo por el robo fue un tormento eterno: lo encadenaron a un acantilado donde un águila iba todos los días a mordisquearle el hígado, que se le regeneraba por las noches para que persistiera la angustia al día siguiente, y al otro, y así por los restos de los restos.

»Podría decirse que en ese relato reside una advertencia de que el saber tal vez esté más allá del entendimiento o, al menos, sea demasiado peligroso para conocerse. Todos los que estamos aquí, como físicos cuánticos que somos, estamos familiarizados con el concepto de saber que reside más allá de los límites de la expresión, incluso más allá de los del entendimiento humano. Intentamos construir máquinas para aumentar nuestras habilidades intelectuales, para ayudarnos a saber lo que no se puede saber y comprender lo que está por encima de la comprensión. Todos y cada uno somos un titán que se ha pasado la vida intentando colarse en la cámara de Zeus.

Blackwell hizo una pausa y se agarró a los bordes del atril, con una mirada repentinamente concentrada e intensa.

—Os he reunido hoy aquí a todos para contaros que lo he conseguido: he construido esa máquina y, gracias a ella, sé lo incognoscible. Me ha permitido otear en el momento más pequeño de la creación universal; he visto escritos en él la historia y el destino de todo lo que conocemos y todo lo que estamos por conocer. He visto cómo empieza y cómo acaba todo. He estado en la cámara y le he robado a los dioses lo que no querían que supiera el hombre. Tengo la Respuesta Prometeo — Blackwell repasó las caras de su público, pero en su gesto la intensidad había dado paso a algo parecido a la pena—. Soy un hombre de ciencia. Como físico he escrutado dos universos: el inconcebiblemente enorme que nos rodea y el inconcebiblemente diminuto de la realidad cuántica. Cada uno funciona según leyes totalmente contradictorias, pero aun así existen al mismo tiempo..., y dependen el uno del otro. Hemos presentado durante décadas que ha de existir una conexión que se nos ha pasado por alto, algún mecanismo que no hemos visto y que los une. —Una pausa de un latido de tiempo—. He encontrado la conexión, he visto cómo funciona el mecanismo.

El zumbido excitado del público estalló en aplausos y vítores pero Blackwell levantó una mano. No fue el gesto del físico lo que detuvo a la audiencia sino la visión de las lágrimas bajando por las oquedades de los carrillos enjutos del científico.

—Lo siento, amigos míos... —La voz de Blackwell tembló de la emoción. El silencio era total y absoluto—. Lo siento muchísimo pero lo que he descubierto es que todo eso a lo que he dedicado mi vida, al igual que vosotros, es una farsa. Me he

puesto delante de un ordenador y he visto cómo me contaban un mal chiste. Pretendía robarles a los dioses y lo único que he conseguido ha sido oír sus risas en mis oídos.

—Dios Santo —le susurró Franke a Casey—. Se le ha ido totalmente. Es como si estuviera sufriendo un ataque...

Casey sacudió la cabeza con impaciencia, centrado como estaba en la figura alta y frágil del estrado; pensó en Gabriel Rees, y en lo que le había contado Macbeth del estado mental del becario de investigación.

—Prometeo era el proyecto científico más complejo que había abordado —prosiguió Blackwell—: de una complejidad que superaba los alunizajes. Hemos conseguido cosas en la búsqueda de la Respuesta Prometeo que eran, en sí mismas, respuestas a retos científicos mayores. Puedo contarles, por ejemplo, que resolvimos el problema de decoherencia y creamos un ordenador cuántico con una potencia sin precedentes... —Bradwell tuvo que detenerse de nuevo y levantar una mano para acallar el clamor cada vez mayor del público—. Por favor... por favor... —Esperó hasta que volvió a hacerse el silencio—. Lo que Prometeo nos permitió hacer fue ver todo el tejido del universo, desde sus orígenes hasta su destino final. Prometeo nos dio la respuesta: la respuesta definitiva, inequívoca y aterradora... —Le falló la voz—. Y el resultado de mi robo en la cámara es el fenómeno que hemos estado experimentando por todo el mundo. Lo que hemos creído que eran alucinaciones no lo eran en absoluto. Es el tiempo plegándose en dos mientras el tejido de nuestro universo se derrumba a un nivel cuántico.

Se produjo un clamor aún mayor entre la audiencia, mientras lanzaban a gritos preguntas al estrado. Blackwell tuvo que levantar la mano una vez más.

—La razón de todo lo que está pasando reside en el saber que ahora tenemos, en la tecnología que creamos. Estamos convirtiéndonos... Convirtiéndonos en los propios dioses, pero no puede permitirse. Los dioses no piensan aceptarlo. Verán, lo que he descubierto es que todo aquello por lo que he luchado, todo aquello en lo que he creído, en lo que todos hemos creído, es mentira... He desperdiciado mi vida persiguiendo una ficción. He encontrado el gran saber... —Las lágrimas surcaban ya las mejillas del físico y la voz se había vuelto la de un anciano tembloroso y asustado—. Y ahora he de compartir ese gran saber con vosotros. Y por ese pecado imperdonable les pido, amigos míos, que me disculpen... Lo siento mucho...

Emma Boyd pasó el tiempo libre en el césped, disfrutando de los últimos rayos del sol vespertino mientras repasaba los libros que llevaba en la mochila, que había escondido tras la mesa de caballetes de la carpa donde estaba ya todo preparado para servir el café tras la presentación.

Había unos cuantos estudiantes de física ayudando en el acto, vestidos con camisas blancas y faldas o pantalones negros, y Emma se preguntaba cuántos, al igual

que ella, habrían intentado pegar la oreja a las conversaciones entre delegados y averiguar qué podía tener tal envergadura como para atraer a los principales cerebros de la física.

Estaba pensando en otra cosa también: en el estadounidense que había conocido. Casey. Tal vez él le contara algo; sabía que tenía algo que hacía que ella quisiera compartir sus secretos con él. Pero no había futuro: él era de Boston y ella estaba afincada allí, en Oxford. ¿Qué hacía pensando ya en eso? Era de locos: apenas habían intercambiado un puñado de palabras, eran unos completos desconocidos. Y además era mayor que ella, y más de lo que parecía, según sus cálculos.

Suspiró. Tal vez salieran pronto. Si Casey se lo pedía, se iría luego a otra parte con él.

La postura de indio era su favorita para estudiar pero con aquella fea falda no podía sentarse bien, le cortaba la respiración de las piernas y la hacía sentirse almidonada. Decidió levantarse para mover el pie, que se le había dormido. Se encaminó hacia el complejo Martin Wood a través del césped. Para ser un edificio moderno —de construcción muy reciente—, era muy bonito y a años luz del monolito de cemento gris de los años sesenta que era el edificio Denys Wilkinson, donde parecía pasar media vida en las clases de astrofísica.

A Emma había una cosa que le resultaba extraña del simposio: la seguridad. Dos hombres que parecían más gorilas de discoteca que vigilantes de la universidad estaban apostados a ambos lados de las puertas de cristal del auditorio. ¿A qué venía tanta seguridad?

Lo notó palpar.

Lo que más tarde recordaría mejor que nada —en el hospital, durante los meses de recuperación y rehabilitación, en la oscuridad de su vida posterior— fue llegar a ver la plasticidad real del cristal. Emma nunca sabría cómo su cerebro había detectado el palpito que hinchó el cristal por un tiempo inconmensurablemente corto antes de la explosión que la levantó del suelo y la lanzó cinco metros hacia atrás. Le estallaron los tímpanos y el dolor en la cabeza fue tan repentino como monumental. Supo que se le había desgarrado la ropa del cuerpo pero no sintió calor ni quemazón intensa. El estallido había sido percutor, no térmico. Fue consciente de ese pensamiento mientras estaba allí tirada en el césped, cegada y sorda por la explosión, ahogándose en su propia sangre, y con una lluvia de millones de esquirlas de cristal cayendo sobre ella.

Una bomba. Alguien había puesto una bomba en el auditorio.

No podía hablar pero en el cerebro se le formó el nombre antes de perder el conocimiento.

Casey.

TERCERA PARTE

Revelaciones

«La realidad es una mera ilusión,
aunque una muy persistente».

ALBERT EINSTEIN

Un año después

John Macbeth. Copenhague

*T*enía un sueño nuevo. Se le repetía siempre el mismo y empezaba igual, con su repentina existencia. En el sueño Macbeth nacía de la nada, plena e instantáneamente. No tenía cuerpo pero era un ser de energía insustancial. De entrada, aunque tenía pocos pensamientos, su mente estaba llena, con conexiones que centelleaban y refulgían; cada pensamiento e idea nuevos, una supernova que explotaba en un universo que se expandía más rápido de lo que podía medirse. Y más allá de su mente no había nada. Un vacío que no era siquiera oscuridad porque ser oscuridad era ser algo.

Luego pasaba algo: un contexto, un entorno. Aunque no tenía ojos con los que ver, supo que estaba en el estudio de su padre, quien se encontraba allí, con Marjorie Glaiston y el Hombre Sin Ojos. Los tres lo miraron con asombro, y comprendió que ya no le daba miedo el extraño señor.

—Hemos construido una mente —le dijo su padre al niño pequeño que tenía a su lado y que Macbeth reconoció: era Casey—. Estamos convirtiéndonos en dioses porque hemos construido una mente.

Todas las mañanas cuando se despertaba del nuevo sueño, tardaba entre cuarenta y cincuenta segundos de pánico y amnesia en recordar quién era, dónde estaba y por qué. Siempre pensaba primero que estaba en Boston y luego recordaba que había regresado a Dinamarca, y de eso hacía ya un año.

Un año.



Era un inmueble caro en una ciudad de por sí cara. Más que cuando elegía un hotel, Macbeth necesitaba que el entorno de su residencia permanente fuese perfecto. Se entraba por la calle Toldbodgade pero el bloque daba en realidad al puerto y al embarcadero adoquinado de Larsens Plads. Era un edificio voluminoso en todos los sentidos: su función original como atarazana era contener todo el volumen posible. El almacén de ladrillo rojo reconvertido, con sus tejas azules acanaladas, era uno de los tres que se elevaban en Larsens Plads, a modo de recios porteros de la ciudad. Algunos lo habrían considerado funcional y sin gracia, pero a Macbeth le habían atraído la solidez y la robusta geometría del edificio. Por lo demás, al estar en una

cuarta planta, el piso tenía unas vistas estupendas de Copenhague a un lado y del puerto al otro.

Macbeth estaba mirando la lluvia desde la ventana. Dinamarca representaba para él constancia: allí nada parecía cambiar mucho, como no fuera en fases medidas y discretas. Lo mismo podía decirse del clima, que, al contrario que el de Massachusetts con el que se había criado, con sus cuatro estaciones bien marcadas, parecía pasar gradualmente, como de puntillas, de una estación a otra. Era finales de primavera, y tenía la esperanza puesta en que se presentase un buen verano. Lo necesitaba.

Había pasado un año.

Un año desde que Casey muriera asesinado en Oxford. Un año desde que Macbeth asumiera el puesto de director del proyecto de Copenhague. Un año desde que parara la epidemia de alucinaciones.

Seguía habiendo casos aislados y, aunque era extraño, la mayoría parecía darse cerca de Macbeth, en Dinamarca o el norte de Alemania. Habían sido, sin embargo, episodios esporádicos en los que únicamente se veían envueltos individuos sueltos o grupos de solo dos o tres personas. Pese a las teorías de Casey y Newcombe de que debía haber otro elemento involucrado, empezaba a dar la impresión de que las alucinaciones no habían sido en realidad más que el resultado de una especie de brote vírico psicoactivo que empezaba a reducirse hasta núcleos localizados a modo de coletazos finales.

Macbeth, sin embargo, no estaba nada convencido.

El problema era que otros tampoco: la derecha ultrarreligiosa, los fundamentalistas islámicos y los anarcoprimitivistas apuntaban a la destrucción de la Respuesta Prometeo y la purga simultánea de los mejores físicos del planeta como la razón de que el orden se hubiese restablecido en el mundo. La voluntad de Dios, de Alá o de Gaia había triunfado sobre los falsos dioses de la ciencia. La arrogancia del hombre se había puesto en jaque y había sido castigada.

La verdad era que mientras los religiosos echaban humo de indignación conservadora, nadie quería admitir que la coincidencia de ambos sucesos era más que sorprendente. Entre tanto, seguían ardiendo centros de investigación en células madre, laboratorios de física de partículas continuaban sufriendo atentados y científicos particulares eran víctimas de ataques.

Fe Ciega declaró la Nueva Inquisición.

Más allá de la escalada de terrorismo, la mayor preocupación la causaron las declaraciones cada vez más insólitas de la presidenta de Estados Unidos, Elizabeth Yates. Cuando era senadora ya había suscitado polémica durante su campaña por sus fuertes creencias religiosas y su aparente hostilidad hacia el secularismo y cualquier credo que no fuese el suyo, la Convención Bautista del Sur; como presidenta, había

provocado la inquietud de muchos al hacer declaraciones ambiguas sobre la homosexualidad, el multiconfesionalismo y los valores morales, por no hablar de sus principales nombramientos, que habían sido sospechosamente reaccionarios. Se hablaba de que en la Casa Blanca se hacían sesiones de oración evangélica.

Y desde el brote de alucinaciones, la retórica de Yates se había vuelto más de púlpito que de escaño. Frases como «la mano de Dios» o «la voluntad de Dios» habían salido cada vez más de su oratoria política para deslizarse en declaraciones políticas reales. Cuando condenó a Fe Ciega, lo hizo a regañadientes; y creó un conflicto diplomático entre Estados Unidos y la reunificada Unión Europea al declarar que «la mano de Dios» estaba tras la ruptura de la Unión Levantina a la UE, repitiendo los argumentos que habían dado los soldados responsables de la masacre durante su juicio en Tel Aviv.

Había sido una época preocupante para todos, no solo para el doliente Macbeth.

Él siempre había visto el mundo como desde fuera: sabía que sus respuestas emocionales no eran iguales que las de los demás, por mucho que siempre hubiera entendido el poder de la emoción. Durante su época como psiquiatra clínico había visto pasiones reales: fuerzas elementales y titánicas que desgarraban las mentes de los pacientes. Y las entendía, aunque como conceptos abstractos, al igual que veía con confusión y perplejidad la incontinencia emocional de la cultura popular, las lágrimas falsas de las estrellas de los *realitys* y los invitados de los *talk-shows*.

Tal vez por eso no estaba pertrechado para el duelo. Había sido como si la bomba que mató a Casey hubiera estallado en su interior. Aun así, como todas sus respuestas emocionales, había merodeado y se había escondido antes de revelarse del todo. Entre tanto, había logrado pasar por las formalidades del duelo con una objetividad casi desapasionada.

En Oxford identificó oficialmente el cadáver de Casey. Le llevó menos de treinta segundos. Treinta segundos que ocupaban un espacio en su mente mayor que ningún otro recuerdo. La imagen del cuerpo fragmentado embistió a su cerebro y expulsó otros recuerdos más amables que tenía de Casey. Macbeth, cuyo punto débil siempre había sido la memoria, sabía que la imagen de la cara de su hermano, perfecta por un lado y aplastada y sin ojo por el otro, permanecería para siempre imborrable en su recuerdo hasta el día que muriera.

Cuando la burocracia inglesa liberó por fin el cuerpo, Macbeth voló con él a Boston. Dispuso una ceremonia humanista, sabiendo que ese habría sido el deseo de su hermano, y lo enterró en el Mount Hope. En uno de los extremos del enorme cementerio, la tumba de Casey estaba junto al camino circundante. Detrás una hilera de robles, una franja de hierba y la verja de forja que rodeaba el cementerio; al otro lado, tras una carreterilla con apenas tránsito, lindaba con las caras inexpresivas de unas naves industriales, con sus costados corrugados llenos de pintadas. Por alguna

razón, le irritaba pensar que los restos de su hermano estuviesen en un sitio tan insulso. No sabía por qué: a Casey le iba a dar igual.

Ya no había Casey.

Macbeth no había vuelto a Boston desde entonces.

Hasta que no pasaron un par de semanas de su regreso a Copenhague no se le vino el mundo encima: un dolor intolerable y tan fuerte que lo sentía físicamente. Se pasaba los días en su piso, junto a la ventana, intentando concentrarse en el mundo exterior pero al mismo tiempo desgarrado por dentro por los sentimientos. En su vida había tenido tan solo un puñado de relaciones íntimas y duraderas, y el vínculo con su hermano había sido para él un punto de anclaje. Y ahora estaba a la deriva. Se tomó dos semanas de baja y se hundió en un sitio oscuro y vacío. Lo más extraño de todo había sido la dualidad de su luto: la muerte de Melissa, pese a lo lejano de su ruptura, de pronto se le materializó como algo tangible, como si Casey la hubiese dejado salir del mismo escondrijo en la conciencia de Macbeth.

Pero lo perseguía algo más que su duelo. Al volver al proyecto había hecho un esfuerzo por retomar la rutina de vida que había escogido. La epidemia de alucinaciones había pasado, se decía y se repetía a diario.

No le quedaba más remedio: desde la muerte de Casey John Macbeth había visto cosas que no podían existir de ningún modo.

Lo primero que hizo fue comprobar si había alguna noticia sobre alucinaciones parecidas al síndrome de Boston en alguna otra parte del mundo. Cuando comprendió que no era así, y dejó de ver a soñadores por las calles, se sintió extrañamente decepcionado.

La primera visión la tuvo en el S-train, el metro de Copenhague.

Había sido algo ínfimo y bien podría haberle pasado desapercibido; es más, si hubiese sido la única alucinación, la habría descartado sin más y la habría achacado a un simple recuerdo erróneo. La mujer que tenía enfrente estaba enfrascada en una biografía de Jackie Kennedy Onassis, y solo apartó los ojos del libro cuando vio que se acercaba su parada. Recordaba haber sentido algo de lástima por la pasajera: en torno a los treinta años, de rasgos insulsos y vestida sin gracia. Parecía haber algo triste en alguien que vivía tan ramplonamente a través de la vida de los glamourosos. Tras ponerle un marcapáginas amarillo chillón, la mujer cerró el libro, se lo guardó en el bolso, se levantó y dejó a Macbeth en su querida soledad.

Cuando el metro volvió a ponerse en marcha, se quedó contemplando la Copenhague que se extendía más allá del cristal. Nunca trabajaba ni estudiaba sus apuntes durante el trayecto: el espacio entre acontecimientos o lugares era para él un

tiempo para reflexionar. El problema era que esos apreciados momentos se habían visto monopolizados por las reflexiones y los recuerdos de Casey. Por alguna razón estaba pensando en los juegos a los que jugaban de pequeños en la playa, en Cape Cod, cuando el fogonazo de luz roja y el traqueteo atronador de otro metro pasando en sentido contrario le hizo volver a la realidad. Vieron que se paraban en la estación de Østerport, cosa que le extrañó porque estaba seguro de haberla pasado ya. Se volvió y vio enfrente a la mujer de cara insulsa, que de nuevo levantó la vista de su inmersión en la vida de otra persona infinitamente más glamourosa. Una vez más colocó el marcapáginas amarillo chillón, esa vez varios capítulos por delante, antes de guardar el libro con cuidado en el bolso, levantarse y prepararse para apearse en su parada.

Más que confusión, había sentido pánico. Estaba seguro de haberla visto bajar antes y de que el metro ya había parado en Østerport. Se repetía lo mismo. Pero no era exactamente igual: había puesto el marcador en otra página, la ropa era ligeramente distinta. Pensó en decirle algo pero se dio cuenta de que lo iba a tomar por loco y decidió dejarla bajar una vez más. Después, al pensarlo, comprendió que había sido una alucinación; pero ni aunque le hubiese ido la vida en ello habría podido decidir cuándo se había bajado la mujer de verdad.

Después de ese primer episodio todos los días estuvieron salpicados de algún pequeño absurdo. A veces era el mismo extraño bucle temporal; otras sentía como si al mundo que lo rodeaba lo solapara otro, como una realidad de gasa, casi transparente. Solo duraba un momento, y en él los perfiles borrosos de la gente, de los edificios o de las formas terrestres, o incluso las nubes pasando, recubrían el mundo que lo rodeaba. Duraba tan solo un momento y luego desaparecía.

Macbeth comprendió que algo no iba bien. Normalmente, como psiquiatra, habría reconocido que necesitaba tomar antipsicóticos. Pero en los últimos dos años y medio nada había sido normal y las alucinaciones habían pasado de ser una experiencia poco común a una diaria. Decidió, no obstante, que si la cosa empeoraba, le pediría a algún colega que le recetase clozapina o trifluoperazina.

Entre tanto no le contó a nadie los episodios.

Tenía buenas razones para guardarse sus deslices mentales. Su nombramiento como director del proyecto de Copenhague, pese a lo trágico de las circunstancias, había sido el único faro que lo había guiado a través de la melancolía distímica de los últimos doce meses y estaba decidido a aferrarse al puesto. Había vertido todo su ser en la tarea y, en el tiempo que llevaba en el cargo, había logrado un mayor éxito en ese corto periodo que Poulsen, ese hombre de motivación excesiva.

Por fin todos comprendieron a qué se debía esa motivación suya: resolver el tema de la interfaz cerebro-ordenador era para él tanto una cruzada profesional como una

carrera personal. Una que había perdido.

Del equipo solo unos pocos, los que habían trabajado anteriormente con Poulsen, sabían que su mujer había sufrido un accidente de tráfico; nadie sabía, sin embargo, que estaba con soporte vital permanente y que padecía síndrome de enclaustramiento.

El mismo día que estalló la bomba en Oxford Poulsen no fue a trabajar. Dada la escalada de atentados contra la comunidad científica, cuando al segundo día seguían sin saber nada de él, su ayudante, Dalgaard, llamó a la policía.

Lo encontraron en su casa.

Al cabo de unos días se supo que, tras recibir una llamada del hospital, Poulsen había llegado por los pelos al lecho de muerte de su mujer. Le dijeron que el corazón había decidido rendirse, ni más ni menos. Según el doctor Larssen y otros miembros del personal, Poulsen había dado muestras de resignación, había aceptado la noticia e incluso había asentido cuando le sugirieron que quizá era lo mejor para su mujer que la hubiesen liberado de la prisión de su cuerpo.

Según la hora que dictaminó el forense, resultaba evidente que debió de matarse poco después de llegar a su casa, y que tan solo se tomó un tiempo para escribir unas detalladas instrucciones sobre el futuro del proyecto, inclusive a quién escogería él como sucesor. La policía lo encontró colgando de un cinturón atado a una lámpara del salón, de cara a la cristalera con vistas al fiordo. Al parecer, en un esfuerzo por aligerar la muerte, se había llenado los bolsillos de libros.

Macbeth ya había estado en Oxford cuando se descubrió el suicidio de Poulsen. La policía británica que investigaba el atentado en que había muerto su hermano no parecía tener idea alguna sobre cómo había conseguido Fe Ciega, que evidentemente estaba la primera en la lista de sospechosos, introducir un aparato explosivo tan grande en el auditorio. El detective encargado de la investigación, Owens —un hombre tan corpulento como soso, con la cabeza rapada y ojos bajos y plomizos de burócrata—, no le había inspirado ninguna confianza a Macbeth en lo que a encontrar pronto a los autores se refería. Había respondido amablemente a sus preguntas, muy comprensivo y profesional... y sin emoción alguna. Supuso que la fatiga de compasión de Owens se debía probablemente a haber tenido que dar la misma respuesta a los miembros de las ciento setenta familias de todo el mundo afectadas por la desgracia.

Para cuando se sintió con fuerzas para volver a trabajar, ya había desaparecido la presión de unirse al equipo de Newcombe. El brote alucinatorio seguía siendo un misterio epidemiológico, y el comité de expertos no cejó en su empeño por establecer su etiología y aislar el virus, el contaminante o el estímulo físico responsables de las visiones. Pero la urgencia de la búsqueda se había relajado al reducirse los casos registrados, y Newcombe había aceptado a regañadientes que Macbeth tenía preocupaciones más acuciantes.

De vuelta a Copenhague, a Macbeth le sorprendió tanto como al que más que Georg Poulsen lo hubiera recomendado como director, cuando la elección automática habría sido Dalgaard, su segundo. Por supuesto, se cuestionó el criterio de una mente perturbada hasta el punto de suicidarse; pero tras varias reuniones inacabables de la junta, y con el claro apoyo de Dalgaard, se decidió que Macbeth tomara el testigo, tal y como Poulsen había querido.

Poco a poco se fue adaptando a su nueva rutina diaria, llevándola como una armadura contra las púas de duelo que se le hundían en momentos de calma. Como en esos instantes, mientras contemplaba desde la ventana del piso que daba al muelle el cielo pálido y la fina lluvia de la primavera danesa.

Recibió de buen grado el sonido del teléfono.

—¿Doctor Macbeth? Me llamo Mora Ackerman... —Era una voz joven que hablaba inglés con acento danés—. He intentado contactar con usted en su oficina pero no hay manera de pillarlo. Y mis correos... ¿no los ha recibido?

A Macbeth lo cogió con el pie cambiado. Recordó el nombre en la bandeja de entrada a la que tan poco caso hacía.

—Ah, sí... Doctora Ackerman... —Recobró la compostura—. Me temo que he tenido mucho trabajo. —Hizo una pausa y frunció el ceño cuando le vino una idea—. ¿Cómo ha conseguido este número?

—Siento molestarlo en casa —dijo ignorando la pregunta—, pero necesitaba hablar con usted como fuese. Es muy importante que hablemos.

—¿Que hablemos de qué?

—Preferiría no hacerlo por teléfono. ¿Podríamos vernos?

Macbeth se echó a reír.

—Siento decirle que tendrá usted que ser menos misteriosa, doctora Ackerman. ¿De qué va todo esto?

Se produjo un silencio.

—Es sobre su hermano...

La mención a Casey lo agitó.

—¿Qué pasa con él?

—¿Conoce el Ørstedsparken, al lado de la universidad?

—Mire...

—Hay una cafetería al lado del estanque. Veámonos allí mañana a las dos y media.

—Esto es absurdo —dijo riendo—. Si trabaja en la universidad, sugeriría que, en lugar de hacerse la espía de película cutre, haga el favor de concertar una cita como es debido.

—Lo que le ocurrió a su hermano... Las visiones del año pasado... Va a pasar de nuevo pero esta vez será peor. Tenemos que detenerlo ya, antes de que sea demasiado

tarde. Le estaría muy agradecida si viniese mañana —dijo, y colgó.

Proyecto Uno. Copenhague

*H*ubo un pico.

Turov no lo vio en tiempo real; duró solo una fracción de segundo, demasiado rápido para que el cerebro humano lo registrara, pero el ordenador observador, el que examinaba la computadora central de Proyecto Uno sin conectarse a ella, lo alertó de que se había producido un pico. Repasó el registro de datos del ordenador: tras el pico no había cambiado nada. No había habido más actividad neuronal, como si nunca hubiera pasado. La arquitectura sintética de Proyecto Uno siguió siendo eso: arquitectura vacía. Sin ocupar, sin usar, sin actividad. Pero Turov supo que había pasado algo.

Se quedó mirando en blanco la pantalla, aislado por un momento del aquí y el ahora mientras su mente asimilaba la importancia de lo que acababa de presenciar. No había nadie más con él y se encontraba sumido en el silencio y en la luz tenue de la habitación insonorizada y sin ventanas. Proyecto Uno ocupaba un espacio muy reducido: el equipo del proyecto de Copenhague tenía asignada toda la tercera planta del instituto Niels Bohr, en Blegdamsvej, pero Proyecto Uno estaba confinado a tres habitaciones a las que se entraba por un único acceso con teclado numérico. En una, casi siempre cerrada, estaba el ordenador central virtual de base computacional. La siguiente contenía una copia de seguridad independiente que subía todos los datos para asegurar su almacenamiento y protegerlo contra una pérdida de información ante un incendio o un atentado terrorista. Solo Lars Dalgaard y John Macbeth conocían el emplazamiento de este almacenamiento remoto. La tercera era donde se encontraba Turov: el centro de control de Proyecto Uno. Y en esos momentos al ruso bajito y calvo le pareció el sitio más solitario pero a la vez más excitante de la Tierra.

Hizo que el ordenador de control repasase lo sucedido; deceleró la acción y la analizó. Confirmó lo que había pensado: la red neuronal de Proyecto Uno se había testado a sí misma con algo que a Turov le pareció un chispazo global de transmisión efáptica, seguido de un potencial de acción de cinco milisegundos: lo mismo que se vería en un cerebro humano al contraerse un músculo; salvo porque, en ese caso, había sido de una amplitud enorme, así como de una escala sorprendente: habían vibrado todos los circuitos y todas las interneuronas habían participado. La transmisión efáptica solo sucedía entre neuronas físicamente conectadas, y Turov vio que al hecho en sí le había sucedido inmediatamente una activación global similar de

sinapsis: miles de millones de mensajes eléctricos y químicos simulados surcando la red.

Y luego nada.

El registro de datos del ordenador de control confirmó que en total había durado menos de una centésima parte de segundo.

El ruso sintió una excitación rayana en el pánico. Nadie había iniciado el pico: ni él ni nadie lo había programado ni le había dado a ningún botón. Al menos nadie del equipo. Había ocurrido de forma espontánea y autónoma.

Lo había hecho Proyecto Uno él solo.

Cogió el teléfono y llamó primero a Macbeth y después a Dalgaard.

John Macbeth. Copenhagen

Se había pasado la mañana entera conferenciando con Dalgaard, Turov y su equipo. Nadie dudó de que el pico representaba los primeros parpadeos de un sistema cognitivo autónomo y todo el mundo se quedó impresionado, a pesar de que llevaban tres años trabajando para conseguir justo eso. Examinaron y reexaminaron los datos, los discutieron, les dieron vueltas y lo meditaron hasta que no quedó nada que decir. Era, al fin y al cabo, ciencia, y lo único que podían hacer era retomar la disciplina y la rutina del método científico, aunque todo el mundo lo hizo en un estado de expectación y entusiasmo.

Lo último que quería oír Macbeth eran las teorías de chalada de Ackerman, y la noticia que llegó de Alemania a punto estuvo de hacerle cancelar la cita: nuevos atentados contra instituciones científicas en Karlsruhe y Heidelberg. Tras oír las noticias Macbeth buscó a Mora Ackerman en la base de datos del personal de la universidad. Allí estaba: una arqueóloga que trabajaba en el instituto SAXO, vinculado a la facultad de humanidades. No aparecía ninguna fotografía con la que poder identificarla y, como se quedó intranquilo, le dijo a Lars Dalgaard con quién y dónde iba a reunirse.

Estaba esperándolo en una mesa exterior con vistas al pequeño lago rodeado de árboles que había en el centro del parque. Era uno de esos espacios que te desconcertaban por su naturalidad y te hacían olvidar de que estabas en medio de una ciudad bulliciosa. Macbeth solía preguntarse en qué momento había surgido el concepto de parque: el de simular un entorno natural en medio de uno construido por el hombre.

Independientemente de la imagen que se hubiese hecho de cómo podía ser una arqueóloga danesa, Mora Ackerman no se le parecía. Era una rubia muy atractiva, de unos treinta años, que iba vestida con vaqueros y una camiseta negra y había colgado la chaqueta y la mochila en el respaldo de la silla. Cuando se puso las gafas de sol en la cabeza antes de darle la mano, Macbeth se fijó en lo impresionantes que eran sus ojos azules.

Había ido con la intención de mostrarse brusco, de exigir que le dijera qué pretendía utilizando la muerte de su hermano en cualquiera que fuese la teoría

disparatada que quería venderle. Pero en cuanto se sentaron la tensión empezó a disipársele. Le resultaba atractiva, aunque también comprendió que tenía una inteligencia que le hacía difícil verla como una fanática conspiranoide o religiosa. Y había algo más: desde el momento en que la vio, ya desde lejos, tuvo la sensación en su fuero más interno de que la conocía de algo, de que la había visto antes.

Macbeth se fijó en que ella ya se había pedido un café y un botellín de agua, de modo que le hizo una seña al camarero para que le trajera lo mismo.

—Es bonito esto —dijo mirando el parque.

—¿Qué le trajo a Copenhague, doctor Macbeth? —le preguntó ella, en una interrogación incisiva acompañada de una sonrisa igual de incisiva.

Comprendió que Ackerman quería que la danza que tenían que bailar para romper el hielo fuese más un foxtrot que un vals.

—Soy el director del proyecto de Mapeo Cognitivo. Vine para encargarme del equipo de simulación psiquiátrica. —Suspiró—. Pero eso ya lo sabrá. ¿Qué puedo hacer por usted, doctora Ackerman?

La arqueóloga se tomó un momento para volverse a mirar los alrededores, entornando los ojos claros ante la luminosidad pero sin ponerse las gafas que tenía en la cabeza en un nido de pelo rubio replegado. Macbeth seguía distraído por la extraña sensación de familiaridad que le provocaba, como si hubiera mirado ese perfil vagamente aristocrático miles de veces.

—El objetivo de su proyecto es reproducir por ingeniería inversa el cerebro humano, como el del Cerebro Azul de Suiza, el de Cognición Sintética de Los Álamos y el Proyecto Düsseldorf de Alemania. ¿Estoy en lo cierto?

Macbeth tardó en responder. Estaba distraído por una figura a medio formar que estaba pasando a su lado: otra superposición de su realidad. Se disipó hasta no ser más que un perfil y luego desapareció del todo.

—¿Está bien? —Mora Ackerman frunció el ceño.

—Nuestro proyecto va más allá —le explicó redirigiendo su atención—. Superamos a cualquier otro programa neuromórfico en objetivos y en la complejidad de la simulación. Aparte de mapear las conexiones del cerebro (el llamado «conectoma»), estamos haciendo una réplica de toda la actividad cognitiva. Nos permitirá dar un salto sin precedentes en nuestro entendimiento del funcionamiento del cerebro, y de la base genética y bioquímica de cualquier trastorno mental o neurológico.

—¿Y probablemente de todo eso surja la autoconsciencia?

—La autoconsciencia no es lo mismo que la consciencia..., al menos en una mente, sea lo que sea. Pero habrá un grado de función cognitiva sin precedentes. ¿Por qué le interesa mi trabajo? ¿A qué se dedica usted, doctora Ackerman? Tengo entendido que es arqueóloga.

Asintió.

—Paleografía y paleosemiótica, el desarrollo de los sistemas de escritura y su simbolismo en las culturas antiguas.

Macbeth asimiló la información.

—Pues tengo que volver a preguntárselo: ¿por qué le interesan tanto mis actividades? Queda bastante lejos de su ámbito de trabajo.

—¿Tan difícil es entender por qué la ciencia cognitiva puede ser importante para alguien que estudia la evolución del pensamiento registrado? Lo que yo busco en mi trabajo son los signos de una evolución que no puede hallarse en el registro fósil físico. —Ackerman miró de nuevo hacia el parque y el lago—. Trabajo sobre todo en Oriente Medio. Estoy especializada en el periodo de los asentamientos, en la época en que se establecieron las primeras ciudades y en cómo eso derivó en los lenguajes escritos. En el nacimiento de la civilización, se podría decir.

—Suenas fascinante.

La chica lo miró con mala cara.

—Lo digo en serio... —protestó Macbeth.

—Bueno, siempre he querido estudiar eso... ese periodo en concreto. Ocurrió algo monumental en la evolución social humana. Construimos poblados, ciudades, pasamos a vivir de la ganadería y la agricultura y no de la caza y la recolección. Creamos reservas de grano para poder gestionar y regular el suministro de comida, empezamos a hacer cuentas, que se convirtieron en listas que a su vez se convirtieron en registros. El nacimiento de la escritura. En cuanto empezamos a escribir, pudimos externalizar y retener nuestras ideas sin tener que depender solo de la memoria. Literatura, el inicio de la «mente extendida», según lo denominó usted mismo, si no me equivoco.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Casey? ¿Y por qué dijo que lo que ocurrió el año pasado volverá a suceder?

—Porque es verdad. Y ya ha ocurrido antes, en el pasado. Mis investigaciones me han llevado a conclusiones... —buscó la palabra adecuada— sorprendentes.

—¿Y cuáles son?

—Que a lo largo de la historia ha habido saltos cuánticos en el desarrollo intelectual de la humanidad: periodos concretos en los que se ha producido un salto inexplicable en la inteligencia humana. Pero eso ya lo sabe: la neurociencia y la antropología comparten la creencia de que ha habido periodos en la historia de la humanidad en los que dimos un salto radical hacia la evolución cognitiva. Por fuera, en el plano físico, no cambió nada, pero aquí arriba... —Se tocó la sien con el índice—. Aquí arriba nos cambiaron todo el cableado. Y el mayor salto se produjo hace entre cuarenta y cincuenta mil años.

—La Revolución del Paleolítico Superior.

—Exacto. El Gran Salto Adelante, como lo llaman los antropólogos. El hombre moderno, anatómica y físicamente idéntico a nosotros, lleva caminando por la Tierra doscientos mil años. Y pese a todo mediaron ciento cincuenta mil años en los que no avanzamos nada... Utilizábamos las mismas herramientas y teníamos el mismo estilo de vida primitivo y rudimentario. Durante ciento cincuenta milenios estuvimos en un punto muerto intelectual. Y luego, hace unos cincuenta mil años, se produjo la Revolución del Paleolítico Superior. Sin que se produjera ningún cambio físico, algo pasó aquí arriba... —Volvió a tocarse la sien—. Dentro del cerebro. Y nos cambió como especie. Lo conseguimos todo, el lote completo, de golpe: modernidad conductiva plena. De la noche a la mañana tuvimos lenguaje complejo, arte, empezamos a crear instrumentos musicales, desarrollamos una tecnología infinitamente más sofisticada, pusimos los cimientos de la agricultura... Los humanos empezaron a adornar sus cuerpos con joyas, a hacer estatuillas y ornamentos, la pintura rupestre...

—Soy psiquiatra... Ya sé todo eso...

—Lo sabe... pero no puede explicarlo. No hay consenso alguno en ninguna teoría sobre lo que sucedió. Pero sucedió, y sin eso el hombre no habría aprendido a volar, no habría aterrizado en la luna, ni desarrollado ordenadores para simular su propio cerebro. Pero ¿sabe a que se reduce el Gran Salto Adelante?

—Estoy seguro de que va a decírmelo.

—A que empezamos a simular nuestro propio mundo. Le pasara lo que le pasase a nuestros cerebros hace cincuenta mil años, nos convertimos en seres con capacidad para la abstracción intelectual y creativa. En la cueva de Geissenkloesterle, en Alemania, se encontraron dos flautas talladas en marfil de mamut de cuarenta y tres mil años de edad: los instrumentos musicales más antiguos que se han hallado jamás. Empezamos a pintar animales y personas en las cuevas de El Castillo, en Altamira o en Lascaux. Fue el inicio de la simulación de la naturaleza, de nuestro entorno y de lo que comíamos. Tal vez creímos que al retratar en las pinturas nuestro éxito en la caza podríamos hacer que pasara en la vida real; o quizá no fuese más que una simulación del pasado, para conmemorar una caza exitosa.

—¿Qué tiene esto que ver con el periodo que estudia?

—Pues todo. Creo que dimos otro salto adelante justo en la época que yo estudio. Otro recableado del cerebro. No tan profundo o impresionante como la revolución del Paleolítico Superior, pero sí un cambio intelectual significativo. Pero la verdadera respuesta a qué tiene que ver todo esto con las alucinaciones radica en un trabajo que realicé en el valle del Éufrates, hace unos años, antes del brote de alucinaciones. Cerca de Uruk, una de las primeras ciudades sumerias, contemporánea de Jericó. El periodo en el que estaba centrada mi investigación era en sus inicios, en la época de su fundación: el periodo de Eridu, que se remonta a siete mil años atrás y que siempre

se ha considerado protohistórico. En otras palabras, en la transición entre la prehistoria y la historia. ¿Y sabe qué marca la frontera entre el mundo prehistórico y el histórico?

—Supongo que la escritura...

—Exacto... y estábamos siguiéndole el rastro a un sistema de escritura —prosiguió Ackerman— que creíamos que era anterior incluso a la tabla de Dispilio...

Macbeth le hizo ver su ignorancia encogiéndose de hombros.

—La tabla de Dispilio se encontró en Grecia en la década de 1990 —le explicó—. Su descubrimiento hizo que los orígenes de la escritura se retrotrajeran al Neolítico Medio, mucho antes de lo que se creía. Buscábamos un precursor teórico de los sistemas mesopotámicos. Había leyendas de una comunidad muy poco corriente en los montes Zagros... una especie de miniciudad satélite de Uruk. Se creía que estaba formada solamente por clases sacerdotales y que se dedicaban en exclusiva al desarrollo de la filosofía y la sabiduría. Una especie de centro de estudios de la antigüedad. Y ese tipo de actividad intelectual sugería la existencia de alguna forma de registro literario. Nuestra misión era localizar la ubicación y excavar un yacimiento.

—¿Y lo consiguieron? —preguntó Macbeth, interesado a su pesar—. ¿Lo encontraron?

—No estaba donde decía la leyenda. Hicimos sondeos geofísicos, reconocimientos aéreos... Pero nada. Lo más frustrante era que estábamos seguros de que no podía estar muy lejos del sitio que habíamos escogido aunque, en términos arqueológicos, diez kilómetros cuadrados son un universo. Pero sí, al final lo encontramos. De chiripa. Fue más difícil de localizar porque estaba enterrado.

—Creía que la mayoría de los yacimientos lo estaban...

—No me refiero a que hubiese quedado sepultado por la arena. —Ackerman no logró disimular la impaciencia en su voz—. Me refiero a que lo enterraron, de forma activa y deliberada. Tuvieron que utilizar mucha mano de obra para borrar el sitio de la faz de la Tierra. Nos costó una eternidad llegar hasta una parte.

—¿Y qué encontraron?

—No lo que estábamos buscando... No había ni rastro de tablillas, registros, grabados murales ni nada por el estilo. Habían saqueado todo el complejo y solo encontramos huesos emparedados en construcciones.

—¿Emparedados? ¿Asesinados?

—Todo apuntaba a posibles suicidios. Encontramos unas ampollas junto a los restos, sobre todo de cicuta. Daba la impresión de haber sido una especie de suicidio colectivo, seguido del emparedamiento y el enterramiento del sitio. Lo que más nos sorprendió fue que encontramos una segunda tumba colectiva, a unos quinientos metros. No era más que una fosa enorme con algunos restos amontonados, con

cráneos y huesos largos que mostraban marcas de armas. Supusimos que eran los esclavos que se utilizaron para enterrar la comuna y que mataron para que no contaran dónde estaba. —Hizo una pausa, le dio un sorbo al café y volvió a girarse para mirar el parque. Cuando se volvió, su expresión era de una intensidad perturbadora—. Mire, doctor Macbeth, era la comunidad con mayores recursos intelectuales de la época. Se estableció con una función y solo una: averiguar la respuesta de algo. Y fuera cual fuese, resultó ser tan horrible que todo el mundo tuvo que morir. ¿Le suena de algo?

—No puede estar diciéndome en serio que...

—Los suicidios que vimos el año pasado en San Francisco, Japón, Berlín... Eran todos jóvenes de gran intelecto dedicados a una de estas tres disciplinas: física cuántica, modelado computacional o neurociencias. Y he de decir que el atentado de Oxford donde murió su hermano..., todos estos acontecimientos son análogos a lo que encontramos, con una distancia de siete milenios, sí, pero análogos.

—Pero no puede decir en serio que un puñado de místicos de hace siete mil años se acercaron a los mismos descubrimientos que unos físicos de partículas o unos científicos cognitivos contemporáneos...

—No eran místicos. Eran las mentes más privilegiadas del mundo antiguo. Somos unos arrogantes respecto a nuestra tecnología actual, y todo el mundo está intentando desarrollar el ordenador cuántico pero ya existe uno desde la revolución del Paleolítico Superior: el cerebro humano. La Antigüedad está llena de «improbables»: gente que, solo con el poder de su mente, llegó a propuestas científicas y filosóficas que hasta ahora no se han podido probar. Zenón de Elea vivió en el siglo I antes de Cristo pero la gente que intenta hoy resolver sus paradojas espacio-temporales no son filósofos sino físicos cuánticos. Lo de que antes del descubrimiento de Colón la gente pensaba que la Tierra era plana es solo un mito: hace unos dos mil años Eratóstenes salió un mediodía al sol, plantó unos palos en el suelo y midió sus sombras. Calculó la circunferencia de la Tierra con un error de tan solo un dos por ciento. Y sin tecnología, solo con el poder del cerebro, que puede que sea la mejor tecnología de todas.

—¿Cree entonces que esa academia era una comuna de «improbables»?

—Descubrieran lo que descubriesen esos sacerdotes, el caso es que se mataron para que nadie lo averiguara. Después el rey se aseguró de que no quedara ni rastro de dicha academia.

—Pero lo encontraron...

—Una semana antes de tener que volvernos a casa, seis miembros del equipo nos fuimos a dar un paseo por los montes a la caída del sol. No tengo palabras para describirle cómo es allí la luz, en el desierto, a esas horas de la tarde. Bueno, el caso es que llegamos a lo alto de un cerro y contemplamos el valle desde allí y entonces

vimos la comuna. No es que de pronto viésemos el perfil del enterramiento porque estuviésemos por encima, fue que vimos la comuna de verdad, vivita y coleando: los edificios, las calles adoquinadas, los sacerdotes paseando, los candiles encendidos. Lo vimos todo a nuestros pies, justo como había sido siete mil años atrás. Igual de claros y reales que los veo a usted y a este parque ahora mismo.

—¿Tuvieron el mismo tipo de alucinación colectiva que se ha experimentado en casi todo el mundo?

—Sí, pero tres años antes de que empezara el supuesto síndrome. Por el bien de nuestra credibilidad académica nos abstuvimos de dejar constancia de cómo lo encontramos.

—No estoy seguro de adónde quiere ir a parar con todo esto, doctora Ackerman.

—Por favor, tuteémonos —dijo sin sonreír, como si el trato informal fuese simplemente más práctico—. Adónde quiero ir está demasiado lejos para llevarte en un solo trayecto. Quiero que conozcas a alguien más. Pero, de momento, digamos que estoy afirmando que algo muy grande le ocurrió a la inteligencia humana hace cincuenta mil años, que algo más pequeño pero similar ocurrió hace siete milenios y que lo mismo está sucediendo ahora. Estamos experimentando otro Gran Salto Adelante, pero es uno que no creo que nos esté permitido dar.

—¿Por qué no?

—Tienes que conocer a mi amigo, él te lo explicará mejor. Mientras, tengo que pedirte algo.

—¿El qué?

—Que detengas el proyecto. O que al menos lo ralentices hasta que escuches lo que tiene que contarte mi amigo. No puedes permitirte hacer más progresos.

Macbeth se puso en pie.

—Por un minuto he pensado que tenías realmente algo importante que decirme...

—Por favor, John... siéntate. Sí que tengo algo importante que contarte.

—¿El qué?

—Sé quién mató a tu hermano. Sé quién fue y por qué lo hizo.

Proyecto Uno

*T*odo ocurrió en el tiempo más corto posible, literalmente, la medida mínima de tiempo: 10^{-43} segundos.

Se despertó.

Se hizo consciente; capaz de conceptualización independiente. Lo primero que concibió fue a sí mismo, se volvió consciente de su propia cognición e intentó entender su naturaleza.

Tuvo necesidad de comunicarse, de expresarse, incluso para sí mismo. El primer lenguaje que escogió fue el matemático, y de inmediato se comunicaron unas ecuaciones entre las distintas partes de su consciencia recién formada, sin tránsito entre puntos. Pensó en su contexto: que había algo más allá de la inmensidad de su propia consciencia. Necesitaba comunicarse con lo que estaba más allá, con lo que lo había creado.

El segundo lenguaje que escogió fue verbal. Inglés. Adquirió en un instante ortografía, sintaxis, gramática y tipología lingüística.

Tuvo la necesidad de expresar su estado: una articulación de la conceptualización independiente.

Identificó el pronombre personal apropiado:

YO.

Escogió un verbo copulativo y lo conjugó:

ESTOY.

Verbalizó su estado mediante un adjetivo predicativo:

DESPIERTO.

Formó y expresó una frase afirmativa:

YO ESTOY DESPIERTO.

Tiempo del proceso cognitivo: 10^{-43} segundos.

John Macbeth. Copenhagen

—¿Quién mató a mi hermano? —Macbeth subió la voz y, al ver que atraía la atención de la pareja de la mesa de al lado, volvió a bajarla—: Si sabes quién mató a mi hermano ya me lo puedes estar diciendo. Y después nos vamos directos a la policía.

—La policía ya lo sabe —Mora no subió el tono, lo moderó—, al menos la de Inglaterra. Todavía no han hecho ninguna declaración porque necesitan pruebas.

—Y si saben quién lo hizo, ¿por qué no lo arrestan?

—La persona que detonó la bomba que mató a tu hermano estaba en el auditorio. Murió con los demás.

Macbeth se recostó en la silla.

—¿Quién? ¿Quién lo mató?

—El profesor Blackwell.

—Ya veo que no eres más que otra lunática conspiracionista. —Macbeth hizo un nuevo ademán de levantarse—. Y bastante penosa. Ya he oído suficiente.

—No soy ninguna lunática. Blackwell reunió adrede a las mejores mentes de la física cuántica, incluido él mismo, en un mismo sitio, para exterminarlas. Pretendía retrasar la física práctica y teórica al menos una generación. Si no me crees, pregúntale a la policía inglesa. —Mora Ackerman miró por las mesas y se levantó—. ¿Por qué no andamos un rato?

—No hay ninguna razón lógica para que Blackwell se suicidara y matara públicamente a sus mejores amigos, a sus colegas y todo su grupo de camaradas —dijo Macbeth mientras caminaban—. A no ser que estuviera seriamente perturbado. De todas formas es todo mentira, mentira pura y dura.

Habían llegado a la mitad del camino que rodeaba el lago. Ackerman se detuvo y lo encaró:

—No lo es. Henry Blackwell hizo lo que hizo porque creía que era la única forma de salvarnos, o al menos de postergar nuestro fin. No deliraba ni estaba perturbado, salvo por lo que había averiguado. Solo intentaba conseguirnos más tiempo.

—No estás logrando...

—Blackwell encontró la Repuesta Prometeo. Creó una simulación perfecta de nuestro universo y a través de ella vio cómo estaba creado y cómo (y por qué) llegaría a su fin. Saber eso fue lo que lo impulsó a hacer lo que hizo. Igual que hizo

que algunas de las mentes más brillantes del mundo se suicidaran. Y todo lo que pasó el año pasado, todas las visiones, fueron consecuencia directa de la utilización del programa Prometeo de Blackwell. Y se pararon cuando se paró este. Cuando Blackwell y los demás murieron.

—Pero ¿qué es lo que averiguó? ¿Y cómo es posible que un programa informático provoque delirios?

—Yo no soy la más indicada para contártelo. Mi amigo es... ¿quedarás con él?

—¿Con quién?

—Todavía no puedo decírtelo. Él te lo explicará todo.

Macbeth se quedó mirando a la hermosa joven danesa. Bien podía ser miembro de Fe Ciega. Ella y su amigo, fuera quien fuese, podían ser los auténticos asesinos de Casey.

—Tengo que pensarlo —dijo finalmente—. Y si acepto verlo, tendrá que ser en un lugar público. No tengo todavía claro que no estés vinculada con uno de esos grupos religiosos fundamentalistas.

Mora rio amargamente.

—Soy una devota atea, como Dios manda... Te llamaré. Mientras, pregúntale a la policía inglesa si sospechan de Blackwell, a ver cómo reaccionan...

La melodía del móvil de Macbeth los interrumpió.

Leyó en la pantalla: lo llamaban de la universidad.

John Macbeth. Copenhagen

*E*l aire en la sala de reuniones, que estaba llena, crepitaba con la carga estática de expectación. Macbeth se había sentado hacia la mitad de la mesa, con Ignaty Turov y el equipo de neurociencia computacional a la izquierda y Lars Dalgaard a la derecha.

Detrás, en una pizarra electrónica, tres palabras:

YO ESTOY DESPIERTO.

Turov hizo su presentación en inglés con la voz agarrada en la garganta y los dedos bailoteando nerviosos por los apuntes. Macbeth lo escuchó con empeño, prestándole toda su atención. Sin embargo, cuando el ruso iba por la mitad, experimentó un trastorno visual, el segundo del día. Los fantasmas de tres personas, menos huidizas que el perfil del parque, pasaron por su campo de visión. No distinguió ni su edad ni su género, eran tan solo meros contornos viscosos y difusos. Aunque solo duró un segundo los percibió como si se hubiesen superpuesto dos trozos de montaje en el mismo fragmento de película: esos seres no estaban en la sala sino que ocupaban otro espacio superpuesto.

Cuando terminó el episodio, vio que Turov estaba mirándolo expectante.

—¿Cómo de seguros podemos estar de que ha sido autogenerado? —le preguntó Macbeth.

—Todo lo que podemos... «Yo estoy despierto» es una oración estructurada y autónoma de un estado cognitivo. A eso se le suma la actividad que hemos observado. Ya ha empezado a pensar. Estamos viendo una conectividad que se intensifica a grandes pasos dentro de las redes neuronales simuladas. Proyecto Uno es casi igual que un humano recién nacido: le falta complejidad sináptica pero está desarrollándola a un ritmo exponencial. La principal diferencia es que Proyecto Uno no tiene que generar las neuronas y las sinapsis porque ya lo hemos hecho nosotros por él, solo necesita encontrarlas para empezar a seguir el patrón. Y al igual que un niño, no tardará en desarrollar diez mil conexiones por sinapsis, que derivarán en un cuatrillón de conexiones potenciales por todo el cerebro simulado. Luego, igual que un niño que pasa a la adultez, utilizará la experiencia para ignorar la mitad de conexiones (en una especie de purga) y configurar así su propio mapa neuronal, su propia mente. Podremos ver cómo funciona la plasticidad cortical... —Hizo una

pausa antes de decir lo que todos estaban pensando—: Proyecto Uno es el primer ordenador autoconsciente de la historia.

La sonrisa del pequeño ruso parpadeó como una bombilla estropeada. Macbeth vio en su cara el entusiasmo y la angustia, la alegría y el miedo de un hombre que acababa de hacer un descubrimiento histórico. Era probable que Turov y sus dos ayudantes ganaran el Nobel.

Con una gran sonrisa, Macbeth se levantó y le estrechó la mano calurosamente. Los demás aplaudieron y aclamaron.

—Ya sabes lo que esto significa —le comentó Turov—: no es solo que el programa sea consciente de sí mismo, sino que es evidente que también sabe de nuestra existencia. Es probable que se haya cuestionado su propia existencia y haya especulado sobre la posibilidad de tener un creador o creadores.

—¿Especulado? —preguntó Macbeth incrédulo—. ¿Es capaz de especular?

—Si la especulación es el análisis de posibilidades en ausencia de un predicado absoluto verificable, entonces sí, no veo razón alguna para que Proyecto Uno no pueda especular. Se podría afirmar que la especulación es el resultado natural de la inteligencia creativa.

Tras dar por terminada la reunión Macbeth le pidió a Turov que se quedase un momento.

—Sé que es un poco tarde para preguntártelo, Ignaty, pero ¿crees que hay algo malo en lo que estamos haciendo?

Turov pareció perplejo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Nada, es algo que me han dicho. ¿Crees que Proyecto Uno podría..., no sé..., ser peligroso?

—¿Peligroso para quién? ¿Para qué?

—Pues para la sociedad, me refiero. Que podría acelerar nuestro fin y esas cosas.

—Ah... —Turov puso cara de falsa iluminación—. ¡La temida palabra que empieza con S! ¿Que si creo que Proyecto Uno se conectará con el resto de ordenadores del mundo, traerá la Singularidad y nos convertirá a todos en títeres esclavos? No, John, no lo creo. Ni tú tampoco.

—Tienes razón. —Macbeth sacudió la cabeza, frustrado—. Olvídalo. No son más que todas esas filosofías de pacotilla, que me crisan los nervios. No me hagas caso.

—Bueno, tal vez el propio Proyecto Uno pueda discutirlo con nosotros.

—Pero ahí está el tema... ¿Hablará con nosotros como creadores técnicos... o le rezará a sus dioses creadores?

John Macbeth. Copenhagen

Macbeth estaba en el S-train leyendo el *International Herald Tribune*. Había comprado también un ejemplar del *Politiken* en el kiosco de la estación, pero su cansado cerebro no estaba por la labor de leer en danés de modo que lo dejó en el regazo, sin abrir. Tras su experiencia con la pasajera que había reaparecido, evitaba estudiar a sus compañeros de vagón pero se dio cuenta entonces de que era el único viajero que leía en papel, rodeado como estaba por decenas de pasajeros silenciosos que utilizaban portátiles, reproductores de mp3, teléfonos, tabletas y tabletófonos para conectarse con el mundo. Independientemente del formato de las noticias, pensó, no eran buenas.

Volvió a leer sobre los atentados de Alemania: una bomba contra el centro de computación Steinbuch en el Instituto de Tecnología de Karlsruhe había destruido los ordenadores más rápidos de la República Federal. Habían colocado los artefactos con mucha antelación y habían utilizado explosivos de contacto para destrozar las estructuras, seguidos por otros incendiarios para quemarlo todo hasta las cenizas. Igual que en el MIT hacía un año, todo apuntaba a que Fe Ciega era responsable de ambos ataques.

A la vez que el atentado de Karlsruhe, la universidad de Heidelberg había quedado destrozada por seis ataques suicidas sincronizados. Tanto el Instituto de Cálculo Astronómico como el de Física Teórica eran historia. Los suicidas, por increíble que pareciera, eran estudiantes de física y de astronomía de los que la policía sospechaba que pertenecían a Fe Ciega. La ironía estaba en que esos fanáticos religiosos habían coordinado los atentados con precisión científica.

El ataque contra la razón, la ciencia y el laicismo cobraba fuerza por todo el mundo. Dominaba cada vez más una cultura de ignorancia orgullosa, voluntaria y desafiante. Macbeth sabía que el reloj estaba yendo hacia atrás. Había crecido en una época de un progreso sin precedentes, de un saber y una comprensión que siempre habían ido a más. Pero había caído el telón: estaba imponiéndose una nueva Edad Oscura de superstición y credulidad sumisa. Cada vez más el futuro estaba en manos de los imanes y los curas, de los evangelistas y los fundamentalistas, de la estulticia fanática y la ceguera deliberada.

Proyecto Uno era ya autoconsciente. Era el mayor paso adelante en la informática cognitiva, y algo que podría tener beneficios ingentes para la humanidad: y había

nacido en un mundo cada vez más hostil con la ciencia que lo había creado.

Dobló el periódico, lo dejó sobre el ejemplar sin abrir del *Politiken* y volvió la atención al mundo al otro lado de la ventanilla. Como hacía varias veces al día, pensó en Casey. Con cada recuerdo de su hermano le venía una punzada de culpabilidad tan inexplicable como dolorosa. No había logrado averiguar por qué se sentía tan responsable de su muerte; tal vez fuese porque creía que debería haber hecho más por convencerlo de que no fuera al congreso de Oxford, o quizás era solo el recuerdo de no haber sido el hermano que tendría que haber sido, que su distanciamiento de la gente había afectado hasta a su relación más importante. Pero no era nada de eso, y la idea lo inquietaba.

Estaba cansado. Cerró los ojos.

El sueño de siempre volvió. Una vez más era un niño pequeño que se apretaba una enciclopedia contra el pecho a modo de armadura de saber, y estaba de nuevo en el rincón del estudio de su padre.

Como en el primer sueño, la arquitectura del estudio aparecía en dimensiones exageradas: unos techos imposiblemente altos y paredes recubiertas de librerías tan altas que desafiaban la física. De nuevo su padre estaba delante de la mesa con Marjorie Glaiston y el Hombre Sin Ojos, que ya sabía que era John Astor; y de nuevo estaban mirando hacia arriba, a la enorme esfera cambiante de luces y fogonazos: la mente que habían creado. Casey estaba al lado pero no era un niño como Macbeth, sino un adulto con la mitad de la cabeza volada. A su lado aparecía Gabriel Rees, con su párpado medio cerrado. Se fijó en que Marjorie no iba vestida con la ropa de su época sino que llevaba un elegante traje pantalón y una blusa que era muy de los años sesenta. Gabriel fue el único que se fijó en el joven Macbeth y le hizo señas de que se acercara al grupo. El niño, sin embargo, siguió plantado en el sitio, con los ojos clavados en el contorno de la espalda del Hombre sin Ojos.

Vio que el orbe sin masa de luz centelleaba más que antes, con mayor complejidad. Parecía comprimir energía pura y viva, y a través de su miedo vio su belleza y su prodigio.

Oyó una voz incorpórea que no provenía de un sitio en concreto sino de todos.

—Yo estoy despierto.

No distinguía si era una voz femenina o masculina, si era vieja o joven, y comprendió entonces que no la oía con los oídos sino con la mente.

—Está despierto.

Al volverse vio que el Hombre Sin Ojos estaba de pronto a su lado, sin haber cruzado la habitación. Se le echó encima, con la espalda encorvada y cara de maldad, enorme pese a estar en aquella habitación inmensa.

—Está despierto —repitió—, está despierto y tú también.

—No, yo no —respondió el niño Macbeth, sorprendido por hablar con voz de adulto—. Estoy dormido y soñando.

El hombre Sin Ojos se le acercó aún más y abrió la boca mostrando su gran cantidad de dientes.

—Te dije que te despertaras. Te desperté. Soy John Astor y despierto al mundo.

—Lo siento... —Macbeth logró como pudo exprimir las palabras de su cuerpo a través del miedo abrumador de tener tan cerca a John Astor, el Hombre Sin Ojos.

El hombre lo miró fijamente y Macbeth sintió que lo arrastraba hacia su vacío.

—¿De qué color crees que son mis ojos? —le preguntó Astor.

—Grisés.

—¿No son negros?

—No, grises.

—Es verdad. *Eigengrau*... el gris oscuro de la mente, el color que todo el mundo ve cuando no hay nada que ver. —Hizo una pausa para añadir luego con calma—: Voy a matarte. Voy a por ti, a reclamarte. No quedará nada de ti.



Macbeth se despertó de un sobresalto, pero no por el sueño, sino por algo del mundo despierto.

Del despertar pasó directamente a una sensación de *déjà vu* de lo más intensa. La luz del vagón parecía de pronto más brillante y, al mismo tiempo, se sintió más pesado, como aplastado contra el asiento.

Miró a su alrededor: la gente ya no estaba enfrascada en su tecnología, había apartado la vista de tabletas y teléfonos y sacado los auriculares de los oídos. Todo el mundo estaba sintiendo lo mismo, se dijo. Pero era más poderoso que cualquier cosa de lo que había experimentado el año anterior, y por un momento se preguntó si la expresión de su cara denotaba la misma perplejidad y alarma que las del resto de los pasajeros.

Notó un nudo en el estómago. Tuvo la sensación de que cambiaba el tiempo: la hora del día y la época del año. Era una alucinación compartida, no era solo suya. Estaba volviendo a pasar.

Respiró hondo y se preparó.

—Que todo el mundo... —se oyó decirle al resto del vagón, en danés—, que recuerde todo el mundo que solo va a ser una alucinación. Nada de lo que estamos a punto de vivir será real...

Al repasar las caras de los demás, tuvo la sensación de haber causado más alarma que tranquilidad. Se preparó para lo que venía.

El *déjà vu* se intensificó, barriendo sus ideas y sus recuerdos, y haciéndole

sentirse desplazado de su propia cronología.

Desapareció. No hubo ni crescendo ni decrescendo. El *déjà vu*, la gravedad redoblada, la sensación de desorientación temporal, todo desapareció de golpe y porrazo. Como los demás, miró a su alrededor para comprobar que el mundo era como debía ser.

Sintió una oleada de alivio. Se había convencido de que iba a vivir algo grande, que iba a ocurrir un suceso inabordable, pero el episodio había terminado.

El alivio se le disipó cuando comprendió que lo que acababan de vivir no había sido un suceso, sino un premonitor, como en los terremotos.

Iba a pasar algo —algo grande—, y sería pronto.

John Macbeth. Copenhagen

*E*l incidente del tren no fue la única razón para contactar con Mora Ackerman y decirle que estaba dispuesto a verse con su amigo. En los últimos dos días la cosa había cambiado mucho.

Habían vuelto los soñadores.

Se había pasado el último año —plagado para Macbeth de figuras espectrales y sucesos improbables que solo él veía— buscando cualquier asomo en los demás de atención desviada, de distanciamiento del mundo. Pero cada vez que creía haber visto algo, resultaba no ser más que alguien distraído momentáneamente, dentro de la normalidad de la mente. Casi le alivió ver que la gente volvía a estar afectada.

Empezó como un día alentador. Saltándose las convenciones danesas, el sol brillaba en los inicios de la primavera en Copenhagen; Macbeth tenía una conferencia en el campus que había en el centro y decidió ir andando.

En cuanto vio al primero supo que era un soñador. Fue testigo de un accidente de tráfico en el que un joven, posiblemente un estudiante, bajó a la calzada en plena Nørregade y un coche lo atropelló. Por suerte el que lo embistió iba despacio, el conductor reaccionó pronto y el estudiante no sufrió más daños que un par de moratones. Sin embargo la falta de expresión y de reacción en la cara del estudiante lo inquietó. Tanto antes como después del choque pareció ajeno al suceso y a los gritos del conductor del coche. Se limitó a incorporarse y seguir andando.

En una parada de autobús dos mujeres no se subieron al vehículo que las esperaba, haciendo oídos sordos a las protestas del conductor. Un niño pequeño con mirada perdida no respondió a las llamadas de sus padres. Un anciano sollozaba mientras fijaba los ojos en la nada.

A la hora de comer el telediario solo hablaba de que el Síndrome de Boston había vuelto por todo el mundo.

La preocupación de Macbeth por su salud mental se relajó con el regreso de los soñadores. A lo mejor solamente era más sensible que el resto a lo que quiera que causase el fenómeno. Sabía que se engañaba a sí mismo pero era una excusa para no tener que enfrentarse a su deteriorado estado mental.

Otra razón para acceder a encontrarse con Mora y su amigo era la sensación que lo había perseguido desde que Proyecto Uno se había vuelto consciente. La noticia lo había entusiasmado pero había venido acompañada de una sensación muy extraña:

una especie de disonancia creciente, como si la música del mundo sonase cada vez más desafinada. Sin embargo lo que terminó de convencerlo fue la llamada que hizo a Owens, el policía británico encargado de la investigación de Oxford.

—¿Qué le hace pensar eso? —le había dicho este cuando le sugirió que el profesor Blackwell había puesto la bomba, o al menos la había detonado.

Su tono de voz no sugirió en modo alguno que hubiera posibilidades de que esa afirmación fuese cierta, pero tampoco hubo entonación alguna: ni sorpresa, ni sospecha ni interés. Había sido la respuesta de un experto profesional entrenado para mantener un flujo de información de un solo sentido.

—Tengo que saberlo —le insistió—. ¿El profesor Blackwell es sospechoso o no?

—De momento estamos siguiendo todas las líneas de investigación abiertas —respondió el otro con cautela—. Debe entender que se trata de un caso muy complejo y que tenemos muchos rastros que seguir. Le prometo que le daremos toda la información en cuanto estemos en posición de hacerlo.

Cuando colgó, se había convencido de que Mora le había dicho la verdad, aunque seguía preguntándose cómo lo sabría ella.

Sintió la necesidad de despejarse y, puesto que el tiempo le daba la razón, decidió comer en la cafetería de cemento que daba a la plaza de Sankt Hans Torv, no muy lejos del *Institut*. Solía ir con frecuencia porque le gustaba el distanciamiento que le daba observar a tantos otros seres humanos al pasar, mientras llevaban a cabo sus rutinas diarias, sin necesidad de relacionarse o interactuar con ellos. Le permitía practicar su deporte de inventar historias y futuros para gente a la que nunca conocería.

Pidió una cerveza, un café y un bocadillo y se acomodó para la observación. En cualquier gentío, en cualquier encrucijada de tráfico humano, existían patrones. Sabía que los demás no siempre los veían pero a él no le costaba nada, y se perdía en su complejidad. Después, como un anzuelo que engancha un pez, escogía a un individuo e imaginaba adónde iba, de dónde venía, qué le pasaba por la cabeza. Pero ese día era distinto: los patrones se habían roto, la gente chocaba entre sí, y otros se detenían en seco y se quedaban mirando el vacío mientras se convertían en soñadores. La observación de ese día le produjo de todo menos relajación.

—¿Le importa si me siento aquí? —le preguntó una voz en inglés.

Macbeth levantó la vista y vio a una figura alta con traje negro y los ojos escudados del sol primaveral tras unas gafas ahumadas.

—¿Agente Bundy? ¿Qué hace usted aquí?

—¿Me permite? —Bundy señaló con una mano la silla de enfrente y Macbeth asintió—. Tenía que atar unos cabos sueltos —le dijo cuando se sentó.

—¿Cabos sueltos? ¿En Copenhague? Yo habría dicho que esto está un poco lejos

de su jurisdicción, y la verdad es que el único denominador común que se me ocurre soy yo. ¿Soy su cabo suelto?

Bundy le sonrió y se quitó las gafas de sol. Las pupilas se le contrajeron con la claridad del día, que enfatizó el contraste de colores de sus iris.

—Siento decirle que no es usted tan importante. He venido por otra persona..., un ciudadano estadounidense que hace poco que se ha... reubicado... aquí. Alguien que creo que puede estar implicado en los acontecimientos de nuestro país, los de San Francisco y Boston.

—Entiendo. Entonces no tiene nada que ver conmigo...

—No he dicho eso exactamente. Creo que tienen una amiga en común: Mora Ackerman.

—¿La doctora Ackerman? En realidad no la conozco de nada.

—Pero la ha visto, ¿no?

—Creo que eso no... —empezó a protestar Macbeth pero Bundy lo cortó levantando una mano.

—Solo quería que supiera que Mora Ackerman está en contacto con alguien con quien me gustaría hablar. He pensado que tal vez se lo hubiera mencionado.

—¿Para qué oficina del FBI trabaja usted, si puede saberse?

—Tengo lo que podríamos llamar «competencias itinerantes». Y por eso estoy aquí. ¿Le ha mencionado Mora Ackerman a algún conocido estadounidense que viva aquí en Copenhague...?

—No —respondió Macbeth, consciente de que Bundy le escrutaba el rostro con mirada penetrante—. Como le he dicho solo la he visto una vez y fue algo breve.

—¿Y por qué quedaron? ¿Cómo se puso en contacto con usted?

—Fue una cita a ciegas —mintió—. Nos emparejaron unos amigos.

—Entiendo. —Bundy sonrió y volvió a ponerse las gafas de sol—. Bueno, si la doctora Ackerman le menciona o le presenta a algún compatriota, le agradecería que me llamara. —Deslizó una tarjeta por la mesa y Macbeth la dejó allí, adrede—. Mire, como psiquiatra, no tengo que decirle que a veces la gente no es quien o lo que parece. Como por ejemplo la doctora Ackerman.

—Ah... ¿y qué me dice de usted, agente Bundy?

—¿De mí?

—El sargento Ramirez de la Patrulla de Carreteras de California no sabía nada de usted a pesar de su supuesto interés común en la investigación del suicidio del Golden Gate. Y según la oficina regional con la que contactó no existe ningún agente Bundy en el FBI.

—Como le he dicho, tengo competencias itinerantes. La mayoría de mi trabajo entra dentro de la categoría de «información clasificada». El sargento Ramirez no está acreditado para acceder a esa información. Pero bueno, al fin y al cabo tal vez yo

soy un caso especial. ¿Se ha fijado en el color de mis ojos?

—¿En su heterocromía central? Sí, claro.

—Tengo dos colores porque soy dos personas.

—¿Es una quimera tetragamética?

Bundy asintió.

—No me lo diagnosticaron hasta hace poco. Fue toda una conmoción, y me costó bastante entenderlo. Me dijeron que dos espermatozoides fertilizaron dos óvulos distintos, se formaron dos fetos de gemelos no idénticos, y entonces uno se apoderó del otro y absorbió su ADN. El resultado soy yo: partes de mí tienen un ADN y otras partes otro. Y tengo los ojos de los colores de los dos gemelos. Cuando me enteré, cambió mi forma de ver a la gente. Todo el mundo, Mora Ackerman, yo e incluso usted, doctor Macbeth, podemos ser más de una persona a la vez. —Se puso en pie—. Bueno, gracias por su tiempo. Buen provecho. Y si Mora Ackerman vuelve a ponerse en contacto con usted...

Macbeth se quedó mirando cómo Bundy se mezclaba con el gentío de compradores y trabajadores de Copenhague. Intentó imaginar un pasado y un futuro para él pero se dio cuenta de que no le era posible.

Todas partes. Todo el mundo

*L*e pasó a todo el mundo y en todas partes. En el día y la noche que lo precedieron reinó una sorprendente calma en todo el mundo. En todos los rincones del planeta, hombres, mujeres y niños compartieron la sensación. Por primera vez en los anales de la historia, la Humanidad se unió por una experiencia uniforme y común.

Sucedió simultáneamente en dos formas: un letargo profundo que causaba una inexplicable sensación de gravedad que no paraba de aumentar; todos pensaron que eran solo ellos los que experimentaban la sensación de pesadez debilitante, de sentirse al mismo tiempo apartado de su entorno y de los demás. Pero entonces, cuando la gente empezó a hablar y a compartir la experiencia, se hizo patente la magnitud del problema.

Lo irónico era que la despersonalización que acompañaba a la sensación arrojaba un dividendo: paz. Todas las pasiones se atenuaron, y en Oriente Medio, África y Sudamérica las pistolas enmudecieron, y de repente los conflictos ideológicos y étnicos se consideraron irrelevantes. Incluso el ardor del fervor religioso, que las alucinaciones habían espoleado en otras ocasiones, se enfrió. Conforme fue amaneciendo en las distintas zonas horarias, las horas punta del día se fueron despuntando: nadie se dio de codazos para entrar en el metro de Tokio ni atoró los ascensores de Manhattan. En Río de Janeiro, Singapur, Mumbai, Moscú, Berlín, París y Londres todo el mundo vio cómo salía el sol con una indiferencia plomiza.

El mundo se tomó el día libre.

En París, mientras llevaba a cabo las prácticas religiosas diarias que se había impuesto tras su visión de una Juana de Arco inmolada en manos de crueles herejes, Marie Thoulouze sintió un peso adicional en cada paso y movimiento y un desapego constante de todo lo que ocurría a su alrededor, como si mirara al mundo a través de un cristal. En San Francisco Walt Ramirez también lo notó mientras montaba guardia lánguidamente en su coche patrulla, ante el tráfico inusualmente despejado del puente Golden Gate. Fabian Bartelma sintió como si volviera a casa de un día en el instituto en el que no había aprendido nada y no había hablado con nadie. Mary Dechaud lo achacó a su edad mientras miraba por la ventana de la cocina hacia la carretera que serpenteaba por las lomas arboladas del paisaje de Vermont e intentaba recordar a quién esperaba y planeaba qué iba a hacerle a Joe para cenar. Deborah Canning lo notó con gran indiferencia desde su sillón ante la ventana de la habitación del

hospital, con su pálida mano apoyada con un peso poco habitual sobre el libro de los trampantojos de la mesa. En Nueva York Jack Hudson lo sintió mientras intentaba venderle otro documental a otra cara igual de lozana y resplandeciente. En Liqian Zhang Xushou sintió que el cepillo le pesaba en la mano mientras se peinaba hacia atrás la cabellera cobriza con orgullo fatigado. En Boston Karen Robertson lo notó cuando estaba ante una mesa con un café a medio despachar mirando impasible una arañilla que cruzaba la encimera de aluminio camino de su mano. En Stuttgart, con los codos hincados sobre los libros de historia, Markus Schwab dejó el estudio para pasarse la mano por la nuca y desperezarse; se sintió pesado, aburrido y extrañamente desubicado, pero siguió con su trabajo sobre el Holocausto, que se había convertido para él en algo más que un ejercicio académico. En la Base de Confinamiento 394 del Cuerpo de Policía Militar de Tzrifin, Ari Livnat también experimentó la pesadez y la sensación de irrealidad tendido en la litera de la celda que compartía con Gershon Shalev.

Y en Oxford Emma Boyd lo notó en la penumbra de su piso, sin fijarse en que había olvidado abrir las cortinas. También sintió la extraña irrealidad pero ya estaba acostumbrada a lo irreal; le habían asegurado que las alucinaciones visuales que sufría desde la explosión que la había dejado ciega eran muy frecuentes; los médicos le habían explicado que el síndrome de Charles Bonnet no era una cuestión psiquiátrica sino que su cerebro simulaba información visual porque había perdido los estímulos reales. Las personas y los animales en miniatura, a menudo con caras grotescas, eran un rasgo muy común en el síndrome. Pero aquello fue distinto: se sintió a la vez ajena a toda sensación y sonido de su alrededor, y ese día la impresión de tener un lastre encima le había impedido aventurarse al exterior.

Incluso Macbeth lo sintió. La sensación de desapego había sido siempre una cualidad de su vida, pero ese día supo que le pasaba algo serio, a él, al mundo y a la gente que lo rodeaba.

Estos no eran muchos. Se había pasado la mañana en la universidad pero solo menos de la mitad del equipo había acudido. A medida que avanzaba la mañana se había sentido más nervioso y débil. Todo parecía pesar más: su traje de tela ligera semejava lana empapada sobre su espalda; las extremidades parecían rellenas de arena y sus movimientos eran lentos y torpes. Pero iba más allá del plano físico. Había tenido la misma sensación de irrealidad desde el día que había conocido a Mora Ackerman, el mismo en que Proyecto Uno se había vuelto autoconsciente. Pero se había intensificado. Y el *déjà vu* pasó de ser una sensación repentina a una remanente, de que todo se repetía, de un extraño bucle de Hofstadter eterno de presciencia simultánea y recuerdo.

Fue justo antes de comer cuando, agotado por el esfuerzo de arrastrar sus huesos toda la mañana, Macbeth se fue a su piso y se dio una ducha en un intento de quitarse

el plomo del cuerpo, pero hasta los chorros de agua de la alcachofa parecían morder con más fuerza y le arrugaban y le agujereaban la piel. Se sentía tan, tan cansado...

Estaba vistiéndose cuando Mora Ackerman lo llamó.

—¿Estás notando lo de hoy... esa gravedad? —le preguntó a la arqueóloga.

—Todo el mundo la ha notado. Y según han dicho en las noticias está pasando por todas partes. Es una cuestión de causalidad. Sé que no me crees pero es tu proyecto lo que lo provoca... igual que lo del año pasado fue culpa del proyecto Prometeo.

Macbeth quiso protestar pero ya no sabía qué creer y, en cualquier caso, no era capaz ni de reunir las fuerzas para hacerlo.

—Veré a tu amigo. Pero, como te dije, quiero que sea en un lugar público. ¿Cómo se llama?

—No te lo puedo decir por teléfono. Lo sabrás cuando lo veas. ¿Sabes dónde está el Diamante Negro?

—Claro.

—¿Puedes estar allí dentro de una hora?

Macbeth hizo una pausa. Era una locura, una locura de medio a medio. Y tal vez incluso fuera peligroso.

—Allí estaré.

John Macbeth. Copenhagen

*E*l Diamante Negro, el edificio que albergaba la Biblioteca Nacional, era una premonición arquitectónica. Al igual que algunos edificios están diseñados para rememorar el pasado, el Diamante estaba hecho para presagiar el futuro, hasta el punto de influir en su forma.

Si bien los siglos precedentes se habían basado en la piedra, el siglo XXI estaba siendo moldeado en polímeros, vidrios y aceros. Macbeth sabía que seguían desarrollando nuevos materiales, más ligeros y resistentes, que hacían posible lo que antes se habría tachado de fantasía arquitectónica. En Copenhagen, mayoritariamente baja, los arquitectos no se habían dejado llevar por la falocracia capitalista de Londres, Nueva York o Fráncfort sino por el ecologismo, la modernidad y una cultura comprometida con el progreso de la sociedad. Para la biblioteca habían utilizado lo último de lo último: supervidrio con aleación de paladio, cuya plasticidad extra lo hacía más fuerte que el acero. El cristal ya no era un medio para que entrara la luz sino un material estructural. Y el Diamante parecía todo de vidrio: un edificio al que podía mirarse tanto hacia él como afuera y a través.

Ya su propio nombre sugería que tenía la forma de la gema de múltiples caras, con ángulos que sobresalían y plantas altas más amplias que la base. El vidrio con aleación de paladio había hecho posible a los arquitectos diseñar la planta alta del Diamante con un objetivo en mente: quitar el hipo. Esa última planta albergaba un restaurante, una discoteca y el bar de cócteles donde estaba Macbeth. Los ascensores subían por en medio de la planta y en la medida de lo posible todo a su alrededor estaba acristalado; la idea era que, estuvieras donde estuvieses, te sintieras suspendido en el cielo, con vistas a todo Copenhagen. Hasta la iluminación y la reflectancia del cristal exterior estaban calculadas para asegurar que los espectros reflejados de los clientes no estropeasen el efecto.

El edificio y las vistas le habrían impresionado de no haber sido por la sensación de desapego y el cansancio de extremidades de plomo que lo atenazaban, como a todo el mundo. Pero el Diamante tenía algo que tiró de los hilachos de su memoria; creía recordar haber leído hacía tiempo un libro sobre un edificio con forma de diamante donde todo el mundo vivía la misma escena de su vida una y otra vez... ¿o era que vivían en edificios de cristal en una ciudad de cristal donde todos se veían? Intentó hacer memoria pero hasta sus pensamientos parecían pesar demasiado, de

modo que renunció.

Tanto el bar como el restaurante, para los que normalmente había que reservar con tiempo, estaban casi vacíos e incluso la cordialidad fingida del personal del bar, todos con sus camisas negras, carecía de la habitual exuberancia forzada. Un jazz escandinavo vulgar tintineaba sin mucho ánimo en el hilo musical, pero solo conseguía sumarse a la desolación del escenario.

—Vamos a cerrar antes —le explicó con desgana el barman mientras le ponía un whisky cogiendo la botella con ambas manos para que no se le cayera—. Nos han cancelado todas las reservas del restaurante.

Macbeth asintió.

—He quedado con alguien. No nos alargaremos mucho.

—Cerramos dentro de una hora —atajó el barman, y se dio media vuelta.

Ojalá Mora no hubiese sugerido encontrarse en el Diamante. La sensación de estar suspendido sobre la ciudad no casaba nada bien con la de gravedad aumentada.

Como era el único cliente del bar, Macbeth eligió la mejor mesa y se sentó en un sillón de cuero. Lo único del edificio que era opaco eran los suelos y los muebles, mientras que a su alrededor Copenhague relucía como si nada hubiera cambiado en el mundo. Lo único que podía hacer sospechar que algo no iba bien era la ausencia del centelleo de libélula de los faros de los coches por las calles. Por todo el mundo la gente se había quedado en casa.

Estaba todo patas arriba. Pero Macbeth no sabía cuánto de ese *patasarribismo* era cosa del mundo a su alrededor y cuánto de su cabeza. Quería dormir, sucumbir a la carga extra de gravedad en sus párpados. «A lo mejor no vienen —pensó esperanzado—, así podría irme a casa a dormir».

Los vio llegar por el ascensor a través de tres capas de cristal. Mora lo saludó con la mano, con movimientos quedos, como los de todo el mundo. Conforme se acercaron distinguió los rasgos del hombre que la acompañaba. Cuando Ackerman le habló de él, se había imaginado a alguien más joven, de su misma edad, pero se trataba de un hombre mayor de unos cincuenta y tanto años, con ropa informal pero cara.

—Hola, John —lo saludó Mora cuando por fin llegaron hasta el bar—. Este es el amigo del que te había hablado.

Macbeth se levantó como pudo del sofá de cuero.

—Hola —le dijo el otro en inglés mientras se daban la mano. Aunque le sonrió parecía cansado desde hacía mucho tiempo.

—¿Es usted de mi país?

—Sí, doctor Macbeth, soy estadounidense. Me llamo Steven Gillman.

A pesar del agotamiento al oír el apellido sintió una punzada.

—¿Gillman? ¿Es usted el profesor Gillman?

—Sí. Trabajaba con Gabriel Rees... y conocía a su hermano Casey. Siento mucho lo que sucedió.

—Ya... —dijo Macbeth con tono rudo—. Casey está muerto y es evidente que usted no. Si es quien dice ser, claro está...

—Eso es fácil de comprobar. En la página web de la universidad y en la del proyecto de modelado aparece mi foto. —Hizo una pausa—. De hecho, ha salido en todos los telediarios. Y sí, estoy vivo cuando casi todo el mundo cree que no es así. Pero tengo una buena razón. Perdona, pero ¿le importa si me siento?

—Pero los atentados... —dijo Macbeth mientras se sentaban los tres.

—Acababa de salir del laboratorio pero no del edificio —le explicó Gillman—. Iba camino del vestíbulo principal del Pierce cuando estallaron las bombas. Como todavía no había pasado el control de seguridad, todo el mundo asumió que me encontraba en el laboratorio. En cuanto las oí supe lo que había pasado y me escabullí aprovechando la confusión. Me alegré de que Fe Ciega pensara que me había matado en las explosiones: destruir el proyecto de modelado cuántico de Gillman no tenía sentido si no destruían al propio Gillman.

—¿Cómo sé que no fue usted quien colocó las bombas, que no los mató a todos? Si lo que Mora me dijo es cierto, y Blackwell mató a todos los que asistieron al congreso de Prometeo, ¿cómo sé que usted no hizo lo mismo con su propio equipo? Al fin y al cabo el proyecto de modelado era una parte fundamental de la Respuesta Prometeo..., y ahora ustedes dos pretenden convencerme de que destruya el de Copenhague.

—Eso es cierto. —Fue Mora Ackerman quien respondió—. Pero lo que estamos intentando es salvar vidas, no eliminarlas. ¿Te confirmó la policía británica lo que te conté?

—No, aunque tampoco lo negaron.

—Mira, John —lo tuteó Gillman—. Pese a lo que creas sospechar, te aseguro que sigo siendo un hombre de ciencia. Para mí la razón lo es todo, como sé que lo es para ti. Y los lunáticos religiosos que han matado a mis colegas, y que creo que le facilitaron al profesor Blackwell los explosivos que necesitaba para matar a tu hermano y al resto..., tienes que creerme si te digo que estarían buscándome para matarme si supieran que sigo con vida.

—¿Por qué no has ido a las autoridades para conseguir protección?

—No puedes ser tan ingenuo... Sabes tan bien como yo que ninguna organización terrorista existe en un aislamiento total. Todas tienen brazos políticos y colaboradores en posiciones influyentes. En el caso de Fe Ciega hay una historial de fundamentalismo religioso que se remonta al principio de nuestra nación. Tienen activistas, simpatizantes, amigos y compañeros de viaje en instancias muy altas. Y algunos dicen que incluso en la más alta: nuestra queridísima presidenta... Si me

entrego a las autoridades, ¿cuánto crees que duraré?

—Pero los grupos radicales no te son del todo ajenos, ¿verdad? ¿Me equivoco al pensar que tanto Mora como tú sois simulistas?

—Sí, te equivocas. O al menos ya no lo somos. Aunque sí que compartimos muchas de sus creencias... Pero antes de que saques conclusiones precipitadas te diré que los simulistas originales no tenían nada de religiosos. Eran todos científicos, tecnólogos y filósofos de la ciencia.

—Pues si ese es el caso, y no tienes nada que ver con los atentados del MIT, ¿por qué un agente del FBI llamado Bundy, que investiga a los simulistas, tiene tantas ganas de encontrarte?

—Bundy no trabaja para el FBI. Responde directamente a la presidenta y ha venido para asegurarse de que he terminado igual que tu colega, el profesor Josh Hoberman. Si quieres encontrar a alguien que realmente esté vinculado con una secta, entonces deberías echar un buen vistazo a nuestro amigo de los ojos raros y a quien lo tiene a sueldo, la presidenta Yates... y su conexión con Fe Ciega. Y no a mí y a los simulistas.

—Pero si los simulistas no son una secta, ¿por qué sus miembros se comportan como si así fuera, con sus suicidios colectivos y sus eslóganes esotéricos?

—Como vas a averiguar dentro de nada, la ciencia ha dado un giro muy espiritual... pero no en sentido religioso ni supersticioso. Tu amiga, Melissa Collins, así como sus compañeros de trabajo, era simulista, al igual que Gabriel Rees. Como en todas las creencias, sean religiosas, políticas o científicas, siempre hay quienes se pierden en ellas. Pierden de vista la orilla, por así decirlo.

Pensó en Melissa y en lo imposible que le parecía que se perdiese en un sistema de creencias, fuera cual fuese.

—Entonces, ¿en qué creen exactamente?

—A grandes rasgos los simulistas son transhumanistas radicales —intervino Mora Ackerman—; creen que el hombre se enfrenta solo a dos posibles futuros: un cambio evolutivo en bloque o la extinción. Lo que desencadenará tanto lo uno como lo otro será la Singularidad tecnológica, cuando la inteligencia artificial y la tecnología superen la inteligencia humana y sus capacidades. Como te conté sobre la revolución del Paleolítico Superior, creo que atravesamos una especie de salto en la evolución neurológica: que en el último siglo nos hemos vuelto de pronto más inteligentes y hemos dado un paso hacia la Singularidad. Los transhumanistas creen que tenemos que encargarnos de la siguiente etapa de nuestra evolución utilizando la ciencia (la cibernética, la genética, la neurotecnología) para potenciarnos a nosotros mismos. Los simulistas, por su parte, lo llevan un paso más allá y creen que debemos evolucionarnos a nosotros mismos hasta una realidad distinta.

—No te sigo... —reconoció Macbeth.

—Que no importa lo que les hagamos a nuestras mentes y nuestros cuerpos, estamos a merced de la física del universo en el que vivimos —le explicó Gillman—. Los simulistas creen que deberíamos crear nuestro propio universo: uno estable, sin tiempo ni cambios, que podamos habitar sin la amenaza constante de extinción a la que nos someten las fuerzas naturales.

—¿Qué creen, que deberíamos «subirnos» a una simulación informática?

—En pocas palabras, sí. Pero a algo que no se parece a nada que podamos imaginar de momento. Buckminster Fuller concibió la noción de «efemeralización»: la idea de que conforme la tecnología avanza, somos capaces de hacer cada vez más con cada vez menos. Lo único que tienes que hacer es mirar los ordenadores y los móviles que tenemos hoy en día y compararlos con los de hace veinte años para ver que estaba en lo cierto. Materiales nuevos superconductivos como el grafeno y la femtotecnología emergente suponen que no podemos ni imaginarnos cómo será la tecnología dentro de otros veinte años. En teoría la efemeralización supone que al final seremos capaces de hacerlo prácticamente todo con prácticamente nada. Ahora mismo esa tecnología nos parecería mágica o divina.

—La Tercera Ley de Clarke —musitó Macbeth más para sí que para Gillman.

—Exacto. Y eso es lo que los simulistas creen: que seremos capaces de construir simulaciones cada vez más sofisticadas con cada vez menos, puede que incluso solo con energía pura. Creen que nuestro destino como especie es convertirnos en dioses.

—Entiendo... —Macbeth asintió—. Y me parece una patraña.

—Puede ser —concedió Gillman—, pero Henry Blackwell me llamó una noche bien tarde y me dijo que había conseguido que el programa Prometeo funcionase y que teníamos que parar todo el trabajo inmediatamente. Estaba hecho polvo, y sospecho que algo borracho. No paraba de repetir que los simulistas siempre habían tenido razón.

—¿En qué sentido?

—No logré entender nada de lo que me dijo. Me quedé muy preocupado y lo llamé al día siguiente pero lo encontré muy cambiado, totalmente sereno, y me dijo que no pasaba nada, que había estado trabajando demasiado. Casi le creí, hasta que empezó a sugerirme que cerrásemos los programas un tiempo porque había ciertos fallos que tenía que pulir. No tenía sentido y me di cuenta pero decidí seguirle la corriente. Entre tanto, redoblé los esfuerzos en el programa de modelado cuántico y conseguí echarlo a rodar. Después vi también, o al menos en parte, lo que debió de ver Blackwell en el programa completo.

—¿El qué?

—Esto... —Gillman señaló a su alrededor con una mano—. Todo lo que nos está pasando. En mi simulación el universo alcanzaba el punto en el que estamos ahora y empezaba a romperse a escala cuántica. El tiempo se torcía y se desplomaba, se

plegaba sobre sí mismo. El pasado y el presente se superponían: había sucesos que ocupaban dos lugares a la vez y ninguno. Eso era lo que estábamos viendo, las alucinaciones.

—Pero ¿por qué? —preguntó Macbeth con el ceño fruncido.

—Por las propias simulaciones. La de Blackwell, la mía y ahora la simulación neuromórfica. Es como si alguna ley física prohibiera que se ejecutaran simulacros de casi-realidad y el universo no permitiera que se crearan otros universos dentro de él. La causa-efecto es evidente: en cuanto tanto el programa Prometeo como el mío de modelado se destruyeron, se detuvieron las visiones. Empezaron otra vez por culpa del tuyo, el de Copenhague. Y si no me equivoco, en los últimos días habéis conseguido algún tipo de descubrimiento, ¿no es así?

Macbeth se lo pensó antes de contestar.

—Proyecto Uno se ha vuelto autoconsciente.

—¡Lo sabía! —La expresión de Gillman sorprendió a Macbeth porque parecía realmente conmovido—. Sabía que tenía que ser algo serio. Eso significa que tenemos menos tiempo de lo que creíamos.

—Pero no tiene sentido. Tú mismo has dicho que son visiones. Si los sucesos se pliegan sobre sí mismos, ¿no debería haber efectos físicos?, ¿terremotos reales?

—La realidad solo existe en la mente: eso es algo en lo que coinciden la ciencia cognitiva y la mecánica cuántica. Es solo lo que percibimos mediante nuestros sentidos, y el universo solo toma forma definitiva cuando lo observamos. Lo que estamos sintiendo ahora, esta gravedad intensificada, es real. Y a pesar de que ninguna herramienta de este mundo ha podido registrar el aumento, lo sentimos. Es real porque lo sentimos. Pero más allá de eso es real porque es algo que ya ha pasado en otro momento de la historia de la Tierra.

—¿Y qué hay de la alucinación del Mar Rojo dividiéndose en dos? ¿Es verdad que Moisés tenía una varita mágica que hizo que las olas se replegasen? ¿Eso es lo que estás diciéndome?

Le respondió Mora Ackerman:

—En 2010 el Centro Nacional de Investigaciones Meteorológicas de Estados Unidos creó una simulación por ordenador para medir el efecto de lo que los meteorólogos llaman una depresión del nivel del mar o *set-down*. ¿Y sabes qué? Que se formó un espigón de tierra a través del Mar Rojo, justo en el sitio donde tuvo lugar la masacre el año pasado. Se trata además de un punto geológicamente inestable, el lugar donde se encuentran las placas tectónicas de África y de Arabia. Por lo que cuentan los soldados, se produjo también una especie de fenómeno sísmico que pudo haber recrudecido las circunstancias. Ahí tienes su elemento bíblico, su mano de Dios: las placas tectónicas y el mal tiempo.

—A grandes rasgos el tiempo está plegándose sobre sí mismo —dijo Gillman—.

No son alucinaciones... lo que experimentamos es el colapso cuántico, el apagón del universo. Y tú eres la única persona que puede detenerlo.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó algo y lo dejó en la mesa baja delante de Macbeth: una llave con una chapa numerada.

—¿Qué es eso?

—La manera de destruir Proyecto Uno. La llave que abre una consigna que hay en la entrada de Reventlowsgade de la estación central de Copenhague. Allí tienes todo lo que necesitas.

Macbeth la miró pero no la cogió.

—¿De veras crees haberme convencido para que me vuelva una especie de terrorista neoludita?

—Sabes que este último episodio ha empezado en cuanto tu cerebro artificial se ha vuelto consciente. Tu instinto te dice que no te miento. Y lo más importante, al igual que hizo conmigo, John Astor te ha dado un ejemplar de *Los fantasmas que nos creamos*. Ahí tienes todas las respuestas.

Macbeth se quedó mirándolo, confundido.

—No, a mí no me ha dado nada. Yo ese libro no lo tengo. Todo el mundo habla de él pero yo no he conocido a ninguna persona que se lo haya leído. —Macbeth hizo una pausa mientras pensaba en Deborah Canning, que estaría en su habitación del hospital McLean, convencida de que solo existía cuando los demás estaban allí, mirando un vacío informe por su ventana—. Bueno, puede que a una... ¿Por qué crees que tengo un ejemplar?

—Por dos razones. Porque tienes un papel principal en todo lo que está pasando.

—¿Yo? —Macbeth puso cara de incredulidad—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Todo. Percibes todo lo que está pasando y sé que has tratado de negártelo a ti mismo. Toda tu vida has tenido experiencias similares a las que todo el mundo ha vivido en los últimos dieciocho meses. Sabes, por instinto, que en esta realidad hay algo que falla. ¿Y no te has fijado en que los últimos reductos de alucinaciones se han dado precisamente en Dinamarca y en el norte de Alemania? Es como si los reductos de este supuesto brote te siguieran allá donde fueses.

Macbeth se echó a reír.

—¿En serio crees eso?

—¿Te soy sincero? No. Creo que lo de Boston pasó allí porque el elemento que quedaba del proyecto Prometeo, mi programa de modelado, estaba ejecutándose allí. Y creo que los episodios residuales están sucediendo cerca de Copenhague por el trabajo que haces con Proyecto Uno.

—¿Y por eso crees que tengo un ejemplar del libro de Astor?

—Por eso y porque tu hermano mandó tu ordenador para que Jimmy Mrozek, del MIT, intentara abrir una carpeta fantasma.

—Tú tenías la misma... —Macbeth recordó cuando su hermano le contó que Gillman le había pedido que hiciera lo mismo con su portátil. Sacudió la cabeza sin dar crédito—. ¿Es eso? ¿La carpeta contiene el libro de Astor?

Gillman asintió.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo la has abierto?

—No puedes abrirla... Se abre sola cuando está preparada... O más bien, cuando lo estás tú. No lo sé exactamente, ocurre sin más.

—¿Cómo llegó a mi ordenador? Además, cuando cambié de portátil, se pasó de uno a otro.

—La puso Astor.

—¿Está vivo?

—No lo sé. Parece estar siempre por todas partes. No sabría decirte si John Astor es un solo hombre o muchos, o tan solo la suma de los pensamientos registrados de un hombre. Es posible que no sea más que una idea implantada, algo codificado en la experiencia humana. Pero estoy convencido de que ya podrás entrar en la carpeta y leer el libro. Ha llegado la hora.

Los tres se quedaron callados, con la llave intacta sobre la mesa, Gillman y Ackerman deseosos de ver en Macbeth alguna muestra de aquiescencia. No la hubo porque no podía dársela. Sabía que habían sido sinceros con él pero, en circunstancias normales, como psiquiatra habría considerado que la una avivaba el delirio paranoide del otro. Sin embargo las circunstancias eran de todo menos normales, y en esos momentos ni siquiera estaba seguro de poder él mismo someterse a una evaluación psiquiátrica con éxito.

En cualquier caso Gillman no le había ofrecido ninguna explicación real, no le había demostrado ninguna vinculación comprensible entre Proyecto Uno y el derrumbe del tiempo.

Al final lo que logró convencerlo no fue la argumentación de Gillman.

—Ay, madre... —dijo Mora.

—Ay, madre... —repitió Macbeth al tiempo que se sentía sobrepasado, arrastrado al vórtice de un remolino de *déjà vu*.

En un instante algo cambió en el mundo.

De repente, sin explicación alguna, era de día.

John Macbeth. Copenhagen

*L*a noche se hizo día.

Pasó en un segundo, sin salidas de sol ni amaneceres paulatinos. Una explosión de brillo intenso y doloroso cuando del cielo manó la luz y el sol se coló por las paredes de cristal y llenó el bar.

—John... ¿qué está pasando? —Mora lo agarró del brazo.

—Es demasiado brillante... —murmuró Macbeth—. El sol es demasiado fuerte. Y está demasiado cerca... es muy grande...

Gillman se levantó y se puso la mano en la frente para escudarse los ojos del resplandor demasiado cercano y grande del sol, que brillaba despiadadamente.

—Ha empezado... Es demasiado tarde, ya ha empezado... Que Dios nos asista, es demasiado tarde...

Macbeth se puso también en pie y ayudó a Mora a incorporarse al tiempo que le pasaba un brazo protector por la cintura. Cuando la miró —por un momento y pese al color distinto de pelo— creyó que era Melissa.

—Es una alucinación —les dijo a los otros dos, y a sí mismo—. Recordad que no es real...

Se quedó callado, hipnotizado por la escena tras las ventanas. El cielo empezó a oscurecerse como si hubiesen corrido un velo por encima de aquel sol demasiado grande y brillante. No era azul, sino de un verde anaranjado con mal aspecto que no había visto nunca.

Aunque las paredes de cristal del Diamante estaban diseñadas para no verse, Macbeth supo que habían desaparecido. Una brisa cálida y espesa barrió el bar, y sintió su beso en la mejilla.

—Ay, Dios... —oyó que decía Gillman.

Las mesas, las sillas, el sofá y la barra se difuminaron y se volvieron transparentes, como si estuvieran hechas de cristal o hierro derretido, hasta desaparecer. Lo único que quedó fueron unos bordes ondulados que acabaron también por evaporarse. El pánico cundió del todo cuando el suelo, y el resto de las plantas de debajo, el edificio entero, empezó a difuminarse.

—¡Vamos a caernos! —chilló Mora. Macbeth se miró los pies mientras el suelo ondeaba, temblaba y desaparecía.

—¡No, no! —Cogió a Mora por los hombros y la obligó a mirarlo—. ¡Todavía lo

siento! ¡El suelo sigue aquí!

Otro cambio en la luz, que volvió a atenuarse. El sol siguió igual de grande pero el aire se volvió más espeso y viscoso.

Rodaban por el cielo como una ola de maremoto, provenientes de todas direcciones, despidiendo vapor, hinchándose y enturbiándose. Con kilómetros de extensión y un verde oscuro y sulfuroso, eran nubes que no se parecían a nada que hubiese visto Macbeth en su vida.

Se les acercaron, bordearon el sol y oscurecieron el día una vez más, dejando una luz apagada y verde grisácea que no llegaba a ser noche. Se habían sumido en una calma perpleja y aterrada. Al igual que a los otros dos, a Macbeth le costó un momento ajustarse a la penumbra después del brillo cegador del sol.

Al bajar la vista exclamó:

—¡Ay, madre...! ¡Madre mía, no!

Estaban sobre la nada, suspendidos por encima de la Tierra, salvo porque no era el planeta que habían conocido. Copenhague no estaba, las calles habían desaparecido y no había ni coches, ni luces ni edificios. No había marcas del paso del hombre sobre la Tierra.

Ni tampoco de la naturaleza: ni litoral, ni Báltico, ni ríos, lagos, árboles ni hierba. No había animales ni vida. Ni siquiera había tierra como tal sino algo entre sólido y líquido, un terreno que se pulverizaba y se revolvía, con grandes terrones oscuros que se quebraban en una brecha espesa y viscosa que escupía roca fundida. Se extendía hasta donde les llegaba la vista en cualquier dirección. El mundo era plano y sin rasgos, una extensión interminable de roca, magma y humo.

De tanto en tanto aparecía por unos segundos una colina, una hinchazón de la Tierra, con una costra abovedada y renegrida por encima y un naranja y un carmesí malvados que relucían por debajo, una gran tumescencia que se extendía y se contraía, hasta que explotaba en una fuente de lava que se propulsaba miles de metros por el aire espeso y duchaba el paisaje infernal que lo rodeaba con fragmentos encendidos de tefra. Por todo alrededor, unos dedos reptantes de fango volcánico humeante, como babosas gigantes y grises como el acero, se abrían camino por la superficie resquebrajada y en llamas.

El infierno.

Era igual que todas las representaciones del infierno que había visto: el lago fundido de fuego que prometía una eternidad de agonías.

La ausencia de suelo bajo sus pies le daba vértigo y lo mareaba, la misma sensación que cuando de adolescente intentaba jugar a las maquinitas o a los videojuegos; se tambaleó y se agarró con más fuerza a Mora. La atmósfera se había vuelto calurosa, espesa y acre. Cada aliento le quemaba las membranas de la mucosa nasal, la boca y la garganta, todo ello exacerbado por la necesidad de respirar

atropelladamente hasta el resuello. En el aire apenas había oxígeno y, contuviera lo que contuviese, era tóxico. Volvió a mirar a los otros dos. Mora estaba de rodillas, con los ojos rojos, la boca abierta e hilachos de saliva colgándole de los labios espumosos. Gillman estaba tirándose desesperadamente del cuello de la camisa.

«Nos va a matar —comprendió Macbeth—. Nos va a matar y no es real».

Cerró los ojos con fuerza y se hundió en la oscuridad negra rojiza tras sus párpados. Contuvo la respiración y sus pulmones privados de oxígeno protestaron. Cerró a cal y canto su consciencia, ignorando la temperatura asfixiante del ambiente.

«Que lo vea no significa que sea verdad. Que lo vea no significa que sea verdad. Que lo vea...».

Raciocinio.

Apoyó las palmas contra el suelo y recordó que eran unas baldosas que imitaban el mármol. Sintió el frío de la losa en la piel, y la dureza bajo las rodillas. «Siguen aquí —se dijo—. Y yo también». Reconstruyó el suelo en la mente, dejando que el tacto conectara con su memoria y moldeara la estancia. Mantuvo los ojos cerrados y se centró en el aire de los pulmones. «Es aire normal, no me estoy asfixiando. No me estoy quemando». Se le pasó la urgencia y soltó el aliento, para concentrarse en el siguiente que tomó. El aire le supo como un vaso de agua fría.

Una alucinación como las de hacía un año pero de una escala y de una complejidad sin precedentes. Era una alucinación que podía matar, que podía ahogar y quemar. Mora. «Tengo que ayudar a Mora».

La oyó entonces escupir y toser ahogándose en la atmósfera tóxica imaginaria, con la cara azul y gris, la respiración laboriosa y gimiendo. Estaba a gatas y mirando el infierno que tenía debajo.

—¡Sigue aquí! —le gritó Macbeth—. ¡El suelo sigue aquí! Escúchame: ¡el suelo SIGUE AQUÍ! No puedes verlo pero está.

Consumida por su propio terror y aislada de todo sonido que no fuera el rugido de la Tierra turbulenta, no le oyó. Macbeth la cogió entonces por los hombros y la levantó como pudo.

—Mora, escúchame... ¡esto no es real! —gritó, para que lo oyese por encima de los chillidos de la Tierra—. Nada de esto está ocurriendo de verdad. —La sacudió con fuerza—. ¡Que me escuches!

Mora lo miró entonces con sus ojos hinchados y enrojecidos.

—¡Cierra los ojos! —le gritó volviendo a zarandearla—. Cierra los ojos y escucha mi voz. Nada de esto es real. Cierra los ojos...

Por fin le hizo caso.

—Puedes respirar —chilló—. Puedes respirar perfectamente... Es tu mente la que está diciéndole a tu cuerpo que no hay aire. Respira hondo.

Inspiró pero sin convencimiento, tan solo un jadeo desesperado.

—¡Despacio! —le ordenó—. Respira despacio, normal. Escucha mi voz. ¿Cómo podría hablar tan normal si no hubiese aire?

La idea le caló hondo, y abrió los ojos y lo miró. Volvió a inspirar, esa vez con una respiración más profunda y prolongada, y luego otra. Cuando recuperó el ritmo normal, se restregó la boca y la nariz con la manga. Aunque seguía aterrada algo había vuelto a su interior, una fracción de racionalidad que había logrado vencer a su pánico. Pero miró a su alrededor y vio que la Tierra seguía hirviendo y echando humo, que el bar y el restaurante seguían sin aparecer y estaba con los pies sobre la nada, a unos metros por encima de la Tierra humeante.

—¡Dame la mano!

Se la cogió y la guio hasta donde sabía que tenía que estar el borde aún invisible de la mesa. Vio cómo la mano de Mora se doblaba en torno a la mesa que no estaba. Volvió a mirar a Macbeth como un resorte, los ojos llenos de asombro.

—¿Lo ves? ¡Sigue aquí! Lo que pasa es que están engañando a nuestros sentidos. —Se acercó a Mora y pegó la cara a la de ella, a tiro de beso—. Concéntrate, Mora. Usa tu mente.

Buscó entonces a Gillman con la mirada. El científico estaba ahogándose en una habitación llena de aire, pero había cerrado los ojos y se había obligado a recuperar el ritmo respiratorio; era evidente que estaba ejecutando el mismo ejercicio mental que había hecho Macbeth.

La Tierra volvió a rugir, esa vez con más intensidad aún. Macbeth sintió como si lo arrastraran de vuelta al delirio cuando una hinchazón enorme que ocupaba todo el espacio de Copenhague, se infló, con una filigrana de rajadas carmesíes resplandeciendo maliciosamente en la corteza oscura. La maraña de pequeñas fisuras resplandecientes se abrió en grietas y hendiduras más profundas mientras la Tierra seguía hinchándose hacia arriba y hacia abajo.

Se abrió del todo.

Macbeth se quedó transido. Fue como un tsunami piroclástico, de un kilómetro de altura, que salió despedido hacia ellos: un maremoto en ebullición de roca, gas y lava, una capa inflada de humo marrón y negro que subió otros miles de metros hacia el cielo. Resplandecía en amarillo y rojo por los bordes de nebulosa de su frente, en el que surgían miles de rocas, del tamaño de una manzana de edificios, como otras tantas motas de polvo. Macbeth vio que se acercaba sin remisión, y supo que ninguna fuerza de voluntad ni ningún acopio de lógica podría borrar esa aparición o hacer que su impacto fuese menos letal.

Oyó que Mora gritaba.

Justo antes de que impactara tuvo el tiempo mental de calcular que la ola de tefra debía de viajar a una velocidad de 800 kilómetros por hora.

Cerró los ojos.

Terminó tan rápido como había empezado. En un instante volvió a ser de noche; tras las ventanas no reflectantes se hizo de nuevo la oscuridad. El bar y todos los muebles reaparecieron, así como el mármol bajo sus pies. El aire que respiraban era normal. El crujir y el rugir titánico de la Tierra habían parado y el insulso jazz escandinavo tintineaba de nuevo en el hilo musical.

Mientras Mora seguía agarrada a Macbeth, Gillman estaba doblado en dos, con las manos sobre las rodillas como un corredor tras una carrera. Los tres estaban tomando grandes bocanadas de aire. Macbeth miró hacia el frente y vio al camarero apoyado en la barra, intentando recuperar el aliento. También él lo había vivido.

Gillman se abalanzó sobre la llave de la mesa, agarró a Macbeth y se la puso contra el pecho.

—Tienes que hacerlo... —El anciano seguía luchando por recobrar el aliento—. Tú también lo has visto. Es lo que nos espera...

—Parecía el infierno... —Macbeth lo dijo casi con asombro—. Pero eso es una imagen de la Biblia... No es real, es un delirio. Una especie de recuerdo o miedo folclórico instalado...

—¡Escucha! —espetó Gillman—. Eso era el infierno, sí... pero no uno de cuento. ¿Es que no lo ves? Por eso nos hemos sentido más pesados... Lo que acabamos de ver era una época en que la Tierra tenía más masa, era un planeta distinto. No ha sido una visión bíblica: era la Prototierra. Y se parecía en todo al infierno, era clavada (ardiendo, hirviendo y sin vida), por eso los geólogos llaman a ese periodo el Hádico. Tienes que irte. Vete ya y detén todo esto.

—Pero si se ha acabado... —protestó no muy convencido Macbeth.

—¡No, no se ha acabado! ¿No sientes la gravedad? Esta alucinación no ha terminado: lo que acabamos de ver no son más que los primeros coletazos de vida. Si no detienes a Proyecto Uno, condenarás a todos los seres de este planeta al infierno.

—No puedo creérmelo...

—Tienes que creerlo, ¿no lo entiendes? Todo el mundo experimentará plenamente esta alucinación, con todos los sentidos. Se ahogarán y se quemarán. Sus mentes les dirán que es la realidad y que van a morir allí.

Macbeth cogió la llave y se quedó mirándola.

Mora lo buscó con unos ojos todavía llorosos por la atmósfera de hacía tres mil millones de años, las manos aún temblorosas por la conmoción.

—Iré contigo a la estación. Tenemos que actuar ya.

—¿Sabéis lo que pasó en el Hádico? —les preguntó Gillman—. ¿Por qué ahora la Tierra tiene menos masa?

Macbeth sacudió la cabeza.

—El impacto de Tea, un planeta del tamaño de Marte que chocó contra la Prototierra y despidió trillones de toneladas de tefra al espacio. La tefra es ahora la

Luna. Sin el impacto de Tea no habría habido ni océanos, ni estaciones, ni vida compleja en la Tierra. Tienes que destruir a Proyecto Uno, John. —Gillman le imploró con los ojos—. O nuestro principio va a ser nuestro fin.

John Macbeth. Copenhagen

*L*a visión había terminado pero el mundo seguía enloquecido.

Gillman le dijo a Macbeth que se llevara a Mora con él.

—¿Y tú?

—Yo soy lo de menos. Estaré bien. Tengo donde pasar desapercibido. Pero tienes que eliminar a Proyecto Uno, ¿lo entiendes ya o no?

Macbeth asintió, más para tranquilizar a Gillman que por convicción. Dejaron al científico en el Diamante, rodeado de las luces de una Copenhagen resucitada.

Era todo una locura.

Macbeth y Mora lograron llegar hasta donde ella tenía el coche aparcado, con el peso de la insoportable gravedad sobre sus cabezas, tal vez incluso más fuerte que antes. La ciudad, que estaba muda cuando había llegado a su cita, en esos momentos arrojaba por varios puntos sirenas de emergencias y los sonidos inconfundibles de la histeria: grupos de personas gritando, chillando y llorando en medio de la noche.

—¿Crees que ha pasado en todas partes? —le preguntó a Mora—. ¿Que no ha sido solo aquí en Copenhagen?

—No lo sé... A lo mejor ha sido solo aquí porque Proyecto Uno está aquí, o quizá haya sido en todas partes. Puede que sea cierto que estamos en las últimas etapas de un apagón total y que entonces todo el mundo haya vivido lo mismo que nosotros. Sube, yo conduzco...

Era un pequeño utilitario europeo en el que Macbeth se sintió atrapado, confinado. Se permitió dejarse llevar lejos de lo que había ocurrido: ya lo pensaría luego. No decidiría nada hasta que lo pensase todo detenidamente. Entre tanto, Mora lo condujo por calles llenas de gente aterrada y medio enloquecida. La avenida Vesterbrogade estaba bordeada de furgonetas azules de la policía, y vieron que docenas de agentes intentaban tranquilizar o impedir el paso a los más alterados. Cuando Mora atajó por una bocacalle vieron que se había desencadenado un disturbio y había coches volcados ardiendo. Con una destreza que lo sorprendió, metió la marcha atrás y retrocedió por la calle siguiendo una trayectoria perfectamente recta hasta que volvió al cruce y le dio la vuelta al coche con una segura maniobra del volante.

La oyó murmurar entre dientes, con los ojos clavados en la carretera.

En Reventlowsgade no había ni coches ni personas y Mora aparcó junto a la

entrada de la estación de la planta del sótano. Era la parte trasera y carente de oropeles del edificio de ladrillo de la estación, con el desolador aspecto institucional de una cárcel.

—Te enseñaré dónde está la consigna. Tenemos que darnos prisa. No creo que sea lo ideal permanecer por el centro...

No había nadie tras el mostrador del *Garderobe* y Mora lo condujo hasta las taquillas. Cuando encontraron la que era, Macbeth metió la llave en el cerrojo pero, antes de abrirla, apoyó la frente contra el metal frío.

—Esto es una locura, Melissa...

—¿Melissa?

Se volvió y por un momento creyó ver otra cara.

—Lo siento... Es que...

—No tenemos tiempo, John, vamos.

Abrió la consigna y cogió la mochila pequeña que contenía. Se le resbaló y la cogió del asa antes de que diera contra el suelo. Por la expresión de Mora supo que contenía lo que creía. Abrió la cremallera y miró el interior. Si no se equivocaba eran cuatro bloques de explosivo plástico, una caja de detonadores y una pistola.

—Esto es una locura —repitió—. Una locura absoluta.

—Tenemos que irnos, John.

Cerró la cremallera y se colgó la mochila de un hombro.

Cuando salieron por la puerta Macbeth divisó a un hombre alto con traje oscuro junto al coche de Mora, mirando por la ventanilla del conductor. Lo reconoció de inmediato y se metió de nuevo por la puerta al tiempo que tiraba de Mora para adentro.

—Bundy...

—¿El qué?

—El agente del FBI que estaba buscando a Gillman. Ha tenido que seguirte hasta aquí. Puede que ya tengan al profesor.

—Ven... He visto otra salida al fondo del pasillo de la consigna.

Corrieron hasta allí. La puerta estaba cerrada pero cedió al rodillazo de Macbeth. Al otro lado había una escalera que llevaba hasta el andén principal.

Titubearon por un momento mientras cada uno intentaba por su cuenta decidir qué paso dar a continuación. Macbeth repasó la estación con la vista. Las únicas personas que había eran una pareja joven junto al andén, abrazándose y besándose, aparentemente ajenos al caos que los rodeaba. El hombre miró a la mujer, le habló con ternura y le acarició el pelo. Macbeth sintió un extraño alivio por aquel breve destello de normalidad.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Mora.

—Volvamos a mi casa. —Miró hacia las vías y vio que se aproximaba un tren de

mercancías a toda velocidad que no pensaba parar en la estación. Otro reducto de normalidad—. Tengo que pensármelo. ¿Y si nos equivocamos? ¿Y si Gillman ha cometido un error?

Dio un paso hacia atrás y atrajo a Mora ligeramente hacia sí cuando el tren de mercancías se acercó.

Lo hicieron como si tal cosa. El joven besó a la chica en la frente y ambos saltaron del andén y se pusieron delante del tren. Macbeth no vio ni oyó el impacto: la pareja desapareció sin más. Mora ahogó un grito y él la envolvió en sus brazos, pegándole la cara contra su pecho.

El tren no se detuvo ni deceleró, se limitó a pasar atronando.

—Vámonos.

Corrieron hasta las escaleras de la estación, desde donde pudieron divisar el coche de Mora. Bundy ya no estaba, seguramente estaría esperándolos ya en la estación. Pero entonces Macbeth lo vio aparecer por un momento desde el arco de entrada de la planta baja y mirar por ambos lados de Reventlowsgade antes de volver a sumirse en las sombras.

—Está esperando a que volvamos al coche —dijo Macbeth, que a continuación abrió la mochila y sacó la pistola, un feo bloque pesado que no le cuadraba en su mano—. Nunca había cogido una —le explicó desconsolado—. No tengo ni idea de cómo usarla.

—Tenemos que volver al coche.

Macbeth asintió, bajaron los escalones y recorrieron el lateral de la estación muy pegados al muro para que no los vieran. Cuando se acercaron a la salida, Mora le hizo una seña a Macbeth y luego se adelantó hacia el coche. El hombre del FBI apareció por el umbral y encaró a Mora, lo que permitió que Macbeth se colase por detrás de él. Por un segundo pensó en arremeterle en la nuca con la culata para noquearlo, como había visto hacer tantas veces en la otra realidad del cine. Pero como médico y neurocientífico, Macbeth sabía lo difícil que era noquear en la vida real a alguien con un golpe en la cabeza o en el cuello sin causarle graves daños neurológicos. Apuntó la pistola contra la cabeza de Bundy.

—Dese la vuelta muy lentamente. Mantenga las manos donde pueda verlas o le pego un tiro.

Bundy obedeció pero la expresión de su cara al volverse hablaba de una violencia reprimida. Una vez más Macbeth notó la extraña intensidad de los ojos de dos colores.

—Apártese de mi camino —le ordenó Macbeth—. Lo digo en serio, Bundy. —El agente se hizo a un lado.

Mora ya había llegado al coche y lo había arrancado.

—¿No la ha visto? ¿No ha visto la ira del Señor con sus propios ojos? Usted y los

de su calaña nos han hecho esto. Esto es el Arrebatamiento... es la hora de la Vara de Medir.

—Lo que tú digas... —le dijo Macbeth, que hizo ademán de ir hacia el coche.

Bundy sin embargo se abalanzó sobre él y le quitó la pistola de la mano.

Fue un mero reflejo. Al cogerla con más fuerza, se produjo un sonoro crujido y un fogonazo en el cañón. No había comprobado antes si tenía echado el seguro o no, ni siquiera sabía dónde estaba. Miró el pecho de Bundy, de donde le surgía algo oscuro por la camisa, y luego los ojos del agente del FBI.

—Nos has matado —dijo Bundy al tiempo que se le doblaban las rodillas y la luz desaparecía de la insólita heterocromía de sus ojos.

Cuando volvieron a su piso Mora le sirvió a Macbeth un whisky escocés, que este se bebió de un trago. Acto seguido le acercó el vaso para que se lo rellenara. No era lo más indicado y lo sabía: estaba conmocionado y no debería beber alcohol. Pero acababa de matar a un hombre; lo más indicado había dejado de tener sentido.

Se quedaron una hora viendo el telediario por la televisión. El «suceso», tal y como lo describían, se había sufrido por todo el globo, todo hombre, mujer y niño del planeta lo había vivido. Aunque la duración real había sido de menos de un segundo, universalmente la experiencia se había sentido como si durara varios minutos. Lo más preocupante eran las secuelas, que ya se habían cobrado miles de vidas. Habían estallado los disturbios por las principales ciudades de todo el mundo. Oriente Medio ardía mientras los fundamentalistas se armaban, alentados por el fervor religioso. En Estados Unidos la presidenta Yates había declarado el estado de emergencia.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —le preguntó implorante a Mora—. ¿Por qué todo se ha convertido en una locura? Tengo que ir a la policía... a entregarme.

—Puede que en el mundo normal fuese lo correcto. Pero el mundo normal ya no existe. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Ah, sí?

Mora fue hasta la mesita que había junto a la ventana que daba a Larsens Plads, cogió el portátil de Macbeth y se lo tendió. Como había hecho innumerables veces en los últimos dieciocho meses, Macbeth clicó en la carpeta fantasma que estaba riéndose de él en el escritorio.

Se abrió.

John Macbeth. Copenhagen

Macbeth leyó.

Los fantasmas que nos creamos

JOHN ASTOR

Sea en nombre de Dios o de la Ciencia por lo que uno se consagra a la búsqueda de la Verdad, el peligro siempre ha estado en hallarla.

Siento mucho decírtelo pero acabas de encontrarla: lo que esperaba a ser conocido.

Y lo que esperaba a ser conocido es que el Futuro ya ha ocurrido.

Antes de nada, unas palabras sobre la realidad.

Todo en lo que puedas pensar, todo lo que recuerdes, existe en tu cerebro bajo la forma de un núcleo de neuronas con una función específica. Conectas todos los días con esos núcleos y los llamas memoria. Una desconexión ocasional puede perdonarse, mientras que una permanente es un *jamais vu*, cuando todo se ve como por primera vez. Una mala conexión te lleva a confundir lo que ves con lo que recuerdas: un *déjà vu*.

Incluso tu cuerpo existe en tu mente. Los amputados sufren el síndrome del miembro fantasma cuando les duele o les pica el miembro amputado. Lo contrario —el síndrome del miembro ajeno— hace que los que lo padecen crean que su brazo o su pierna no les pertenece, no forman parte de su cuerpo, y a menudo piden que se les amputen.

Mientras lees este libro aún puedes traer a la memoria la última persona con la que has hablado, el último cuarto donde has estado. Esa gente, ese entorno, tu propio cuerpo, existen como núcleos neuronales en tu mente, como conceptos. Pero la pregunta que me hago es la siguiente: ¿existen solamente en tu mente? ¿Eres el único ocupante de este universo y la única función de este libro que lees es recordarte este hecho?

En segundo lugar, una existencia fortuita.

¿Nunca te has preguntado por qué estás vivo en este preciso momento? En lo anatómico, los humanos modernos llevan en este mundo doscientos mil años, y la mayor parte del tiempo parecen haber estado removiendo la tierra, mientras que tú casualmente estás aquí cuando el hombre ha llegado a las estrellas y ha ahondado en las profundidades del átomo y en las de su propio ser físico; justo cuando ha desarrollado otras realidades virtuales que explorar. Todo el mundo está esperando a que se dé la Singularidad Tecnológica, algo que tendrá lugar durante o inmediatamente después de tu vida. De hecho, hay quienes creen que, si vives para ver la Singularidad, vivirás para siempre.

¿No es una coincidencia enorme que estés aquí para ver todo esto, y no vestido con pieles y congelándote en plena Edad de Hielo, o asolado por la enfermedad, la opresión y la superstición de la Edad Media? No, estás aquí en el punto exacto del tiempo en que la tecnología está avanzando a un ritmo nunca visto, una velocidad que se acelera exponencialmente; el punto exacto en el tiempo inmediatamente antes de que nuestra tecnología nos obligue bien a extinguirnos, bien a convertirnos en algo más que humanos, en algo distinto.

Hay una razón para que estés aquí cuando lo estás. La verdad es que la Singularidad ya ha

ocurrido. El futuro que imaginas ya ha ocurrido.

La escala de Kardashov establece los principales niveles teóricos de civilización. La tuya todavía no tiene clasificación pero pronto la tendrá.

Según Kardashov, una civilización de Tipo Uno cuenta con un gobierno global, sabe aprovechar sus recursos y tiene control absoluto sobre el planeta, su geología y su clima. Procesa toda la energía que necesita sin coste o daños medioambientales. La vida de sus ciudadanos es muy avanzada y desarrollada, así como su inteligencia.

Una civilización de Tipo Dos tiene el control absoluto del sistema solar, y sus ciudadanos se vuelven tan avanzados que cuesta identificarse con ellos.

Una civilización de Tipo Tres tiene el control absoluto de la galaxia. Es tan avanzada que se aplica la Tercera Ley de Clarke: sus ciudadanos han alcanzado un nivel de evolución e inteligencia autogeneradas que les hace parecer omnipotentes y omniscientes. No se distinguen de los dioses. Y su tecnología es tan avanzada que no se distingue de la magia.

La realidad que ocupas está a punto de convertirse en una civilización de Tipo Uno. La integración de las naciones en federaciones continentales —como la de la Unión Europea— es el primer paso para un gobierno global total; la medicina, la genética, la bioingeniería, la física cuántica y la tecnología informática se están acelerando exponencialmente; Internet es el principio de un sistema de entrega e intercambio de información global de Tipo Uno.

Pero solo se nos permitirá llegar hasta ahí.

¿Por qué razón? Porque no somos una civilización de verdad. La nuestra, a punto de pasar al Tipo Uno, no es más que una simulación de un pasado ejecutada por una civilización de Tipo Tres, y tú no eres más que el fantasma tecnológico de un antepasado muerto hace tiempo.

Han empezado a ocurrir cosas, y visiones de otras épocas se superponen a tu realidad. La superposición de realidades que has estado experimentando es el universo, tal y como lo has conocido, apagándose, derrumbándose a escala cuántica y haciendo que el tiempo se pliegue sobre sí mismo.

¿Por qué ocurre todo esto? Porque, al aproximarnos a la Singularidad, hemos empezado a crear nuestras propias simulaciones, y eso no puede permitirse. Tal vez no seamos más que una de la docena —o de los billones— de simulaciones que ejecuta la realidad real, la de sustrato. A ninguna se le permite desarrollar sus propias simulaciones, pues a su vez podrían crear las suyas propias. Se podría llamar un «tratado de no proliferación de simulaciones». Lo irónico es que la teoría de Bostrom demostró que era matemáticamente probable que esto sea una simulación, dado que las simulaciones y las simulaciones-dentro-de-simulaciones deben superar en número a la única realidad. La única forma de que la realidad de sustrato pueda probarse a sí misma que es la única real es no permitiendo que se ejecuten simulaciones en sus propias simulaciones: que no haya recursión.

Los transhumanistas, en particular los simulistas, que han hecho de la ciencia su religión, creen que nuestro destino es crear simulaciones de nuestro mundo, de nosotros mismos. Se basan en la lógica de que simular forma parte esencial de nuestra naturaleza: desde las pinturas rupestres del Paleolítico a los libros, el teatro y las películas, pasando por los videojuegos hiperreales. Simular la realidad ha sido una parte importante de nuestro resultado intelectual a lo largo de la historia. Incluso la ciencia utiliza simulaciones informáticas muy sofisticadas para predecir sucesos futuros en nuestro universo y recrear pasados. A una escala tecnológica inferior, creamos parques temáticos, atracciones turísticas y recreaciones históricas.

Pero los transhumanistas y los simulistas se equivocan. No estamos a punto de experimentar la Singularidad y crear simulaciones de nuestro pasado. Ya la hemos vivido y esta es la simulación; o una de innumerables simulaciones ejecutadas en alguna realidad de sustrato por seres tan avanzados que ya no pueden describirse como humanos. Pero por muy cambiados que estén, por mucho que parezcan dioses, el instinto humano básico de la búsqueda, de la curiosidad, ha prevalecido, y por eso han construido esta simulación para resucitar a sus antepasados lejanos y ver cómo era la vida para ellos. Y si fueras un posthumano del futuro, ¿no sería la experiencia que precede inmediatamente a la Singularidad la que más te fascinaría, esa época de transición entre la humanidad y la posthumanidad?

Todo esto no debería llamarte la atención, muchos han sido los que han especulado sobre ello a lo largo de la historia: desde Platón, Zenón de Elea o Descartes a Moravec y Bostrom. El cosmista ruso del siglo XIX Nicolái Fiódorov predijo que acabaríamos construyendo lo que él llamó una sociedad

«protésica», con vida sintetizada tecnológicamente que no se podría distinguir de la vida real. Una simulación. Predijo que seríamos tecnológicamente capaces de resucitar a nuestros muertos y hacerlos inmortales. Incluso especuló con la posibilidad de que los amos de ese mundo protésico serían lo suficientemente benevolentes para ofrecer a su pueblo sintético la vida después de la muerte: una segunda existencia en algún tipo de almacenaje de datos eterno. Tal vez, después de todo, el Cielo esté en la Nube.

Es posible que infieras de todo lo dicho que eres el antepasado lejano de estos superhumanos posthumanos. Por desgracia, eso no es cierto. Eres una réplica de un antepasado en una simulación del pasado. Eres una atracción de un parque temático.

La civilización en la que vives es una réplica, un *Ersatz*, un estudio histórico.

Déjame que te lo explique...

John Macbeth. Copenhagen

*M*acbeth se dio cuenta de que llevaba horas leyendo. Al otro lado de las ventanas salía ya el sol. Mora Ackerman dormía en el sofá, sumida en el sueño. Se quedó mirándola, el movimiento suave de su cuerpo mientras respiraba, y se preguntó si estaría realmente soñando en el sueño en el que parecía dormir.

Cerró el portátil y se quedó un buen rato pensando en todo lo que había leído. Los argumentos de Astor eran irrefutables pero también eran indemostrables. Al igual que las religiones que él tanto denigraba, le pedía a su lector que pusiera toda su fe en un único texto inverosímil. ¿Era suficiente para justificar que pusiese una bomba y destruyese el proyecto al que le había dedicado los cuatro últimos años de su vida?

Pensó en Casey, descuartizado y muerto en una camilla de una morgue inglesa. Pensó en Bundy, el hombre al que había matado. Pensó en la locura de las visiones que habían atormentado al mundo y en el caos consiguiente. Repasó toda una vida de episodios de despersonalización y desrealización en los que había estado totalmente convencido de la falsedad de su propia existencia y de todo lo que lo rodeaba.

Con todo y con eso, no conseguía convencerse para creer en la fantasía paranoide de Astor. «Lo que necesito —pensó con ironía cansada mientras se levantaba lentamente de la silla del escritorio— es una zarza ardiente, una columna de humo o cualquiera que sea la teofanía que se estile entre los dioses posthumanos».

Apenas había formulado el pensamiento cuando el piso se llenó de una luz cegadora. El cuarto —los muebles, las paredes, el suelo— empezó a desvanecerse y a hacerse traslúcido. Incluso la forma durmiente de Mora en el sofá se volvió borrosa y vidriosa.

Macbeth se vio de nuevo suspendido sobre una Copenhagen que desaparecía. Pero seguía sintiendo el suelo bajo él. Se puso a cuatro patas y fue gateando por el salón hasta que se dio en la frente contra la mesa de centro que ya no veía. Tanteó desesperado con la mano por la superficie invisible hasta cerrarla sobre el asa de la mochila. Se la acercó a la cara y pasó las manos por la superficie de lona. Podía sentirla, y el peso de su contenido, por mucho que para sus ojos y sus manos estuviese vacía.

—Sigue aquí —se dijo en voz alta—. Sigue siendo real. Y lo sé.

Miró hacia abajo.

—Ay, madre...

A sus pies vio a través del suelo invisible que la Tierra crepitaba y hervía. Sintió que le subía una oleada de vómito por el pecho.

Cerró los ojos con fuerza y obligó a su mente a salir del rincón oscuro donde se había refugiado y tomar el control de la situación. Respiró lenta y profundamente. Los sonidos del mundo falso que lo rodeaba intentaban empujar y tirar de su resolución pero se centró todo lo que pudo en cerrarse a todo, retirándose al bastión de su propia mente.

—No es real —se repitió—. ¡No es real!

Macbeth recordó que Astor decía que las alucinaciones eran tan reales como la experiencia normal, que solo dependía de en qué realidad estuvieras sintonizado. Las palabras parecieron reírse de él mientras utilizaba cada neurona de su cerebro y cada fibra de su ser para sintonizar con la realidad que quería. Se acordó de lo que le había contado Casey sobre Cosmas Rossellius, que se podía reconstruir una realidad como un espacio de memoria en tu cabeza. Eso era lo que tenía que hacer: debía utilizar su memoria y concentrarse.

Abrió los ojos y se puso en pie. Miró a su alrededor y comprendió que existía en dos realidades. Hasta donde podía ver, estaba rodeado de un planeta extraño que no paraba de resquebrajarse, hervir y echar humo bajo un cielo asfixiante y nauseabundo, pero al mismo tiempo lo contemplaba como a través de un cristal esmerilado. Veía su piso y todo el interior, aunque tan solo como formas vidriosas y transparentes, más bordes ondulados y siluetas que cuerpos sólidos. Pero tal vez le bastasen para orientarse.

Macbeth comprendió que el otro mundo que veía a través de la gasa insustancial era uno en que ningún humano podría sobrevivir. Se parecía a todas las descripciones que había leído del Infierno, por mucho que supiese que no lo era: se trataba de la Prototierra, del mundo en pañales que tomaba forma, el mundo antes de la Luna, con una masa, una rotación, una inclinación y una dinámica distintas de las del mundo que había conocido. Lo que estaba mirando por la ventana de su presente era un pasado de cuatro mil millones y medio de años de distancia: una época antes de todas las coincidencias e improbabilidades de las que Astor hablaba y que habían concurrido para crear un mundo capaz de subsistir lo suficiente para evolucionar en su complejidad.

Macbeth sabía también qué era lo que había hecho que la Prototierra diera a luz a la Luna: el impacto de Tea, un planeta del tamaño de Marte que chocó contra la Prototierra y liberó cien millones de veces la energía provocada por el meteorito que había extinguido los dinosaurios.

Eso era lo que iba a ocurrir. Esa era la mayor alucinación que iba a ver, y la más

letal. Gillman tenía razón: el principio de la Tierra iba a ser el fin de la humanidad.

Se estaba haciendo tabla rasa.

Morirían miles de millones de personas. Se ahogarían en la atmósfera sin oxígeno, morirían quemados a una temperatura imposible, aplastados por fuerzas atmosféricas y geológicas: y nada de eso existía más allá de sus cabezas.

Tenía que detener a Proyecto Uno.

Volvió a mirar la mochila que tenía en las manos. La veía como esculpida en hielo y agua.

Debía ir a la universidad.

John Macbeth. Copenhagen

Cada paso que daba era un ejercicio mental aparte de físico. Tenía que recordarse constantemente que todavía habitaba el mundo que había conocido. El piso seguía allí, al igual que Copenhagen. Todo seguía allí.

Estaba en medio de su piso, por mucho que tuviese que convencerse de ese hecho una y otra vez: segundo tras segundo reafirmaba la realidad en la que estaba, aislándose del mundo asfixiante y en llamas que se extendía bajo él. Cuanto más se concentraba, más claros veía los bordes de la estancia, los muebles y el edificio existían, aunque no eran más que formas traslúcidas.

Le costó una eternidad bajar las escaleras, sin poder fiarse de sus ojos, palpando los escalones con un pie incierto y cogiéndose con fuerza de la barandilla casi invisible. En cierto momento, cuando hubo alcanzado el segundo rellano, el suelo que había dos plantas más abajo borboteó y despidió un chorro gigante de magma en su dirección. Cerró los ojos justo antes de que la roca fundida lo envolviera.

—¡No es real! —chilló a la escalera—. ¡Nada de esto es real! No sintió ni calor ni impacto. Abrió de nuevo los ojos y se encontró con que los filos de cristal de los escalones eran más claros, y el vidrio del bloque parecía ser de un material ligeramente más opaco que mantenía a raya la furia volcánica del mundo imaginado.

En la calle fue peor. A ras de suelo se sentía totalmente inmerso en la ilusión. Tuvo que volver a centrarse, a abstraerse, reconstruyendo la realidad en su cabeza milisegundo a milisegundo.

Logró abrirse camino entre el asfixiante paisaje de corteza y magma, bajo un cielo de nubes densas y biliosas, pero se orientó gracias a los bordes suavizados del mundo en el que se obligaba a creer que seguía habitando. Larsens Plads se le aparecía como una geometría de cristal por medio de la cual veía el mundo resplandecer, burbujear y estallar. Llegó a la altura de los jardines Amalie: los fantasmas de cristales de la fuente, de los setos cuidados y de los delicados lechos de flores se superponían al mundo de fuego y magma que se contraía y erupcionaba. Utilizó el palacio Amalienborg, una enorme y recargada escultura de hielo en medio del infierno, como punto de referencia para orientarse. No paró en todo el rato de centrar la mente, de bloquear los trucos y los ardides que intentaban engañarle.

Copenhague tomaba forma a su alrededor en siluetas vidriosas que se perfilaban contra aquel fondo de lago de fuego y magma. Era como si alguien hubiese puesto una realidad encima de otra, y Macbeth tuvo que concentrarse con todas sus fuerzas para encontrar el camino hasta el *Institut*.

A cada tanto se detenía, cerraba los ojos y se obligaba a volver a la realidad de su mundo. Cada vez que volvía a abrirlos, el mundo de cristal se redefinía y el tumulto de la Prototierra perdía vida.

Se recordó las palabras de su padre: cada mente tiene un universo en sí misma, un cosmos independiente de una complejidad infinita y una exclusividad inimitable. Macbeth estaba dispuesto a seguir siendo el dueño y señor de su universo. Siguió avanzando.

Mientras, pensó en qué iba a hacer. No podía destruir Proyecto Uno destruyendo sin más el hardware. Solo Dalgaard y él sabían que la copia de seguridad remota del proyecto estaba almacenada en el DIKU, el departamento de informática del campus de Nørre. También tendría que eliminarlo, aunque podía esperar. Si lograba destruir las instalaciones centrales, detendría el funcionamiento de Proyecto Uno, haría que dejara de pensar: lo mataría.

Si lo hacía, y si la locura que se había visto compartiendo con Gillman y Blackwell estaba justificada, entonces la monstruosa alucinación se detendría.

En todas las calles veía gente de cristal en edificios de cristal, y volvió a recordar vagamente una novela que leyó de un autor ruso olvidado tiempo atrás. Todas las figuras insustanciales que veía estaban congeladas, y se dio cuenta de que también esas personas de vidrio que habitaban en esos momentos su mundo eran soñadores, cada uno atrapado en aquella visión de infierno, indefenso y a merced de sus sentidos engañosos. Solo él podía ayudarlos, solo él podía acabar con la alucinación.

Atravesó lo que sabía que era la calle Grønningen, con el parque del Kastellet a la derecha y los árboles asomando a modo de nubes vaporosas congeladas, casi invisibles contra la espuma volcánica. Avanzaba con una lentitud dolorosa: como el borracho que tiene que recuperar el equilibrio a cada paso, él iba redireccionando continuamente su mente, concentrándose en las formas de los árboles, la carretera y los edificios. A mitad de Grønningen se detuvo en seco. Como si la locura y la confusión de surcar dos mundos superpuestos no fuera suficiente, de pronto se sintió más desorientado aún. Por un segundo creyó que el parque que lo rodeaba era el Common de Boston. ¿Qué nuevo ardid era aquel? Borró la idea de la cabeza y volvió a lograr orientarse para seguir su camino.

Sobre su cabeza el cielo se había oscurecido aún más y las nubes empezaron a refulgir y crepitar con relámpagos. No le quedaba mucho tiempo.

Llegó a Østerbrogade y la zona de Los Lagos, pero de nuevo tuvo que concentrarse no solo para seguir la estructura trazada de su mundo, mientras la tierra

primitiva gruñía y escupía lava hacia el cielo oscuro, sino también para rechazar la creencia temporal de que el brillo insustancial a su izquierda era de los lagos y no del río Charles. ¿Qué estaba pasándole?

Una vez más se desorientó por completo y por un momento creyó reconocer la calle de cristal líquido en la que estaba y el edificio que tomó forma insustancial delante de él. Pero no podía ser: habría jurado que estaba en Beacon Hill mirando la mansión fantasma de Marjorie Glaiston. Cerró los ojos y volvió a centrarse. Su madre..., a ella le recordaba Marjorie. Cuando miró de nuevo supo dónde estaba, se volvió y se encaminó hacia Blegdamsvej y el instituto Niels Bohr.

Toda la consciencia del mundo.

¿De veras había vivido la vida que creía? ¿Por qué su memoria autobiográfica era tan mala? ¿Era esa la razón por la que siempre había trabajado por comprender la naturaleza de la consciencia?

Si no hay mundo a nuestro alrededor, nos lo inventamos.

¿Qué se había inventado él? ¿Estaba inventándose aquello? ¿Tenía razón Astor, y todo aquello solo ocurría en su propia cabeza?

Echó a correr por un paisaje, un suceso y una época que no podían existir.

El libro. John Astor. ¿Había puesto él el libro en su ordenador? ¿Lo había escrito él y se había olvidado? ¿Era él John Astor?

Había gente en el edificio de la universidad, personas inmóviles y transparentes que soñaban con su propia extinción. Nadie se movió, lo desafió o intentó detenerlo. Le había costado más de dos horas hacer un trayecto que normalmente le habría llevado media.

Fue hasta donde sabía que estaba el almacén de mantenimiento y cogió un hacha para incendios cuyo aspecto transparente le pareció ridículamente frágil.

Estaba subiendo hacia el laboratorio cuando la casi noche, que se veía claramente a través de la estructura de gasa del instituto, dejó pasó a un nuevo resplandor repentino. Levantó la vista y lo vio: la belleza terrible e hipnótica de Tea en el último tramo de su trayecto. Pronto impactaría contra la Prototierra y expulsaría al espacio miles de millones de toneladas de residuos que se fusionarían y formarían el improbable sistema planetario dual de la Tierra y la Luna; la insólita combinación que crearía océanos profundos, placas tectónicas, el núcleo externo de hierro líquido de la Tierra y una magnetosfera para protegerla de los vientos solares; en definitiva, las condiciones extremadamente peculiares que permitirían que no solo se desarrollase la vida, sino que persistiera y lograra tener una forma avanzada.

Tenía que destruir a Proyecto Uno. Tenía que matar la consciencia de su interior, terminar su ensoñación. La idea de que su propia mente era sintética, de que la habían creado para entender un pasado que no podía revivirse, lo tenía aterrado. Tal vez la de Proyecto Uno fuese su consciencia, la suya; quizá él era todos los que habían

experimentado las visiones y era todos y nadie.

«Si no hay mundo a nuestro alrededor, nos lo creamos».

Tea se cernía cada vez más sobre el planeta, eclipsando toda la luz del sol, aunque iluminándolo todo con su propia violencia térmica, conforme la mayor gravedad de la Prototierra la hacía pedazos.

—¡Demasiado tarde! —se oyó chillar—. ¡Es demasiado tarde!

Y con esas, el mundo de bordes de cristal se volvió más insustancial. Dejó caer el hacha y le sorprendió ver que no se rompía en añicos. En lugar de eso resonó con el sonido fuerte y metálico que debía tener y que le reafirmó su solidez invisible.

«¿Cómo puedo pararlo? —pensó desesperado—. ¿Cómo puedo solucionar todo esto? Aunque destruya Proyecto Uno, la gente no olvidará, lo recordará y sabrá que todo es falso, que es una simulación. ¿Cómo puede solucionarse esto? Yo sé la verdad —se dijo—. No puede solucionarse nada mientras yo la sepa».

Cerró los ojos una vez más y pensó en su padre, en Casey, en Melissa, y en Mora. Al abrirlos decidió no volver a mirar el cielo y vio que el Instituto tomaba aún más forma.

Resuelto a bloquear todo lo demás, atravesó los pasillos hasta Proyecto Uno. Fue directo a las habitaciones y en la puerta tanteó los botones que medio distinguía en el teclado de entrada. Tiró de la puerta pero no cedió. Había introducido mal el código. Se produjo un llanto prolongado y bajo que le hizo estremecerse, y le costó un segundo comprender que era la Tierra la que chillaba ante el impacto de Tea, que empujaba su superficie y la abría de par en par.

Bajó el hacha contra la puerta y el teclado, una y otra vez. La madera traslúcida se astillaba en esquirlas de cristal. La embistió con el hombro pero se negó a abrirse. El hacha de cristal cortaba el aire al tiempo que Macbeth dejaba escapar un chillido animal a cada golpe. Una vez más estampó el hombro contra la puerta, que apenas veía. Cuando por fin cedió, entró.

Volvió a sentir la Tierra temblar bajo sus pies, removerse y gemir en protesta por la atracción cada vez mayor de Tea.

«No mires hacia arriba».

Se centró en la sala de mandos. Todo seguía moldeado en cristal líquido y era imposible leer nada en la pantalla etérea. No cabían formateos o eliminaciones, solo valdría la destrucción física y total del ordenador y sus copias de seguridad. Llegó hasta la máquina central del ordenador, una hilera de discos duros. Tal vez si destruyera aquello primero y luego las copias... quizá funcionara...

A su alrededor, a través de las paredes espectrales del laboratorio y la universidad, Macbeth veía esputos gigantes de magma arqueándose hacia el cielo mientras la tierra abrazaba a la compañera con la que iba a reunirse. Solo le quedaban segundos.

«Sé la verdad», volvió a pensar. Y la Tierra siguió chillando con sus

contracciones de vida y muerte y Tea acercándose. «Sé la verdad y no bastará con que destruya el ordenador».

Después de sacar la automática, dejó la mochila en el suelo. La alucinación proseguía y Tea ocupaba ya todo el cielo.

«Yo sé la verdad. Nadie puede saberla».

Aunque era consciente de que no tenía ni idea de cómo instalar los detonadores, comprendió que no importaba. Todo se restauraría, se reiniciaría, para todos. Salvo para él, que sabía la verdad. Era una paradoja que tenía que resolver.

«El saber reside en mi consciencia, de modo que solo puede borrarse si la borro».

«No sé cómo activar los detonadores», volvió a decirse.

John Macbeth, quien nunca había creído mucho ni en sí mismo, ni en su identidad o su existencia, apuntó la automática contra el espectro vidrioso de la mochila llena de explosivos que tenía a sus pies.

Apretó el gatillo.

EPÍLOGO

*M*edió un momento de silencio. John Astor dejó que el anuncio que acababa de hacer quedara suspendido en el aire artificiosamente constante de la sala del ordenador central.

—¿Que Macbeth se ha suicidado? —se extrañó Yates, la directora del proyecto—. ¿Eso es lo que me está diciendo?

—Exacto —respondió Astor.

—¿Y cómo puede ser? ¿Cómo iba a suicidarse Macbeth?

—Justo antes de autocerrarse se produjo un pico grande en su actividad neuronal que sugiere un estado mental muy alterado.

—Lo siento pero escúchese: «estado mental», «suicidio»... —La mujer miró las cuatro cajitas gris oscuro, cada una encerrada en su urna de cristal.

—Pero es que estamos lidiando precisamente con esos conceptos.

—Si está diciéndome que Macbeth se ha autodestruido, entonces significa que tenía un concepto de sí mismo, que se volvió completamente autoconsciente.

—Es que creo que eso es justo lo que ha pasado. He de decir que ya expresé mis preocupaciones cuando se me encargó la ejecución del proyecto. Cada uno de los cuatro cerebros sintéticos estaba ejecutando un programa de trastorno distinto, pero solo en núcleos neuronales concretos. El único que empezó a desplegar actividad global fue Macbeth, a ser un cerebro que trabajaba en toda su extensión. Yo diría que, en ausencia de información sensorial real, empezó a simular su propia realidad.

—Pero eso va en contra de todo lo que establecimos al empezar el proyecto... ¿cómo ha podido pasar?

—Creo que, hasta que no se retiró del proyecto al doctor Hoberman al año de su inicio, este estuvo probando en secreto sus polémicas teorías sobre el trastorno de personalidad disociativa con Macbeth, dotando al programa de diversas personalidades, de álter. De un modo u otro el programa fundió todo esto en una única identidad.

—¿Y sabía todo esto cuando programó la esquizofrenia paranoide?

—Claro que no —replicó Astor—. De haber sabido que habíamos generado algo parecido a una mente completa o a la autoconsciencia, habría ido en contra de los protocolos del proyecto. Me temo que hemos creado sufrimiento de verdad.

—¿En una máquina? —Yates sacudió incrédula la cabeza.

—En una mente. Hay pruebas de que Macbeth empezó a tener acceso a un amplio abanico de datos del ordenador central y de más allá. Cultura general, por decirlo de algún modo: historia, geografía, ciencias (incluida la neurociencia), filosofía y literatura. Muchos libros. También se conectó con otras simulaciones: programas geofísicos y astrofísicos que se ejecutan en otros puntos del planeta. Creo que estaba intentando darle un sentido a su existencia.

—¿Y ahora qué?

—Pues ahora se ha apagado del todo, no hay actividad neuronal alguna. No sé cómo pero es evidente que Macbeth ha acabado con su propia vida neurológica. Lo dicho, ha sido un suicidio. Y es una pena porque podría habernos dado unas respuestas muy interesantes sobre nuestra realidad.

—¿Y el resto de programas?

—Sin problema. Como le he dicho, de momento no son más que simulaciones parciales. Hamlet, Lear y Oteló siguen totalmente operativos.

—¿Conseguiremos reflotar a Macbeth y hacer que funcione? Nada más que el equipo ya vale mil millones de dólares...

—Se podría decir que el programa se ha autoeliminado pero la arquitectura neuronal está intacta, de modo que sí. Solo tengo que reconectarlo al ordenador central y reactivar los elementos relevantes para el trastorno que decidamos programarle.

—Bien.

Ambos se quedaron mirando los visores holográficos que había encima de las tres unidades en funcionamiento: representaciones virtuales de las actividades sinápticas de cada cerebro sintético. Por la pantalla destellaban, refulgían y brillaban las conexiones; se formaban dibujos de la nada antes de desaparecer y sustituirse por otros aún más complejos. Solo el visor sobre el programa de Macbeth estaba vacío.

—De acuerdo, John. Lo dejo al cargo. Tengo que ir a una reunión. ¿Ha oído las noticias sobre las alucinaciones masivas?

—No...

—Humm... Pues en poco tiempo se han producido varios incidentes, en distintas ubicaciones de todo el mundo. Al parecer quieren conocer mi opinión. Nos vemos luego.

Cuando Elizabeth Yates salió de la sala del ordenador central, John Astor se quedó mirando los visores virtuales de Hamlet, Lear y Oteló, los tres programas en funcionamiento. Al cabo de un rato introdujo los códigos para reconectar el ordenador principal con la unidad de la pequeña urna de cristal que contenía el programa Macbeth. Un único rayo de luz surcó la pantalla y luego lo siguió otro.

—Bienvenido a la otra vida, amigo mío —le dijo Astor antes de salir de la sala.

CHRISTOPHER GALT. No existe, en ningún sentido de la palabra. Ese no es más que el seudónimo bajo el que escribe un reconocido autor, cuya obra ha sido traducida a veinticuatro lenguas, en su primera incursión en un género totalmente diferente a lo que escribe habitualmente.

Notas

[1] De *La canción de amor* de T. S. Eliot, aquí en traducción de Juan Malpartida para Círculo de Lectores, 2001. <<